

Jesús Lara

SASAÑAN



Sasañán

OBRAS DEL AUTOR

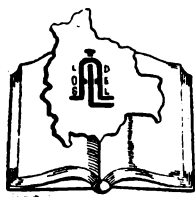
- Cantigas de la Cigarra.**— Cochabamba, 1921.
- El Monte de la Myrra.**— Cochabamba, 1923.
- Arawiy, arawiku.**— Cochabamba, 1927.
- Viaje a Inkallajta.**— Cochabamba, 1927.
- Repete.**— (Diario de guerra).— Cochabamba, 1937. Segunda edición, 1938. Tercera edición, 1973.
- Surumi.**— Novela quechua. Buenos Aires, 1943. Segunda edición, Cochabamba, 1950. Tercera edición, Cochabamba, 1973. Traducida al portugués, 1946.
- Paugarwara.**— Poemas quechuas. La Plata, Argentina, 1947.
- La Poesía Quechua.**— Ensayo y Antología. La Plata, Argentina, 1947. Segunda edición, México, 1947.
- Yanakuna.**— Novela quechua. Cochabamba, 1952. Segunda edición, La Paz, 1956. Tercera edición, La Paz, 1974. Traducida al polaco, checo, ruso, húngaro y alemán.
- Poesía popular quechua.**— Antología. La Paz, 1956. Segunda edición: Qheshwataki, Cochabamba, 1975.
- Tragedia del fin de Atawallpa.**— Monografía y traducción del quechua. Cochabamba, 1957.
- Yawarnínchij.**— Novela quechua. Buenos Aires, 1959. Segunda edición, La Habana, 1962. Tercera edición, Cochabamba, 1974. Traducida al húngaro, ruso, checo y rumano.
- Flor de Loto.**— Cochabamba, 1960.
- Leyendas quechuas.**— Antología. Buenos Aires, 1960.
- La Literatura de los Quechuas.**— Ensayo y Antología. Cochabamba, 1961. Segunda edición, La Paz, 1969.
- Sinchikay.**— Novela quechua. Buenos Aires, 1962. Traducida al ruso.
- Llalliy pacha.**— Novela quechua. Buenos Aires, 1965.
- La Cultura de los Inkas.**— 2 tomos. La Paz, 1966-67. Segunda edición: El Tawantinsuyu. Cochabamba, 1974.
- Inkallajta-Inkaráqay.**— Cochabamba, 1967.
- Nancahuazú.** Sueños. Cochabamba, 1969. Segunda edición, Cochabamba, 1970.
- Ullanta.** Drama quechua. Traducción. La Paz, 1971.
- Sujnapura.** Novela. Cochabamba, 1971.
- Diccionario Quechua-Castellano y Castellano-Quechua.**— La Paz, 1971.
- Guerrillero Inti.**— Cochabamba, 1971. Edición quemada por la policía. Segunda edición, México, 1972.
- Mitos, leyendas y cuentos de los Quechuas.**— La Paz, 1973.
- Paqarin.**— Relato íntimo. Cochabamba, 1974.

Jesús Lara

Sasañán

(Difícil camino)

Relato íntimo



EDITORIAL "LOS AMIGOS DEL LIBRO"

Cochabamba - La Paz

1975

Copyright 1975, "Los Amigos del Libro"
Depósito legal N° 103/75.

Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia
Editorial Canelas S. A.
Cochabamba - Bolivia

Un combate singular y pastillas para la inteligencia

Todo era nuevo y extraño para mí, todo cuanto había en torno, hasta el aire, la luz, el cielo. Me sentía ajeno a mí mismo y para ahuyentar esta sensación apretaba el puño y me hundía las uñas en la palma hasta que me doliera. Un incierto rescoldo me quemaba muy adentro y me invadían desconocidos temores. Me negaba a pensar en lo que me sucedería al día siguiente en la escuela, con el maestro y los chicos, y, después, en el pueblo. No deseaba ver a nadie ni que nadie me viera.

Pero he ahí que de improviso vinieron a zarandearme cosas en verdad fútiles, pero nunca vistas. En mi pueblo no había ni oí hablar de un fenómeno como aquel. No era más que un gallo; pero ostentaba la cabeza y el cuello mondos y lirondos, sin una pluma, como si alguien se las hubiera arrancado hasta la última. A no ser por su cola y sus alas pintojaś y su roja cresta, bien se lo podía confundir con un gallinazo. Pero él era todo un tenorio, faroleaba arrogante entre sus hembras y a veces le hacía la corte a alguna escobándole el suelo con un ala.

—Es un gallo brasileño — me dijo Enrique al ver la cara con que miraba al ave. Me quedé a oscuras y, como siempre, no pregunté, y hasta tiempo después no se me hizo la luz.

Nos hallábamos de pie en la puerta del aposento que nos habían asignado. Era la sala de la casa, amplia, con las paredes empapeladas, piso de ladrillo y tumbado con mosqueras. Parecida a la nuestra, pero

no tenía ventana. Era una sala rica en muebles; muchas sillas de líneas muy finas y relucientes, una mesa mediana y dos grandes sofás pegados a la pared. A uno de éstos arrimábanse varias sillas y encima se veía un lecho.

Por un pasadizo apareció con gran ruido un ave enorme y desconcertante. Jamás había visto en mi pueblo nada parecido. Venía con el plumaje hispido, el cuello encogido hacia atrás y unas monstruosas carúnculas chorreándole por la pechuga. Traía un extraño aire de altanería y avanzaba a paso lento, arando el suelo con las rígidas y fragosas alas. Detrás y en fila entraron otras menores como celebrando a la primera con sus intermitentes flautines.

Como siempre, Enrique acudió en mi auxilio:

—Son pavos.

Le miré con gesto de no haberle entendido.

—Sí, se llaman pavos. Los conocí en Punata, en casa de la Ch'uña Juana.

La Ch'uña Juana era una tía nuestra, viuda de un sobrino del abuelo Coriolano. En la familia nadie la conocía de otra manera y era nada menos que aquella señora que un día hubo puesto una monedita en manos de mi hermano León y otra igual en las mías, gracias a las cuales pudimos seguir regalándonos con los estupendos cuentos de Evangelista.

No bien divisó al guapo, el brasileño lanzóse como una flecha. El otro le hizo frente y se trabó entre ellos un reñido combate. El pintojo estiraba el morondo pescuezo, pegaba un salto sobre el adversario y le hundía en el plumaje los largos y agudos espolones. El espeta-do, las alas entreabiertas, las carúnculas rojas como la sangre, braveaba como denostando: **din - don... din-don...** y saltaba también sobre el rival. Sus patadas resultaban muy altas y sólo hendían el aire; pero cuando daban en blanco, era de ver la voltereta del adversario. Mas éste se erguía como un dominguillo y se lanzaba con más brío a la pelea. En un certero asalto el espolón quedó hundido en la papada, como atrapado, y el justador quedó en volandas. No fue más que un ins-

tante. El otro exhaló un quejido casi humano, pero pegó una vuelta de trompo, con lo que el pintojo fue despedido lejos. Nada. Se levantó de un salto y arrojóse otra vez contra el contendor. A éste le burbujeaba la sangre en el agujero de la papada; pero el gallo no tenía intacta la cresta y además había regado bastantes de sus plumas por el suelo.

Seguía el combate, encarnizado y terrible. Espolnazos a destajo y volteos de espaldas. El *din - don* sin fin, el pescuezo estirado en cueros vivos, el espolón rojo de sangre, las alas semiabiertas, plumones en los picos...

Abrióse la puerta de enfrente y se dibujó la figura de un hombre. Corpulento y panzudo, vestido de negro, con una cara rosada y un aire de abuelo que parecía invitar a la confianza. No le había visto antes y en seguida supe que era don Regis. Un nombre nunca oído. Me era difícil admitir que un hombre se pudiera llamar así. Era marido de doña Eulalia. Este nombre, sí, me era conocido. Lo llevaba en mi pueblo una chola de pollera muy corta y muy plegada, mujer que se trajo don Encarno Zapata de la mina de Pulacayo.

Don Regis no se impresionó ni mucho ni poco con la escena. Lo miró como si tal cosa, limitándose a vocear:

—¡Lupercia! ¡Ven a ver esto! — y echó a caminar hacia el pasadizo.

Acudió una moza a quien ya conocí. Muy bien parecida, pollera hasta la pantorrilla, zapatines de cordobán y gruesas y largas trenzas caídas a lo largo de la espalda. A varazos impuso el armisticio entre los campeones y al pintojo lo fue echando pasadizo adentro.

La paz no duró mucho. Al pintojo se le oyó cantar sobre el muro del corral y momentos después irrumpía en el patio arrojándose impetuoso contra el adversario. Nuevamente la pelea, cruenta, sin respiro, el espolón rasgando la carúncula, trocitos de cresta en el pico del pavo, gotas de sangre cayendo al suelo y plumas volando por el aire. Ya no había don Regis llamando a Lupercia, ni Lupercia con la vara en alto. Hasta que ocurrió

un descalabro: al **din-don** se le vió asestar una violenta patada en la cabeza del rival. No. No había sido en la cabeza, sino en el pico. El pico. Cuando se hincaba en la sangrante carúncula, la pieza superior se movía extrañamente y ya no aferraba: estaba rota. Pero con todo seguía combatiendo, cayendo de espaldas, irguiéndose y atacando. Hasta que tuvimos que intervenir nosotros optando por ir a encerrar al pavo en el corral. El gallo no se quedó conforme, corrió belicoso detrás de nosotros y después se dedicó a cantarle su desafío al través de la puerta.

Esa misma tarde se nos vino como llovido el primer amigo. Nosotros no habíamos asomado aún ni a la puerta y él ya se hallaba enterado de nuestra presencia en el pueblo. Nos habló en castellano y de lo que nos dijo sólo sacamos en claro su nombre: Manuel Pantoja. Pero en seguida, al ver que Enrique y yo nos mirábamos sumidos en completo desconcierto, descendió a nuestro idioma. Ahora sí. El rapaz sabía por qué nos hallábamos aquí y, lo más importante, iba a ser nuestro compañero en la escuela. Teníamos, según él, dos días antes de que empezaran las clases y entretanto no nos vendrían mal unas paseatas. Y nos sacó a la calle.

Era algo más crecido que yo, pero bastante más chico que Enrique. Un hombre admirable y, ante todo, un buen corazón. No sabía qué laya de tipos éramos, antes de nada acudía a ofrecernos su amistad y de hecho nos prestaba su asistencia. Probablemente era una persona de muchas luces y habría de sernos un gran apoyo en la escuela.

Iba discurriendo de esta guisa cuando penetramos en la plaza.

Arani no me era desconocido. Años atrás me habían traído mis padres, pero sólo por unas horas. Mi recuerdo de entonces siempre acude asociado a la música y a la papa. Era una mañana lluviosa. Por alguna razón me dejaron en el vano de una puerta al cuidado de unos bultos. Cerníase una mollina suave y persistente y rosarios de gotas diáfanas caían de los aleros. Debí ser día de fiesta porque muy de rato en rato pasa-

ban grupos de indígenas encabezados por unos hombres que en unas flautas muy largas y gruesas tocaban lánguidas melodías como salidas de muy adentro. En aquellos tiempos Arani era el mercado absoluto de la papa. Recuas y recuas de burros y de caballos cargados del producto bajaban de las alturas y las cargas se hacinaban en una muy espaciosa plaza. Gentes de todos los pueblos del Valle pululaban como hormigas por las calles y acudían allí en demanda de la mercancía. Patrones emponchados que lucían altas botas de montar y aludos guarapones, pegados a las hacinas, imponían los precios cerrados en sus trece, y embolsaban puñados de monedas. Lo mismo hacían, aunque en muy pequeño, indígenas con ponchos oscuros, sombreros de lana de oveja y ojotas de cuero crudo de buey.

Arani era un pueblo más grande que el mío, con calles más largas y numerosas, todas empedradas con guijas, y muchas casas de altos. Se recostaba en la falda del cerro aquel por donde ascendía zeteando el camino de Vacas.

A la plaza no distaba sino una media cuadra. Lo más importante de la plaza y del pueblo era el templo. Un templo monumental como no había otro en el Valle, grandioso, de pura piedra. Pero estaba cerrado y el guía nos hizo trepar a la torre, hasta una especie de piso que el sacristán utilizaba para repicar las campanas. Las campanas eran monstruosamente grandes y para tocarlas era necesario sentarse en una especie de hamaca formada con las sogas que bajaban de los badajos; de suerte que sólo con todo el peso e impulso del cuerpo se podía producir el repique. Esas campanas ya las conocía yo de oídas y aun varias veces las había escuchado. Cuando íbamos a cortar alfalfa a Salinas, de mañana, de repente Butista se ponía inmóvil, parecía abrir el oído como si fuera un postigo. “¡Oye!”, me decía ensimismándose, y después de un rato: “¿Oyes?” Sí. Oía. Era un son de campana, grave, profundo, armonioso. Bautista decía que esas campanas eran propias de Arani y que las habían traído hacía más de cien años desde una

ciudad muy remota llamada Cuzco, a donde había más de un año de camino.

Pantoja nos guió en seguida hacia la acera oriental de la plaza. Había allí un caserón vetusto con una gran puerta hecha de macizos tablones tachonados con clavos de enormes cabezas.

—Es la vicaría — nos ilustró el amigo —. Y sepan ustedes que aquí no vive sino el vicario. Los ayudantes — son dos — viven aparte.

Asombroso. En mi pueblo no había vicaría, la palabra **vicario** no se conocía y el ayudante era uno solo. Sí. Cuán pequeño era mi pueblo con relación a Arani.

Volvimos a la esquina de la torre y tomamos calle abajo. Una calle hecha a cordel y tan larga, que a lo lejos parecían juntarse las últimas casas de ambas aceras. Dejamos atrás una tienda surtida de las más diversas mercancías. Mientras caminábamos, Pantoja se hacía lenguas de esa tienda como si tuviera algo que ver con ella. Entre las cosas que nos dijo una ante todo metióseme entre ceja y ceja: allí vendían unas pastillas que poseían la virtud de tonificar la inteligencia, inclusive, en algunos casos, de volver inteligentes a los que no lo eran. Se llamaban **pastillas de olor**, no eran caras y las daban hasta por cinco centavos. Ni Enrique ni yo dijimos una palabra; pero me comenzó a andar la procesión por dentro. Tal vez con ellas podría por fin botar mi fardo de los **catorce puntos**. En la escuela de mi pueblo, en cuatro años enteros no había logrado deshacerme de él ni siquiera con la ayuda del vino que mi madre me hacía previamente beber. Quizás la virtud de esas pastillas me salvaría de aquel tremendo peso que me caía encima en cada examen.

Llegamos al cementerio, linde del pueblo. Hasta esto era más grande y más decente que el nuestro. Había aquí tumbas y sepulcros inclusive lujosos. Allá, el único pasadero, y de adobe, era el de los mayores de mi madre: sus abuelos y su padre; su madre, la **Sip'ira** Manuela, se había enterrado aparte porque no se halló unida a su compañero por la Iglesia, sino sólo por el corazón.

Cuando volvíamos, Pantoja nos volvió a hablar de las prodigiosas pastillas y ahora de manera más persuasiva. Yo me hallaba del todo sugestionado y decidí comprarlas. Para ello contaba con unos reales que para mis gastos había puesto mi madre en manos de Enrique. Las pastillas eran magníficas, se disolvían deleitosas en la lengua y dejaban gratamente perfumado el aliento.

En provecho de la inteligencia y a instancias de Pantoja la tarde siguiente las volvimos a comprar, y también la subsiguiente, hasta agotar el caudal.

La primera noche vi con asombro que Arani no se acostaba a oscuras. Sus calles se iluminaban. Cada media cuadra, a cierta altura de las paredes, ardían grandes faroles alimentados con kerosén. Era un lujo, seguramente un dispendioso lujo que sólo este pueblo podía permitírselo. Por más que el rumbo no duraba sino hasta las nueve de la noche, de todos modos me parecía una gran cosa, algo que mi Muela se hallaba todavía lejos de conocer.

II

Encuentro con la alborada

Realmente aquello fue para mí como el encuentro con la alborada.

En la escuela no se veía un pie descalzo ni se escuchaba una palabra en quechua. Yo mismo usaba ahora un buen par de botines, los últimos que mis padres me habían traído de Cliza y estaba llamado a no privarme ya de ellos en adelante. En cuanto a mi idioma, como él no se oía en ningún labio, me lo tenía bien guardado y me cuidaba de todo tropiezo con los chicos en los recreos, temeroso de que se me envolviera en algún embrollo.

Enrique y mis otros paisanos — Alfonso, Juan, Antonio, etc. — fueron destinados al curso del maestro Julio Torrico, en tanto que a mí me enviaron arriba, al piso alto, donde enseñaba el maestro Germán Prado. Veía

bien que me despachaban al curso inferior, pero lo hallé natural, pues yo era mucho más chico que Enrique y los otros, y, por otra parte, aquel borrón de los catorce puntos.

El aula era amplia, con mucha luz, mucho aire, y, además, con pupitres. Las paredes hallábanse decoradas con grandes y hermosos cuadros en colores. El maestro era un hombre joven, muy blanco, delgado, vestido de negro, cuello muy alto, muy blanco y muy duro y corbata en forma de mariposa.

Parecía que empezaban a obrar en más pastillas de Pantoja. Casi sin darme cuenta me vi con la suma y la resta aprendidas. Sabía que en el cuadro que se hallaba enfrente de mis ojos, en la pared, estaba pintado el aparato digestivo y podía en él señalar con la mayor exactitud la boca, la faringe y demás órganos. Sabía que a su lado se encontraba el aparato circulatorio y más allá el mapa de la provincia de Punata. Era como si siempre hubiese sabido que Arani era la segunda sección de la provincia de Punata y que mi pueblo no pasaba de ser un cantón de Arani. Y lo más extraordinario, lo portentoso, comendé a entenderme con los chicos en castellano. Seguramente un castellano muy propio, divertido; pero los chicos no se me reían.

Mis padres, empero, no se hallaban conformes con mi ubicación en la escuela. No lo estuvieron desde el primer día. Ellos pensaban que su hijo había sido injustamente relegado. Un día le llevaron su reclamación al maestro Torrico y luego les oí decir que la enmienda no había estado en manos de él, sino en las del inspector. Mi padre mostrábase esperanzado y decía que el inspector, tata Fidel Ferrufino, cuñado del compadre Zacarías, era un antiguo amigo suyo. Y corrieron a hablarle.

Una tarde me llamaron de parte del maestro Torrico. Era hora de clases y en el aula se encontraban, además del director y de los alumnos, un sacerdote y mis padres. El sacerdote, corpulento y moreno, de gruesas manos y ojos bondadosos, era el inspector y sin preámbulo alguno sometíome a un breve examen. No recuer-

do qué preguntas me hizo ni qué respuestas di; pero sí que en seguida le dijo al director: "Bien, don Julio, este niño debe pasar a su curso".

Con el maestro Torrico la luz parecía venirme en oleadas. Pronto supe qué era el multiplicando y qué el multiplicador; qué era el dividendo y qué el divisor. Y me hice versado en las esenciales cuatro operaciones. Podía repetir sin errores — y señalarlos en el grabado — los huesos del esqueleto humano. Podía nombrar una por una, sin omisiones, las provincias de Cochabamba, con sus respectivos cantones y vicecantones. Y los departamentos de Bolivia, con sus capitales, y las naciones de América, y las de Europa. . .

El maestro Torrico, como bien dijera un día aquel don Lucas de mi pueblo, sabía enseñar. Sus lecciones venían como golosinas. Pero nada me cautivaba tanto como su modo de exponer los temas de historia. Historia Sagrada. Historia de Bolivia. No oía, sino veía con mis ojos cómo Eva, desnuda, hacía morder de su mano la manzana con Adán y después, roja de vergüenza, se cubría las partes con una hoja de higuera. Veía cómo el barbudo de Noé se emborrachaba con vino y se dormía en cueros a la sombra de un árbol provocando la hilaridad de sus retoños. Veía a Isaac, de mi edad, sobre un montón de leña, amarrado de pies y manos, y a su padre disponiéndose a cortarle el cuello como a un cordero. Veía a la mujer de Putifar, loca por aprisionar en sus brazos al cándido de José. . . Y la historia de Bolivia. En mi pueblo oí decir que el Inka era un hombre de fuerzas sobrenaturales, capaz de desfilar cumbres de montañas y hacer desaparecer sin rastro pueblos como el mío. Aquí el maestro me mostraba personas y hechos del todo diferentes. Un hombre y una mujer, hijos del Sol, salieron de un gran lago y echaron a caminar. Me parecía que fulguraban ni más ni menos que su padre y estuvieron caminando por espacio de muchos días. Al pie de un cerro clavarón una gran estaca de oro y en ese lugar edificaron una ciudad y la poblaron con mucha gente. El hijo educaba a los hombres como si fueran sus propios vástagos y la hija

hacía lo propio con las mujeres. De ese modo organizaron un gran imperio y dieron bienestar y felicidad a todos sus vasallos. El hijo del Sol se llamaba Manku Qhápaj y la hija Mama Waku Ujllu. Al uno le atribuyeron el título de **Inka** (rey) y a la otra el de **Qoya** (reina).

Entretanto yo andaba inmerso a solaz en la zaramba de la chiquillería. En los recreos travesaba y bullía al igual que todos, hermanado con ellos, sin que a ninguno se le ocurriera echarme en cara mi condición de advenedizo. En la escuela de mi pueblo nos conocíamos nada más que por nuestros nombres de pila. Aquí, ante todo por nuestros apellidos. En el alto dejé a Navia, Laredo, Vaca, Arispe, Salguero... Ahora congeniaba con Rojas, Goitia, Rodríguez, Vásquez, Pedraza... Mi escuela de allá nos agrupaba solamente a los niños de la **cholada** y a los indiecitos; los hijos de los **qhapaj-kuna** tenían su mundo aparte. Aquí no había segregación ninguna. Estudiaban con nosotros indiecitos venidos de Qollpa, de Pocoata, hasta de Vacas, aparte de los que procedían de los contornos. Y se mezclaban con nosotros chiquillos como Navia, hijo de un diputado, Anaya, hijo del juez instructor y sobrino del obispo de Cochabamba, Claros, hijo de un rico propietario yungueño...

En casa me sucedió exactamente como en la escuela. Sin darme cuenta aparecí plenamente adaptado a la vida familiar de don Regis. Don Regis era un hombre entrado en años, bonachón, reconcentrado y apenas se dejaba sentir en la casa. Doña Eulalia parecía algo mayor que él, no mostraba indicios de haber sido muy agraciada en su juventud, usaba polleras de colores desmayados y una pequeña manta que le ceñía la espalda y los hombros y se aseguraba al pecho con un **tupu**. Ocupábase de la cocina y otros menudos quehaceres y casi nunca salía a la calle. La gente la llamaba **doña Olaca**, una forma que me parecía irrespetuosa y que no me sonaba bien; yo siempre la llamé como a mi pensar se debiera: **doña Eulalia**.

El matrimonio tenía tres hijos. El mayor, Eliodo-

ro, ya casado, vivía aparte y rara vez aparecía por casa. Tenía un hijo, Urbano, un arrapiezo encrespado de unos tres años, cuyo gargüero de pajarillo disparaba las palabras como trinos: Rechis, Lupicha, Echuca...

Sinforosa le seguía a Eliodoro. Una joven madura no demasiado guapa, pero de mucho juicio. Se la veía con polleras de color subido en combinación con blusas muy claras. Era encajera, hacía encajes de bolillos y durante el día no se ocupaba de otra cosa. En mis horas libres nada me agradaba tanto como sentarme junto a ella, en el suelo, y admirar la agilidad y la destreza con que se movían sus dedos, así como la celeridad con que se entrechocaban los rumorosos palitos, aparte de la forma como se iba elaborando el encaje y apareciendo en él florecillas y toda clase de vistosas figuritas.

Lupercia, la menor, era una cholita veinteañera, esbelta y fornida, que caminaba con aire muy modoso y vestía, como su madre, polleras de colores apagados y blusas casi siempre blancas. Ayudaba en la cocina y era la encargada del aseo de la casa. Dormía en la misma habitación que nosotros, en la cama que vi el primer día. Con la mayor naturalidad, sin recelos ni falsos pudores, como si formáramos una sola familia.

Nosotros hacíamos nuestra cama sobre el otro sofá al estilo de la de Lupercia. Como en mi pueblo, nos acostábamos a las ocho y hasta esa hora hacíamos tertulia entre todos en la **tienda**, donde por lo común sólo había algunos sacos con cereales traídos de un fundo que ellos poseían en Arachaca. Tan pronto como el contrabajo de la campana mayor de la torre sacudía la quietud de la noche invitando al recogimiento, don Regis decía invariablemente: "Las ocho, comeremos bizcocho", se ponía de pie y a paso lento se encaminaba hacia la puerta que daba a la dormida. Sinforosa soltaba un largo bostezo como si se estuviera cayendo de sueño y nosotros dábamos las buenas noches y nos dirigíamos al patio precedidos por Lupercia.

A veces no nos acostábamos en seguida. Lupercia era una mujer de las llamadas extravertidas y se solazaba contándonos sucesos acaecidos en el pueblo o anéc-

dotas de los vecinos más visibles. Le gustaba también hablarnos de su infancia, de sus diabluras, de sus predilecciones. Según ella, no se conocía en el pueblo una rapaza más gatallona. E ilustraba sus relatos con chascarrillos de lo más divertidos. Una temporada había hecho de duende, sin darse cuenta, nada menos que en la vicaría, sacando partido de la contigüidad de ella y la casa, pues los corrales de ambas hallábanse divididos por una tapia venida a menos. En aquel entonces el vicario no era el tata Ferrufino, sino un viejo hosco que en el púlpito en vez de hablar rugía y tenía además una tracalada de sobrinos. Desde un punto adecuado observaba Lupercia el interior de la casa. Tan pronto como veía que los sobrinos se hallaban fuera, llenaba de piedras y terrones el enfaldo y se metía en el corral. Hacía llover sus proyectiles preferentemente sobre la cocina. Ellos rodaban por el tejado y caían justo a la puerta. A lo que la cuidanta saltaba despavorida y corría a donde se hallaba el vicario dando alaridos y gritando: “¡Way!... ¡Tataaay!...” Con la última bomba la rapaza las afufaba y en casa nadie se daba cuenta de nada. Un día cayó en la tentación de lanzar su ofensiva sobre el comedor. Era de ver cómo pingó el vicario trazando cruces en el aire. A poco se oyó contar en el pueblo que en la vicaría se había presentado el duende y luego se supo que los tres curas habían hecho exorcismos e hisopeado con agua bendita habitaciones, patios y tejados. Pero Lupercia no podía festejar a sus anchas sus asaltos y debía contentarse con gozarlos y reírlos a solas; no era pequeño el miedo de verse descubierta. La aventura no terminó muy bien para la rapaza. Se aproximaba la semana santa y la maestra de la escuela y sus padres la compelieron a prepararse para la primera comunión. El diablo hizo que la veintena de pollitas que asomaban por primera vez al confesionario tuvieran que vaciar el saco en los oídos del vicario. Ni para qué contar las tribulaciones de la menuda pecadora hasta el momento terrible. Ya se sentía ella caer fulminada por la excomunión. Pero cuál fue su estupefacción cuando, no bien acabó de desembaular el tremendo pecado, el vicario, en lugar de

echar chispas, soltó una risotada que resonó en todo el templo. Ella se sintió morir de vergüenza como si se la estuviese exhibiendo desnuda y, aunque el vicario le dió una penitencia baladí y la absolvió de prisa, ella salió llorando desesperada a la calle. Así pasó el vicario a infundirla terror. No quería verlo ni siquiera ante el altar. Cuando alguna vez se topaba con él en la calle, se daba media vuelta o bien torcía por otro lado.

Así, errando por las veredas del recuerdo, Lupercia llegó inesperadamente una noche al paraje de las confidencias. Comenzó con una revelación que me fascinó de modo singular. Como si nos fuera a contar una de sus habituales travesuras, así, con un terso candor que se transparentaba en toda ella nos dijo que ya no era doncella. Sí, empleó este vocablo. Enrique se quedó de una pieza, con los ojos que cayeron al suelo enormemente abiertos. Yo, que sabía de sobra ya el sentido de ese término, clavé en la moza la mirada como ansioso de penetrarla hasta lo más hondo. Sus mejillas se decoraron con una apenas perceptible sonrisa, en tanto que su voz continuó campanilleando y yo fui bebiéndome sus palabras como si tuviera una sed de muchos días. Un domingo había ido de compras a Cliza. Ella fue toda la vida una excelente trotadora y aquel viaje, como otros, lo hizo a pie. Regresaba al atardecer y en un lugar donde no se veían viajeros ni casas y solamente un putuku solitario a un lado del camino, se le presentó un hombre de diabólica apariencia, como hecho de hierro, irresistible. Ella se sintió levantada por aquellos brazos como una muñequita y transportada luego hasta el putuku, en cuyo interior no había alma nacida. Y allí, aquel hombre desconocido e incontrastable la desposeyó del tesoro de su virginidad. La pollanca salió del putuku llorando y llorando llegó a su casa y todo lo que lloró era poco a su sentir, dada la inmensidad de su desgracia. Cayó en brazos de sus padres; pero ellos, viéndose ante lo irreparable, no tuvieron más que ampararse en la conformidad. Poco después le vinieron a ella los signos del embarazo y a los nueve meses le nació un niño. Un niño hermoso como un ángel y rubio como el sol. Ido

ladría en sus abuelos y encanto de todos cuantos llegaban a conocerlo. Pero apenas cumplido el año, atacóle un mal maligno y ya no hubo remedio. Hacía catorce meses que su almita se había marchado al cielo.

Quedé indignado contra el malandrín que de manera tan infame había cebado su ferocidad en la inocencia de Lupercia y ella comenzó a crecer para mis ojos y a parecerme digna de admiración y de respeto.

III

Breve aventura de un pañuelo de seda

El aula era muy espaciosa, pero sin pupitres. Nos sentábamos en largos bancos de madera unidos entre sí por los extremos y adosados a la pared. El maestro disponía de una mesita y una silla colocadas junto a la pared de enfrente. Había multitud de mapas en las cuatro paredes. Muchos de ellos con una sola inscripción puesta en letras grandes al margen, arriba: **Mapas mudos de Cornell** y sin ningún nombre de nación ni de ciudad. Otro de grandes dimensiones, de nuestro país, polvoreado de nombres y marginado con los retratos de nuestros presidentes. Otros pequeños de todos y cada uno de nuestros departamentos, sin nombres como los de Cornell, pero cada uno firmado por Javier de Ugarte en letras muy claras. Toda vez que me era posible me daba a contemplarlos admirando la habilidad del dibujante, de quien me dijeron que fue alumno de la escuela y que a la sazón estudiaba en el Colegio "Sucre" de Cochabamba. Años después ese hombre me fue muy conocido, lo miraba siempre como al autor de aquellos mapas y le vi después periclitar lastimosamente y despedirse muy mal de este mundo, dejando un hijo policía, y fascista, cuyas manos se mancharon de no poca sangre de hombres amantes de la libertad. Me gustaba también y más aún, zambullir los ojos en el mapa de Bolivia, y en él buscar el nombre de mi pueblo. Lo anduve buscando muchos días, no me fue fácil hallarlo, pero al

cabo logré satisfacer mi curiosidad: lo leí debajo de Arani, en letritas insignificantes. Me pasaba a veces los recreos contemplando los retratos de nuestros presidentes y tanto los contemplé, que ellos quedaron firmemente grabados en mi memoria. Y pensaba en ellos a toda hora y un día que vino mi madre y me llevó a una sastretería para hacerme coser un terno, encontré en el sastre nada menos que al presidente Agustín Morales.

Deleitábame sobremanera cuando el maestro nos hacía abrir un libro de lectura cuyo autor era Daniel Sánchez Bustamante. En él hallaba las cosas más agradables, por ejemplo unos versos en que conversaban la perla y el diamante; me parecía muy ingenioso que la primera le dijera al otro: "De negro carbón naciste — y yo de la mar azul". Me cautivaban también unos versos como nacidos de mí mismo, que hablaban del amor que el niño sentía por su madre. De tanto leerlos me los sabía de memoria y ahora mismo zurea en mi corazón aquella estrofa en que el padre quiere saber cuánto le quiere el hijo, y éste responde: "Como desde aquí hasta el cielo, — pero más a mi mamá".

Encontraba fascinante también otro libro de lectura. de un tal Appleton, en el cual unos chicos hacían viajes fantásticos por el mar y por países para mí desconocidos. Me quedan algunos nombres: Mazatlán, Zacatecas, Querétaro... Me acuerdo de una tormenta espeluznante en alta mar, donde el barco se halla a punto de zozobrar.

Y aquí me fue dado también tener en mis manos el primer diccionario. Un perfecto laberinto. No obstante las explicaciones del maestro, la palabra que buscaba era ni más ni menos que una aguja en el pajar y sólo por casualidad la cazaban mis ojos. Mis paisanos Cristóbal y Antonio — dos Villarroeles — y yo, invertíamos un recreo tras otro en el trato de ese *mare magnum* impreso. En puridad, yo me reducía al papel de mirón porque ellos, mis mayores, no largaban el libro y su predilección recaía siempre en palabras que, por impudentes, nunca fueron pronunciadas en mi casa y que yo solía apenas cazarlas en la escuela de mi pueblo. Cuan-

do su curiosidad descubría alguna de ellas, estallaban de gozo.

No debo olvidar a un compañero que tuvimos, interno también, en casa de don Regis. Era un indiecito muy simpático, venía de Qollpa, pequeño poblado que se hallaba muy cerca de Arani, y estuvo con nosotros muy poco tiempo, quizás tan sólo un par de semanas. Era alumno de don Germán Prado y se llamaba Ruperto. Su apellido, una rama con los años desgajada de su tronco y barrida por la mano del olvido. Dormía también en la sala, en un rincón, sobre unos cueros frescos de oveja y comía con todos nosotros en la cocina. Como todo el mundo en la escuela, desde un principio se hizo al castellano y lo escacharraba más de lo lindo que nosotros.

Don Regis era también dueño de una parcela en nuestra misma calle, cerca del cerro por donde trepaba el camino de Vacas. Poseía además un mulo que pastaba en ella. Un día nos encomendó a los tres internos la tarea de ir a traerlo a casa. Provisto de una sogá, Ruperto fue a echársela al pescuezo; pero el bruto le huyó, echando a correr hacia la salida. Entonces el chiquillo me gritó alarmado: “¡Jesús! ¡Jesús! ¡Ateja la macho!”. No hubo necesidad de atajar al macho, pero Enrique reventó en una risotada estrepitosa y yo le seguí. Ruperto quedó como paralizado, nublósele el semblante y dos lagrimones tremularon entre sus pestañas. Yo volví a casa agobiado de pesar como si hubiese cometido una falta imperdonable y pronto no faltaron quienes me cobraran por Ruperto el desquite.

Los sábados eran de impaciente espera para todos nosotros, esto es, para los siete muelleños, alumnos del maestro Torrico. Yo me sentía ni más ni menos que el becerrillo que no ve la hora de correr al encuentro de la madre. Vivía cinco largos días substraído de los míos, rodeado de un vacío que Enrique, la familia de don Regis y los nuevos compañeros eran incapaces de llenar. Añoraba las dulces palabras de mi madre, las barrabasadas de Bautista, los requilorios de León, los bonitos afanes del pituso, las carrujillas, la *chiuca*... menos la

palmeta. En Arani no había ni sombra de palmeta. Ni siquiera su nombre. Ni látigo, que en la escuela de mi pueblo era un tremendo subsidiario de aquella.

No bien salíamos de las clases de la tarde nos reuníamos los siete en un lugar acordado de antemano y tomábamos el camino del pago. En las afueras, nos despojábamos de los botines, los uníamos mediante los cordones y nos los colgábamos del cuello. Nos sentíamos ligeros, nos rebosaba la alegría, unos y otros se acordaban de las trapatistas en que se habían enredado durante la semana y sabrosamente se tomaban el pelo unos a otros. No parecían los pies tocar el suelo y ahitos de risa y de regusto entrábamos en la calle Alejo Calatayud.

Yo caía en brazos de mi madre como si estuviera llegando de mucho tiempo y así también, como al cabo de una larga espera, ella me regalaba.

Desde un principio noté que en casa las cosas cambiaban para mí, a mi favor. Era como si la escuela de Arani me fuese confiriendo cierta jerarquía. Mi madre no me asignaba ya ningún quehacer. Antes, no era rara la mañana en que yo tuviera que ocuparme de barrer la habitación principal, o alimentar de leña el fogón, o ir por agua a la Pila. Ahora se me permitía salir en cualquier momento e ir donde me guiara mi soberana voluntad. León parecía descubrir entre nosotros una indefinida desigualdad que antes no existía. Bautista ya no me otorgaba el trato voluntarioso de otro tiempo. Pero el pituso andaba más apegado a mí y me seguía a todas partes con harto contentamiento de mi parte.

El retorno lo hacíamos de distinta manera, pero siempre en grupo. La madrugada del lunes, aun antes de que apuntara el alba, el que se levantaba primero corría a despertar a los otros y nos reuníamos en la puerta de Antonio Padilla, en el tramo inferior de la calle Alejo Calatayud. Cuando ya no faltaba nadie, iniciábamos la marcha ponderosos, reservados como si durante el día vivido en el hogar hubiésemos recogido todo un caudal de experiencia. Se hablaba poco y no había ya ni cuchufletas, ni chascarrillos, ni risotadas. Iba-

mos como si cada cual estuviera marchando a empeñarse en una misión de suma gravedad.

Llegábamos así a Arani, con bastante anticipación a la hora de clases. En casa doña Eulalia nos aguardaba con el desayuno a buen punto: una sobrada ración de leche y pan. Porque don Regis era dueño también de una vaca lechera, que pacía junto con el mulo en la parcela del final de la calle. La ordeñaba por las tardes Lupercia, ayudada por mí. Yo me encargaba de tener a raya al ternero y al final me disputaba con él los pezones. Nada me deleitaba tanto como succionar con la boca emulando con mi contrincante.

Un sábado mi madre me esperaba con una para ella muy grata sorpresa. Días atrás había llegado de las **Panpas** una comadre suya, Jesusa de nombre. Mi madre había ido a congratularla por la buena llegada con los agasajos que se tenía por costumbre y la otra la había correspondido regalándole un muy bonito pañuelo de seda, del color de la sangre recién vertida. Los jóvenes que regresaban de las **Panpas** lucían siempre en el cuello un pañuelo de seda anudado a modo de corbata. Así se había presentado en otro tiempo mi primo David y asimismo, hacía poco, su hermano Coriolano. Quizás con tales ejemplos mi madre decidió devolverme el lunes a Arani con el regalo de doña Jesusa elegantemente instalado en mi cuello. Dicho y hecho. Aquella mañana entré en la escuela con el pañuelo flameándome en el pecho. Y vi con estupor que mi rumbo no cayó bien a los ojos de los rapaces. Algunos de ellos empezaron a dar vueltas en torno mío, otros a mirarme de pies a cabeza con la risa en los ojos y otros, en fin, soltaron el chorro. Pero me hice fuerte, cobré ánimos y soberanamente indignado grité:

—¡Para qué se mira pues! ¿Acaso con su plata se pone?

Las carcajadas me cayeron como una pedrea. Vi todo oscuro y bajo mis pies vacilaba el suelo.

—¡Para qué se mira!... ¡Para qué se mira!...

—¿Con su plata se pone?... ¿Con su plata se pone?...

Ululaban los chicos y se descoyuntaban de risa. Yo me acordé de Ruperto, me veía en el justo brete de él, pero no solté ningún lagrimón ni, después, tomé el partido de eclipsarme como aquel muchacho, a quien las fuerzas le dieron apenas para debatirse dos semanas en la escuela. Y aquel contratiempo fue para mí una lección. Nunca más me reí de los tropiezos de lengua de nadie, ni siquiera de los lapsus calami de las gentes de mi oficio. Y desde aquel entonces extremaba mi atención en el lenguaje del maestro y de los alumnos más aprovechados y en el que se hallaba en los libros de lectura, y así fui entrando poco a poco en posesión del idioma.

La chiquillería se habituó a mi lujo, ya no se me reía, pero esto no duró gran cosa, es decir, un lunes me presenté en la escuela sin el pañuelo. Sucedió que la antevíspera, no bien acabó de estrecharme en sus brazos, mi madre me lo desanudó ella misma y lo fue a lavar en la Pila. La mañana del domingo lo planchó cuidadosamente, lo dobló varias veces y se lo mandó con Bautista a su comadre doña Jesusa. Días atrás habíase producido alguna desavenencia entre ellas y al consumarse la ruptura la comadre había hecho el desregalo del pañuelo. De esta estofa solían ser las relaciones sociales en mi pueblo, en aquella época.

El mutis del pañuelo no dejó de alborotar el cotarro. Pusiéronse los pilluelos a arrojarme como piedras sus chuscadas:

—¿Y el pañuelo?... ¿Y el pañuelo?...

—¿Qué se hizo?... ¿Se lo comió el ratón?...

Como no llevaba trazas de amainar la pedrisca, acerté en mala hora a gritar:

—¡Se lo regalé a un envidioso!

Con lo que se acordaron de mi **Para qué se mira** y lo demás entre sonoras explosiones de hilaridad. Aquí me fue dado descubrir que en casos como éste no hay nada mejor que dejarse llevar por la corriente y alborotando a la par de ellos: “¡Para qué se mira!... ¡Para qué se mira!...” me puse a triscar en medio de todos.

Y de ese modo hallé para el pañuelo el olvido y la paz para mí.

En estas lides mis paisanos, hasta Enrique, se colocaban discretamente al margen; pero nunca me dolió su abandono ni pensé en hacerles un reproche.

Entretanto seguía nutriéndome de las enseñanzas del maestro Torrico y en casa las noches se saipimentaban siempre con la tertulia, ahora gratificada con buenos pocillos de té. La toma del té llegó a constituir un rito. Doña Eulalia echaba mano de una petaca de cuero crudo de buey, la cual se hallaba íntegramente ocupada por un paraielepípedo de azucar cruceña, y le arrancaba a éste menudos trocitos a golpes de piedra. Lupercia traía de la cocina la caldera hirviendo, ya con la infusión, y llenaba los pocillos y finalmente la madre echaba en ellos los trocitos necesarios para endulzarlos. Era una bebida deliciosa, la saboreábamos a pequeños sorbos y yo la esperaba cada noche desde antes de que se iniciara la tertulia.

Los jueves, a las nueve de la mañana, el maestro nos conducía en formación al templo. El templo era un asombro. Monumental y grandioso, henchido de suntuosidad. Todo era solemne, imponente. Comparado con éste, el de mi pueblo era una mísera casucha. Llegada junto al presbiterio la cabeza, nos abríamos en dos filas y esperábamos. Aparte de nosotros había alguna gente, las mujeres, de rodillas, y los hombres, de pie, todos también esperando. Una música hondamente posesiva comenzaba a resonar en todo el ámbito y a poco aparecían uno tras otro tres sacerdotes. Mientras ellos hacían retumbar con sus latines cantados los aires, yo devoraba con los ojos la fastuosidad del altar mayor. Parecíame todo hecho de oro y plata. Al centro se encontraba como en un trono Mama Bella, patrona de Arani. Se la veía morena, con la frente gacha y unos ojos enormes que se tendían maternales sobre nosotros. A pesar de su nombre, esta Virgen no era tan hermosa como la patrona de mi pueblo, de mejillas rosadas, la faz ligeramente ladeada y una sonrisa inefable en los ojos. Cada jueves me pasaba yo muy largos momentos abismado en

esta comparación. A los costados de Mama Bella había numerosos nichos ocupados por sendas estatuas barbudas y lujosamente ataviadas. Los nichos hallábanse enmarcados por enormes planchas de plata y ricas molduras estofadas.

Entretanto uno de los sacerdotes cantaba el *ite misa est* y la música del coro hacía rimbombar una especie de marcha final.

Algunas veces Pantoja y yo hacíamos incursión, después de la misa, hasta la sacristía. Era un recinto espacioso con gigantescas cómodas de madera lujosamente tallada y enormes cuadros colgados de las paredes. Eran los retratos, a decir de mi amigo, de los obispos fallecidos siglos atrás en el pueblo en su tránsito a Santa Cruz de la Sierra. Las momias de los prelados, siempre según Pantoja, se conservaban en una cripta existente debajo de la sacristía. La muerte de tales obispos me obsedía tenazmente y despertaba en mí una serie de interrogantes. ¿Por qué esos obispos se morían precisamente en Arani? ¿Qué tenía Arani para producir la muerte de tantos santos varones? ¿Qué tenían ellos para no poder llegar a su destino y quedarse para siempre en Arani? ¿Era algún designio de la Divina Providencia? ¿Y por qué?

IV

Una noche en la chapapa de los chacareros

Los sábados y domingos, al anochecer, mi madre se arrodajaba en el suelo, como siempre, pegada a una hoja de la puerta, mientras que yo, a su diestra, me sentaba en la piedra del umbral con el pituso entre las rodillas y León ocupaba el otro costado.

Mi madre hilaba ahora lana de llama, deseosa de hacer tejer un poncho de ese material para mi padre. En tanto que sus dedos imprimían ímpetu a la danza arrebatada de la *phushka* y estirazaban la lana hasta que se convirtiera en el hilo apetecido, iba rememorando, como

otras veces, pequeños sucesos y cosas de su niñez y de su juventud. Entonces supe que ella, de modo natural inclinada a la actividad, había trabajado desde su más temprana adolescencia. Su madre había quedado con muy poca hacienda y el espectro de la miseria rondaba la casa. La iniciación de la joven en el trabajo había sido en demasía penosa. **Chajmiri** en las heredades vecinas y recolectora de los desperdicios dejados en las **phinas**. Qué tarea más lenta y engorrosa, rompiéndosele a una el espinazo, aquella de ir recogiendo el maíz grano a grano en disputa con los pájaros bajo el inclemente flagelo del sol. Yo había visto muchas veces **phinas** desocupadas. En ellas quedaban más granos que estrellas en el cielo. Mientras ella hablaba, yo iba pensando que no era posible que hubiese persona humana capaz de pasarse horas y días recogiendo, y en cuclillas, tal infinidad de granos. Después, trabajó como **tipiri** en maizales ajenos porque en los propios no le era permitido. La **Sip'ira** Manuela tenía sus modos muy personales de pensar y de obrar. El maíz atesorado, en derecho al molino. Ella en persona, desde entonces acompañada por el adicto **tata** Gasparu, en esos tiempos muy joven. La harina obtenida, a la venta. Y no era dable quedarse mano sobre mano hasta la siguiente cosecha, pues la ganancia obtenida no debía adormilarse y a su alcance comprábase grano en alguna troje y nuevamente al molino. Así fue acumulando, real sobre real, una reserva cada vez más importante. Cuando hubo llegado a su nubilidad, su madre no quería que abrigase la idea de las nupcias ni por sueños. "Cuando yo muera, sí, pensarás en casarte" le decía a menudo. Y era que la **Sip'ira** no contaba en su vejez con otra compañera que mi madre, puesto que sus otros hijos andaban cada cual por su lado y se les daba poco ya de la anciana. Y así hubo de ser. A los cuatro años de haberla enterrado pudo recién casarse, ya archimadura, y con un hombre menor que ella. Y venciendo escollos y contrariedades sin cuento amontonados por sus hermanos, cegados por el egoísmo y por un orgullo basado en una necia presunción de clase. Había llegado al matrimonio propietaria de un

predio de cierta consideración, pues había adquirido de tres de sus hermanos las parcelas que ellos habían heredado.



Aquel sábado, no bien hube llegado, Bautista me hizo una seña desde el patio, se encerró conmigo en el cuarto y me susurró al oído:

—Esta noche iré a dormir en la chapapa de **Chaqwintu**. **Tata** Bartolo está enfermo y su hijo Hilacu debe ir de trueque a **Yanarrumi**. Habrá un **wawakiyanaku** macanudo y me divertiré de lo lindo. Vamos si quieres.

—¿De cómo? — dije incrédulo —. Imposible.

—Tonto, si aquí eres el rey chico. Haces lo que quieres. La mamá te dice amén a todo. No tienes más que hablarle...

—Ni pensarlo — dije con pesimismo —. No querrá ni oírme.

—Anda, no seas opa, ruégale. Yo a mi vez lloriquearé un poco, diré que no puedo ir solo, que el **khari-siri** me da miedo... Y verás.

En efecto, mi madre casi no opuso resistencia y lo único que exigió fue que yo no durmiera arriba con el **yoqalla**, sino abajo, en el suelo, solo. Después hizo cargar la parda con buen número de cueros y cobijas y hasta sábanas, y tras una breve exhortación nos despidió.

Los maizales hallábanse en pleno período de maduración. El choclo cocido aromaba el aire de las chozas y ese aroma venía a incitar incisivamente el apetito.

Dejándome al cuidado de la parda junto a la **chapapa**, Bautista fue a informar de nuestra dormida a **tata** Bartolo. La **chapapa** era una chozuela cónica suspendida sobre cuatro gruesos palos de molle plantados en el suelo a la orilla del maizal. Espesábanse las sombras y reilonas las estrellas parecían hacerme monerías desde las alturas. Un hálito de solemnidad y de misterio murmuraba en el laberinto en que se iban a pique mis ojos.

Bautista demoróse mucho y llegó muy contento.

Antes había tenido que dar cuenta de una buena escudilla de choclos estupendos que mama Martina le había puesto en las manos.

El pedido de mi madre cayó en saco roto. Ni lo recordamos siquiera. Cargado de mi cama trepó el **yoqalla** por uno de los palos a la **chapapa**, la tendió allí cuidadosamente y, vuelto a tierra, me ayudó a subir. Me sentí en el cielo. Era maravilloso verse en esa altura. Hallábame dispuesto a admitir que me acercaba un poco a las estrellas y parecíame que ellas se volvían más luminosas y más reilonas. Poco me faltó para creer que, como el **Wakauya** Serapio a la luna, podía alcanzarlas con una o dos cañahuecas. Era tan cristalina, tan plena mi alegría.

Nos sentamos lado a lado, con las piernas extendidas y las espaldas cómodamente apoyadas en los paños parantes. Anaciblemente, insensiblemente se deslizaba el tiempo. Croaban los sapos en alguna charca. En una, en otra choza ladraban los perros. De cuando en cuando aserraba su diapason algún grillo.

Yo había oído hablar mucho del **wawakiyanaku**. Era toda una competencia. Tal vez mejor que entre las pandillas de carnaval. Ahora habría de oír cosas embelesadoras y me pirraba porque alguna **chapapa**, aun cuando fuera la nuestra, rompiera de una buena vez el fuego. Pero no dije nada. Sin embargo, como si hubiese soltado la pregunta o quizás apercebido de mi impaciencia Bautista dijo:

—Mejor es aguardar. Cuando otros comienzan siempre se puede ir contestando. Si uno comienza, a lo mejor se le agotan los **takis** y tiene que callarse. Y callarse es lo peor: es como perder en una pelea. A lo mejor le **japapean** a uno.

No hubo que aguardar mucho. Una voz aflautada, muy clara hendió las sombras:

Wawakiyamúway	(Cántame un wawaki ,
wawakivasqayki.	yo te cantaré otro.
Paya khuchiytawan	Con mi puerca vieja

much'anachisqayki.
¡Ushaaaa!...

te haré besuquear.
¡Ushaaaa!...)

Un chasco. Yo me había esperado otra cosa, una copla fina, bueno, hasta picante, como las del carnaval y no una grosería. Pero Bautista cortó mis sensaciones contestando:

“Chilijchi uritapi
chilin campanita.
Wawakiyawájpaj
janp'atu kankita.
¡Ushaaaa!...”

(Suena bajo el ceibo
una campanita.
Para el que me canta
hay un sapo asado.
¡Ushaaaa!...)

Juzgué que era una respuesta digna, tal para cual, por más que mi desazón iba en aumento. ¿No sabían nada mejor los hombres, de las chapapas? Entretanto cerca y lejos, en toda la extensión de la noche acribillaban el aire coplas más o menos del mismo jaez. El rival de Bautista cantó de pronto:

“Apachimurqayki
wajchilla kankata,
mikhuykurqankichu
kunkan k'aspillata.
¡Ushaaaa!...”

(Te mandé una garza
cenicienta asada,
di, te la comiste
cuello tieso y todo?
¡Ushaaaa!...)

Mis expectativas se iban desmoronando por pedazos. Ya no esperaba nada bueno y Bautista se encargó de asestarme el golpe de gracia cantando:

“Muyuykamusqájtij
muyuykamusqasqa.
Paychari nirqani,
állqoj uman kasqa.
¡Ushaaaa!...”

(Al darme la vuelta
él también se daba.
Dije: “Es él y era una
cabeza de perro.
¡Ushaaaa!...)

Mi desencanto fue definitivo, comenzó a dolerme el haber caído tan mansamente en la engañifa del criado y cerrando los oídos a la torpe ñoñería de las coplas

me acosté y, cubriéndome con las cobijas cabeza y todo, llamé en mi auxilio al sueño. Pobre de mí. Era que con el maestro Torrico estaba aprendiendo a distinguir las cosas y apreciarlas. Ahora me gustaban versos como aquellos de la perla y el diamante y como aquellos en que el niño amaba a su madre por encima de todo. Y también algunas coplas, delicadas y dolientes, que en sus momentos de desahogo — que no eran frecuentes — solía cantar mi madre. No eran muchas y quizás por eso vivieron siempre en mi memoria. Ahora mismo el recuerdo de ella me viene acompañado de esta estrofa:

“Qonqaymanta aswan k'arajta (Más amarga que el olvido
uj waqaytas waqarqani, una lágrima vertí
mana pipis píchaj kajtin y no habiendo quien la enjague
nuqallátaj millp'urqani”. yo misma me la bebí).

El siguiente sábado, al hallarnos ya cerca del cerro Chinburía, vi que mi padre lo rodeaba, del lado de Ciacó, con nuestras borricas cargadas con fardos descomunales. Prescindiendo de mis compañeros eché a correr a su encuentro. No estaba solo, acompañábale Bautista, y volvía de haber comprado lana de oveja en las **estancias**. El criado venía muy cansado, con los calcañares ensangrentados, pero muy contento. Me miró con aire de superioridad y sin más echó a hablar a chorretadas. Había ido a conocer muchas estancias y llegado inclusive a **Larimarka**. “Para llegar a **Larimarka** — recalcó presuntuoso — uno tiene que ser muy hombrecito”. Después, culminando en su entono me dijo: “Tú no serías capaz de llegar ni siquiera a **P'isqomayu**”, y me miró muy de arriba.

Mi madre había acabado de hilar la lana de llama, el caito se hallaba en el telar de don Leandro, aventajado tejedor del pueblo, y ya en obra el poncho de mi padre. Ahora ella tenía resuelto hilar todo el caito necesario para una alfombra destinada a la sala de nuestra **Patawasi**. La sala era muy espaciosa, mi padre no se mostraba muy optimista acerca de los alcances de su consorte, pues le parecía que el trabajo resultaría dema-

siado duro; pero ella mostraba una decisión inquebrantable. Como que sábado tras sábado la encontraba dada a la **phuska**, con Bautista y León peleando a brazo partido con los toritos y cestas y cestas colmadas de grandes pelotas de caito. Después vi el teñido: el rojo con cochinilla comprada en Cliza y el verde con cogollos de t'ula traídos de las alturas por mi padre. Y vi finalmente la alfombra, a grandes cuadros rojos y verdes, cuidadosamente extendida sobre el enladrillado de la sala con regocijada complacencia de todos nosotros.

V

Mi primera experiencia política

Era domingo. Almorzábamos algo tarde. Mi madre, que había salido muy temprano al campo, demoró en regresar y luego Bautista tuvo que correr en busca mía, pues en casa no se servía el almuerzo antes de que todos estuviéramos presentes. Entre bocado y bocado departían mis padres como era su costumbre. De pronto mi padre deslizó con cierta indiferencia:

—Dicen que esta tarde habrá **club**.

Me madre pareció no darle importancia a la noticia y no dijo nada. Pero el pituso metió baza y como siempre soltó su chorretada de preguntas. Mi padre le contestaba complaciente y de ese modo supe que en el pueblo llamaban **club** a lo que hoy se dice mitin; que a media tarde llegaría de Punata el candidato a diputado, esto es, el que quería ser elegido para ir a hacer leyes en La Paz junto con otros iguales que él; que luego se reuniría mucha gente en alguna casa y hablaría allí el candidato; que dentro de un par de semanas habría votaciones...

Pequeños corros se formaban en algunas esquinas y de pasada oí que en ellos se hablaba también del **club**. Luego cacé una noticia adicional: el **club** se realizaría en el patio de don Florencio Padilla, padre de Antonio, mi compañero de escuela.

Al promediar la tarde me encontraba en la Plazuela, mezclado con una turba de chiquillos. Robustiano, Anián, Valerio, el Sananca... y ninguno de los que estudiaban conmigo en Arani. Una veintena de hombres tomaba sombra bajo el terebinto. A los niños les gusta meter las narices entre los mayores, prestos los oídos. Así supimos que el candidato era un hombre de mucha cabeza, de mucho empuje, de mucho caudal y no sé cuántos muchos más. Y además doctor. Era la primera vez que oía esa palabreja; de modo que no la penetré; pero me la guardé bien en el magín para ir a buscarla sin pérdida de tiempo, pero hasta encontrarla, en el diccionario de la escuela.

—¡Vengan!... — gritó algún chico desde la puerta del carpintero don Horacio. De ese punto se dominaba todo el camino de Punata, derecho, como tirado a cordel —¡Viene un coche!... ¡Un coche!...

—Ya será el doctor — dijo alguno entre los mayores y todos se dirigieron hacia el camino precedidos por la gente menuda. Pero nosotros no nos detuvimos a la puerta de don Horacio, sino que nos arrojamos camino adelante, decididos a ir a estrellarnos contra el coche.

Corrimos a lo que nos daban las piernas; pero pronto ellas comenzaron a flaquear y acabamos por ponernos al trote. Llegamos así a las inmediaciones del coche; mas éste no se detuvo y, como decidido a pasar encima de nosotros, obligónos a abrirle calle. Del interior del vehículo surgió un gran sombrero de jipijapa sobre una cara rosada casi perdida en una espesa barba rubia y debajo una mano enguantada se agitó a guisa de saludo. Esto duró lo que un relámpago y el coche continuó resbalando envuelto en una nube de polvo. Nosotros nos vimos perplejos, no sabíamos qué se debía decir o hacer en una coyuntura así y optamos por guardar silencio; sin embargo hubo en todos un impulso, el de trotar detrás del carruaje, haciendo caso omiso de la asfixiante polvareda que nos envolvía, y así, con nuestra escolta llegó a la Plazuela el candidato. Para entonces ya se había congregado allí mucha gente. El sombrero de jipijapa y otros sombreros descendieron del vehículo y

todos ellos se esfumaron entre la apiñada multitud, la cual, en silencio, como en una procesión, se movió hacia el centro del pueblo.

El patio de don Florencio veíase atestado de gente. Todos hombres, ni una mujer. Y los chicos metidos por doquiera como cuñas. En el vano de una puerta se irguió sobre una silleta un hombre muy bien vestido, con corbata y sin sombrero. Era de los llegados con el candidato y echó algo que dijeron que era un discurso. Después hablaron otros, principalmente uno que llevaba unos guederos con cristales muy gruesos a través de los cuales parecían atisbar de muy adentro unos ojos pequeños. Por último habló largamente el candidato. Era el del sombrero de jipijapa y la barba rubia; pero ahora en vez del sombrero llevaba una cabellera larga y espesa, impecablemente peinada con una raya perfecta a un costado. No le entendí una palabra como tampoco a los otros. Me quedé ante ellos como tiempo atrás frente a la "Historia Patria" del inolvidable Benjamín Guzmán C. Y comprendí que aun tenía que ir quemándome las cejas quién sabe hasta cuándo si quería bañarme en la luz que proyectaban cosas tan importantes como debían ser aquellos discursos.

Vuelto a Arani, seguí ilustrándome. Supe que el de sombrero de jipijapa y barba rubia respondía al nombre de Faustino Alberto Quiroga y era candidato oficial, es decir, contaba con el apoyo del gobierno. Contendor suyo, esto es, el que aspiraba a ser elegido en lugar de él, era don Nemesio Mariscal, hombre provector, oriundo del pueblo, querido y respetado aquí como un patriarca. Pero a pesar de ello o quizás por eso mismo no se dejaba ver por ningún lado y en todo el tiempo que ya vivía cerca de él pude verlo apenas una vez. Era para mis ojos un hombre corpulento, de vientre prominente y bigote negro, y llevaba — la casualidad — también sombrero de jipijapa. No fue a hacer club en mi pueblo y ni siquiera lo hizo en el suyo, tal vez porque no veía la necesidad y daba por seguro su triunfo sobre el rival. Pero tampoco el candidato oficial se presentó a realizar su club aquí. No me explicaba por qué de manera tan

sencilla le dejaba el campo libre a su contrincante. Otra cosa que supe fue que no habría votaciones en mi pago porque él no era sino un cantón de Arani; de modo que mis paisanos debían venir aquí a emitir su voto.

No recuerdo por qué motivo me quedé aquel sábado en Arani mientras que mis paisanos se marcharon todos juntos como de costumbre. Como no tenía ninguna ocupación me pasé la mañana del domingo azotando las calles y lamiéndome ni más ni menos que el buey suelto. A eso de las diez me encontraba hacia el centro de la plaza cuando de improviso descubrí que por la esquina de la torre ingresaba una compacta formación de gente, todos hombres. Barrunté que se trataba de mis paisanos, que acudían a participar en las votaciones, pues era precisamente ése el día señalado al efecto, y corrí con el corazón que me bailaba hacia la esquina noroeste, ansioso por abarcar del primero al último. Venían formados de **cuatro en fondo**, igual que nosotros en la escuela en las clases de gimnasia. Ocupaban la vanguardia los **chapaikuna**: don Gumerindo, don Fermín, don José María, don Claudio... encabezados por el cura **tata** Quintín. Quedé admirado en vista de que los curas podían también votar, ellos que a mi pensar debían vivir consagrados nada más que al altar, al púlpito y al confesonario. En la esquina había un nutrido grupo de individuos que miraban el desfile entre curiosos y socarrones. Llegaba la primera fila al punto donde iba a girar hacia el otro **frente** de la plaza cuando del grupo de mirones se desprendió un artesano algo trapiento que llevaba un sombrero negro muy venido a menos. Encaminóse al encuentro del sacerdote como deseoso de cumplimentarle: mas, puesto delante de él, sacóse el sombrero y con él le sopapeó de un lado y de otro hasta dejarle la cara del mismo color que la sotana. El agredido soportó el ultraje estoicamente, sin un ademán, sin un gesto y siguió caminando con la cabeza erizada. Ninguno de sus compañeros despegó la boca ni hizo nada. Todos pasaron por alto el agravio como si hubiesen así convenido de antemano, o quizás porque se hallaban en tierra ajena, o quizás por no echar a perder

la función antes de tiempo. Continuaron su desfile en silencio y por mi calle se dirigieron a su alojamiento. Yo caí presa de un desconcierto irremediable; me era imposible encontrar una explicación para aquello que me parecía una monstruosa herejía y en tal estado de ánimo me vi, que dejé pasar a mi gente como con los ojos cerrados y al final ni siquiera me di cuenta de haberlo visto o no haberlo visto a mi padre.

No supe cómo transcurrió el tiempo hasta pasado el mediodía. Hacia la una presentóse en casa mi padre y me sacó a dar una vuelta, según me dijo. 'Tomóme de la mano y me condujo hacia la plaza. Quizás deseaba que su hijo viera como se realizaban las votaciones o quizás tan sólo que pasáramos unos momentos juntos. En la plaza nos estrellamos contra una turbamulta de cholas energúmenas y alharaquientas. Como si sólo nos estuvieran esperando a nosotros ellas se pusieron a desempedrar el suelo y meter las piedras en el entaído. Mi padre siguió adelante, sin soltarme la mano, orillando el torbellino de polleras, hacia el centro de la plaza. Entonces vi una lluvia de piedras sobre la cabeza de mi primo Crucito, hijo de mi tío Juan de Dios, y de muchos paisanos más, que huían a gachas para no ser descalabrados. Y antes de nada comenzó un tronar de fusiles metiendo el pánico en todo el mundo. Echamos a correr siempre recto, con los silbidos de las balas encima, y a un lado vi a un hombre que se llevaba las manos al pecho y se desplomaba de bruces. En llegando a la esquina nos refugiábamos en una habitación y la puerta se cerró detrás de nosotros, mientras los fusiles seguían tronando y había un desesperado clamoreo en toda la plaza. Eramos muchos, pero la puerta se abrió y la dueña, una chola torosa, nos señaló la calle. Como seguían los alaridos, por más que no tronaban ya los fusiles, tomamos calle abajo, pero rodeamos la manzana y nuevamente penetramos en la plaza. Las cholas habían desaparecido, un pelotón de gendarmes, en fila y las armas en descanso, parecía holgarse contemplando el ir y venir de los electores entre las blancas casetas y las mesas receptoras.

En casa encontramos a don Regis, que acezaba con el semblante demudado en medio de tres o cuatro de sus amigos, en el patio.

—¡Esas cholas!... — gritaba —. ¡Esas cholas!...

—Querían imponerse por las malas — opinó alguno de los amigos.

—Tuvieron su merecido — concluyó otro.

Entramos en la sala y mi padre tomó asiento en una silla. El no acezaba ni se le notaba nada en el semblante. A poco vino don Regis, sentóse frente a mi padre y trabó conversación con él. No se había serenado aún del todo. Explicó el comportamiento de las cholas, apasionadas admiradoras del candidato Mariscal, hijo del pueblo, acaudalado y filántropo.

—Una ceguera momentánea — dijo —. Acabará aquí. Los muelleños no deben sentirse agraviados.

—Comprendemos — asintió mi padre —. Al menos yo. Seguro que también mis paisanos.

—¿Y el chico? — preguntó después don Regis —. Creo que estaba contigo.

Hablaban en quechua. Pero en nuestro idioma no existe un equivalente del *usted*.

—Sí, estaba conmigo — respondió mi padre rozándome con los ojos.

—¡Pobre chiquillo! — exclamó don Regis — ¿Cómo te las arreglaste con él? ¿En medio de las balas?

—Sin novedad — dijo mi padre mirándome con extraña fijeza —. Corrió junto conmigo.

—¿Cómo! ¿No se quedó despatarrado? ¿No...

—Nada. Ni siquiera se asustó — dijo mirándome otra vez.

—Machu — dirigióse a mí don Regis, — ¿no te measte?

—¿Por qué? — pregunté más bien extrañado.

—Por las piedras, por las balas.

—Mi padre — dije — me tenía de la mano. ¿Qué me iba a pasar?

—Caray — acentuó don Regis, — este Machu.

Ese día me gané el apodo de Machu y en adelante

ya nadie en la casa, ni siquiera Urbano, me llamaba de otra manera.

Las preguntas de don Regis me habían parecido superfluas porque en verdad, durante el tumulto yo había sido ajeno a toda sensación como si aquello estuviera sucediendo en sueños. Lo único efectivo era que mi padre me tenía de la mano. Las piedras iban contra los que hormigueaban al redor de las casetas y las balas pasaban altas y no tenían que ver nada conmigo. Si corrí fue porque corrió mi padre y no me soltó la mano.

Mi padre trató de dejarme en casa, pero yo le seguí. Entramos en casa de don Benito, a media cuadra de la nuestra, y allí mis paisanos llenaban la sala y el patio. Recibí halagos de mi tío Juan de Dios, de mi tío Gil, de mis primos David, Aniceto, Crucito... Este había quedado con un feo tolondrón en el colodrillo y se rió al mostrármelo. Ya era tarde, y no se marchaban; parecían esperar algo... Como que a eso de las cinco llegó don Benito y dijo que el candidato liberal había ganado. Alguien gritó: "¡Bravo! ¡Viva don Faustino!". Y hubo un largo murmullo de complacencia. Entonces supe que los que gobernaban el país se llamaban liberales, aunque me quedé a la luna acerca de lo que con esa palabreja querían decir.

—Pero hay un muerto — añadió después don Benito — y varios heridos.

Al punto me acordé del hombre aquel que se llevaba las manos al pecho y caía de bruces. ¿Sería ése el muerto? Vete a saber... Los demás enmudecieron y algunos bajaron la cabeza.

No me di cuenta en un principio porque me quedé, junto a mi padre, en el patio; pero luego vi que sobre una mesa esquinera de la sala había un montón de revólveres, cuchillos y cortaplumas. Por la mañana, antes de que se encaminaran al recinto electoral, se los habían requisado; ahora el propio don Benito se los devolvía. Mi padre recobró aquel para mí famoso revólver con cuyas balas Bautista me había más de una vez atrapado.

Mis paisanos salieron en masa para tomar el camino de retorno. Mi padre ahí mismo se me quiso despedir; pero yo le seguí, resuelto a acompañarle hasta la orilla del río. Ya no iban formados como a la llegada, sino llenando en desorden la calle. En algunas puertas aparecían grupos de cholas frenéticas y nos gritaban:

—¡Mueleños **jak'utalegas!** ¡Asesinos! ¡Piensen otra vez poner los pies en nuestras calles! ¡Mueleños **jak'utalegas!**

Mis paisanos pasaban silenciosos, serenos, imperturbables.

Mi padre era un hombre de los que se suelen decir introvertidos. Parecía vivir encerrado dentro de sí mismo. Y era así que con sus propios hijos fue siempre poco efusivo. Pero aquella tarde, a la orilla del río, alzóme en sus brazos, me estuvo colmando de caricias y de dulces palabras largo rato, y finalmente me besó y me volvió a besar.

La mañana siguiente, a la salida de la escuela, vi una apiñada multitud enfrente de la vicaría. Había un ataúd puesto en el suelo, cerca de la puerta y contra ésta volaron algunas piedras. La gente vociferaba y exigía que se presentase el vicario, pero la puerta, herméticamente cerrada, no se movía. Menudearon contra ella las piedras y el aire se estremecía de gritos e interjecciones. Aparecieron los gendarmes de la víspera y, una rodilla en tierra, dirigieron sus fusiles contra la muchedumbre. Entonces ésta optó por alzar el ataúd y dirigirse a la calle del cementerio, en silencio.

Las elecciones dejaron una grieta profunda entre la población. Los **qhapajkuna** habían decretado la victoria del candidato oficial traicionando abiertamente al patriarca del pueblo, en el sentir de la cholada. Ahora ésta hervía en cólera, denostaba y amenazaba. Los **qhapajkuna** no salían de sus casas y los que se mostraban por la calle eran vituperados y aun agredidos.

Entre los traidores era señalado el vicario, quien había votado contra el patriarca. No salía de la vicaría y durante un buen tiempo no pudo asomar al templo, delegando su ministerio a los ayudantes.

! También don Regis cayó entre los infidentes. Aunque casado con una chola, hallábase emparentado con los principales del pueblo: don Zenobio, don Ulises, don León... todos Claros, y con ellos había apoyado al candidato Quiroga. Y en la entresemana llególe el día de sus días. Doña Eulalia y sus hijas se movieron desde la vispera, pelaron media docena de gallinas y descuartizaron buen número de cobayos. El hijo casado, Eliodoro, se presentó muy temprano con su abrazo, su mujer, una chola dengosa y bien parecida, y el braguillas Urbano. Este se despepitaba por atrapar al pavo, que parecía jugarle al santo mocarro; pero cuando tropezaba conmigo poníase a estridular: "¡Machu, viva Manistal!". A ratos me irritaba y cuando le ponía a los pechos el puño, él picaba de soleta y desde lejos me seguía estridulando: "¡Machu, viva Manistal!".

Al atardecer llegaron los parientes. Don León vino con la espalda chorreando. Ya cerca, la Muk'ura Margacha le había vaciado por detrás todo un bacín de meados y se había encerrado en su casa. Hubo explosiones de indignación contra la atrevida, famosa por sus perversidades en el pueblo, y el aire de la sala se puso muy pesado y no se aligeró sino cuando le hubo llegado su momento a la bucólica.

Se había traído de alguna parte una mesa muy larga, la cual se hallaba ahora dispuesta en el centro de la sala, decorada con un flamante mantel y con cubiertos desempaquetados para la ocasión por doña Eulalia. En el momento de sentarse a la mesa alguien se acordó del vicario y otros dijeron que era preciso invitarlo. Don Regis mostróse de acuerdo y Lupercia, conocedora del camino, fue la recadera. El vicario entró con la sotana manchada de tierra, abrazó con harta efusión al del día y asimismo a los demás y ocupó la cabecera de la mesa. Se hablaba y se reía a boca llena. Don León, olvidado de su percance, se mostraba chancero y ocurrente. En cierta coyuntura dijo que don Nemesio Mariscal había pasado un trago muy amargo, casi hasta las lágrimas, al recibir la noticia de su derrota. Los demás rieron. Enrique y yo traíamos a la mesa las viandas ser-

vidas en la cocina por doña Eulalia y Sinforosa, en tanto que Lupercia, lujosamente vestida y más bonita que nunca, provista de un gran jarro de cristal, se encargaba de mantener siempre llenas las copas de los invitados.

Despachadas las viandas, la mesa fue relegada al patio y Eliodoro y otro invitado hicieron aparecer una guitarra y una bandurria, poniéndose en seguida a **malaguear** una cueca. Bailaron como también solían los míos en mi pueblo, con mucha animación y muchas canciones, entre sucesivas rondas de chicha servidas siempre por Lupercia.

Como se acordaron — del vicario — al sentarse a la mesa, lo hicieron también a la hora del baile. “Una cuequita, tatay”, le rogaron. El no aceptó la cuequita, pero ya no pudo desairar un **bailecito**. Lo bailó con doña Eulalia, con harta discreción, con harta parsimonia. Y todos quedaron muy contentos. Bailaron hasta muy tarde. Bailaron también Sinforosa y Lupercia. La primera como midiendo sus movimientos y sin levantar los ojos del suelo. La otra, con mucha soltura, con mucho aire, enardecida, como si el baile fuera todo para ella.

La pedrea de aquel domingo les había caído a mis paisanos de una manera del todo inesperada. Ahora, poco dispuestos a ofrecer la otra mejilla, habían resuelto marchar a darle la cara al adversario. Una tarde, a la salida de la escuela, vi entrar en la plaza todo un escuadrón montado. Formados por parejas, a paso lento, silenciosos y aguerridos, recorrieron los cuatro frentes de la plaza y se retiraron por donde habían entrado. Conté hasta doscientos jinetes y mi padre no me vió ni hice nada porque me viera. Pero me sentí contento y más aún al ver que no se abría ninguna puerta ni había alma nacida por ningún lado. Fui detrás del escuadrón, que se alejaba con el mismo aire, hasta la orilla del río. Y regresé satisfecho de la hombrada que acababan de realizar mis paisanos cobrando de forma tan digna el agravio.

Mis primeras derrotas en las lides del amor

No recuerdo por qué motivo aquel lunes Enrique y yo no pudimos regresar a Arani en la forma de costumbre, es decir, junto con los otros muchachos. Partimos mucho después de almorzar, casi al mediodía, haciendo el camino con el primo Serafín, grandullón como Enrique y experimentado yungueño, hijo de mi tío Víctor, que se iba a Vandiola después de unos días pasados en nuestro pueblo.

Serafín era un mozuelo de la primera tijera, avisado y decididor como pocos. Fue deleitándonos con las hablillas más sabrosas y cuentecillos los más picantes. Pero cuando empecé a admirarlo fue en cuanto puso los pies en un terreno que desde hacía algún tiempo era causa de hondas inquietudes para mí: lo extraordinario, lo secreto que había en las relaciones del hombre con la mujer. Los reportes de Serafín me abrieron como una varita mágica las puertas de un mundo fascinante que hasta entonces me era apenas presentido. Contaba cosas que a él le habían sucedido y hablaba sólo para Enrique, dado que yo era todavía un crío para entrar en cuenta. Pero yo cazaba sus palabras una a una y me las guardaba cual si fueran joyas invalorable. Vivieron en mi memoria como en un libro y ahora que me toca abrir esas páginas puedo muy bien leerlas y reproducirlas aquí. Sí, puedo. Pero a fin de no dilatar innecesariamente la dimensión de estas memorias las condensaré a mi modo con permiso del caro lector.

—Si una cholita te gusta — le decía a Enrique — debes hablarle primero con los ojos... Una mirada intensa, una sonrisa, un guiño oportuno... Si ella te mira también y te sonríe, estás en buen camino... Después la hablas... la convences... Claro que hay que saber escoger las palabras, los gestos... La convences de que te mueres por ella, que te matarías si ella no te hiciera caso... Cuando todo va bien — claro que irá si sabes conducirte, — la citas... Ella no falta... y con-

quista hecha. Te la... en fin. Así cayeron en mis manos la Susana, la Catita... — y mencionó tres o cuatro nombres más de mozállonas que yo bien conocía.

Conforme hablaba, el mozuelo iba creciendo a mis ojos y mi admiración era cada vez más profunda. Me parecía que un varón como él no era posible que hubiera en ninguna parte. De mi padre se decía que durante su soltería había engendrado hijos en muchas mujeres y una hija ya joven, una chola feúcha, fue un tiempo protegida de mi madre y hasta llegó a vivir unos días con nosotros. Pero Serafín le aventajaba con mucho. Era el hombre más afortunado. Y tan joven, casi un chiquillo. De pronto nació en mí un vago deseo de imitarlo, de ser como él, y ese deseo fue tomando cuerpo y llegó a convertirse luego en obsesión.

Tiempos después, pensando en Serafín, comprendí que era un hombre de imaginación exuberante, hechura tal vez del medio ubérrimo en que vivió desde su más tierna infancia. Pero en aquel entonces quedé sobresaturado de su lección y mis horas libres las llenaba de planes y soñaba con verme realizando siquiera una hazaña en algo parecida a las suyas.

Una morocha más o menos de mi edad, con grandes y hermosos ojos negros a cuya causa la llamaban **Wakañawi**, solía venir a casa. Era sobrina de doña Eulalia, no salía de una pollerita roja y de una mantita celeste y no usaba calzado. Sin vacilar la escogí para mi primera experiencia y tan pronto como me vi a solas con ella, me puse a aplicar la pauta de Serafín. En el primer punto me fue bien; sus ojos se entendieron perfectamente con los míos. Nada más ese día. Otro día, en el segundo punto, a pedir de boca; me contestó con una sonrisa perturbadora. Luego el azar trajo inesperadamente el desenlace. Una tarde nos dijo don Regis que alguna de las gallinas aovaba en el pajar y nos mandó a buscar los huevos. Corrimos y al correr la tomé de una mano. Ella se dejó. La paja llegaba casi al techo y hurgando en ella llegamos a lo más alto. Y allí fue que le eché los brazos al cuello y me hundi con ella en la paja. Pero ella pegó un alarido y escurrióse con increí-

ble presteza. Huyó como una exhalación. Oí que en la tienda gritaba: “¡Katari!... ¡Katari!...” Con un susto y un miedo que conocía por primera vez me refugié en la sala y no salí sino cuando llamaron a cenar. La Wakañawi había huído sin escuchar las exhortaciones de doña Eulalia.

—¿Tú no viste la víbora? — me preguntó don Regis.

—No — dije al borde del espanto.

Por suerte no hubo más y la morocha no apareció por casa durante un buen par de semanas y cuando volvió ya no tenía ojos ni nada para mí.

De manera tan desafortunada se había consumado mi primera derrota en las lides del amor.

Empero no tardé en hallar una explicación para aquel tremendo golpe. Yo no había cumplido todos los puntos recomendados por Serafín y había precipitado antes de tiempo el asalto. Ni siquiera la había hablado ni menos convencido. Pero ahora todo estaba perdido y no había más que mudar la hoja. Mudarla, sí, esto es, ir ojeando por otro lado, pues no sería de hombres soltar la carga con el primer contratiempo.

Pero yo carecía de relaciones en el pueblo, no visitaba ninguna casa; de suerte que en mi campo visual no se diseñaba nunca una silueta como la de la ingrata Wakañawi. Entonces no tuve más que pensar en Lupericia. Yo la admiraba desde la noche en que ella misma nos contó la forma cómo le habían arrebatado el tesoro de su virginidad. Barruntaba que esta moza no haría aspavientos como su prima y para mí que con ella era posible aplicar a satisfacción el método de Serafín. Y esperé que se ofreciera por sí sola una discreta coyuntura.

Ella había hilado una buena porción de lana de vicuña para un poncho que querían hacerle a don Regis. Tenía ya un lío de juñis y vió oportuno devanarlos en ovillos. No bien regresé de la escuela me pidió que la ayudara. Yo era experto en esta clase de ayuda. Desde cuando mi madre hiló para mi primer ponchito y el de León. Nos pusimos en trabajo frente a frente, sen-

tados en el suelo. Ella me envolvía de rato en rato en una arrebatadora mirada y en un momento que hallé oportuno me apliqué de lleno al lenguaje de los ojos. Ellos no la habían hablado aún lo suficiente cuando la moza con visible enfado me dijo:

—¡Machuy cuernos! ¡Qué me miras con esos ojos de cordero degollado!

Me sentí como si estuviera cayendo en un precipicio. Sin resuello. Envuelto en tinieblas. Se me soltaron varios hilos y se enredaron y entre fríos reproches ella hubo de componerlos. Después, cuando se despejó la cerrazón, ella me dijo conciliadora:

—Yo no sé qué te pasa, Machu. Estás inconocible. ¿Tal vez no te sientes bien?

Yo bajé la cabeza en silencio y sentí que tenía la cara hecha una brasa.

Así, tan tristemente se consumó mi segunda derrota.

No pasaron muchos días. Ocho, a lo sumo diez. Enrique y yo dormíamos en una sola cama, con las cabeceras opuestas. No sé qué hora de la noche sería; lo cierto es que desperté de un sueño profundo y percibí que mi primo no se encontraba en su sitio. La puerta seguía cerrada, era absoluto en torno el silencio y entonces entendí que él había ido a meterse en la cama de Lupercia. Casi maquinalmente salté al suelo, iba a correr a atrapar a los picarones en flagrante, mas preferí dirigirme a la puerta y salir al patio so pretexto de hacer aguas. Del punto en que me detuve se distinguía muy bien la cama de la moza y me puse alerta. Vi cómo Enrique, con los muslos desnudos, bajó por encima de las sillas y deslizóse a la sorda hacia nuestra cama. En un pronto de audacia resolví hacer lo mismo que mi primo, cerré la puerta y sin tropiezo alguno aparecí bajo la sábana, pegado al cuerpo de Lupercia, que yacía de costado. Ella — bien me daba cuenta — fingía hallarse sumida en las profundidades del sueño y manteníase en una inmovilidad de piedra. La abracé fuertemente, le susurré al oído su nombre, volví a susurrarle, y no logré conmoverla. La sacudí con vehemencia, desesperada-

mente, le susurré otra vez y otra vez su nombre, y nada. Metí la mano bajo su camisa, le tenté los muslos, llegué al pubis y mis dedos se enredaron en un vello breve y sedoso. Ella, como una estatua. Recogí la mano, mas la introduje de nuevo, pero por la abertura de la camisa y me encontré con unos pechos enormes y redondos como toronjas, como aquella que días atrás me regalaron unos roghos arrieros alojados con su recua en casa. Después, ya no supe qué hacer. Ese cuerpo inmóvil quemaba; pero yo no sentía en mí ardor alguno, ni deseo de nada, ni siquiera ánimo para seguir sobando esos pechos inertes e insensibles. De pronto me vino la idea de que sobraba en esa cama, que era un hombre inútil, incapaz de culminar como Enrique y avergonzado de cuanto acababa de hacer emprendí la retirada.

Ni esa noche ni al día siguiente ni nunca le dije una palabra a Enrique y mucho menos a Lupercia. Ni a nadie. Si echaba la lengua al aire, Lupercia la pasaba muy mal y Enrique debía liar sin remisión el hato. Pero ni remotamente caí en el pensamiento de soplonear y sin necesidad de meditarlo ni de hacerme un propósito archivé esa hoja en mi memorial íntimo. Mas Lupercia dejó de ser a mis ojos la de antes. Mi admiración y mi respeto eran ahora como bujías que el viento acabara de extinguir y en su lugar echaron raíces la mala crianza y la torpeza. No esperaba un motivo para reírme de ella y hacerle visajes ofensivos. No pocas veces me corría detrás de ella y le levantaba la pollera tan alto como podía y no era raro que mi mano resbalase brutalmente por sus entrepiernas. La infeliz enrojecía de indignación, pero en silencio besaba el azote y cuando mi insolencia era excesiva se limitaba a gritarme:

—¡Machuy cuernos! ¡Malcriado! ¡Te voy a torcer el pescuezo!

Pero yo me reía y nuevamente me lanzaba a la carga, sin darme cuenta de que mi víctima no me torcía el pescuezo tan sólo por el temor de que su secreto fuese echado al aire. Pobre Lupercia, moza garrida e incauta pecadora, cuánto daría ahora por llegar a ella, caer a sus pies y obtener su perdón.

VII

El yugo de los catorce puntos

Por la escuela desfilaban soseadamente los genios patriarcales de la Historia Sagrada: David frente a Goliath, Salomón con sus setecientas esposas y sus trescientas concubinas, Jeremías con sus plañidos, Daniel con sus leones, Jonás con su ballena... y Jesús andando sobre las aguas, haciendo del agua vino, resucitando muertos, enseñando a los pobres a sufrir mansamente el hambre, la vejación, la tiranía de los poderosos. Después recibíamos las gratas visitas de los que lucharon y murieron por nosotros: Alejo Calatayud, Túpaj Katari, Esteban Arze, Manuel Ascensión Padilla, Ignacio Warnes... Finalmente entraban por una puerta y salían por otra nuestros presidentes militares, aquellos que construyeron piedra a piedra, con sus armas y su ignorancia, la desgracia nacional. Por supuesto no los enjuiciaba así yo en aquella época. El general Belzu me parecía un gigante generoso cuando arrojaba puñados de monedas en las esquinas para que se las recogieran los pobres. El mismo general Melgarejo se me ofrecía como un prócer sin segundo, por más que hubiese regalado por pedazos el territorio nacional, pues analfabeto y cerrado de mollera como era, a fuerza de osadía y de bravura había atrapado la presidencia de la república y hasta había inventado una frase proverbial que andaba aún de boca en boca: "Confianza ni en la camisa".

Así, balanceándonos entre los profetas de Canaán y nuestros amos los generales nos vimos a un paso del día del nacimiento de nuestra Bolivia, en otros términos, del 6 de Agosto. El maestro Torrico hizo traer de alguna parte con el Sh'oqo Rojas y el vaqueño Goitia casi una resma de papel de diversos colores y nos proporcionó dos días de la más bullente holganza, ya que no era otra cosa el que unos se ocuparan de cortar el papel en triángulos rectangulares, otros, de ir pegándolos con engrudo y otros, en fin, de darle la última mano a unos vistosos globos multicolores dotados de una liviana canas-

tilla de alambre. El Sh'oqo Rojas era el jefe del obrador y unos seis o siete chicos de buena voluntad sus auxiliares, en tanto que los demás nos ocupábamos de chozpar como chivatos en el patio y muy de rato en rato nos asomábamos a inspeccionar el trabajo. La tarde del cinco teníamos amontonados en un rincón de la clase por lo menos una docena de magníficos globos.

Fuimos todos convocados para las siete de la noche y nos presentamos a la hora en punto como un solo hombre. Ibamos a festejar la víspera del Aniversario mandando al cielo unos cuantos luminares.

Original y cautivante era aquello para mí. Alguna vez habia hecho volar hasta cerca de las nubes una cometa, pero valiéndome de un ovillo de hilo y del favor del viento. Ahora iba a ver elevarse sin hilo y sin viento un globo de grandes dimensiones y me puse a observar la fajina con el total de mis sentidos.

El experto fue siempre el Sh'oqo Rojas y auxiliares no le faitaron. El primer globo fue adecuadamente desplegado en el patio. El Sh'oqo le introdujo por entre la canastilla una antorcha de algodón empapada en kerosén y, una vez dentro, la encendió con una cerilla. El humo fue inflando de más en más el artificio y cuando ya se lo veía hinchado a reventar, la antorcha fue sustituida por una peiotilla sobresaturada asimismo de kerosén. Encendida ésta, un momento después el globo comenzó a elevarse derechamente, sin titubeos y, ya arriba, dirigióse hacia la plaza. Corrimos allí entre regocijados aspavientos y vimos que nuestro aeróstato elevábase cada vez más y rumbeaba hacia Arachaca. Lo veíamos alejarse raudamente, seguir tomando altura y al mismo tiempo amenguando su volumen. Luego, como reclamado por el Tuti, tomó esa dirección. Siempre más alto y más pequeño, siguió alejándose y convirtióse en una bolita de fuego. Finalmente desapareció dejándome la impresión de que se había ido a hacerles compañía a las estrellas.

Soltamos tres globos más. Ellos siguieron la misma ruta que el primero y con parecidas incidencias fue-

ron a perderse, más allá del **Tuti**, en la inmensidad de la noche.

Tributamos ese homenaje en su víspera al Aniversario patrio y yo me fui a casa como pocas veces ufano, seguro de haber asistido a un espectáculo maravilloso. Enrique ya dormía y asimismo Lupercia. Soñé con globos casi toda la noche, pero con globos gigantescos en cuyas canastillas hacíamos viajes fantásticos los chicos de la escuela bajo el mando del **Sh'oqo** Rojas. Así en mis sueños se compaginaron nuestros globos con una nueva que al juntarnos para la largada oímos asombrados de labios del maestro Torrico: En Europa estaban realizando los sabios exitosas experiencias con globos de descomunales dimensiones que se elevaban, llevando gente en barquillas especiales, a alturas inauditas y recorrían distancias considerables. Se llamaban globos aerostáticos y sólo quedaba una dificultad que salvar: la dirección; aún no se podía conducir el aparato en el rumbo que se deseaba; los de a bordo debían dejarse llevar por el amor del viento. En seguida el **Sh'oqo** Rojas nos hizo abrir tamaños ojos con un complemento extraordinario: En Cochabamba también se había realizado una prueba soberbia. Un hombre habíase elevado en su globo en la plaza de San Sebastián y, volando muy alto hacia la Angostura, había ido a caer en **Yanaqaqa**. ¡Tate! Conque en nuestra tierra también había hombres hazañosos como en Europa.

La mañana del 6 gozamos todavía más que la víspera. No nos contentamos con la contemplación, sino que, al ganar altura y tomar rumbo el globo, nos lanzábamos en masa, a la disparada, en su seguimiento. Corríamos alborotando a la gente por las calles y luego por la campiña bulliciosos como bandada de loros. El primer globo fue a caer más allá de **Qollpa** sobre el camino que, según dijeron, iba a Sucre. Lo alzamos intacto y lo llevamos como un trofeo a la escuela. El segundo se incendió en el aire y el tercero y el cuarto, arrastrados por el viento sobre unos **tunillares**, quedaron lastimosamente desgarrados. Por la tarde nos deshicimos en sudor y cansancio, pero felices, corriendo en pos de los globos

restantes. Y fue todo lo que hicimos en conmemoración del Aniversario. Por la noche soñé nuevamente con los globos. Ahora íbamos flotando y balanceándonos en el espacio, aferrados a la canastilla de un globo enorme, Lupercia y yo, frente a frente. Yo le susurraba: “¡Lupercia!... ¡Lupercia!...” Ella permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, como dormida. Fui a sacudirla olvidado de que estábamos colgados en el aire y caí. Fui cayendo y cayendo y en el momento de estrellarme en tierra desperté.

—Juy, Jesuca — me dijo Enrique en ese momento, — has tenido una pesadilla **terribólica**. Hasta has gritado “¡Lupercia!” y he tenido que patearte para que despertaras — y se rió por lo bajo, como si tuviera la cabeza bajo la sábana. Yo iba a gritarle: “¡Conque yo, Lupercia! ¿Y tú?”, pero me callé.

Cinco semanas más tarde, el día que más hermosamente brilló el sol de Septiembre, tuvimos de nuevo horas felices con globos que iban a perderse entre las estrellas y otros que ardían en el espacio o se destrozaban arrastrados por el viento sobre los espinosos matorrales de las faldas de la montaña. Fue nuestro homenaje para Esteban Arze y sus bizarros cochabambinos.

Y dos semanas después el maestro Torrico nos hacía saber que el examen final se nos venía encima y que debíamos esperarlo dispuestos a demostrar que durante el año no habíamos perdido el tiempo. Y echamos mano de nuestros **copiados** y durante no sé cuántos días nos fuimos quemándonos las cejas empeñados en embutir de lecciones y más lecciones la sesera.

El día del examen llegaron muy temprano mis padres con Bautista, trayéndome ropa completa adquirida el último domingo en Cliza. Pero ¡ay!, lo de siempre, es decir, el aciago fantasma de mi crecimiento. El sombrero, negro por añadidura, me engullía la cabeza, orejas y todo, tanto, que tuvieron que meterle dentro tres, cuatro anchas tiras de papel para dorar la píldora. El terno me venía tan ancho y tan largo que parecía pertenecer a algún hermano mayor. Y los botines. Como un día inolvidable dijera mi padre en Cliza, los pies me bailaban

dentro de ellos, de modo que para aquietarlos tuvieron que rellenar las punteras con sendas porciones de lana que nos proporcionó Lupercia. Desde que aprendí a pensar habíame acostumbrado a creer que todo lo que hacía mi madre estaba siempre bien hecho. Así que cuando me metieron en esas atroces fundas hallé que todo debía ser así y que no podía hacerse de otra manera. Y nos fuimos camino de la escuela. Pero no. Mi madre me llevaba de la mano y pasamos de largo hasta una tenducha donde, como tenía por costumbre en ocasiones como aquella, me hizo beber una copita de vino. A la verdad, yo nunca le había hablado a mi madre de los raros efectos del vino y seguramente ella seguía pensando que ese pistraje debía ponerme tan parlero como un loro.

Cuando llegamos a la escuela yo llevaba todo un hormiguero metido en la cabeza. Unas hormigas chispeantes que se divertían haciéndome cosquillejas en los sesos. El examen acababa de empezar. En la cabecera hallábase instalado ante una mesa el tribunal. Lo formaban el vicario, el maestro Torrico y un vecino de los notables del pueblo, don José Manuel Sánchez, rico terrateniente y célibe empedernido, que adolecía de un tic muy desagradable: de rato en rato contraía violentamente un carrillo, con lo que la comisura de los labios subía y bajaba y se estiraba feamente. Delante de ellos y sentado en una silla se expedía el Sh'oqo Rojas, el mejor entre todos nosotros. Cuando acabó, hubo un murmullo de aprobación entre el público apiñado en el frente opuesto y alguien murmuró: "Se ha lucido". En seguida fue llamado Goitia, después Meleán, después otros. Cuando me tocó el turno y fui a ocupar la silla, las hormigas hacían de las suyas dentro de mi cabeza. Claro que los del tribunal me hicieron preguntas y yo contesté; pero cuando el vicario dijo: "suficiente" y abandoné el asiento, ya no recordaba qué preguntas me habían hecho ni qué respuestas había dado. Tenía el caletre sumido en tinieblas y no sentía otra cosa que el travieso pulular de las hormigas. Pero después oí muy bien la nota que me gané y no la he olvidado nunca. ¡Ay de

mí! una vez más salí cargando el poco decoroso fardo de los catorce puntos. Y no tuve los abrazos y parabienes que de sus padres y amigos cosecharon el Sh'oqo Rojas, Rodríguez, Meleán... Mis padres me acompañaron a casa con los brazos caídos y los labios sellados.

Don Regis y las suyas nos despidieron como si ellos y nosotros formáramos una sola familia. Lupercia me alzó suavemente, me retuvo mucho rato en sus brazos y me besó varias veces. "Ingrata — pensé —. No quiso nada conmigo y ahora me besa", y no le devolví ni el abrazo ni los besos.

Ya en la calle, fui víctima de una violenta acometida. Una mozuela cachigordeta, vecina nuestra, que andaba siempre muy bien vestida y empolvada y peinada con moño y que en el curso del año no me había mirado una sola vez, apoderóse de mi mano y me atrajo hacia sí. De nada sirvieron mis protestas y mi pataleo y saliéndose con la suya la pimpolla me abrazó con tanta fuerza y pegó de tal modo su boca a la mía que casi me hizo perder el aliento. "Mentecata — le dije en mis adentros —, nunca reparaste en mí y ahora me quieres ahogar de un solo beso. Ya te viera si tuviese unos años más". Y no me quiso soltar. Tuve que lanzar un alarido para verme libre. Mis padres me miraron debatirme indiferentes, casi complacidos y después, cuando los miré culpándolos de no haberme defendido de esa fiera, mi madre me dijo:

—Qué mas quieres, tontuelo. Es una señorita.

—Y qué. Ni que tuviera alguna cosa de más.

Mi padre reventó en una carcajada y mi madre sólo se sonrió.

Cuando llegamos al río ya el sol se había puesto; los pájaros, en los árboles de las orillas, parecían recitar sus últimas oraciones y un vientecillo juguetón me soplaba de rato en rato chichirinas al oído.

La segunda borrica que nos diera la parda, ya de carga, llevaba mi cama por delante. Mis padres iban los dos en la madre y yo en la blanquilla, con Bautista en la grupa. La noche era tibia y acogedora, con sus infaltables ladridos de perros a lo lejos, su croar de sa-

pos en las charcas vecinas y el intermitente chispeo de las luciérnagas en el aire.

Mis padres conversaban acerca de las bondades de la familia de don Regis, mientras que yo me dejaba ganar por la bonanza de la hora. De pronto me entraron deseos de conversar, de decir algo y asimismo de presumir un poco. Me acordé del examen del Sh'oqo Rojas y de las tres palabras que de él luego dijeron: "Se ha lucido". Y bajo el embrujo de esas tres palabras resolví deslumbrar a Bautista, por lo menos crecer a sus ojos, y le dije:

—Bautista, en mi examen me he lucido.

Bautista, como si no me hubiese oído. Sentíme aplastado por el peso de mi mentirilla, me pregunté muchas veces: "¿Por qué he mentido?" y me encerré en mí mismo hasta que hubimos llegado a casa.

VIII

Un hombre que conoció al Libertador

Y me encontraba en plena vacación.

No obstante el lunar de los catorce puntos ocupé de hecho en la casa un lugar de privilegio. No recibía de mi madre ningún mandato de los que años atrás solían recaer sobre mí. Pero León fue en todo tiempo husmeador y roncero. No le gustaba que los quehaceres pesaran más sobre él que sobre el hermano. Todo debía ser compartido entre los dos por igual, ya que el pituso hallábase todavía eximido de trabajeras. No bien notaba que el fiel se inclinaba en contra suya, ponía el grito en el cielo y por lo regular con el apoyo de las lágrimas. Ahora, como siempre: "¿Por qué yo no más? ¿Y tu Jesuca?" Mi madre le contestaba en tono imperioso: "Jesuca está estudiando; se ha ganado sus vacaciones y debe distraerse". Y León, inconforme y amargado: "¿Sin hacer nada? ¿Se ha vuelto un señorito?" Entonces ella, poco afecta a malgastar palabras, echaba mano al fanchulino (mi madre llamaba ahora

fanchulino al zurriago) y el hermano, viéndole las orejas al lobo, no tenía otro remedio que resignarse a su suerte. Y yo me salía muy orondo a la calle.

Mis compinches de otrora — Anían, el **Monokanka** José Luis, el **Wakauya** Serapio — me parecían empuerados y al mismo tiempo veía que yo ya no era santo de su devoción. Era evidente que entre nosotros se había abierto una distancia. Además habían desaparecido los vínculos que antes nos unían: las carrujillas, la **chiuka** y demás maravillosos juegos. Y como remate me puse a hacer el paripé y a mostrar mis conquistas en los dominios del **yurajsimi**. Y aquí fue Troya. La fisga, la sonrisa burlona, la parodia. “Ja, ja, haciendo de gringo... **Castefallu** y **castefallu**... Y no se le sube el pavo... ¡Oh, ni siquiera!...” Un día oí que el **Thaparan-ku** Román, hombre viejo, decía en un corrillo a mis espaldas: “¡Caray, qué **castefallu**... Los araneños son más gallos que los clicenos... A un yoqalla lo tiñen de gringo...” (En aquellos tiempos se decía que los de Cliza eran ladrones tan avezados, que cuando robaban un burro lo teñían y después se lo vendían a su mismo dueño).

Pero yo me había templado en la fragua de Arani. No se me daba un pito de todo cuanto se me decía y no bajaba el copete para nadie y me mantenía en mis trece. Mas una ocasión salí de mis casillas. Cierta mañana en mi misma puerta Robustiano me fue cargando la romana. Una sola vez le dije: “¡Cuidado!” y él volvió a la carga; entonces salté sobre él y asestéle un moquete; oí un grito y su nariz comenzó a echar sangre. “¡Te la has ganado!” le dije airado. El dió media vuelta llorando, dejó gotear la sangre al suelo y ahuecó el ala. Y nunca más se acordó de mi **castefallu** ni de nada.

Me sentía solo. Erraba por las calles como alma en pena. Visitaba a mis primos; pero ellos no tenían tiempo para perderlo conmigo. Enrique y Vitachu se iban temprano con su recua a la Laguna y me dejaban solo. Octavín y José María, hijos de mi tío Gil, tomaban el mismo camino. Máximo le ayudaba ya a su padre en la búsqueda del pan: se entendía admirablemente con el

bombo y el tambor, complementos imprescindibles de las bandas. Serafín y Víctor trabajaban en Vandiola.

Me veía solo como un hongo y el tiempo se ponía inmóvil y opaco igual que un charco. No sabía ya hacia dónde dirigir los pasos ni de qué manera salpimentar mi ocio. Nunca jamás, en los días de mi vida, me sobró el tiempo tan pesadamente como en aquella vacación.

Cansado de trillar las calles, que parecían ya rechazarme, una mañana salí del pueblo y los pies me llevaron hasta el predio nuestro, por nosotros llamado **Nazacara y Masaq'ara** por los indígenas. Había llegado el tiempo de acollar los maizales y nuestros colonos hallábanse entregados a la tarea. Eran cuatro y les llamábamos colonos ante todo por hacer gala, ya que en realidad no eran más que **compañeros**. No pesaban sobre ellos el **pengueaje** y tantas otras obligaciones opresivas que sufrían los **pegujaleros**, esto es, los verdaderos colonos. Los nuestros no tenían pegujal, pero la mitad de la cosecha era para ellos. Ahora estaban acollando el maizal de **Erapanpa** entre los cuatro, no por obligación, sino empleando el sistema del **ayni**, común entre ellos, porque esa parcela era la compañía de tata Alberto, quien prestaría a su tiempo una ayuda parecida a los otros tres en sus respectivos **suyus**.

Siempre me había gustado ver el trabajo de la tierra. Antes me quedaba horas frente a la yunta que hendía la tierra surcándola en un concierto que me parecía admirable. Luego me deleitaba contemplando la regadura de los maizales: el labrador, azadón en mano, con el pantalón remangado sobre la rodilla, metido en el agua hasta casi la corva; el agua corriendo surco por surco y la tierra bebiéndola suc... suc... suc... con ruidosas gorgoritas. La cosecha fue siempre para mí una fiesta, una de las grandes fiestas del año, quizás tanto como el carnaval y todosantos. Ahora me iba cautivando la acolladura del maizal. Los cuatro hombres casi a un tiempo iban golpeando y sepultando sus azadones en la tierra, arrancando con ellos porciones de la misma y amontonándolas al rededor de cada planta. Jadeaban

briosamente, el sudor resbalaba por su cara y caía en gotas cristalinas sobre las anchas y verdes hojas. Golpeaban con ímpetu la tierra, se movían como a compás y avanzaban en fila, sin que se descubriera en ellos indicio alguno de cansancio.

Sumergido en la contemplación del trabajo, sentado como estaba sobre un banco de tierra, había perdido por entero la noción del tiempo. Como él siempre me iba sobrando y pesando sobre mí como un fardo, me dejé estar dichoso de no sentirlo. Y habría continuado así, pero de pronto descubrí cerca la figura de Ursula, hija de tata Alberto. Traía una olla y un cantarito. “¡Cáspita! —, grité en mi interior —. ¡La sama!” Me puse de un salto en pie, miré al sol, ya en pleno descenso, y echaba a correr cuando Ursula me dijo:

—No te apures, ñu Jesuca. También para ti habrá un poco en casa.

—¡Nada! — grité —. ¿Y mi madre? — añadí pensando en el **fanchulino**.

—Pero mi abuelo te ha visto y quiere hablar contigo.

—Ja... ja... — me reí —. ¿Qué puede él hablar conmigo?

—Cosas que sólo saben los leídos...

—¡Quiá! — denegué —. Otro día... — y me largué al trote.

Llegué a casa con el alma en un hilo. Y no en vano. Mi madre volvía **fanchulino** en mano, cansada, y de un humor que no prometía nada bueno, de haberme buscado por las casas de todos mis tíos. Mi padre había ido por el **K'uchu** y León por el camino de Punata. Y no se sabía qué suerte pude haber corrido. Y a ninguno se le ocurrió pensar en Nazacara.

Ya iba a silbar el **fanchulino** sobre mi cabeza cuando mi padre se puso en medio y dijo:

—Pero, Amelia, tú misma tienes la culpa.

—¡Yo misma! ¡Habrás visto!

—Sí, hija. Tú misma le das alas.

Mi madre no replicó, pero devolvió el zurriago a su rincón.

—Y hasta esta hora — dijo luego dirigiéndose a la cocina seguida de mí —. Y sin almuerzo. ¿Dónde te fuiste?

—A Nazacara — contesté todavía temblando.

—¿Hasta esta hora? ¿Y qué has hecho allá?

—Me he estado mirando la jallma.

Y sin más, mi madre me sirvió el almuerzo. Yo lo tomé, como siempre, haciendo del batán mi mesa.

Durante el resto del día no intenté ya sacar los pies ni siquiera a la puerta. Pero deseoso de presumir ante Bautista le dije:

—Tata Damichu quiere hablar conmigo.

—¡Ajá! — abrió tamaños ojos el criado —. Tata Damichu es un viejo como no hay otro. El mismo asegura que tiene más de cien años...

—Claro — le corté —. Me lo dijo mi madre hace tiempo.

—Sí — se defendió —; pero no sabes lo demás.

—Y tú lo sabes...

—Ni duda cabe. Se lo he oído a él mismo...

—¡Bautista!... — la voz de mi madre —. ¿Dónde anda ese yoqalla?

Y el yoqalla salió a la calle con algún mandado y a su vuelta mi padre se lo llevó a Salinas a cortar alfalfa para las pollinas.

Como amedrentado por mi propasada de aquel día no pensé ya en volver a Nazacara, de modo que el propósito de tata Damichu cayó en saco roto. Elegí otros rumbos: el K'uchu, Salinas, Wat'iyu, que los dueños llamaban Watuyo. Ante todo Salinas. En aquel lugar había muchos estanques de agua clara y muy salada y allí trabajaban sólo mujeres. Unas amasaban barro como si estuvieran haciendo pan, construían con él pequeñas pozas a flor de tierra a manera de bateas y las llenaban del agua de los estanques. Había pozas construidas ya días atrás. Estas mostraban la superficie blanca de escarcha. Acucilladas junto a ellas, otras mujeres reunían la escarcha con unos a modo de cucharones planos y la amontonaban sobre una piedra rasa puesta a la misma orilla. La escarcha era la sal, nevada, granulosa.

Alguna vez alguna mujer reparaba en mí y me saludaba como a una persona mayor: “Buenos días, **niñuy**”; otra me preguntaba: “¿Buscas algo, **ñiñuy**?”; en fin otra me sonreía como diciéndome: “Trabajo bien, ¿eh, **niñuy**?”

Entretanto León no se mostraba conforme con mis privilegios y tan pronto como podía se lanzaba al asalto: “Tú Jesuca paseando y yo amarrado al fogón, barriendo, desgranando maíz...” Por lo regular estos arrestos le costaban un tapaboca; él chillaba y se acogía a un rincón a acabar de llorar. Pero a veces mi madre se conmovía: “Bueno, Jesuca, llévalos; pero cuida del pequeño”. En tales días nuestro andurrial favorito era el **K’uchu**, con sus huertos de perales, sus molles diseminados por los pedregales y su imponente chilijchi. Los pedregales eran muy ásperos y salpicados de **tunillas**. Mis hermanos iban descalzos. León sabía defenderse; pero el pituso corría riesgo y para evitar contratiempos me lo llevaba cargado. El **chilijchi** marcaba el término de nuestra ruta. Era un árbol de singulares dimensiones y de él decían que era más que centenario. El tronco era tan grueso que tres hombres no podían abarcarlo con los brazos. Tan alto, que parecía vecino de las nubes. Tan frondoso, que su sombra cubría un espacio enorme. En aquella época se lo veía cuajado de flores que parecían echar sangre y el guijarroso suelo semejava una gran alfombra tejida de patitos rojos. Reposábamos con las espaldas apoyadas en el áspero tronco, mirando cómo en el alto ramaje los pájaros travesaban garruladores y era como si se divirtieran arrojándonos patitos. El pituso no siempre regresaba indemne a casa. En un descuido se lanzaba por allá o por acullá y volvía con un dedo del pie sangrando o una espina clavada en la planta. Entonces le lavábamos hasta eliminar todo indicio de sangre y le hacíamos jurar, como Bautista en otro tiempo, para que no contase en casa el incidente, porque el **fanchulino**, en casos así, era siempre de temer. Los paseos por el **K’uchu** se nos cortaron de un modo inesperado. Una tarde que reposábamos al pie del **chilijchi** noté cierto movimiento acompañado de un leve ruido muy cer-

ca, debajo de la guijarrosa alfombra. “¡No sé qué hay allí!”, grité poniéndome de pie y mis hermanos me imitaron. Nos acercamos a ese punto. El movimiento seguía y avanzaba a un lado revolviendo los patitos. Nos armamos de piedras y fuimos arrojándonoselas. El movimiento era algo así como un vórtice en un mismo sitio. Seguimos disparando entusiasmados y al ver que la convulsión no paraba se corrió el pituso y comenzó a hurgarla con el pie. Entonces vi espantado una víbora que se retorció. “¡Huyamos!”, grité; pero mis hermanos, como si tal cosa, continuaron la pedrea. “Ya está herida — dijo León —. Hay que matarla”. La matamos. Era una viborita fina, jovenzuela, a cuadritos rojos y negros. Cometimos una imperdonable falta de previsión, pues no le hicimos ver al pituso lo peligroso que sería contar la hazaña en casa. No bien llegamos, el rapaz la cantó jactancioso y feliz. Alarmada y furiosa mi madre tomó el cielo con las manos, no alzó el **fanchulino**, pero no fue rapapolvo el que me dió, prohibiéndonos finalmente todo paseo por el **K’uchu**.

La palabra de mi madre siempre fue ley para mí y nunca la quebranté. Habiéndoseme cerrado el acceso a aquel plácido rincón, dirigía mis paseos, aun cuando me hallaba solo, a Salinas, o a **Wat’iyu**, o a Nazacara. Aquí, la **jallma** había concluido, pero había barrancos profundos poblados de molles y de **jarkas** y arrapiezos que apacentaban rebaños de ovejas y de cabras o simplemente dos o tres vacas en las rastrojeras. Me gustaba jugar o nada más que departir con ellos. Y así fue que una mañana, tal vez porque no había nada interesante que hacer, ya que los pastores aparecían muy tarde, surgió en mi magín la añosa figura de **tata Damichu** junto con las palabras de Ursula, y sin vacilar tomé el camino de su choza.

Tata Damichu se hallaba sentado en el patio, junto a la puerta de la única habitación de la vivienda, componiendo la correa de una ojota. Era un vejazo blanquito y no atraía la atención a no ser por su corpulencia. Yo no entendía aún de problemas de edad y entre las gentes no había para mí más que niños como mis her-

manos y yo, jóvenes como David y Constanza, adultos como tata Alberto y tata Bartolo y viejos como tata Gasparu y tata Damichu. No sabía qué viejos eran chochos o achacosos y por qué. De ahí que tata Gasparu era tan viejo como tata Damichu y no veía qué diferencias podía haber entre ambas vejeces. Mi madre me había dicho que tata Damichu tenía más de cien años y yo había tomado la noticia como cuando a uno le dicen que ayer hizo buen tiempo o que las peras están enverando.

—¡Por fin, ñu Jesuca! — exclamó el anciano al verme franquear la tranquera.

—Buen día, tata Damichu — contesté a su exclamación con el saludo.

—Buen día, ñiñituy. Por fin te acuerdas del viejo.

— ...

—Quise conversar contigo — me dijo sonriendo y haciendo brillar alegremente los ojos.

—Me lo dijo Ursula.

—Quise hablarte porque ya eres leído...

—También me lo dijo Ursula.

—Mi mama señora tu madre dice que estudiarás hasta ser doctor...

—¡Ja... ja...! — me reí con cierto aire de zumba —. A mí no me lo ha dicho.

—Ni para qué. Tú irás estudiando y así verás por ti mismo que debes serlo.

—Cómo será... ¿Y de qué querías hablar conmigo?

—Ñiñituy, de algo que sólo tú me puedes escuchar. Aquí me oyen todos como quien oye llover. A ver...

Puso a un lado la ojota, me hizo sentar en el quicia! de la puerta y él se acomodó enfrente de mí, en el suelo, a la sombra del cobertizo. Y comenzó:

—Yo tengo, ñiñituy, más de cien años...

—Me lo dijo mi madre, tata Damichu.

—Sí, ñiñituy. Deben ser ciento seis mis años si no ando mal de cuentas. Desde jovencito serví a mi jatun wiraqocha don Mariano, padre de tu abuelo mi papasu don Coriolano. Debía tener yo unos veintitrés años, sí, veintitrés, cuando me tocó ir a cumplir mi mit'a de pongo en la ciudad. Mi jatun wiraqocha vivía en una ca-

lle principal, en una casa que era como un palacio, con habitaciones para todo y un enorme salón lleno de espejos y muebles que a los indios nos dejaban deslumbrados. Había no sé cuántos sirvientes y sirvientas que día y noche pululaban por la casa. Mi **jatun wiraqocha** era ya viudo y decían que se iba a casar de nuevo y que la novia era una niña muy joven y muy bonita y que se llamaba Polonia. El zaguán era mi puesto y allí me encontraba un día cuando me llegó de lejos una música y por la puerta pasaban hombres y mujeres corriendo y algunos gritaban: “¡Está llegando el Libertador!”...

—¡El general Simón Bolívar! — le interrumpí con énfasis. Pensé que tenía que ser él, pues el maestro Torrico nos había enseñado que a ese coloso le llamaban Libertador.

—Ni más ni menos, **ñiñituy**. La música era de aquellas que parece que nos hicieran más hombres y capaces de hacer lo más grande. Me paré en la puerta y vi que venían soldados a caballo llenando la calle y precedidos por una banda también a caballo. Todos venían cubiertos de polvo, del polvo del camino, a paso lento, con las caras mordiscadas por el cansancio. El Libertador venía al centro de la primera fila según dijeron los sirvientes que, atraídos por la música, aparecieron a mi lado. Era un hombre maduro, delgado, con el semblante muy curtido y la mirada muy penetrante. Cuando llegó a mi altura, sin darme cuenta aparecí de rodillas y con el sombrero en la mano. Porque ya antes me habían dicho que él nos libraba de la esclavitud. Y vi que los sirvientes se habían también arrodillado. Y aquí sucedió algo que me llenó de asombro. Un militar de la comitiva se apeó delante de nosotros y poniéndonos de pie uno por uno nos dijo como si fuera nuestro padre: “Ya no tienen por qué arrodillarse, hijos míos. Ya no hay esclavos ni amos en nuestro país. Todos somos iguales”. “Es por agradecimiento, **papasuy**”, alcancé a expresar, pero el **papasu** ya se iba alejando... Sí, **ñiñituy**, me sentí realmente libre y cuando volví a la hacienda, quiero decir aquí, conté a cuantos quisieron oírme la llegada del Libertador a la ciudad, tal cual la había vis-

to y conté también lo que nos había dicho el generoso militar de la comitiva. Mi relato no tardó en llegar a oídos del mayordomo... El mayordomo era en aquel entonces el Lerq'o Horacio, que en crueldades no tenía rival. Me hizo llamar y no bien me tuvo a su alcance me dijo: "¿Conque ya no hay esclavos?" Yo, ingenuo, contesté: "Es así, don Horacio". En eso me cayó tal garrotazo que casi me partió en dos. El garrotazo me está doliendo todavía y, lo que es, la igualdad nunca la he visto, ñiñituy...

Nunca he olvidado una sola palabra de cuantas me dijo esa mañana aquel anciano admirable y el broche con que cerró su relato se halla desde entonces grabado a fuego en mi memoria.

IX

Mi primera entrada en la ciudad y el augurio de la lagartija

Decididamente mi madre era persona afecta a las sorpresas. Un año atrás, cuando más seducido andaba por el juego de las bolitas, sobre todo por el amaño de Enrique, para quien no había rival entre toda la chiquillería, el rato menos pensado me habían puesto en el camino de Arani y luego destinado a alimentarme con las sabias enseñanzas del maestro Torrico. En esta vacación, haraganeaba ufanado de mi suerte, sin pensar en el día venidero ni preocuparme de si tendría que ir o no a amarrarme nuevamente a algún banco de escuela.

Corría la tercera semana de diciembre. Una buena mañana, apenas acabado yo de vestirme, de sopetón me disparó mi madre:

—Mañana viajarás a Cochabamba.

La miré mudo de asombro. Como al destello de un relámpago en la noche, cegóme la visión de una ciudad de encantamiento, como aquellas que se dejaban columbrar en los cuentos.

—Irás — prosiguió mi madre — con tu tío Pancho y con Enrique. Enrique y tú se inscribirán en el Colegio Sucre.

El Colegio Sucre rayó mi mente lo mismo que una estrella fugaz; pero la ciudad se apoderó de mí por entero. Años atrás Alfonso y otros amigos la habían visitado y contádome de ella cosas en verdad inauditas. Yo había considerado entonces que toda aquella maravilla era sencillamente inaccesible para mí. A mis padres nunca les había oído mentarla siquiera; hasta pensaba que ella les era desconocida. Pero he aquí que de golpe y zumbido aparecía hecho como por milagro mi viaje.

Toda la mañana se ocupó mi madre de prepararme la ropa. Hacia el mediodía me dijo que necesitaba un aseo en forma y encaminóse conmigo rumbo a la Pila. Me puse a temblar a la idea de tener que ser sometido a los rigores de la piedra áspera como en otros tiempos. Pero no. Pasamos de largo la Pila y entramos en el huerto de mi tío Juan de Dios. Había allí, en un rincón, un bonito y pequeño estanque siempre lleno de agua clara. Era muy hondo y servía de baño no sólo a sus dueños, sino a cuantos quisieran aprovecharse de sus delicias. Hasta entonces fueron siempre inalcanzables para nosotros, pues el chicuelo que entrara en esas honduras fácilmente podía dejar allí la vida. Mi madre prefería mandarnos al riacho que flanqueaba la huerta de mi tía Peregrina o bien a la Hoyada, sobre el camino de Cliza, donde solíamos encontrar pozas muy a propósito. Ahora me hallaba al borde mismo del estanque, dispuesto a sumergirme en él y disfrutarlo junto con mi madre.

A esa hora había ya bastantes bañistas allí, hombres y mujeres, jóvenes todos. Mi madre en camisón y yo en cueros, prendido a sus espaldas y rodeándole el cuello con los brazos, entramos resueltamente en el agua. En esa forma nadamos largamente por un lado y por otro, regalándonos con aquella frescura, que era verdaderamente deleitable, y no daban ganas de abandonarla. A ratos ella me decía: "No te me has de soltar" y nos hundíamos muy hondo, muy hondo, yo con una sensación de

asfixia y al mismo tiempo de placer. Luego salíamos a flote chorreando y otra vez a nadar. Pero todo esto sólo duró hasta el momento en que mi madre, sentada en un peldaño de la entrada, me puso encima de sus rodillas y sacó a luz la tremenda arma, quiero decir, la piedra áspera y sometióme con ella a una cruel e interminable penitencia. En otros tiempos los inmolados eran los pies solamente, mientras que ahora era sin remisión todo el cuerpo. Cuando por fin todo fue consumado y pudimos abandonar el huerto, me dolían como despellejados los brazos, la espalda, las piernas...

Por la tarde, mi madre empaquetó cuidadosamente mi terno del último examen y lo introdujo en una bolsa de las alforjas junto con otro paquete de ropa interior. En la otra bolsa acomodó igualmente empacados los botines y el sombrero, más una porción de fiambre para el camino. Yo contemplé toda aquella operación aherrado por agudos calofríos, con el terror de verme haciendo el espantajo hasta en las calles de la ciudad. Estuvo bien que lo hubiese hecho en Arani, dando lugar inclusive a que la cachigorda aquella me quisiera tragar de un solo beso. Pero Cochabamba era otra cosa, debía serlo, y yo...

—Así que, Jesuca — cortó mi madre el hilo de mis reflexiones —, harás el camino con tu terno viejo y en la ciudad te pondrás el nuevo.

—Ajá — dije casi con rabia.

Partimos muy de mañana, antes de que los "rosados dedos de la aurora" fueran abatidos por la dorada soberbia del sol, mi tío Pancho y Enrique caballeros en sus mejores borricos y yo en nuestra joven y fortachona negra, de pelaje fino y lúcio. Tomamos el camino de Cliza, viejo conocido mío, pero ahora, que no era domingo, desierto y silente. Mi tío Pancho era hombre de pocas palabras y su hijo, lo mismo que él. De modo que otorgué libre vuelo a la imaginación, ora haciendo calendarios, ora pintándome la ciudad como un hormiguero de seres extraordinarios, ora como un laberinto de edificios con techos perdidos entre las nubes, ora atribuyéndome grandiosas acciones en aquel fantástico mundo. Así deja-

mos atrás Cliza, atravesamos pequeños caseríos que mi tío iba nombrando entre parcos comentarios: Santa Lucía, Liquinas, Carcaje. Aquí, a la vera del camino y a la sombra de un algarrobo, nos sentamos a merendar. La merienda era seca y nos trajo una sed difícil de soportar. Había *Aqhallanthus* en varias casucas sobre el camino mismo y corrimos al primero. Nunca me pareció la chicha un néctar tan inestimable y me bebí toda una *tutuma*. Reanudamos la marcha. En aquellos tiempos la chicha poseía un contenido alcohólico de consideración; de modo que yo me sentía caer muy dulcemente y poco a poco bajo sus efectos. Pero no había ya calendarios, ni laberintos, ni cosa que lo valiera; sólo había un franco deseo de rendirse al sueño. Y mi negra parecía andar parejas conmigo y se retrasaba; a lo que Enrique volvía grupas y de un varazo nos hacía entrar a ambos por vereda. “¡Te estabas durmiendo!”, me reprochaba después. Así llegamos a una estrechura de dos cerros que mi tío dijo que se llamaba Angostura y fuimos adentrándonos por una quebrada requetelarga, bordeando un río de aguas turbias que corría por el fondo hacia adelante. Mi tío iba nombrando, como todo el día, los lugares que nos salían al encuentro: *Yanaqaqa*, *Ushpaushpa*...

Al atardecer avistamos un cerro muy empinado que mi tío dijo que era el *Tijti*. El camino rodeaba la falda misma de esa eminencia.

—Desde allí — apuntó mi tío — ya se ve la ciudad.

Como a una voz de mando taloneamos duro y parejo nuestras cabalgaduras y pusimos en función las varas, de modo que nos lanzamos al trote. En efecto, desde la revuelta que hacía el camino al pie mismo del cerro, ofrecióse a mis ojos una vista estupenda, sobrecogedora. Torres elevadísimas y esbeltas, no pesadas ni mazacotas como la de Arani. Numerosas cúpulas de gallarda apariencia. Y casas. Casas de rojos tejados como por montones entre densas y verdes arboledas. Casas como diez, como veinte, como quién sabe cuántos Aranis. Sí. La ciudad, tendida a los pies de una gigantesca cordillera cuyo espinazo se perdía entre las nubes.

La cordillera del Tunari, según nos fuera descrita por el maestro Torrico.

Y aquí salió a mi encuentro un inesperado presagio. Ibamos dejando atrás el Tijti cuando de improviso cayeron mis ojos, a mi izquierda, sobre una menuda y parda lagartija que me miraba desde el borde mismo de la cuneta. El bichejo me siguió mirando y luego echó a correr siempre por el borde hacia mi espalda. En mi pueblo la gente decía que la lagartija era un animal agorero; cuando a un viandante le pasaba por la derecha, era un buen agüero: tenía que irle bien en sus asuntos, y cuando le pasaba por la izquierda, le esperaba de fijo el fracaso. A mí, ese animalucho acababa de obsequiarme el pronóstico menos deseable. Desde ese momento, esa ágil y huidiza carrerita por mi izquierda me fue acompañando como una sombra fatídica hasta cuando hube abandonado la ciudad y aún hasta más tarde.

Todavía estaba alto el sol cuando ingresamos en la primera calle. Mi tío dijo que era la de San Juan de Dios. Muy larga y muy ancha, los primeros tramos sin empedrar y el resto revestido de piedra menuda y redonda. El machucho nos iba ilustrando sobre las zonas que atravesaba la calle y yo me iba bebiendo los nombres como la chicha de Carcaje: **Q'asapata, Mañasería, Alfaqhatu...** Aquí, en ambas aceras de una arteria de vasta anchura que hacía cruz con la primera, había enormes montones de alfalfa que obstruían el tránsito y, en torno, compradores y compradores que hervían como hormigas. Imposible admitir que en Cochabamba hubiera un número de animales suficiente para dar cuenta de tanto forraje. Pero casi en seguida había de ver circular por otras calles a unos hombres llamados **alferos** con tres, cuatro y más borricos cargados de alfalfa, lanzando agudísimos silbidos y voceando: "¡Alfa, casero!... ¡Alfa!..." ¡Uy! Cochabamba me hacía la impresión de un inmenso, de un infinito alfalfar.

Tomamos alojamiento en la misma larga calle, en una casa de altos a cuya entrada, sobre el dintel, en grandes y gordas letras se leía: **TAMBO DE SAN JOSE.** Un **wiraqocha** bastante añoso, enfundado en un saco de

faldones hasta la rodilla, que más tarde supe que se llamaba levita, y tocado con un sombrero de copa extrañamente alta, nos asignó en un rincón del primer patio un cuartucho ófrico cargado de un aire que olía a demonios.

Enrique era incapaz de contener su ansiedad por salir a la calle. “¡A la plaza! — decía —. ¡A la plaza! — como si la plaza compendiará para él la ciudad—. ¡Vamos a la plaza!” Yo ardía en una ansiedad parecida, pero por algo muy distinto: quería saber cómo era la luz eléctrica. Al llegar, aun con sol, ni siquiera me había acordado de ella. Ahora mi expectación crecía y me pirraba por saciarla; mas, como siempre, me guardé mi procesión adentro en espera de lo que resolviera mi tío.

Salimos ya cerrada la noche. En la calle, muy de trecho en trecho, pendían arriba, en el aire, muy pequeñas bombillas llameantes. Me sentí hasta cierto punto defraudado. Meses atrás me había formado de la luz eléctrica una idea del todo diferente y ahora, de pronto, no me pude avenir con la realidad que estaba llenándome los ojos: la luz que caía de las menudas bombillas inundaba estupendamente la calle, inmensamente más que los faroles de Arani.

La plaza era un vergel de belleza insospechada. Macizos los más atrayentes y cuadros de flores de todos los colores que embalsamaban deliciosamente el aire. Al centro mismo se elevaba a gran altura una columna en cuyo remate un enorme cóndor se disponía a alzar el vuelo. A un lado, una mujer de bronce, de increíble belleza, cruzaba los brazos y dirigía tristemente la mirada al cielo; hallábase como prisionera en un círculo de gruesas cadenas y en lo alto del pedestal se leía: “Cobija unida por siempre a Bolivia”. Sí. Cobija, un puerto nuestro sobre el Pacífico, nos había sido arrebatado por Chile mediante una guerra injusta, según nos enseñara el maestro Torrico. Y había bancos por doquiera, puestos para reposar y admirar toda aquella hermosura. Y la plaza hallábase encuadrada por altas galerías de esbeltos pilares y fastuosa arquitectura y por la mole de la Catedral, la cual se enriquecía con su eminente y blan-

ca torre, y ésta enaltecíase con un reloj de cuatro descomunales esferas. Sentados en un banco, vivimos allí, entre hombres y mujeres que se paseaban o se daban al reposo, una hora de delectación y de encanto.

En el tambo no había luz eléctrica, ni siquiera en el alto, donde vivía el propietario. Para acostarnos, mi tío fue a comprar una vela de parafina y la pegó a la pared por un procedimiento que me pareció muy original: con su propia llama calentó un trecho de pared y luego apretó contra él la parte inferior del cilindro, el cual quedó así firmemente adherido.

El cuartucho carecía de toda forma de catre o yacija, de suerte que hicimos nuestros lechos en el mero suelo. Cada uno tendió las caronas de su jumento y, encima, la cobija que había traído a manera de albarda. Y así yo dormí como un lirón. Pero al despertar, por la mañana, sentí una abrasadora comezón casi en todo el cuerpo, y unas ronchas... Y Enrique. Y mi tío. Unas horribles sabandijas, planas y redondetas, se habían banquetado con nuestra sangre. Eran las chinches. Las veía por primera vez, y las sufría. En mi pueblo y en Arani no se conocía ni su nombre.

El reloj de la eminente torre dió nueve campanadas cuando íbamos camino del Colegio Sucre. La ingenuidad provinciana suele no ser de las comunes. Así como la escuela de Arani nos había abierto sus puertas condescendiente, casi complacida, Enrique y su padre se mostraban seguros de que el Colegio Sucre nos dispensaría la misma acogida. En el fondo yo no disentía de ellos; pero aquella menuda lagartija de la víspera me venía mordicando socarrona la sesera y aguijando a ese gusanillo de fuego que me trebejaba en las vísceras.

Y el Colegio Sucre nos aguardaba con el primer contratiempo, pues sin ningún miramiento nos dió con la puerta en las narices. Porque él no se entendía más que con los que acudían de las escuelas de la ciudad. ¿Qué le habíamos de hacer? Volvíamos cariacontecidos. En la calle, la taimada lagartija parecía decirme: “¿No te lo anuncié?” Mi tío hablaba ya de regresar incontinenti al terruño cuando en una esquina se topó con un

amigo punateño. La casualidad hizo que ese prójimo anduviera por la ciudad con el mismo problema que nosotros, ya que un hijo suyo había sido también rechazado. Y el hombre añadió que había una muy buena ocasión de tentar la suerte: al cabo de tres días debían ser sometidos a un examen especial todos los muchachos venidos de provincias. Inscripciones, en el cancelariato. A mi tío se le abrieron los ojos y se le iluminó el semblante. “Conque —dijo él— aun tenemos esperanzas”, en tanto que a mí la maldita lagartija me seguía descorazonando.

En el cancelariato nos otorgaron un trato casi afectuoso, anotaron nuestros nombres y nos dieron valiosas indicaciones. Y esperamos, Enrique con muy fundadas probabilidades, y yo siempre con la indeseable metida en la sesera.

Por lo que oí decir, pasábamos de sesenta los aspirantes. De todas las fachas imaginables. Unos jóvenes como Enrique, otros menos y ninguno como yo, esto es, ninguno tan chico. Los más, gravados, reservados. Yo, con mi lagartija friamente instalada en el magín. Algunos, mirándome con cierta ironía como si quisieran decirme: “No eres más que un crío, y te atreves”.

Una campanilla nos arreó como a borregos a un aula. Lujosos pupitres bien alineados casi de rincón a rincón. Paredes empapeladas de figuras en colores. En la cabecera, una plataforma de madera con los examinadores de envirodados continentes. Y todos con el alma en un hilo.

Y comenzó el escrutinio. Los aspirantes, llamados por lista, iban pálidos y desconcertados a sentarse delante del tribunal como en un cadalso. Yo no tenía oídos para prestárselos mientras ellos se inmolaban. De sobra preocupado andaba con lo mío.

Cuando oí mi nombre, no me hallaba en mi juicio. Pero me puse de pie y, no había remedio, me encaminé a dar la cara. Un miembro del tribunal me colocó delante de un cuadro gigantesco en que se mostraba como en hueso vivo el esqueleto humano. Todo numerado. La piecita más pequeña llevaba una cifra. Yo había a-

prendido medianamente los nombres de nuestros huesos en Arani, y bien los de los más importantes. Pero ahora...

—Elija usted — me dijo el examinador — el número que guste.

Yo me vi envuelto en un caos irremediable. Mi confusión era absoluta. Pero comprendí que estaba obligado a decir un número. Entonces paseé los ojos por todo el esqueleto y ellos hicieron pie en la palma de la mano. Elegí el número que se leía sobre un huesecillo del centro. Precisamente de uno cuyo nombre no sabía.

—Diga el nombre de ese hueso — me instó el examinador.

Pegóseme la lengua al paladar y vi todo oscuro.

—Suficiente — oí que me decían y llamaban a otro sentenciado.

Volví a mi asiento como un sonámbulo.

La obsesión de la lagartija me había sustraído de la realidad. Tanto, que me oídivé totalmente de Enrique. No supe en que momento fue llamado ni qué preguntas le hicieron ni qué respuestas dió. Sentí el suelo tan sólo cuando la ola de aspirantes se desbordaba hacia el patio.

En el patio no se veía un semblante sereno. Hombros caídos o miradas gachas o espaldas contra las paredes. Tan sólo algunos padres, como mi tío, andaban con una llamita de esperanza en los ojos. Yo, pegado a Enrique, no podía dejar de ver a la lagartija mirandome desde el borde de la cuneta.

Otra vez la campanilla. Aquí vi que habían hecho con nosotros una impiadosa carnicería. Apenas seis chiquillos se habían salvado. Los seis, puestos en fila ante nosotros, de puro felices no cabían en sí. Enrique no estaba entre éstos. Yo podía contar en mi descargo con la perversa lagartija. ¿Pero Enrique y tantos otros? Mi primo no había visto al menudo saurio ni yo le había dicho una palabra. Sin embargo él y tantos pretendientes caían igual que yo.

Mi tío no nos dijo una palabra; pero lo mismo que

nosotros salió a la calle como si estuviera llevando una carga muy pesada sobre los hombros.

Volvimos al tambo, pero sólo para pagar el débito. Veinte o treinta centavos por día. Las monedas cayeron tintineando en las manos del tambero y sin más salimos con nuestros jumentos a la calle. Mi tío nos guió al alojamiento de las Gamarras, paisanas nuestras y solteronas, que andaban de compras por acá. Debíamos pasar allí la noche y hacer con ellas el camino de retorno.

El alojamiento hallábase en una calle que puedo nombrar ahora mismo y aún señalar su ubicación exacta. Sólo que hoy día en su lugar se alza otro edificio. Sobre la calle no había más que un alto paredón con una ancha puerta en medio. Al fondo de un estrecho patio se alargaba una sala de piso enladrillado. Los bártulos de las Gamarras se amontonaban en un rincón y nosotros colocamos los nuestros hacia el centro, contra la pared.

Era temprano. Enrique y su padre salieron con las Gamarras. Yo vi que no tenía qué hacer en la calle y no les seguí. Me senté sobre las caronas a ver el desfile de los minutos. Las moscas hacían acrobacia aérea en media sala. Por una puerta interior apareció un gato atigrado haciendo juegos malabares con un ratón. El infeliz se chalaba por verse libre, se desprendía de las garras y echaba a correr; pero antes de nada el felino volvía a caer sobre él. Finalmente no quedó del mártir ni rastro. Pensé que sería una gran cosa que yo hiciese con mi lagartija otro tanto. Bien, no tanto, mas siquiera arrojarla de la sesera. ¡Diantre! nada. Era inasible, impalpable. Seguía mirándome desde el borde de la cuneta, diciéndome: “¿No te lo anuncié?” y echaba a correr para mostrarse otra vez en seguida.

Cansado de lo infructuoso de mi lucha, fui a pararme en la puerta de la sala. Por la izquierda, otro aposento cerraba el rectángulo del patio. En la puerta hallábase de pie un anciano de barba blanca, tocado con un sombrero muy aludo y arrebuñado en una especie de manteo que más tarde supe que se llamaba capa española. Acababa de fumar, arrojó la colilla a un lado y de-

sapareció en la estancia. Hubo un pesado desfile de minutos hasta que se mostró en la misma puerta un rapaz blancuzco, más o menos de mi edad, y se puso a gritar con aguda destemplanza: “¡Eduvigis!... ¡Eduvigis!...” y luego de breves instantes nuevamente: “¡Eduvigis!... ¡Eduvigis!...” Los gritos continuaron hasta que por un pasadizo apareció una pitusa, a lo mejor una hermanita, y zambullóse con él en la habitación. No pasaron muchos minutos cuando la rapaza se asomó de puntillas sonriendo con aire picaril y de puntillas se perdió por el pasadizo. Adelante el desfile de minutos. Diez, quince, quién sabe. Otra vez el churumbel en la puerta abundando en sus gritos: “¡Eduvigis!... ¡Eduvigis!...” Tozudo el mocosuelo y sus baladros cesaron solamente cuando volvió a presentarse la pitusa. Aquí fue ella golpeada por una gruesa interjección del hermano y rodó dentro del cuarto casi de bruces.

La estampa de aquel rapaz y el aire picaril de la pitusa quedaron en mi memoria, sin que existiera un porqué particular, como grabados a buril. Dos o tres años después vi al primero en la calle y me dije: “He aquí el chico aquel de los gritos” y su voz de marras volvió a resonar en mis oídos: “¡Eduvigis!... ¡Eduvigis!...” Años más tarde lo reconocí entre los alumnos del Instituto Americano y me dije lo mismo y sus gritos me campearon adentro nuevamente. Ya en plena juventud — 1920 — en un periódico castellano que se editaba en Nueva York encontré unos dibujos firmados por Diómedes Pereira, boliviano. Sí. El periódico así lo decía. Sin el menor fundamento y nada más que por intuición me figuré que el tal dibujante podía muy bien ser el rapaz aquel de los baladros. Corridos los años, una revista extranjera cuyo nombre no recuerdo daba cuenta de una novela, “El Valle del Sol”, obra de Diómedes Pereira. Finalmente amistado con él, descubrí con no poco asombro que mi intuición había dado en el clavo, pues el novelista y el dibujante y el rapaz aquel que gritaba: “¡Eduvigis!... ¡Eduvigis!...” eran una sola persona.

X

De qué modo aprendí a hacer novillos

Como consecuencia de mi frustración en Cochabamba, mis padres decretaron mi regreso a Arani. Pero mis compañeros del año anterior me dejaron partir solo. Mi tío Pancho consideró que la ciencia del maestro Torrico no era suficiente para abrirle a su hijo las puertas del Colegio Sucre y trasladó sus esperanzas a la escuela de Santo Domingo de la ciudad. Por consiguiente Enrique se sentía muy ufano de tener que verse trepado en tan alto escalón. Quizás pensando como mi tío, o quizás por otra causa, don Lucas fue a dejar a su hijo Alfonso en la escuela de Punata. Los dos Antonios — Padilla y Villarroel — dieron por concluida su carrera y se quedaron en el pueblo. En cuanto a los otros Villarroel — Juan y Cristóbal — me encuentro con un denso borrón en mis recuerdos y no doy con rastro alguno de ellos por aquel tiempo.

No me fue dado saber por qué mis padres no me devolvieron a la casa de doña Eulalia y prefirieron hacerme interno del maestro Torrico. El maestro era joven y tenía por compañera a una chola corpulenta, más alta que él y muy guapa, que ya le había hecho merced de un niño muy gracioso y de una rorra encantadora. Ocupaba dos habitaciones en el mismo local de la escuela: la una, con piso de ladrillo, quedaba en la esquina de la plaza y le servía de dormitorio; la otra, contigua, con suelo de tierra apisonada, era la cocina. El matrimonio no poseía más enseres que un colchón arrollado en el suelo, en una esquina, y cubierto con una cobija. Sin un catre, ni siquiera una tarima como la que usaban mis padres. Ni una mesa. Ni una banca. Ni una silla. Sus mudas de ropa pendían de clavos metidos en la pared. A mí me concedieron un ángulo de la cocina para dormir. Allí, en el suelo, tendía mi colchón para acostarme y por la mañana lo dejaba arrollado contra la pared.

Como en todos los hogares pobres, la esposa era la fámula y la guisandera. Guisaba en un rústico fogón

armado en el suelo, en un rincón. Comíamos ahí mismo, el maestro sentado, como mi padre, en una piedra, el rapaz sobre otra piedra, la rorra en el regazo de su madre y yo sentado sobre el rollo de mi colchón, el plato sobre las rodillas.

En aquel hogar prevalecían la temperancia y la concordia. No se bebía a ninguna hora ni con motivo alguno. Jamás vi en manos del maestro ni en las de su compañera una copa. Jamás presencié una disputa entre ellos ni supe que hubiesen altercado. Por las noches yo solía salir a pasear y al recogerme debía atravesar por fuerza su aposento, ya que no había otro camino. En tales ocasiones casi siempre los veía yacer sobre el lecho, vestidos y abrazados, esperando la hora de acostarse.

De mis viejos condiscípulos quedaban muy pocos, Pantoja entre ellos. Pedraza entró de aprendiz en la herrería de su padre. Sh'cgo Rojas se fue a estudiar para telegrafista. Rodríguez se dedicó a la solfa para ser músico. Anaya se marchó con sus padres a Tarata. El grueso del curso lo formaban ahora los antiguos alumnos del maestro Prado: Navia, Arce, Vaca, Salguero... Y en lugar de éstos le llovió a don Germán un enjambre nuevecito de churumbeles: Caero, Arispe, Fañor Rodríguez...

Mis días en mi nuevo internado no tenían ninguna semejanza con los que hubieron lucido en la casa de doña Eulalia. Esta generosa mujer y los suyos nos habían tratado siempre con mucho corazón, habiendo llegado a crear entre ellos y nosotros una franca familiaridad. Don Regis no había dejado nunca de otorgarme un trato a todas veras paternal y Lupercia, benigna e indulgente, día a día había pasado por alto mis pequeñas insolencias. En cambio, don Julio Torrico vivía abismado en dos pequeños mundos: el de la escuela y el de su hogar. No parecía muy sociable, pues no recibía visitas ni las hacía ni era aficionado a francachelas. No recuerdo haberle visto una sola vez en la calle. Pero no conocía el secreto de partir peras con los rapaces. A sus propios hijos los trataba poco menos que como a perso-

nas mayores. En cuanto a mí, fuera del aula, apenas me dirigía la mirada y como a desgana contestaba a mi saludo. Y un comportamiento parecido me dispensaba su esposa, ella que siempre andaba ajetreada de quehaceres. Y ni qué decir de sus niños. Ellos, muy poco dispuestos a hacer buenas migas conmigo, me miraban como a alguien que estuviera de más.

Entonces yo me pasaba evocando las tertulias de doña Eulalia y los relatos de Lupercia y no menos la compañía de Enrique. Me sentía solo, me pesaban las horas y para alivianarlas buscaba el trato de algunos compañeros. Dos hermanos Torrico vivían cerca, en la acera oriental de la plaza y me proponía congeniar con ellos. Eran muy buenos amigos, pero les faltaba algo para igualarse a Anián, a Robustiano, a Valerio. Me empeñaba en el recurso de los cuentos; ellos se mostraban acogedores y se disponían a oírlos; pero en lo mejor y con amargo desencanto me encontraba con que se habían dormido. Despertaban sobresaltados y me rogaban: "Sigue, hermanito, sigue". Yo les decía fríamente: "Mañana" y me marchaba. A la noche siguiente no me podía contener. "Esta vez no se me dormirán", pensaba, y otra vez a contar. Pero ellos se volvían a dormir.

Yo esperaba las tardes de sábado con nerviosa impaciencia. No bien terminaban las clases del día tomaba el camino de mi pueblo. El año anterior, tal vez porque no íbamos solos o quién sabe por qué, las choías parecían no reparar en nosotros. Ahora era distinto; andaba yo convertido para ellas en una mosca blanca. O en algo peor. Las que me topaban en la calle me zaherían furibundas: "¡Mueleño jak'utalega!... ¡Mueleño llasaleva!... Lo primero, porque en mi pueblo mucha gente vivía del negocio de la harina. Lo otro, porque vestía una americana a la moda, larga y con una partidura atrás, exactamente igual a las que usan hoy los lechuguinos.

Llegaba anhelante a mi pueblo y entraba en mi casa como si estuviera llegando de mucho tiempo. Me zambullía en los brazos de mi madre y me ponía a trebejar con mis hermanos y los envasaba y cargaba a veces has-

ta hacerlos llorar. Los domingos eran días de plenitud. No cabía de contento, el mundo se me hacía muy pequeño y las horas se iban en volandillas. Pero el lunes amanecía tétrico; lo más caro, lo más dilecto de mi vida se quedaba en casa y yo partía como si me estuviesen mandando desterrado. El camino era ingrato y no exento de riesgos. Hallábase en muchos trechos bordeado de chozas y en cada una de ellas había cuando menos una fiera, quiero decir, un perro siempre dispuesto a acometer. Yo no entendía aún de previsiones y por eso mismo, frente a aquellos sañosos agresores, me veía sin defensa. Para evitar los asaltos hacía largos rodeos por entre los maizales, pero ni aún así conseguía a veces salir a salvo. Como corría la estación lluviosa, yo iba enfundado en un sobretodo que mi madre me hizo coser poco antes. Una mañana, de tres chozas muy cercanas entre sí se me lanzaron como centellas tres leones. Helado de espanto paréme en seco, seguro de caer despedazado. Por suerte, a unos pasos de mí contuvieron sus ímpetus y fueron rondándome con roncós rezongos. Allegóseme, a mi parecer, el más bravo y se dió a tironearme de una esquina del sobretodo como si me estuviera poniendo a prueba. Me hice el propósito de no moverme, ya que veía que así los otros no caían sobre mí. Y el trance habríase prolongado quién sabe cuánto si de la choza más próxima no salía un labrador, ahuyentaba a las fieras y me acompañaba hasta más allá de la tercera choza. Yo me hallé exactamente como si estuviera regresando del otro mundo y comencé a respirar a pulmón abierto.

El próximo sábado llegué más desalado que de ordinario a casa, como impulsado por un presentimiento, y, justo, encontré a mi pituso con un brazo en cabestrillo. “¡Desgracia! — grité alarmado en mis adentros —. ¿Qué habrá pasado?” — me pregunté con angustia. En seguida lo supe. Días atrás, él y León habían ido de pastoreo con las borricas a la Laguna, donde el pequeño se había propuesto dar unas vueltas cabalgado en la negra. Encontrándola demasiado alta para subirla del modo corriente, resolvió hacerlo por detrás utilizando un

corvejón como estribo y saltándole luego a la grupa. Puesto el pie en el estribo y dado el impulso del salto, la bestia coceó con ambas patas tan violentamente, que el pituso fue despedido como con un trabaquete y cayó a una distancia considerable. Y la consecuencia no pudo ser más lamentable: un antebrazo fracturado. Se había tenido que recurrir a la ciencia de doña Exalta y ahora el pituso andaba con el hueso fuertemente entablillado y el brazo en cabestrillo. Yo quedé hondamente impresionado y angustiado y dediquéme por entero a mi pituso. El resto de la tarde y todo el día siguiente anduve pajareando con él por el pueblo y la campiña. Y mi partida de aquel lunes fue más dolorosa que otras veces. Nunca me sentí tan desgarrado, tan trunco como aquella madrugada al alejarme de mi pituso. Su estampa tan atractiva, su aire tan jocundo, su dulce modo de hablar y de reír quedaban a mis espaldas, mientras que adelante no había más que vacío, y soledad, y tristeza. Junto con la distancia se iba ensanchando el vacío y creciendo la tristeza. Así llegué al pie del cerro Chinburía y al dejarlo atrás solté el llanto. Lloré a gritos, nombrando a mi pituso, llamándole como si él pudiera oírme y correr en mi alcance.

El siguiente sábado el pequeñín llevaba aún el brazo en cabestrillo; mas se lo veía ya alegre y casi como antes retozón. Por la noche se abrieron las compuertas del cielo y cayó a chorros y fragorosa la lluvia. Y todo el domingo. Y así fue que la madrugada del lunes, temerosos de que el río de Arani anduviera muy de crecida, mis padres me despidieron en la parda, acompañado de Bautista. Fui todo el camino presa de punzante desasosiego, sin muchas ganas de llegar a Arani, deseoso de toparme con la riada invadeable. En efecto. El río hallábase cargado, rugían y se encrespaban las olas y el solo mirarlas producía vértigo. Probablemente no eran tan arrolladoras para abatirnos parda y todo; pero a mí me vinieron de perillas para volver grupas. “¡Imposible pasar! — grité —. ¡Nos cargará! ¡Regresemos a casa!” Como diciendo: “A mí me da lo mismo”, Bautista hizo en silencio que la parda girara sobre sí misma y empren-

dimos el retorno con harto contentamiento de mi parte. Mi madre no puso en duda mi pequeña jácara y yo me pasé con mi pituso el día saboreándolo como si se tratara de una golosina obtenida a un precio muy alto. Al otro día me despidieron nuevamente en la parda con Bautista. Desde que partimos yo fui rezándole a San Bartolomé, devoto de mi padre, y pidiéndole que nos hiciera esperar el río más cargado que el día anterior. Pero el santo no me prestó ni una pizca de su oído, ya que apenas quedaban vestigios de la crecida. Con profundo descorazonamiento me apeé en la otra orilla y seguí adelante, camino de mi cautiverio.

Nunca me parecieron tan largos, tan deprimentes los días. Hasta las lecciones, de suyo tan amenas, tan atrayentes, acababan por hastiarme, por aburrirme. Con todo, hubo de llegar el sábado y tan pronto como pude me largué casi con desesperación rumbo al pago. Para el lunes ya no descargó nublado alguno; por tanto el río no podría prestarme otra vez su complicidad y emprendí la marcha sin la parda y sin Bautista. Llegado que hube a la orilla del río, mis pies se resistieron a dar un paso adelante y mi voluntad giró sobre sí misma y se puso diligente a desandar.

Arani, tan acogedor, tan generoso un año antes, ahora me resistía y en él todo se me hacía cuesta arriba. Resolví olvidarme de la escuela, del maestro Torrico, de los compañeros y no volver a poner los pies ni siquiera en aquel camino. Me hallaba dispuesto a ir a cualquier parte, a Cochabamba como Enrique, a Puna-ta como Alfonso, o a quedarme en el pueblo, ¿por qué no?, como los Antonios, con tal de no tener que regresar a Arani. Sólo había una cosa que ver: si mi madre querría darse a buenas. El dominio de ella sobre nosotros era absoluto y siempre nos fue difícil, si no imposible, enfrentarla. Pero yo me hallaba decidido a todo, a todo, inclusive a empacarme como a veces lo hacía, y con el mejor resultado, León. Y por nada del mundo conseguiría nadie hacerme soltar la carga.

Razonando de esta guisa llegué al pie del cerro Chinburía y a poco descubrí que mis primos Octavín

y José María, hijos de mi tío Gil, llegaban a su alfalfar de la Laguna. Ellos no iban a la escuela y sólo se ocupaban de la manutención de los caballos de su padre. Alleguéme a ellos y a las pocas preguntas que me hicieron contesté con unas cuantas mentirillas. Y amén. Les ayudé a cortar el forraje y cuando vieron que ya era suficiente, lo liamos y lo acomodamos sobre el lomo de la alazana. Octavín se cabalgó en ella haciendo que la carga quedara detrás suyo y José María y yo montamos a la Wist'a, yegua machorra que andaba como renqueando. Como si tuviéramos convenido, no paramos sino en el patio de mi tío Gil. Ni él ni mi tía Teodosia se extrañaron de verme y, al contrario, me acogieron como si siempre hubiese vivido con ellos. Por la tarde volvimos al alfalfar, yo solo ahora en la Wist'a, y galopamos con el corazón que me tamborileaba de gozo. Hasta entonces no había conocido más que el galope borriquito; ahora corría en una yegua, y nada menos que solo, haciendo parejas con Octavín, que iba en la potranca endrina, y con José María, que alardeaba en la alazana.

Esa noche la pasé a maravilla. Mis cuentos, quiero decir los que sabía, obtuvieron la mejor acogida. Agrupé en el patio, junto al quicial de la puerta, a la luz de la luna, no sólo a Octavín y José María, sino también a sus tres hermanas. No hubo cuento que no conmoviera a mi auditorio y al final me encontré con que casi había agotado mi caudal. Nos acostamos tarde, los chiquillos en la antigua dormida y las otras en la sala. No sé qué hora sería cuando desperté, pero la luna caía en la estancia, por la ventana, como una cascada de leche y Elvira, mozuela de la primera tijera y mojarrilla como ninguna, escarabajaba y palmoteaba en la sala. De pronto la vi como una aparición a unos pasos de mis ojos, enteramente desnuda, chillando, brincando, arrojándose de un lado para otro, contoneándose donairoso con sus pechitos redondos y túrgidos en medio de la cascada de leche, girando como un trompo, como fugando, como persiguiendo, hasta que Octavín saltó de la cama y a empujones la expulsó de la dormida.

El siguiente día fue otro de gloria, aunque por la

noche no tuve ya deseos de aplicarme a los cuentos ni mis primos me los pidieron. La tercera mañana, en la Laguna, comencé a sentir cierta desazón, cierto temor, una voz interior que me decía que no todo iba a marchar como hasta entonces. Pensé en mi madre, en la impresión que ella recibiría a la noticia de mi descamino y en la forma como después se conduciría conmigo. Ella tan severa, tan inflexible.

Cuando regresamos de la Laguna no me esperaba en casa de mis tíos ninguna novedad. Sin embargo hallábame sobre espinas y comencé a temer lo peor. No sentía hambre ni el menor deseo de ponerme a almorzar. Mi tía Teodosia comenzaba a servir el chupe cuando la puerta se llenó de la presencia de mi madre. Yo, que estaba sentado sobre un pedazo de adobe, me quedé paralizado. No había más que sombras en mi pensamiento y ninguna sensación, ni siquiera de frío, en mi carne. Era como si hubiese huído de mí mismo.

—¡Conque tú aquí, buena alhaja! ¡De pie, y a casa!

Obedecí maquinalmente y con un peso abrumador sobre los hombros eché a caminar hacia la calle. En casa me esperaba una forma de suplicio a que solía ser condenado Bautista por sus barrabasadas más graves. Colgaron de una viga una soga, un extremo de la cual me lo amarraron debajo de la cintura y tirando del otro extremo me suspendieron en el aire. Y mi madre, entre inculpaciones y admoniciones, puso en función el **fanchulino**. Yo lloraba y chillaba a todo pulmón, no tanto por el dolor que me producían los lampreazos, sino porque se me infligía un castigo que a mi modo de ver fue inventado exclusivamente para Bautista. Me sentía rebajado al nivel del criado. Y ululaba a desgargantarme. Me habrían caído cinco o seis latigazos, todos en la espalda, cuando mi padre dijo con acento insinuativo:

—Basta, Amelia, basta — y se apoderó del **fanchulino**.

Mi madre se echó a llorar. Lloraba con honda amargura y a la par me increpaba:

—¡Estólido!... ¡No comprendes tu propio bien!... ¡Para cuyo provecho estudias?...

Y por el estilo. Y finalmente:

—¡Por tu culpa no he cocinado hasta esta hora! — y se fue a la cocina, en tanto que yo me acogí a un rincón todavía llorando.

Caí en la cuenta de que mis hermanos, pálidos aún de miedo, me miraban desde otro rincón y recién cuando hube dejado de llorar se me aproximaron.

—Jesuca... Jesuca... — me decía enternecido el pituso y me friccionaba suavemente la espalda.

Apareció por el patio Bautista y desde la puerta me dijo:

—**Tatitus**... Te ha sonado duro... casi como a mí... — y una vez junto a nosotros prosiguió —: Esta mañana la mamá estaba encendiendo el fuego y en eso llegó un chico de la escuela de Arani y me dijo: “Quiero hablar con la mamá de...”, bueno, con la mamá. La llamé y a ella le dijo: “Me ha mandado el maestro a preguntar por qué tu hijo no ha ido desde el lunes a la escuela”. La mamá se puso blanca del susto y casi temblando preguntó: “¿No llegó el lunes a la escuela como de costumbre?” y el chico dijo: “No, señora, no llegó. Por eso me manda el maestro a preguntar”. La mamá se echó a llorar diciendo: “Dios mío, ¿qué se ha hecho? ¿Dónde se ha ido?” Y al chico le dijo: “Lo buscaré y en seguida lo mandaré. Dile entretanto al maestro que agradezco su interés...” y no sé qué cosas más. Y ese ratito salió a buscarte. Regresó después de más de una hora llorando y dijo que te había buscado en las casas de los tíos y que sólo le faltaba ir a la del tío Gil... **Tatitus**, y allí dió contigo. Valiente tunante has resultado, Jesuca...

—¡Vete a la porra! — le grité furibundo y salté al patio en busca de una piedra.

—En vano te enfureces — me dijo con calma —. No es para tanto — y se fue a la cocina.

Volví a mi rincón. Cuando el almuerzo estuvo a punto fuimos llamados por Bautista. Yo no pasé de la puerta y cuando mi madre llenó mi plato y me dijo: “Toma, Jesuca”, denegué sencillamente: “No tengo hambre”. Entonces hizo traer con el criado el **fanchulino** y

empuñándolo me reiteró: "Toma tu plato". El **fanchuli** no tenía un poder poco menos que mágico y puso diligente el plato en mis manos. Sentado junto a mi padre, en el suelo, en medio de un enjambre de cobayos, consumí la ración con gran apetito. Pero en seguida me acogí de nuevo a mi rincón. Mi madre venía de hora en hora y me atarantaba con sus implacables y lancinantes reprensiones. Con todo, yo persistía en mi propósito de no regresar a Arani. "Que me cuelgue otra vez — me decía —, que me azote cuanto quiera, pero no volveré. No volveré por nada" y ante la abrumadora ofensiva materna me atrincheraba en el silencio.

Así llegó la noche. Después de la cena me había refugiado nuevamente en mi rincón. Quizás pensando que el terreno se hallaba ya de sobra abonado, mi madre se me puso delante y me dijo:

—Mañana te irás como de costumbre a Arani.

Yo guardé silencio.

—Te digo que mañana te irás a Arani.

Seguí callado.

—¿No dices nada? ¿No quieres seguir estudiando?

La lengua se me pegó al paladar.

—¡Entonces aprenderás un oficio! ¿Qué oficio quieres?

En ese instante como un fucilazo sesgó mi mente una peonza que años atrás había torneado David y me la había regalado entre risueñas ponderaciones. Y con acento firme contesté:

—Carpintería.

Estalló en mi cara una bofetada, arrancándome un alarido.

—¡Jamás! — gritó ella frenética... ¡Estudiarás quieras o no quieras! ¡Estudiarás a látigo! — y soltó el llanto como por la mañana, pero con mayor amargura, casi con desesperación, y me fue amonestando y exhortando hasta muy tarde. Yo sentía impulsos de caer a sus pies de rodillas y pedirle perdón y prometerle entera obediencia, volver a Arani y no dar nunca más un paso en falso. Pero no dije nada y me limité a llorar y quizás mis lágrimas suplieron a las palabras.

XI

El verbo edificante de un clérigo y un dulce calor de hogar

Y nos vimos a dos pasos de la semana santa. Un día el maestro Torrico nos dijo al salir de clases que esa tarde empezaba en el templo el **examen** para los rapaces que quisieran hacer la primera confesión. Yo no lo había hecho todavía ni nadie me había dicho antes que lo hiciese. Vi que un grupo de chiquillos tomaba el camino del templo y de hecho me uní a ellos. El segundo ayudante del vicario era el **examinador** y lo encontramos ya esperándonos en la amplia sacristía. Era un clérigo muy joven y muy blanco y llevaba anteojos. Parecía recién llegado, pues yo no lo había visto antes.

Desde el primer momento vi que ese sacerdote no sólo le hablaba al entendimiento, sino ante todo al alma. Me figuraba que por sus labios se nos dirigía algún santo, quizás el mismo Dios. Antes solía oír decir que los **tata** curas representaban a El en esta vida; ahora lo estaba viendo con mis propios ojos y confirmándome. Por sus palabras adquirí el conocimiento puro, el verdadero concepto que la Iglesia exige que se tenga del Todopoderoso. Era el padre y la autoridad suprema de los hombres. Estaba en todas partes al mismo tiempo y a toda hora. Veía y enjuiciaba nuestras acciones más pequeñas, ante todo nuestras culpas, y nos infligía el condigno castigo, inexorable, irrevocable. En este punto insistía con tanta facundia, con palabras tan convincentes y ensartaba tantos y tantos ejemplos, que yo creí reconocermme en más de uno y me catalogué entre los pecadores más impíos e indignos de perdón. Salí del templo agobiado, abrumado por el peso de mis pecados.

La segunda sesión se la dedicó íntegra al infierno. Dibujó como un artista la figura del demonio, con su color, su olor y sus increíbles hazañas, hizo desfilar ante nuestros ojos la inmensa legión de ellos, con Lucifer, su jefe, a la cabeza, y nos hizo una pintura escalofriante de las voraces hogueras, las pailas de plomo hirviendo y

de todos y cada uno de los antros de perennal suplicio donde penarán las almas pecadoras por los siglos de los siglos.

En las sesiones ulteriores fue haciendo una anatomía asombrosa de los pecados que emergían de la transgresión de los diez mandamientos de la ley de Dios y en seguida nos expuso una portentosa interpretación de los siete pecados capitales. Todo ilustrado, relievado con superabundantes ejemplos, en uno de los cuales nos ofreció como un caso monstruoso a Napoleón, abriendo enormes los ojos y alzando los brazos al cielo. Yo no sabía quién era ese Napoleón y supuse que sin duda se trataba de algún émulo de Luzbel.

De los labios del sacerdote caía el chorro de pecados a la manera del maíz que se desprende de las mazorcas que vamos desgranando. Tan infinita, tan incalculable era la cantidad de ellos que creía yo que no habría en el mundo un costal lo suficientemente grande para contenerlos. Acabé por convencerme de que entre las acciones humanas no existía una sola que no fuese pecado, desde el nacimiento y a veces hasta la muerte.

Pero no todo concluyó con la exposición de los pecados. Dios no quería que todo resultara perdido. El mismo había resuelto que no hubiera un pecado imperdonable y había construido una cómoda puerta de escape. Esa puerta era la confesión. El pecador que se asomaba al confesonario tenía expedito el camino del paraíso celestial, donde eternamente las almas gozan de la más pura, de la más completa felicidad.

Quizás por todo esto, pero ante todo por su acento cálido y persuasivo, por la infalibilidad de sus revelaciones y por lo venerable y mayestático de su continente, la figura del sacerdote fue creciendo y creciendo ante mis ojos hasta que al final agradecí a la suerte el haberme deparado la fortuna de ser examinado por tan santo y ejemplar varón.

La última tarde salí del templo con la certeza de que aquel sacerdote nos había enseñado la manera de abrir con nuestras propias manos las puertas del cielo.

*

El aposento del maestro tenía una puerta que se abría en la esquina misma de la plaza. El piso de aquel era bastante más alto que la acera y debajo del umbral había un peldaño de piedra para hacer cómodo el acceso.

Cenábamos temprano, tras la última lección de la tarde, y después, cuando no me venían deseos deirme a callejear, me gustaba sentarme en aquel peldaño a esperar la puesta del sol. El oro del sol, a aquella hora, me parecía tierno y evocador, me recordaba los atardeceres de mi calle de Muela y también los de la Laguna y me sumergía en un tibio baño de sensaciones difíciles de definir. El sol se hundía detrás de la cúpula del templo y las sombras parecían ir brotando del suelo, creciendo y envolviendo suavemente las casas y las calles. Gozaba al descubrir la primera estrella y contaba las que iban apareciendo hasta cien, doscientas, trescientas, hasta cansarme. Y me sonreía recordando una cosa chistosa que decían los chicos en la escuela. Que no se debía, que no convenía contar las estrellas porque el que las contaba tenía a la larga tantos hijos como estrellas había contado. “Ajajaillas — me decía —, si yo llegara a tener doscientos, trescientos hijos... Sólo el rey Salomón — continuaba — podía tener la cantidad que quisiera porque sus esposas y sus concubinas, como nos enseñó el maestro, llegaban nada menos que a mil”.

Una anochecida, cuando mejor me iba atiborrando de estrellas, oí que se acercaba un lento y suave taconeo. Era el maestro, con su hijo. Se detuvieron junto a mí y sin darme tiempo para nada y a boca de jarro el maestro me increpó:

—¡Conque, le has pegado a mi hijo!

—No, señor — me defendí —, no le he pegado.

—¡Sí, le has pegado!

—No, señor, ni siquiera le he visto!

Entonces dirigióse a su hijo:

—¿No es verdad que te ha pegado?

—Sí, papá, me ha pegado — me calumnió con increíble sangre fría el braguillas.

Y sin más, el maestro me asestó una bofetada. Yo prorrumpí en alaridos y lloré a gritos. El maestro se a-

lejó con su hijo, y al mismo paso, por donde había venido. Seguí llorando por más que no había dolor, pero la impostura y la injusticia que acababan de hacerme su víctima me dolían acaso más que una azotaina. Cuando se me vaciaron las lágrimas, en señal de resentimiento resolví no dormir esa noche en la cocina y me fui en busca de mis amigos los hermanos Torrico. Ellos me acogieron con calor, no me hicieron ninguna pregunta ni yo les dije por qué me cobijaba en su casa, y así, sin cuentas ni requilorios hallé un confortable espacio en su cama. Eran hijos de un viudo que en el pueblo era llamado Q'asa Segundo porque le faltaba en una oreja un pedacito que alguien le había manducado en alguna reyerta. Dormían en una tarima como la que usaban mis padres, con muchos cueros rapados por colchón y abrigados con una buena y gruesa cobija. Ahí en esa tarima, yo en medio de los dos, nos dormimos plácidamente como una sola pollada.

Por la mañana me recogí a la escuela y después a la cocina como si nada hubiese ocurrido. Ni ese día ni nunca el maestro me dijo una palabra y, por mi parte, ni entonces ni nunca le dediqué un mal pensamiento. Porque me daba cuenta de que él no hizo más que prestar oídos, quizás con cierta ligereza, al infundio de su hijo y obrar como lo hubiese hecho cualquier otro padre. Y porque, además, ya comprendía los beneficios que de él iba recibiendo, pues él me enseñaba a escarbar en el filón del saber. En cuanto al pedazo de perillán, el quid era distinto. No escalaba sino el cuarto o quinto peldaño de su existencia, y ya sabía calumniar. Pero el niño no olvida el agravio que se le infiere, por más que el autor sea otro niño, y suele a veces retribuirlo con el rencor. Yo no pude dar al olvido aquel pequeño entuerto. Los vaivenes de la vida nos pusieron a menudo cerca el uno del otro, inclusive partimos a la guerra los dos en un mismo destacamento; pero siempre lo evité y no di lugar a que él se me allegara.

Yo no di a conocer el incidente aquel a nadie, ni siquiera a mis padres. Pero ellos, poco tiempo después y por motivos que me fueron ignorados, hicieron que cam-

biase de internado. Me fui a vivir en casa de una familia Antezana. Don Belisario, hombre de edad madura y de mucho juicio, era el notario del pueblo y su única pasión era la caza. Doña Egipcíaca, su esposa, circunspecta y sencilla, pasaba el día entretenida en sus quehaceres y rara vez salía a la calle. Tenían cuatro hijas. La mayor, María, hollaba los dinteles de la juventud, vestía ya como una señorita, la falda casi hasta los tobillos y el cabello recogido en copete encima de la frente. Ahora que ya no es sino una estrella recatada en su nadir, reconstruyo su figura como un ramillete de rosas, fresco de rocío, tal le esplenden las pupilas y en su semblante florece el candor. Belisario, por nosotros cariñosamente llamada **Belicha**, fornida y gallarda, seguía la muy de cerca a María. Elvira, de mi misma edad, con un trocito de sol diluido en el cabello y una sinfonía de pajarillos en el acento, iba como yo a la escuela y emulaba en las travesuras conmigo. Ester, pitusa regalona, cabellera ensortijada y joyante, iba también a la escuela y no se separaba de Elvira.

En aquella casa encontré un dulce calor de hogar, aun más que en la de doña Eulalia. Don Belisario se comportaba conmigo como con una persona mayor, pero con mucha suavidad y también con mucha tolerancia. Su compañera era para mí una segunda madre, pues diríase que me tenía por el quinto de sus hijos. Ellos dormían en habitaciones distintas, rara vez pasaban la noche juntos y siempre en la del marido. Yo hacía mi cama en un ángulo de la de la esposa y antes de acostarnos ella me pedía que le contase cosas de mi pueblo, de mi familia, de mis mayores y a su vez me hacía escuchar algunas reminiscencias, algunos sucesos de su juventud.

Elvira y Ester eran exactamente como mis hermanas. Pasábamos siempre juntos las horas libres y algunas tardes íbamos a pasear por un huerto que sus padres poseían en las afueras del pueblo, bajo los manzanos y los durazneros y las enramadas de parrales. Retozábamos como corderillos, jugábamos a la pesca-pesca y a la paca-paca y a la manchita, nos volqueábamos en los gra-

males y a veces también peleábamos, inclusive hasta lloriquear; pero no tardábamos en pactar el armisticio, y vuelta a trebejar.

Belicha era una mozuela reconcentrada, casi arisca, por lo común sólo se dejaba ver en la mesa y rara vez me era dado departir con ella. He dicho que se dejaba ver en la mesa. Sí. En aquella casa se comía en mesa. No había comedor, pero en la sala había una mesa de muy regulares dimensiones y a ella nos sentábamos para tomar el sustento, servidos por María.

María me hacía objeto de un trato singular. Me quería como sólo una madre puede querer a su hijo. Me hablaba siempre con dulzura y nunca tuvo para mí una palabra áspera. “Hijito — me decía — vamos a almorzar”. “Hijito, es hora de irse a la escuela”. “Llegas un poco tarde, hijito”. Pero, bobalicón de mí, esta efusión de la joven no me caía en gracia, me enfadaba y me ponía de mal humor. Protestaba. “Hijito... Todo es hijito... Yo no tengo dos madres...” Pero todo esto me lo decía en mi interior, a mí solo, y no lo dejaba traslucirse. Cuando debía salir de visita o con algún mandado me decía: “Vamos, hijito, acompáñame” y me tomaba de la mano. Yo obedecía, pero a regañadientes. En la calle me disgustaba ir pendiente de su mano, incluso caminar, sin la mano, a su lado y tan pronto como era posible, cambiaba de acera.

Así, de este modo ,acogido en el seno de aquella magnánima familia,mi pequeña soledad y mis pueriles tribulaciones de los meses precedentes fueron arrinconadas en la casilla del tiempo que pasó.

Por las noches solía visitarnos Pantoja, y también un fámulo de un señor Calvi, vecino nuestro y terrateniente acomodado. Ambos sabían muchos cuentos y con ellos nos sentábamos en el amplio umbral de la puerta de calle. Belicha asistía a estas sesiones, no así María, que se encerraba temprano en su habitación. Fortunato, el fámulo, contaba el primer cuento, le seguía Pantoja, y a éste yo. Acabado mi cuento, contaba otro Fortunato, después Pantoja y en seguida otra vez yo, y así sucesivamente hasta que Ester o Elvira, o las dos, empe-

zaban a cabecear de sueño, o hasta que doña Egipcíaca venía a decirnos que era hora de recogerse. Deplorablemente aquella prodigiosa mina se me ha perdido. Era que yo no comprendía su importancia y pensaba que nunca habría de hacerme falta. De los relatos de Fortunato, que eran los más bellos, sólo me queda un vestigio, una pincelada, quizás por su singularidad, o por su belleza, o quién sabe por qué. Era un auki bizarro vestido con ropas de oro que viajaba por un camino muy largo y desierto. No llevaba ninguna provisión y hacía dos días que no comió. La tercera mañana encontró a la orilla misma de un lago un árbol desconocido cargado de dorados frutos. Cogió uno y lo mordió, y en ese instante salió por la hendedura una mujer la más hermosa que ojos humanos hubiesen visto sobre la tierra y cayó al agua y desapareció. Tomó otro fruto y de la mordedura salió otra mujer tan bella como la primera y se hundió también en el abismo del lago. Dos veces más le ocurrió lo propio; pero a la quinta logró abrazarse de la mujer, cayó con ella al agua y los dos se pusieron a nadar... a nadar... y en este momento están nadando todavía y no se sabe hasta cuándo nadarán.

Un relato en algo parecido existe en el Manuscrito de Francisco de Avila. Una princesa viaja encerrada en un pequeño cofre desde los cimientos de la tierra con destino a las orillas del Lago Titikaka, donde la espera Wayna Qhápaj Inka. En el trayecto, el portador abre indiscreto el cofre y la princesa, tan pronto como ha sido vista, desaparece. El indiscreto vuelve al punto de origen y trae otro cofre, el cual esta vez llega intacto a su destino y, abierto por el soberano, de él desciende una mujer tan hermosa como la que nos hubo presentado Fortunato.

Algunas noches hacíamos con Pantoja funciones de prestidigitación. Yo no había olvidado las pruebas vistas años atrás y a Pantoja le sucedía otro tanto. Yo armaba el escenario con mis cobijas y mis sábanas en un corredor que había entre el dormitorio de don Belisario y el cuarto de María. Por la tarde convidábamos golpeando latas vacías por las esquinas y por la noche El-

vira y Ester hacían de boleteras. Quince o veinte arrapiezos, o más, o menos, acudían a nuestras funciones y los más entraban sin pagar porque no tenían los cinco centavos que costaba la entrada. Pantoja se conducía como un experto ilusionista y yo le servía de ayudante. Del huevo batido dentro de un sombrero sacaba una rosa; un tarro de harina convertía en uno lleno de confites; se tragaba todo un cartucho de papel ardiendo y del gargüero extraía una cinta interminable; hacía desaparecer un pañuelo y lo sacaba del bolsillo de un espectador... Y don Belisario nos toleraba con una indulgencia propiamente paternal y su esposa se asomaba a veces a alentar al truquista y a reír.

XII

Primera huída de Bautista. El tránsito del maestro. Un amigo extraño.

Bautista dormía debajo de la mesa grande, en un ángulo de la habitación y por las mañanas se levantaba al mismo tiempo que mi madre.

Aquella madrugada de domingo desperté con la voz de mi madre: “¡Bautista, vístete ya!”. El criado, ni señal. “Ya habrá salido”, dijo ella abriendo la puerta que daba al patio y luego voceó: “¡Yoqalla! ¿dónde te has metido?”

—¡Gabino! — gritó a poco desde el patio —. ¡No hay yoqalla!

Mi padre se vistió de prisa y salió. No tardaron ellos en volver y convinieron en que el muchacho se había fugado. En aquel momento me acordé de una vispera de todosantos durante la cual Bautista había salido por la pared con la ayuda de su poncho para irse a los *resachikus*. Mientras el recuerdo me revoloteaba por el caletre mi madre decía:

—Si anoche se acostó junto con nosotros. Bueno, se habrá aprovechado de nuestro sueño para escurrirse al patio. ¿Y de ahí? ¿Cómo salió a la calle?

A lo que yo quise darme importancia y conté lo que sabía.

—¡Mocoso! — me increpó ella — ¿Por qué no me lo dijiste entonces?

—No sé — contesté ingenuamente.

Y me gané un torniscón.

Resolvieron lanzarse sin pérdida de minuto a la búsqueda del huidizo.

—Hay mote en la olla — nos dijo mi madre al salir — y tú, Jesuca, quédate con tus hermanos.

La casa se nos antojó vacía, sin calor. No había apetito ni deseo de nada, ni siquiera de travesear. Aco- gidos a un rincón del patio, sentíamos el tiempo inmó- vil, inalterable como una charca. Yo no podía dejarme llevar por los pies como otros domingos y pensaba en Bautista. Había sufrido muchos desmanes suyos en o- tro tiempo, inclusive el furor de sus puños; pero tam- bién había admirado sus barrabasadas y sus consejas y ante todo el tiempo con él se había deslizado siempre sin atascarse como ahora. Comencé a sentir una extra- ña y vaga languidez y parecían adormecerse las piedras, la luz, todo...

—Tengo hambre — gimió Dío (así le llamaban mis padres al pituso).

—Hay mote en la olla — repetí las palabras de mi madre.

Dío se encaminó en silencio a la cocina, seguido de León. Volvieron con sendas escudillas colmadas y, sen- tados enfrente de mí, se pusieron a masticar afanosos el mote. Decididamente el pituso tenía hambre. Se me- tía en la boca gruesos puñados y daba cuenta de ellos casi con deleite. Y León no comía con menos apetito. Al verlos, me vino también a mí un fuerte deseo de co- mer. Me levanté. Pero en eso abrióse la puerta y apa- reció mi padre con un aire gris de cansancio. Luego en- tró Bautista sudoroso y agobiado al peso de una piedra enorme que traía sobre el hombro. El **fanchulino** venía colgado entre el hombro y la piedra y le golpeaba la ro- dilla con el mango. Finalmente apareció mi madre con el semblante como pocas veces alterado.

—¡Viajero! — le dijo a Bautista —. Bota tu carga en aquel rincón — y entró en el cuarto, de donde no tardó en salir con una sogá en la mano.

Colgaron la sogá de un tirante y con ella le dejaron al criado suspendido en el aire, lo mismo que a mí una ocasión inolvidable. Pero en él se cebó el **fanchulino** con furia, sin misericordia, arrancándole estentóreos alaridos y lágrimas a nubadas, hasta que mi madre no pudo más.

—¡Ya sabes lo que es bueno! — barboteó ella devolviendo el **fanchulino** a su sitio—. ¡Vuelve a sacar los pies, y verás lo que te pasa! ¡Te quemaré los pies y te daré a beber orines podridos!

El criado se pasó la tarde arrinconado en el patio, gimiendo de rato en rato, pero dedicándonos, cuando nos tenía cerca, sonrisas y guiñadas picarescas. Qué genio aquel de Bautista, desconcertante, indefinible para mis alcances de entonces.

Ahora regresaba yo a Arani no sólo tranquilo, sino contento, sin la amargura ni la renuencia de antes. En otro tiempo solía hacerme sufrir la falta de una hermanita. “Todos los chicos — me dolía — tienen hermanitas, menos yo”. Sí. Robustiano, Aníán, Semíramis, Martirián las tenían. “Si tuviera una hermanita — continuaba — cuánto la querría, cuánto la mimaría. No la permitiría hacer nada; yo lo haría todo por ella”. Ahora encontraba en Elvira y Ester una muy grata compensación. Las quería como a mis hermanas y me desvivía por satisfacer sus pequeñas demandas. Y las madrugadas de los lunes me iba casi corriendo, haciéndome proyectos de juegos y de travesuras para la semana. Y en estos viajes y en este mallar y retejer rapazadas se me fue avivando la imaginación y acabó por abrirme sus puertas el ensueño. Soñaba maravillas, palacios como los de los cuentos, tesoros invalorable, infinidad de criados para Elvira y Ester. Yo me veía garrido y rozagante, galopando por los espacios en un caballo luminoso de puro blanco, hasta acercarme al sol y cambiar señas con las estrellas, que en aquellas alturas debían ser también visibles de día.

Pero aquella semana que siguió a la huída de Bautista me fue imposible realizar proyecto alguno. La mañana del lunes el maestro entró en la clase con el semblante algo desencajado. Después del primer intermedio, su mujer vino a decirnos a secas que las lecciones quedaban suspendidas hasta por la tarde. Por la tarde, el hijo del maestro, llamado también Julio, apostado a la entrada del local, despedía a los alumnos aduciendo que su padre se hallaba enfermo. Tres o cuatro días después llegó a casa el rumor de que el maestro había muerto. Corrí a cerciorarme y encontré a mi maestro tendido en el aula, sobre una yacija armada con los bancos. Desde un principio él había ocupado un sitio importante en mi vida. En la tierra virgen que era mi mente había sembrado la semilla del saber y la había hecho germinar y alimentado con el calor y las linfas de su experiencia. Ahora yacía enjuto y amarillento, sin vida, como seis o siete años atrás mi tío Emilio. Lo mismo que entonces, quise llorar, y no pude. Sentíame consternado, me azacanaba por arrancarme lágrimas, pero ellas, traicioneras, recalcitraban. La viuda, prosternada a los pies del difunto, lloraba enronquecida y desolada como mi tía Zelima. Algunos hombres cabizbajos y apoyados contra la pared, se ensimismaban con los brazos cruzados, como ausentes. Me alejé pesaroso, acusándome de crueldad y de ingratitud. Y, de regreso a casa, resolví correr a mi pueblo llevándoles la infausta noticia a mis padres y, como doña Egipciaca no hizo oposición, partí.

—Año perdido — exclamó mi madre al acabar de deplorar la desgracia, y dirigiéndose a mí —: ¿Qué harás hasta el próximo año? ¿Te imaginas el perjuicio?

En realidad no hubo perjuicio, es decir, no fue año perdido.

Anduve dedicado a la vagancia por espacio de unos días, siete, ocho, tal vez diez. Una tarde que regresé de la Laguna con mis primos Octavín y José María, galopando muy orondo en la alazana y llegué con mucha hambre a casa, antes de servirme la cena mi madre me dijo:

—Mañana vuelves a Arani. Se ha reabierto la escuela.

Estuve encontrándole sabor, pero muy buen sabor a la holganza, ante todo a los galopes en las yeguas de mi tío Gil, y he aquí que esas dos frascitas de mi madre vinieron importunas a aguarme la fiesta. Un sinsabor. Mas, ¿qué se le iba a hacer?

Luego supe, por mi madre también, que esa tarde tres muchachos de mi escuela, entre ellos Pantoja, habían traído un mensaje del nuevo maestro, invitándome a reanudar mis estudios.

En la escuela me encontré con que el vacío dejado por el maestro Torrico lo llenaba mi confesor, aquel virtuoso arquitecto de almas que de manera tan notable me había edificado para mi primera confesión. Me llené de gozo y creí que era un privilegio sin par el ir bebiendo ahora de la fuente de sus conocimientos.

Por supuesto la sotana no era un óbice para que las cosas marcharan en la escuela tan bien como en otro tiempo. Aquel hombre de iglesia entendía de geografía e historia tanto como de los siete pecados capitales. Sabía enseñar casi como el maestro Torrico y además no seguía adelante si no demostrábamos que las lecciones habían prendido en la sesera. Sólo de un pecado podía él acusarse, de un pecadillo muy, muy venial: una que otra tarde — únicamente de tarde — no venía a la escuela. En tales casos, a fin de que con nuestras trapa-tiestas no le trastornáramos la clase con grave lesión del hígado, el maestro Prado nos metía en el aula dejándonos a Pantoja y a mí — rezagos del otro año — encargados de mantener el orden entre la rapacería. “Hagan repasos”, nos ordenaba.

Pantoja se desceñía el cinturón, ancho, grueso y pesado, y lo empuñaba a modo de férula. Puesto de pie ante cada alumno, le hacía preguntas y pobre de aquel que no contestara bien; le hacía poner la mano ni más ni menos que el maestro Celestino en la escuela de mi pueblo, y ¡paf! le estallaba el duro cuero en la palma. Y había algo que me dejaba no poco sorprendido: todo el mundo sufría el ferulazo sin chistar ni mistar, sumi-

samente, resignadamente; nunca vi que alguien se negase a poner la mano ni oí una voz de protesta, ni siquiera de reparo. Y no había bastante con una rueda; de suerte que del último volvía al primero y así sucesivamente. Cuando se cansaba o se aburría de vapulear me cedía la extraña palmeta y yo entraba en acción. De ordinario no me conducía mal y en el sepancuantos no le iba en zaga a Pantoja.

*

Arani contaba con un servicio regular de diligencia. Un coche enorme y pesadote, tirado por tres pares de caballos, ingresaba en el pueblo dos veces por semana, a eso de las cinco de la tarde, llenando los aires de polvo y de un estrépito infernal. Se detenía en la plaza, donde se apeaban los pasajeros, empolvorados hasta el tuétano, y en seguida se marchaba a su cocherón, sito en las vecindades del huerto de don Belisario. Yo me sentía atraído por ese fiero estruendo y corría tras el armatoste hasta la parada. Admiraba esas ruedas monstruosamente grandes con sus gruesas llantas de hierro, esa caja descomunal que podía alojar nada menos que a ocho personas, ese alto y cómodo pescante y esas tres parejas de caballos que lucían muy extraños arneses. Un coche fenomenal. Los de don Fermín y don Gumercindo, en mi pueblo, parecían de juguete. El cocherero era un hombre maduro a quien llamaban Yanque, con su hosco mirar y como hecho de tierra, tan cubierto de polvo se lo veía. Traía él por ayudante a un chavea algo mayor que yo, enmascarado también de tierra, vestido con ropas llenas de remiendos y corcusidos, calzado con toscos botines de planta claveteada y armado de una tralla colgada de una muñeca.

Una tarde el chavea fijó los ojos de un modo particular en mí. Había otros rapaces conmigo, pero resulté yo cayendo en su elección:

—¿Quieres subir al coche? — me preguntó acercándose.

—Quiero — le contesté muy alegre.

—Sube — me dijo —. Te llevaremos hasta la cochera — y dirigiéndose a los otros —: Suban también ustedes.

Subimos. El coche arrancó con ensordecedor estruendo. A poco el chavea saltó a tierra y a la carrera comenzó a dar de trallazos a los caballos; cuando éstos se lanzaron al galope, con asombrosa maestría asíóse de los parantes, y pegando un salto, sus pies cayeron justo sobre el estribo. Me pareció una proeza, algo que creí que yo no podría jamás llegar a hacerlo. Y comencé a admirar al arrapiezo y a pensar en que su trabajo no era de los menos arriesgados, seguro de que para ser ayudante de cochero había que llevar los pantalones bien puestos. Así me decía: “los pantalones bien puestos”, recordando habérselo oído a mi padre un día que se refirió a un hombre valiente.

Subí otras veces al coche y con el chavea nos hicimos amigos. Le ayudaba a quitarles los arneses a los caballos y en seguida nos íbamos de paseo. Otras ocasiones, cuando yo no podía acudir a su llegada, iba él a buscarme. No llamaba a la puerta; merodeaba cerca en espera de que yo apareciese. Entonces echábamos a andar. Rufino era su nombre. Tenía dos hermanitas pequeñas y su madre era lavandera. Recogía por las mañanas montones de ropa sucia en las casas de los **qhapajkuna** y con grandes atados a la espalda se iba al río, llevándose por delante a las pequeñas. Algunas noches venía a dormir con ella un **q'arachupa**. Para el chavea esas noches eran mortales. A veces se salía, se iba a la Alameda y allí se dormía sobre un montón de hojas secas. Tan pronto como amanecía, se iba camino de la recova, donde se tomaba una buena **tutuma** de **p'ushqoapi** y, después, en derechura a la cochera.

Algunas veces me ponía en la mano una monedita de cinco centavos; otras, una de diez. “Para algún dulce”, me decía.

A la sazón comenzó a congeniar conmigo un compañero de curso que se hacía llamar José Rosa... Su apellido se me cayó entre el polvo del tiempo y por mucho que escarbo no lo encuentro. Pero sí llevaba la cara

muy ligeramente señalada de viruelas y era hijo de un carpintero. A ese rapaz le preocupaba mi amistad con Rufino. “No me gusta”, me decía, pero no mostraba empeño alguno por apartarme de él. A su entender, ese rapaz, salido quién sabía de dónde, podía ser inclusive portador de maleficios. Nada más que este enunciado hizo en mí un grave impacto: no olvidaba las hazañas de la Bailera y se me ponían los pelos de punta a la idea de que algún hechizo hiciera presa en mí. “No sería extraño — me dijo un día José Rosa — que ese real que te ha dado esté embrujado”. Antes de nada puse la moneda en su mano, ansioso de librarme del daño. “Muy bien — subrayó —. El maleficio es contra ti. A otra persona no puede hacerle nada. “Macanudo — le dije —. Gástatelo”. El guardó silencio, más la moneda. En adelante, moneda que recibía no tardaba en caer en el bolsillo del picarón. Y comencé a pensar que el mal podía venirme no sólo en las monedas, sino inclusive en los ojos, en las manos, en toda la persona de Rufino. Ya no corría tras el coche y trataba de evitar toda entrevista con él; pero él se daba modos para encontrarme. Una ocasión me regaló una corbata, una corbata muy lujosa, de aquellas que solían usar los *chapajkuna* con cuellos tiesos y pecheras almidonadas. Y, por añadidura, blanca. Más tardé en recibirla que en llevársela a José Rosa... “¡Aquí está! — exclamó —. ¡Esto sí que es atroz! Los hechizos más terribles se transmiten en cosas como ésta más que en las monedas”. “Hazla perder”, le dije. “Sí — repuso —. Está contaminada y a mí mismo me da miedo. Es preciso quemarla”.

Resolví arrancarme de raíz esa amistad tan inficionada de peligros y no bien el traqueteo del coche estremecía los aires me metía en el último rincón de la casa y no asomaba ni a la puerta hasta el día siguiente. Así me alejé de aquel corazón tan noble en su humildad y tan dadivoso en su pobreza, avasallada mi ingenuidad por la solercia de aquel menudo embaidor, el primero de mi vida. Porque en mi sangre circuló siempre una alta dosis de aquella simple calidad de alma y hoy día no puedo jactarme de haber alcanzado mi superación.

No fue el rapto de Europa ni el de la Gioconda

Aquel sábado, Dío se hallaba en la esquina cuando vencí la curva de la huerta de don Gumerindo y al verme corrió a mi encuentro hasta chocar conmigo.

—Bautista se perdió otra vez — me dijo a guisa de saludo al estrecharme con sus bracitos.

—Ajá — dije como si me hallase ya enterado.

—Esta mañana — añadió el pituso.

León estaba solo en casa y me confirmó la noticia. De madrugada mi padre se había marchado a una asistencia, mi madre a Masaq'ara y los chicos a la escuela. Cuando mi madre regresó, no había rastro de Bautista. Rastro, cómo no. El picarote había cargado con toda mi ropa del último examen; me refiero a aquellos botines fenomenales, ese sombrero ídem y ese terno salido de toda medida. No hallándose servido con mi indumento, había apañuscado un poncho nuevecito de mi padre, tejido con caito de llama salido de las manos de mi madre. Y ella se había lanzado al punto a caza del pillín. De regreso casi al mediodía, sola y malhumorada, había cocinado a la ligera, y nuevamente a seguir la liebre. Poco después había vuelto mi padre y partido con el mismo empeño.

Llegaron tarde, casi a las ocho de la noche, los dos juntos, y Bautista por delante. Contra todo cuanto se pudiera suponer, el huidizo venía sereno, igual que si estuviera regresando de una excursión y no traía piedra ni látigo sobre el hombro como la vez primera. Traía más bien a la espalda mis galas liadas en el poncho de mi padre. Mi madre dijo que se hallaba molida de cansancio, que estuvo ajetreándose todo el santo día y que no podía más. Entonces el escarmiento, que a decir de mi madre sería aplicado con todo rigor y la más dura ejemplaridad, fue diferido para la mañana siguiente. Y para mayor seguridad, a fin de que el pajarito no se volviese a volar, se lo encerró en el cuarto, bajo de candado. Después, contestando a las indefectibles preguntas

de León y de Dío, mi madre refirió el modo como había dado con la pista del pillete, y su final batacazo. Una corazonada la había puesto en el camino de Punata. Dicen que preguntando se llega a Roma y ella preguntaba a cuanto labrador y pastora andaba por ahí. Dos, tres pastoras encontraron idénticas las señas dadas por mi madre y las que presentaba un chichorrotín que había pasado bastante temprano con un lío a la espalda. Con tan valiosas luces ella siguió adelante. Mi padre la alcanzó por el cementerio y juntos ingresaron en el pueblo. Una chola coincidió con la reseña del cimarrón y dijo que acababa de verlo sentado en un banco de la plaza. Y ahí, en ese banco fue atrapado.

—Gracias a Dios — dijo mi madre suspirando —. Menos mal que dimos otra vez con él. Con todo lo remolón y refunfuñador que es, ayuda mucho y sin él no sé en qué situación me vería. Lo del escarmiento se lo dije para amedrentarlo. Creo que no debemos ya tocarlo...

Nos acostamos. Como de costumbre, mi madre se levantó con la primera claridad del día. Al abrir la puerta que daba al patio, se quedó hecha una pieza.

—¡Gabino! — gritó —. ¿¡Qué es esto!?! ¡Hay una sogá colgada del alero!

Mi padre saltó de la cama y a medio vestirse corrió al patio. Yo le seguí en paños menores y vi que en efecto colgaba una sogá en el sitio mismo donde había una estrecha claraboya triangular. Entretanto mi madre abría la puerta. Adentro, nadie. Bautista se había evaporado. Por tercera vez. Al pie de la pared, debajo de la claraboya, había armado una especie de andamio con unos cántaros volcados y una tabla y puesto encima otro cántaro volcado. De ahí, según mi padre, no era difícil sacar el cuerpo por la abertura y valerse del palo del alero y de la sogá para descolgarse al patio.

Mi madre lloró amargamente.

—Aquí se acabó — dijo entre lágrimas —. Ya no se nos dejará pillar. Buscarlo sería inútil.

Y ya no lo buscaron.

La final esfumación de Bautista no me impresionó

como su primera tentativa ni de ninguna otra manera porque ahora mi pequeño mundo hallábase poblado de otros seres, de otros cuidados y de otras inquietudes.

En Arani la escuela marchaba con su ritmo habitual. El maestro Cano seguía llevándonos como a un rebaño, aunque siempre con sus veniales paréntesis, por los pastizales del saber. En casa yo continuaba armando enredos con las dos chachas bajo la mirada remisoria de doña Egipcíaca. Algunas tardes don Belisario, cuando no daban abasto los plumarios de su notaría, traíase algunos testimonios por hacer. Documentos sencillos, otorgamientos de poderes por lo general, y se los daba a copiar a Elvira. La preferencia del notario por su hija me despertaba cierta pasioncilla. Me consideraba capaz de hacerlo mejor, mucho mejor que ella, seguro de que mi letra era más regular, más firme que la suya. Pero probablemente don Belisario sabía leer no sólo en las minutas y cosas por el estilo, sino también en los semblantes. Y claro que debió haber leído la pasioncilla en el mío, tras lo cual me puso delante, sobre la mesa, una matriz de poder. La tomé codicioso, convencido de que su hija se me quedaría muy a la zaga. Me puse a escribir, mas desde los primeros trazos noté que me vacilaba la mano, que mi letra no era tan regular ni tan firme como me había imaginado y que labrar un testimonio no era cosa de chiquillos. Continué el trabajo embarazosamente y en los últimos renglones se me corrió la tinta y manchóse el papel. Vi que el testimonio que acababa Elvira no llevaba ninguna mancha y, ante todo, su letra era más aceptable que la mía. Me sentí avergonzado hasta las raíces y reconocí que la chacha me llevaba innegable ventaja. Pero todo esto sólo para mi capote.

Por aquellos días se introdujo en la escuela una especie de manía por los acertijos. En los recreos, en lugar de trebejar los chiquillos se esparcían por grupos en el patio y se dedicaban a porfía al *imas*, *imas kanman*, así en quechua, por más que el resto iba recitado en castellano. “*Imas, imas kanman, adivinanza dime qué bicho pica la panza*”, se oía por doquiera. Se desgranaban los acertijos más ingeniosos y sazonados. Cuando

los interlocutores daban en el hito, se reía a carcajadas, y si no, también se reía. De este modo los **recreos** volaban y entrábamos alegres al aula a continuar bebiendo las linfas que fluían en la verba del padre Cano.

Una tarde que el maestro andaba haciendo sus veniales novillos, Pantoja, en lugar de requerir el cinturón tuvo una genial ocurrencia.

—Lo mismo y lo mismo — dijo displicente —. ¡Al cuerno con las preguntas! — y animándose de repente —: ¡Mejor será el **imas**, **imas**!

No vi un semblante que no se hubiese iluminado. Ni el mío, naturalmente.

—A ver — dijo Pantoja —, los que sepan adivinanzas levanten la mano.

Quince, veinte brazos se irguieron. Yo sabía una que le había oído a mi madre; pero la creí poco graciosa y me quedé quieto. Algunas resultaron algo desabridas, con poca chispa reidera y, otras, requetebién. Pero tuvimos que festejarlas con discreción. Sin embargo el maestro Prado nos mandó apercibir bajo no sé qué conminatoria. Los acertijos se acabaron antes de tiempo porque algunos relatores se acortaron intimidados por el apercibimiento y los otros, que sabían más, se callaron por lo mismo. Entonces, cuando Pantoja preguntó si no había ya quien dijera alguno, yo me paré y repetí el de mi madre: “Iglesia de barro — sacristán de palo — entra un franciscano — sale el padre Cano”. Y aquí fue Troya.

—¡El **tata** Cano!

—¡El **tata** Cano!

—El maestro!

Un denso murmullo de reprobación, hasta un silbido.

—¡¡No!!... ¡¡No!!... — me rompía la garganta —. ¡¡No es él!!... ¡Es el maíz reventado en el tostador!

Nadie me escuchó. Apareció tirándose de las barbas el maestro Prado y nos puso de patitas en la calle.

Vinieron días muy tranquilos. El maestro seguía entregado a su paciente labor de desasnarnos y, nosotros, aguzando las entendederas cuanto nos era posible.

El maestro había preferido siempre las tardes cuando quería tumbarse a la bartola. Pero el día aquel, con harto asombro nuestro, se tumbó por la mañana. Y también por la tarde. Y al día siguiente. Y al tercer día. ¿Qué sucedía? Nos pusimos a bogar en un mar de conjeturas.

—Se habrá enfermado — decían unos.

—Habrá viajado a la ciudad — decían otros.

—Tal vez ha renunciado — se dolían algunos.

Y acabamos por dirigirnos al maestro Prado.

—No sé nada — nos dijo él sonriéndose de una manera que me pareció muy extraña.

Pero la luz vino de la calle. Algún chico había cazado en alguna parte una confidencia inaudita que circulaba entre los mayores: el tata Cano había desaparecido llevándose una mujer. Fue un feo intríngulis para muchos y en cierto modo para mí también. En mi pueblo se llamaba *candeleros* a los hijos de los curas y *mulas* a las mujeres que habían caído bajo la sotana. Pero nunca se sospechó que un sacerdote fuera tan atrevido para consumir el rapto de una mujer. Entre los míos los jóvenes raptaban tan sólo cuando había oposición de los padres de la novia o algún otro escollo insalvable. Y luego se hacía el desposorio. Pero un sacerdote no podía contraer esponsales. Y éste, mi confesor y mi maestro, tan esclarecido, tan virtuoso, a quien yo comparaba a veces con los santos de los altares, se me venía a caer y hacerse trizas como el vaso de fino cristal que se nos resbala de la mano. También el nombre de la mujer fue susurrado en la escuela. Bien la conocía yo. Joven, quizá de los mismos años que María, para mis ojos de entonces no era una belleza y llevaba además una fea y larga cicatriz en una mejilla. Pero no era indígena ni chola como las *mulas* que hube antes conocido. Salía de una familia de las visibles que había en el pueblo y su padre era en justicia un hombre de pro.

Ya andábamos a horcajadas en los lomos de octubre y tuvimos que entrar en una forzosa vacación. Como cuando se murió el maestro Torrico, me fui en volandillas a mi pueblo, donde fui muy mal recibido. Mi ma-

dre no me creyó una jota de cuanto hube contado y cuando dije que el cura se había robado una mujer, me asesó un soplamocos.

—¡Blasfemo! — me dijo —. Injurias a un sacerdote. ¿Cómo un ministro de Dios ha de hacer semejante barbaridad? Sólo las malas lenguas pueden urdir tanta calumnia.

Alzó el **fanchulino** y sin prestar pizca de su oído a mis razones me puso en el camino de Arani.

Esa semana la viví sin novedad, aplicado a las travesuras habituales con Elvira y Ester, que acababan de rendir sus exámenes del año. Pero el lunes ya tuvimos maestro. Un maestro de la ciudad, Secundino Balderrama, si la memoria no me engaña, que había venido a pasar sus vacaciones en el pueblo. Un preceptor magnífico, tanto como don Julio Torrico, que se puso a conducirnos como de la mano hacia los dinteles del examen.

En esos días hubo una pintoresca invasión de colegiales. Por lo menos una docena de mozalbetes que volvían de la ciudad, de vacaciones. Lucían ropas desusadas en el pueblo, hasta había uno con pantalón blanco de verano, y nuevecito. Semblantes felices, aposturas en las que bien se leía lo mucho que sabían. Según se dijo, fueron preparados por el maestro Torrico y seguramente eran personitas mejor dotadas que Enrique y yo, pues habían saltado muy bien la barrera en la que nosotros nos habíamos roto sin una palabra el espinazo.

No andaban dispersos, sino por grupos. Mi admiración los seguía por las calles y husmeaba su rastro con olfato canino. Llegué a saber los nombres de todos y los anoté en la memoria. Algunos se ajaron transfregados por los años y de ellos no me quedan sino los apellidos: Goitia, Maida, Torrico, Claros... Este último, de hermosa estampa y una frente que ahora diría napoleónica. El primero, hermano mayor de un compañero mío de curso.

Huroneando y candileteando olí que aquellos hijos de Minerva preparaban un homenaje a la memoria del maestro Torrico. Todos ellos reunidos debían ir al cementerio una mañana y hacerle las honras sobre su tum-

ba. Y así fue. Partieron de la plaza precedidos por una banda numerosa y acompañados por el pueblo en masa. Desde la cabecera del difunto comenzó a hablar el colegial de pantalón blanco y escuchándole comprendí que ese varón había amado a mi maestro tanto o más que yo. Quedé enternecido, ganado a tal punto por ese discurso, que me sentía hervir en deseos, en impulsos de decir yo también lo que había en mi corazón. Después hablaron los demás, uno tras otro, hasta el último. Escuché a todos y vi que estaban todos los colegiales del pueblo, excepto aquel Javier de Ugarte, mi admirado particular de entonces.

Volví del cementerio pegado a los colegiales, dicho-so de haber descubierto que ellos también amaban a aquel de quien habían aprendido, mejor que yo, el secreto que hacía rebasar los complicados dinteles del Colegio Sucre.

Y nunca vi colegiales más unidos. Ahora pienso que tal vez se hallaban organizados en un círculo. A lo mejor, en un círculo literario. Algunas tardes se reunían en nuestra aula tan pronto como terminaban las clases. Yo no perdía sus sesiones, las atisbaba desde la puerta. Discutían sobre cosas que me eran inaccesibles, presididos por el de pantalón blanco. Con todo, nada me gustaba tanto como oírles. Una tarde el presidente dijo que por la mañana había pergeñado una composición, extrajo del bolsillo una hoja de papel y la leyó. De esa lectura, que escuché embobado, ahora no me quedan sino tres elementos: la campiña, una era de trigo y una paloma.

Ese mozuelo era Antonio Parra. De él se decía en el pueblo que poseía mucho talento, que era muy estudioso y al mismo tiempo demasiado pobre. Su padre era sastre, si no me traiciona la memoria, y debía realizar sacrificios que se hallaban por encima de sus fuerzas para sostener a su hijo en el colegio. Años después, ya en la ciudad, supe que ese muchacho, mal alimentado y estudiando sin medida, había caído en la demencia antes de llegar al bachillerato. Sanó mal, y así me traté con él. Andaba muy mal vestido, con un sombrero

gacho y los botines rotos, descuidados el bigotito ralo y la barbita más rala aún. Me gustaba su charla, que era de persona normal. Conocía admirablemente a Homero, a Esquilo, a Virgilio, a Horacio. Recitaba largos trozos de la Ilíada, del Prometeo encadenado, de La Eneida, de las Odas. Donde lo encontraba, me detenía a conversar con él. Siquiera un par de minutos. A veces horas enteras. Nunca quiso decirme dónde vivía ni de qué se ocupaba. Y de un momento a otro desapareció... probablemente en el seno de la muerte.

Antonio Parra, hombre de talento, devorado por la miseria, víctima del discrimen social.



Aquel año la escuela terminó para mí bajo signos más auspiciosos que los precedentes. El día del examen por alguna razón mi madre no llegó a tiempo para ponerme expedito con la consabida copita de vino. Por consiguiente entré a ocupar el banquillo sin ninguna hormiga metida en la sesera. Y salí mejor que nunca, por lo menos muy bien, ya que el tribunal me condecoró nada menos que con una nota de diecinueve puntos. Mi madre lloró emocionada al abrazarme y en su beso me bebí el elixir de sus lágrimas.

XIV

Un extraño talismán

Aquella vacación no fue de suyo memorable y de ella hay pocas cosas que referir.

Enrique había rendido en octubre su examen, pero se había quedado en la ciudad preparándose para no malograr la conquista del Colegio Sucre y llegó al pueblo tres o cuatro días después que yo. Su llegada había sido anunciada entre ponderaciones y yo fui a esperarlo en la puerta de mi tío Gil. Le divisé lejos, por la Hoyada y eché a correr en alcance suyo. Venía con su

padre, cada uno cabalgado en un jumento. Lo alcancé más allá del cementerio y me lancé a abrazarlo con gran efusión esperando verlo volcarse íntegro en mis brazos; pero él apenas me pasó la mano por la espalda sonriendo con cierto aire de condescendencia. En esto descubrí que no llevaba pantalón largo como toda la vida, sino solamente hasta la rodilla, negro y con medias del mismo color hasta la corva. En el primer momento no supe qué pensar de aquello y así continué hasta el río, donde él se apeó echando a caminar a pie. Ahora lo hallé hecho un angelote redoblado y muy poco airoso. No volvió a cabalgar hasta que llegamos a su casa. ¡Ah, eso era! Tenía un año de ciudad y regresaba muy seguro de sí, con títulos para mirarle a uno por encima del hombro y para avergonzarse de ir montado en burro por las calles del pueblo. Aquel pantalón corto, empero, no volvió a hacer muestra de las rebultadas pantorrillas de su dueño y acabó sus días en forma de parches en los pantalones siempre exigentes de Vitachu.

Enrique no aparecía nunca por casa y yo iba espaciando cada vez más mis visitas a la suya. Era que ahora me sentía decididamente atraído por mis primos Octavín y José María. Aunque en verdad ellos no eran sino mis cómodos comodines, pues la madre del cordero era cosa muy distinta: me despepitaba por galopar en sus yeguas. A veces iba mañana y tarde con ellos a la Laguna, caballero ya en la wist'a, ya en la alazana, por más que no me permitían probar a la potranca porque decían que era muy briosa y era capaz de despedirme en volandillas. A veces dormía con mis primos, pero ahora con la aquiescencia de mi madre. En tales coyunturas, después de la cena nos juntábamos todos, como antes, junto a la puerta que daba al patio, ahora bajo los risueños visajes de las estrellas. Las chicas contaban graciosos chismes de vecindad, en tanto que los pilluelos hablaban de cosas de hombres. Así fue como una noche Octavín tocó un tema tan cautivador que yo caí en él como la mosca en un plato de almíbar. Se trataba de los medios que los jóvenes ponían en juego para que las mujeres cayeran sin dilación en sus brazos.

Nombró y exhibió a mis ojos una ringla de **warmimuna-chis**, de las cuales ninguna me arrojó su anzuelo con tanta fuerza y rotundidad como la **ararankhaish'u**. Hizo una pintura admirable de la pequeña lagartija que llevaba una pajita clavada en la cabeza. Era una lagartija macho y sólo aparecía de allá en cuando, ya que era una especie de rey en su mundo. Había ocasiones en las que en algún lugar determinado de la montaña se juntaban decenas y centenas de lagartijas hembras. En cierto momento acudía su rey, la pajita en la cabeza, ellas le abrían calle y él se internaba con gran majestad entre la muchedumbre. Y era éste el momento. El momento de caerle al macho y arrebatarse la pajita. Era empresa por demás peliaguda y eran raros los mortales que lograban atrapar el preciado talismán. Una vez la pajita en la mano, era cuestión de pincharle con ella unas tres o cuatro veces a la mujer en el brazo, en el pecho o donde fuera, y victoria total; la mujer caía sin resistencia alguna.

—Así es — continuó el relator —. Entre los **suer-tudos** la gente nombra a tu padre...

Abrí enormes los ojos y un fuerte estremecimiento me sacudió el cuerpo entero.

—...Dicen que en su juventud poseyó una pajita de esas y que con ella rindió a muchas mujeres. Es por eso que tienes tantos hermanos de padre...

El resto ya no oí. Me acosté pensando en la suerte de mi padre y este pensamiento me persiguió durante mucho tiempo. Más de una vez estuve a punto de caer en la tentación de preguntarle qué se hizo la pajita aquella; pero la decisión final siempre me falló.

Yo soñaba ardientemente con la mágica pajita y me pirraba por alcanzarla. Las veces que me era posible me iba ora al **P'altaorqo**, ora al **Kilikili**, ora al **Chinburía**, ansioso de verme asistido por la suerte. Acá y acullá y algunos días a cada paso me topaba con lagartijas aletargadas bajo el sol sobre las piedras; mas siempre solitarias, como si cada una ignorara la existencia de las otras. Pero esta extraña soledad no me desalentaba; me sostenía la esperanza de encontrarlas un día agrupadas

y entonces... Pero ese entonces no se me presentó en toda aquella vacación, ni después...

Desde el año anterior Mercedes había vivido en casa de sus padres y no asomaba a la nuestra con motivo alguno. Cuando iba en busca de Enrique o de Vitachu la veía como de lejos y por lo general se me daba muy poco de ella. Pero he aquí que una mañana, al regresar de haber dormido con los hijos de mi tío Gil, me la encontré muy bien instalada en casa, como en los mejores tiempos. Pero mi prima no me parecía la misma. Había en ella un aire raro de cansancio y llevaba el semblante perceptiblemente desencajado, con muy leves manchas que ensombrecían sus pómulos morenos. Su propio andar no era el de siempre y, sobre todo, ella me daba la impresión de que recataba algo, algo pesado en el vientre. Todo aquello no era normal y acabé por comprender que se formaba una nueva vida en sus entrañas.

Mi madre extremaba sus cuidados para con ella, no la permitía entregarse a los quehaceres de antes, levantar cosas pesadas, sacar agua del pozo, inclusive barrer los suelos. De madrugada la llevaba de paseo por el campo y a la salida del sol ya estaban de vuelta. Salían también cerrada la noche, hasta la hora de dormir. A otras horas la mocetona no asomaba a la puerta. Y pronto el proceder de mi madre pegó en mí. Comencé a querer a mi prima con mucho apego, con mucha ternura y dedicaba largos y detenidos pensamientos al ser que se encontraba en camino hacia la luz.

En Mercedes, como en muchas jóvenes de su tiempo, ¡qué!, de todos los tiempos, se había impuesto la naturaleza con todos sus impulsos secretos, con todo su imperio. Ella no pudo oponerle las barreras de la cultura, indocta y desavisada como era; se dió como la fuente, como el racimo maduro, como la mies.

¡Ay! las jóvenes de mi tierra y de mis tiempos. Como las antiguas mártires, ellas sobrellevaban su tragedia en silencio, resignadamente, en el rincón más oscuro del hogar. Y también dignamente. Ni el autor de la extorsión ni nadie debía enterarse de sus padecimientos ni sospechar la manera como quedaba destrozado su

futuro. Ni ella ni los suyos pensaban en la única reparación posible y menos aún en la vindicta. En cuanto a los jóvenes, en ellos obraba el instinto del semental, ciego, sin escrúpulo. Después podían jactarse de los hímenes que habían roto y de las vidas en flor que habían hozado.

Un secreto se puede preservar, un descalabro se puede ocultar, pero no por mucho tiempo. En casa no se había ni siquiera aludido al estado de Mercedes ni yo me había propuesto perquirir. Había admitido la realidad tal como ella se presentaba a mis ojos, y nada más. Pero el cuento vino de la calle, breve, rotundo: El idilio de Mercedes con Antenor, y la caída. En otro tiempo Antenor, arrapiezo mucho mayor que yo, había sido mi compañero de escuela. Así era en mi pueblo. Mozalbillos de catorce y quince años y mocosuelos de seis o siete aprendían juntos el Cristos, a, b, c. Enrique, de dieciocho, y uno de los Villarroel, de quince, habían sido también mis condiscípulos en Arani. Pero ahora aquel compañero mío de otro tiempo, quizás con los mismos años que Enrique, barbeaba con la paternidad. Voy al grano. Antenor había aprendido el oficio de músico. Era músico, **ollacaldo** como mi padre. En días ya olvidados Mercedes y su hermana Constanza habían denostado a mi madre, gritándole como un oprobio su condición de compañera de un músico. Ahora, ¡oh! ironía del destino, Mercedes iba a traer al mundo un hijo de un **ollacaldo**. He dicho que en días olvidados. Sí. Mi madre nunca, ni antes ni entonces recordó aquella ofensa. Nunca, ni antes ni entonces, la mentó. Y en aquellas horas de infortunio, Mercedes era una hija de su hermana, una infeliz que necesitaba amparo, una pecadora ansiosa de comprensión y de indulgencia. Y la rodeaba de una solicitud entrañablemente maternal.

De suerte que ya no había secreto ni nada que guardar y Mercedes podía ir por la calle como cualquier otra mujer. Además no era la única moza sobre quien, en el pueblo, caía semejante adversidad.

Como siempre, después de la cena nos agrupábamos en la puerta, mi madre arrodajada junto al quicio hilan-

do y nosotros instalados en el dintel. Ahora se sentaba la prima con nosotros. No recuerdo de qué manera aquel anochecer nos vimos hablando del nacimiento del niño. Sin darnos cuenta admitíamos todos que a corto plazo tendríamos en casa un nuevo varón.

—A ver, Jesuca — me dijo de pronto la madre en cierne —, ¿qué nombre quisieras para él?

Por entonces yo gozaba ya de cierto prestigio de estudiante entre los míos y me puse a pensar.

—¿Qué nombre le escogieras? — me reiteró Mercedes.

Una materia que yo había asimilado mejor que otras en Arani fue la Historia Sagrada. De modo que me puse a escarbar en ella, caí sobre los hijos de Jacob y al irlos nombrando para mí me topé con Rubén, que me pareció el mejor entre todos.

—Rubén — dije con énfasis.

Fue admitido y celebrado.

Cuando el niño nacía yo me encontraba ya en la ciudad, pero supe que fue bautizado con el nombre de mi elección. Meses más tarde lo conocí. Era robusto y bello. Pero pasó por la vida como un meteoro luminoso: mostróse por breves instantes y se extinguió.

Mientras Mercedes iba a los alcances de la maternidad, Vitachu aparecía consumando su primera hazaña en las lides de la carne. Las referencias me llegaron por retazos, dispersos, pero al final pude bien reconstruir la aventura. El galopín habíase fijado en una moza soltera que habitaba una casuca fuera del pueblo y para el logro de sus fines se asoció con tres o cuatro mozalbillos como él. Ninguno de ellos pasaba de los quince años y Vitachu tenía sólo catorce. La asaltaron una tarde en su vivienda, pero ella se defendió bravamente. En ciertos casos mi primo solía recurrir a los puños, poderosos como en ninguno de su edad, y esta vez bastó un puñetazo en la sien para privarla del sentido y de todo medio de contrarresto. Y la violaron uno tras otro, por turno. Pero al día siguiente el juez de Arani decretó la prisión de los forzadores y todos ellos, y Vitachu a la cabeza, fueron encarcelados. Sobresalto en la familia.

Mi madre fue movilizada y hubo un intenso trajín entre el pueblo y Arani y visitas con súplicas y lágrimas y ofertas de resarcimiento... Finalmente hubo transacción y, pobres y sencillas gentes las de mi pueblo, se tuvo que dar por reparado el deshonor con dinero arañado de acá y acullá.

Pero Vitachu ingresó para mí en categoría de hombre portentoso. Había conseguido apoderarse, aunque por la fuerza, de lo más oculto, de lo más secreto, de lo máspreciado que guarda la mujer para el varón. Sus cómpinches eran figuras borrosas, insignificantes, de quienes además no supe ni los nombres. Mas él, en mi imaginación, se confundía con los paladines de los cuentos. Con el auki aquel que apresara a una doncella milagrosamente surgida del corazón de una fruta, de aquel cóndor que logró raptar a una pastora, de aquel oso que se llevó a una moza a su cueva de la montaña.

Vitachu, hombre extraordinario. Y Antenor, mi compañero de escuela, que había puesto a Mercedes en el trance de la maternidad. Y a todo esto no cesaba de aguijonearme en lo más recóndito la pajita mágica de la lagartija. Y la suerte increíble de mi padre... Mientras que yo, un desdichado, un inútil, que no había conseguido conmovér a Lupercia... ¡Ay! aquella vez, como el vulgo solía decir de algunas cosas, en la puerta del horno se me había quemado el pan. Estafermo, tontucio...

Aquel domingo mis padres viajaron a Cliza. Al promediar la tarde, Mercedes se durmió profundamente sobre la tarima. Nosotros travesábamos en la calle. Algunas veces solía venir a reforzarnos una vecinita y aquella tarde vino también. Traje a las mientes en tropel a Vitachu, Antenor, el auki... ¿Y la pajita? "¿Cuál — me dije —. Ellos no tuvieron ninguna pajita". Y me sentí arriscado como nunca. Y sin requilorios, decidido a todo, la dije:

—Vayamos a hacer lo que hacen el hombre y la mujer.

Ella me miró con una curiosa interrogación palpitando en los ojos.

La repetí mi proposición.

—Bien — me accedió sencillamente —. ¿Dónde?

—Vamos — la urgí tomándola de la mano —. Ya te lo diré.

Nos siguieron mis hermanos y uno tras otro nos deslizamos cautelosos, a fin de que no despertara Mercedes, hasta el patio, y entramos en el cuarto.

Como si fuera una mujer entendida ella echóse al pie de la **pirwa** de papa. Yo le levanté el ligero falde-llín y caí sobre ella diciéndome regocijado: “¡Por fin!” Pero por mucho que trabajé y por esfuerzos que hice, me fue imposible lograr mi propósito. Me parecía estar forcejando contra un reducto impenetrable. Persistí empleando todos mis medios, mas tan infructuosamente como el principio.

León comenzó a mascujar:

—Y yo... Tú no más... Y yo...

Le cedí el campo y él entró con ardor. Estuvo meneándose largos, muy largos momentos; pero al final se rindió:

—No se puede... No hay caso... — y se levantó.

—A ver yo — dijo entonces Dío. Se estuvo agitando como León y luego dijo:

—He podido un poquito — y se levantó.

Volví a la carga. Todo estaba en orden, pero diríase que no había acceso. La desesperación me indujo a nuevos esfuerzos. La rapaza no se movía como si todo cuanto sucedía fuera llanamente natural. Pero todo fue en vano.

XV

Mi segunda entrada en la ciudad

—Ve a bañarte — me dijo mi madre aquel medio-día — y regresa bien limpio.

—Todos estos días — repuse con cierta desazón — he estado bañándome, **mamay**...

—Remojándote, nada más. A ver...

Se puso a frotarme con el índice el cogote y me sacó unos finos zurullos de suciedad.

Fue bastante. En silencio tomé el camino del estanque de mi tío Juan de Dios renunciando al bonito plan que me había trazado para esa tarde. Sí. Tenía decidido ir con mi primo Octavín a la Laguna y disfrutar de unas galopadas. Pero desobedecer a mi madre, ni por pienso.

Llegué francamente malhumorado al baño. Justo ese día tenía que ocurrírsele a mi madre estregarme el cogote y meterme los zurullos a los ojos. En fin...

Como siempre, había mucha gente en el estanque. Mozos en traje de Adán voltejeando en el agua, nadando y chacoteando zaragateros. Mozas recatadas en largos camisones que se chapuzaban sin mirarle a la cara a ningún hombre ni reírle una broma ni siquiera jugar entre ellas, como tomando muy a pechos el baño. Y los chicos, retozones, algareros...

El primer remojón me liberó del mal humor. Pero yo nadaba de orilla a orilla, sin atreverme a tentar el fondo. Los jóvenes decían que apenas lo tocaban con las puntas de los pies y que por ahí había un ojo muy ancho, como un embudo, de profundidad no conocida y que el que se metiera en él desaparecería sin remedio. Tras unas idas y venidas me senté a la orilla y me estuve bariendo de zurullos el cuello, el pecho, los brazos... Y no me acordé ya de las galopadas. Recordé más bien que aseos como éste solían anunciarme eventos de importancia, por ejemplo, un estreno, una fiesta, un viaje.

De regreso, me encontré con mi madre en la plaza. Ella venía de la casa del tata cura con una hoja de papel sellado en la mano.

—Es tu fe de bautismo — me dijo alargándomelo.

Al pasarle la vista pegué un respingo.

—¡Yo no soy San Silvestre! — grité —. ¡Soy el Dulce Nombre!

Mi madre soltó una carcajada.

—Está alterado el día — me explicó — en el libro mismo. Pero lo haremos enmendar.

Un error de fecha que me sacaba de quicio. Ese

papel me traía al mundo el último día del año; pero en un libro de oraciones de mi madre había una nota del propio puño de mi padre y esa nota me mandaba nacer a las cuatro de la mañana del día de año nuevo.

—No te encrespes, tontino — me dijo con dulzura —. Esto no es nada. Lo bueno es que mañana viajas con tu padre a Cochabamba.

Contra lo que se pudiera presumir, el anuncio no me cayó muy bien. Otra vez la ciudad. Acudieron a mi mente la lagartija agorera, el examen sin palabras, la triste derrota... “A lo mejor — me dije — me vuelvo a aplazar y no sería extraño que me estén llevando por tercera vez a Arani”. Pero la voluntad de mi madre era irrefragable y no había más que someterse a ella, prepararse para partir al día siguiente y correr el albur.

Comenzaba a clarear y se contrapunteaban aún los gallos cuando me despertaron. Pero en la puerta no esperaba más que la parda, las caronas y las alforjas cuidadosamente puestas. Quise protestar, decir que no podía ir pegado a las espaldas de mi padre todo el día, que me alistarán la negra; pero una mirada conminativa de mi madre ahogó la protesta en mi garganta.

—No pongas esa cara, Jesuca — me dijo comprensivo mi padre —. La parda nos llevará sólo hasta cerca de Cliza. Allí tomaremos un caballo.

En las proximidades de aquel pueblo había una serie de casucas indígenas casi juntas y alineadas sobre el camino. Ingresamos de hecho en una de ellas. Un patio que al mismo tiempo era un corral donde parecían fraternizar vacas y caballos amarrados a estacas. Lanzósenos furibundo un perro y anduvo asediándonos con fieros ladridos. Acudió a recibirnos un hombre achaparrado y de facciones muy regulares, con efusivas muestras de afecto. El y mi padre se abrazaron estrechamente tratándose de compadres e ingresamos en una habitación amplia que daba al camino. Había allí dos anchas tarimas y un par de bancos como los nuestros. Sentados los tres en uno, ellos conversaron animadamente.

—Bien, bien, compagrey — dijo el hombre —. Conque tú también vas a tener ya un hijo colegial.

—No, todavía, **compa Alejo** — repuso mi padre —. Está en ver... Más bien tú...

—Sí, sí, **compagrey**. El mayor entra ahora al Colegio Sucre. Ayer no más se marchó a eso que llaman **inscripciones**. Los otros dos se irán a la escuela de Santo Domingo.

—Brava cosa, **compa Alejo**. Tres chicos en la ciudad serán una carga pesadita...

—¿Y qué, **compagrey**? Fuerza es sacrificarse por los hijos. La mejor herencia es el saber. Trabajo de sol a sol y me gastaré en ellos lo último que tengo. Se educarán y ya no tendrán patrones como los tuve yo. Ya no habrá quien les salga con “¡Indio de tal! ¡Indio de cual!”

No poco asombro me causaron las palabras de **compa Alejo**; los grabé con todos mis cinco sentidos en la memoria y las estuve comparando con las que más de una vez oí en labios de mi madre. “He aquí — me decía — un **wiraqocha** que habla como mi madre”. Y lo miraba y le escuchaba con honda simpatía.

Almorzamos una **lawá** roja de ají, picante como el demonio, servidos por una mujer todavía joven y guapa, a quien abrazó mi padre con mucho afecto tratándola de **comadre**, y luego bebimos — yo también — sendas **tutumas** de chicha.

—Bien, bien, **compagrey** — dijo finalmente el amigo —, cuando dispongas. Te han debido alistar ya el hechor.

Efectivamente, encontramos en el patio un caballo retinto muy bien ensillado.

Mi padre me iba indicando con más pormenores que mi tío Pancho los lugares que atravesábamos; cada aldea con su santo patrono y la fecha e importancia de su fiesta; así como cada hacienda con su propietario. De ese modo, cuando el camino nos puso junto a los muros traseros de una casa de hacienda, supe que aquel lugar llevaba el nombre de La Barja y había sido en otro tiempo, junto con **Jachamoqo** y **Liquinas**, latifundio de un tío abuelo de mi madre llamado Matías. Allí mismo vi un muy extraño y enorme artefacto de hierro coronado de un gran disco de aspas que giraba y giraba. Mi pa-

dre dijo que era un molino de viento y que servía para extraer agua.

Hicimos alto enfrente mismo de un puente que había sobre el río Sulti, allí donde comienza la larga quebrada de la Angostura y hoy se hallan el dique y las compuertas del embalse. En ese punto, recostado contra la montaña había una fonda con un amplio corredor donde los viajeros atendían las instancias del epigastrio. Mi padre compró una buena gavilla de alfalfa para el hechor y luego, en una mesa tendida en el corredor, comimos un puchero con tiernas hojas de repollo y grandes rodajas de chuño blanco y lo rociamos después con sendos vasos de chicha.

Avistado el Tijti, surgió en mi mente la aviesa figura de la lagartija, con sus ojitos incisivos y su ágil carrerita. Llegué a la falda con el alma en un hilo, temeroso de volvérmela a encontrar. Pero por mucho que miré y remiré a mi izquierda y a mi derecha, no vi ninguna. Entonces me sumergí en un baño de sosiego y libre de cuidados hice mi segunda entrada en la ciudad.

Aunque el compadre Alejo había insistido en que fuéramos a alojarnos en el cuarto de su hijo, por alguna razón mi padre fue a tomar un cuartucho en un tambo que sobre el portón de la entrada ostentaba en grandes caracteres el nombre de **San Rafael**. Era de una sola planta, con un patio más largo que ancho, enmarcado por pequeñas habitaciones a ambos costados y al fondo, y se hallaba en la calle Comercio, a pocas cuadras de la plaza de armas.

Dormí hecho un tronco y por la mañana me encontré las mismas picaduras de chinche y la misma comezón que en el Tambo de San José. Y al mismo tiempo me sentí poseído de una inquietud abrasadora que parecía soasarme las vísceras. Sí. Era el temor de verme sometido a un otro examen de prueba y caer nuevamente fulminado y tener que regresar a mi pueblo con el rabo entre las piernas. Si pudiera escalar las alturas del Colegio Sucre sin examen, santo y bueno; de lo contrario... ¿Pero qué sería entonces de mí?

Como si me estuviera leyendo el pensamiento y co-

mo decidido a aventar mi escarabajeo, mi padre no intentó lanzarme a la toma del colegio. Primero, a la salida del sol, me llevó a la recova, donde puso en mis manos una gran tutuma de p'ushqoapi, mitad morado y mitad blanco. Su delicioso olor ensanchaba el epigastrio y su sabor exquisito completaba el regalo. Hicimos hora en la plaza de armas sentados en un banco sombreado por un pacay, frente a la columna del cóndor. Yo poseía una capacidad visual nada común y desde mi asiento leía en una gran placa blanca los nombres de los héroes de Septiembre, aquellos que me había enseñado a admirar y venerar el maestro Torrico. No bien el reloj de la alta torre martilló nueve veces su campana, mi padre se puso de pie y me dijo:

—Vamos, Jesuca, te vas a inscribir en la escuela fiscal.

Me alivié del todo y ligero como un pajarillo eché a andar.

En la dirección había tres o cuatro maestros. En la puerta se me trabaron los pies y allí me quedé presa de repentina poquedad mientras mi padre pedía que me inscribieran y les alargaba mi fe de bautismo. Los maestros le hablaron con harta benevolencia, pero no me inscribieron a causa de que no traíamos el certificado de mis estudios en Arani. Muy amables dijeron que sin el tal documento era imposible mi inscripción y en ese instante creí ver que la escuela fiscal me cerraba sus puertas.

Mi padre resolvió partir de inmediato en demanda del certificado dejándome en la vivienda de unas parientas que habíamos tenido en la ciudad. Eran dos cholas, madre e hija, que vivían en la calle Sucre, a dos cuadras de la plaza. La una, doña Tomasa, blancota y ya entrada en días, lucía un genio apacible y hablaba con hartito cariño de mi padre, que era su sobrino. "Mi Gabino", decía. La hija, Miquita, morena y salerosa, como oteando la vida desde la cumbre de su juventud, me atiborró de mimos y de gollerías. Ocupaban en la esquina San Martín una "tienda redonda", es decir, sin acceso al interior. En aquella época y hasta muchos

años después la “tienda redonda” era una endemia en Cochabamba. Los propietarios la construían de preferencia porque daba una renta saneada aunque rodeaba de muladares insalubres la ciudad.

Aquella “tienda redonda”, además de vivienda, era pulpería. Frente a la puerta se veía un pequeño mostrador con unas vitrinas encima. Había montones de pan, empanadas y bizcochos; cigarrillos, velas, papel de cartas y una multitud de cosas menudas. Doña Tomasa guisaba los alimentos en un brasero de carbón metido en un vano de puerta tabicado desde el otro lado. Miquita empleaba su tiempo fabricando de pasta de almendra dulce parvos muñecos, melocotones, peras y manzanas que según ella se vendían muy bien. A las cinco de la tarde apareció un joven en plena madurez, con bigote finamente arqueado hacia arriba y el traje asombroso por su elegancia, e instalóse ante una mesita redonda detrás del mostrador. Miquita le puso delante una botella de cerveza y un vaso y él se echó a beber por pequeñas porciones y a conversar. A ratos ella le decía: “don Escipión” y él se deshacía en una muy larga y zalamera sonrisa. Ni qué decir, a todas luces era el galán.

Miquita y su madre tenían para dormir sólidos caires de fierro con perillas de bronce, cubiertos con colchas de impecable blancura. A la hora de dormir doña Tomasa extrajo de debajo de los colchones buen número de cueros de oveja y con ellos y una cobija hizo mi lecho en un rincón. Me acosté a la hora que tenía por costumbre y a poco me quedé traspuesto. Estuve despertando de hora en hora y viendo que don Escipión seguía empinando el codo con largos intervalos, escuchando a Miquita sentada frente a él y sonriéndole melifluamente.

No sé a qué hora se iría el galán, pero cuando desperté, muy temprano, antes de que el “rubicundo Apolo” arrojara su lluvia de olopeles en la anchurosa calle, doña Tomasa y su hija, bien vestidas y bien peinadas, las camas cuidadosamente tendidas y todo lo demás en orden, comenzaban a entregarse a sus quehaceres.

Pasé un día inolvidable. Sentado en el umbral de

piedra de la puerta presencié como en sueños un desfile asombroso y sin fin. Por ambas aceras iban o venían caras blancas, caras rubias, caras morenas; hermosas, bonitillas, feas, de todo en las mujeres; en los hombres, bigotes educados en bigotera, perillas puntiagudas, patillas presuntuosas, barbas de chivo. Sombreros de copa, hongos, de paja, de castor, a la chamberga. Levitas hasta la rodilla, chaqués con chalecos blancos, largas americanas con una y dos partiduras a la espalda. Y los chicos, con pantaloncitos sólo hasta el muslo, con blusitas como de mujer y gorritas mochas con colgandejos. Y las damas, con faldas increíblemente estrechas, largas hasta los tobillos, caminando con pasitos breves y ligeros, con sombreros monstruosamente grandes y aludos y coronados de asombrosas cantidades de flores, plumas, frutas y pajaritos... Y pasaban regando perfumes de rosas, de violetas, de claveles, de todas las flores del mundo. Y las pitusas, con sus vaporosos faldellines hasta medio muslo, ágiles y retozonas como mariposas...

Y los carruajes. De cuatro ruedas, de dos, tirados por dos caballos, por uno, brillantes de lujo, pasaban con ensordecedor estrépito. En ellos iban caballeros de hongo y bastón y damas de trajes ostentosos y sombreros que parecían ramos de flores.

A las cinco de la tarde llegó otra vez don Escipión haciéndole zalemas a Miquita y derritiéndose en miradas henchidas de fuego. Y como la víspera, sentado a la mesita, pasóse beborroteando y dirigiéndole requiebros a la dueña de sus pensamientos hasta quién sabe qué hora de la noche.

Al día siguiente, al promediar la tarde, apareció mi padre, de regreso y certificado en mano. Sin pérdida de instante nos dirigimos a la escuela, donde ahora todo marchó como sobre carriles, esto es, mi inscripción se hizo, como se dice, en un periquete. Fuimos a despedirnos de las parientes, pero ellas no nos dejaron partir antes de la merienda. Comimos con don Escipión en la mesita, ellos con *chaupinchadas* de cerveza y yo con *soda* porque la *rubia* me cayó muy mal, amarga, ingrata al

gargüero. No comprendía cómo los hombres podían echarse a pechos semejante bebestia.

Mi padre no había vuelto al **Tambo de San Rafael**, habiendo preferido irse a la habitación del hijo mayor de **compa Alejo**. El mozalbillo — ya lo era — ocupaba un habitáculo en un traspatio de **Panpay Carreras** (hoy Avenida Aroma), una calle muy ancha y sin empedrar, que llevaba ese nombre porque el día de San Sebastián hacían allí carreras de caballos en honor del mártir.

Cerraba la noche cuando llegamos. Fuimos acogidos sin grandes muestras de amabilidad. El mozalbillo hallábase echado en un colchón tendido en el suelo y no se movió, limitándose a señalarnos un rincón para que nos acomodáramos. Mi padre trató de trabar conversación con él, le hizo algunas preguntas, pero en respuesta no oyó sino unos monosílabos. No. No era que hubiese mala voluntad o algo por el estilo. No. Quizá se trataba de un modo temperamental y puede también que la ciudad no hubiera llegado aún a desbastar esa alma campesina, sencilla y sana.

Nicolás Rojas. Cómo había de sospechar aquella noche que a la larga seríamos compañeros de aula y amigos, y que juntos ambularíamos por los grises corredores del Colegio Sucre.

XVI

El imperio del hambre

Mi traslación a la ciudad fue precedida de un intenso apresto. Fueron movilizados el sastre, el zapatero, la camisera, hasta el peluquero. Porque todas mis medias mostraban feos deterioros tuvo que soletarlas doña Cleofé, amiga de mi madre, mujer ya madura que no había tomado marido aunque tenía un corazón de oro, o quizás por eso mismo. Ella fue la primera en mi pueblo que empleó conmigo un castellano lleno de dulzura. Mi madre anduvo ocupada en hornear pan, empanadas y otras cosas e hizo que Ursula viniera a llenar de maíz

tostado un saco y otro igual de trigo. En la víspera de la partida y una vez más fue a frotarme con una piedra áspera el cuello, el pecho, la espalda, hasta los pies en el estanque de mi tío Juan de Dios. "A Cochabamba tienes que irte bien limpio", me dijo cuando empecé a encocorarme. Finalmente resolvió hacer el viaje conmigo y presenciar mi entrada en la escuela fiscal de la ciudad, paso que para ella debió tener un particular significado.

La aurora, delicada barrendera, iba acabando de escobar los grises restos de la noche cuando hubimos de partir mi madre en la parda, a mujeriegas, mi padre y yo en la negra y en la blanquilla el equipaje.

Más que en los viajes anteriores me cansó aquel pian, pian de todo el día bajo la inclemencia abrasadora del sol y de la polvorienta sopapina del viento. Cuán pesados y tardos aparecían y se rezagaban los villorrios y cómo se alargaba e incordiaba aquella quebrada con su Angostura, su Yanaqaqa, su Ushpaushpa...

Pero de algún modo habíamos de llegar, y llegamos, no a un tambo como fuera de presumir, sino a una casa donde vivía una paisana nuestra con su familia.

El ingreso a la escuela no se realizó sin condiciones. No muchas, apenas un uniforme caqui de uso diario y otro blanco para las fiestas cívicas, ambos con sus gorras de visera, y como aditamento una mochila. Así equipado me presenté el primer día y me vi ante un hervidero de caras, de gritos, de risas que bullían en el vasto patio. Sentíme como una brizna en vías de ser engullida por el torbellino y me retraje. Desanduve hasta el zaguán y pegué la espalda a la pared para poder salir de mi aturdimiento. La escuela se me apareció como un mundo inverosímil, con decenas y centenas de diablillos alharaquientos que corrían y se revolvían sin cesar. Como un aguijón me pinchaba el impulso de huir y me contuve tan sólo cuando vi que tres o cuatro rapaces, pegados también a las paredes del zaguán, miraban la baraúnda con los mismos ojos que yo. Antes de mucho, corrió hacia nosotros un chavea de lujoso uniforme, con cuello almidonado y corbata flameando en

el pecho y, escogiéndome como víctima, se me lanzó y emprendióme a **pechazos**. Sentíme pequeño y misero y no me defendí. Pero un buen corazón que vió la acometida vino en mi defensa. “¡Abusón! — le gritó —. ¡Ya que eres hombrecito, conmigo!” Y de un **pechazo** lo llevé casi hasta el patio. Sin más, el menudo bravonel tomó las de Villadiego. Mi valedor tomóme del brazo, “Vamos”, me dijo y me introdujo entre la batahola. Se enteró de mi nombre, de mi pueblo y de otras cosas y con él anduve hasta que empezó a tintinear briosamente una campanilla. Y ese buen corazón fue mi amigo de entonces para siempre. Con él hemos caminado hombro con hombro muy largos trechos en el “camino de la vida” y ahora mismo nuestros itinerarios nos juntan no pocas veces en el mundanal trajín. Ese amigo es Julio Gumucio.

La actitud generosa de aquel rapaz tuvo la virtud de infundirme confianza, no solamente en que siempre se puede contar con corazones nobles que aparecen cuando uno menos piensa, sino en mí mismo. “Si siempre ha de haber quien me defienda — pensaba — también podré defenderme yo mismo. ¿Por qué no?”.

Era excesivo el número de alumnos que fuimos destinados a aquel curso — el cuarto — y aun cuando cada pupitre fue ocupado por tres en vez de dos, quedaron muchos sin asiento. Y no había maestro. Vino un joven de quien dijeron que era el secretario, eligió un beldel para el mantenimiento del orden y se marchó. La curiosidad no conoce límites ni cortapisas en aquella edad. El deseo de saber y oír y conocer se desborda. Todo el mundo quería saber el nombre y la procedencia de todo el mundo. Llovían las preguntas y las respuestas. Nada afecto a preguntar, yo me limitaba a contestar, a repetir cuatro, cinco veces, diez veces mi nombre y mi procedencia. Pero también oía. Y vi que más de la mitad éramos extraños los unos para los otros. Y había oriundos de casi todas las provincias: Sacaba, Punata, Ayopaya, Tarata, Arque... Y como en Arani, andábamos mezclados blancos, mestizos e indígenas. Blancos como Jiménez, Quiroga, Rivero. Mestizos como yo,

como Mirones, Olmos, Fernández. Indígenas como Oporto, Cornejo, Heredia. Oporto era un indiecito notable, descalabraba el castellano con más estrépito que yo en Arani y las risas y las bufas le importaban un ardite. Había un cliceño que no quería decir su nombre y sólo daba su apellido y cuando no podía ya resistir las preguntas, prefería escribirlo en un papel: Peregrino. "Aquí hay uno — me dije — que se avergüenza de su nombre". Y en verdad a mí tampoco me sonaba bien. Me parecía un nombre exclusivo de mujer, como el de la hermana de mi madre. Y eché de ver que en el curso abundaban los Quiroga y de momento conté media docena. Y al salir de la clase tuve una sorpresa: los hermanos Villarroel, Juan y Cristóbal, se hallaban conmigo, en mi curso. No había reparado antes en ellos y ahora nos dirigíamos juntos a la casa de la paisana, su tía.

Aquellos días mi padre anduvo enseñándome a orientarme en la ciudad, que a mis ojos era inmensa. Me fue señalando puntos concretos de referencia que me ayudasen a transitar sin tropiezos por el camino de la escuela y otros que me sirvieran para ir a los parques y a la campiña. Entretanto mi madre convenía con la paisana doña Mariquita en que yo quedaría en su casa en calidad de interno. Y así fue.

La familia de doña Mariquita era numerosa. Seis hijos, mitad varones, mitad mujeres; dos de los primeros sumamente morenos y las otras sumamente blancas. Y el incremento de mis dos compañeros de aula. Y aparte había una cocinera y una criadita. En total, con la paisana y conmigo vivíamos en la casa doce personas. Las hijas ocupaban una habitación interior con la madre y todos los varones una amplia sala sobre la calle. El mayor era ya abogado, ganaba un sueldo y dormía en catre. El segundo estudiaba derecho y también tenía catre. Los demás cada noche tendían sus colchones en el suelo enladrillado.

Yo tendía el mío frente a la puerta que daba al patio y por todo mobiliario poseía un baúl muy mediano que contenía mis mudas de ropa interior y unos pares de sábanas.

Mis cestos y saquillos de provisiones se vaciaron en muy pocos días, dado que no me era posible comer de oculto ni solo a vista de la gente. Mis compañeros de aula no habían traído nada y todo el día andaban conmigo, y con nosotros el menor de los de la casa, que ya era colegial. A todo esto debo añadir que la pitanza de la casa, porque la familia era pobre, no se señalaba ni por su abundancia ni por su calidad, circunstancia que me llevó a percibir cierto vacío en el epigastrio a ciertas horas del día.

Por las noches nos reuníamos con algunos chicos de la vecindad y con ellos zaragateábamos en el amplio canchón. Una noche blanca de luna vino a visitar a Luis uno de los **profesores de recreaciones** de la escuela a quien los alumnos le llamaban señor Prada. Más tarde supe que era don Francisco Prada. Le acompañaba un chava más o menos de mi edad, del cual dijeron que era hermano de la visita. Entró con nosotros al canchón, pero se negó a participar en nuestros juegos. Era un chico secarrón, ceñoso, callado. Me acerqué a rogarle, pues íbamos a jugar algo muy interesante. Me abarcó de una mirada, no me contestó y fue como si me hubiese dicho: "Yo no me meto con bobalicones". Nos enredamos en un juego que llamaban de **prendas**. Todo andaba a pedir de boca, reíamos, gozábamos, pero en cierto momento me enviaron a la **berlina**. Y aquí fue Troya. Cada uno debía dirigirme de modo anónimo un epíteto o alguna otra cosa no siempre inofensiva y yo debía identificar a los autores. Pero llegado el momento, probablemente sin razón me sentí agraviado, ultrajado, protesté a gritos y solté el llanto. Luego acerté a ver que el hermano del señor Prada me miraba con fijeza, como diciéndome: "Por eso yo no me meto con bobalicones". Y ese muchachito callado, ceñudo, era Raúl Prada, destinado a ser con los años el mejor amigo de mi vida.

Entretanto en la escuela nos dieron un maestro cuyo temperamento me daba en qué pensar. Era un hombre taciturno y parecía que meditar le gustaba más que hablar. No le vi una sola vez alterarse, ni meter en cin-

tura a ningún bullebulle, ni siquiera pedir orden en la clase. Quizás esto último no era tan necesario porque se diría que los más andábamos impresionados con aquel extraño modo de ser y nos cuidábamos de enturbiar la atmósfera. Y nos asistió poco tiempo, pocos días, tal vez una semana.

Y vino un maestro que de entrada tomó la sartén por el mango. Un hombre cuya sola presencia imponía orden y sumisión. Venía cuidadosamente afeitado y su cabello semejava un cepillo puesto sobre la cabeza. Era un verdadero maestro, sabía enseñar y, como daba, exigía, y en sus exigencias no conocía la flexibilidad. Fue el maestro que más hondo penetró en mi sensibilidad, hendiéndola, dejando en ella una herida condigna, pero sin cicatrización. En la clase de historia nos relató la vida y la proeza de Cristóbal Colón. Una lección que me sabía ya de Arani, pero ahora con más amplitud y más colorido. La diosa casualidad dispuso que esa noche misma, antes de acostarnos, Luis, el buen Luis, estudiante de derecho, quisiera explorar mis adquisiciones en la escuela. Y dió en tomarme, como lo hiciera un maestro, la lección del descubrimiento del Nuevo Mundo. La recité de carretilla, sin un error, sin una vacilación. Y Luis me aprobó como un maestro aprueba a un alumno estudioso. La tarde siguiente, en hora aciaga para mí, el maestro tuvo la salida de ordenarnos que redactáramos la dichosa lección. Manos a la obra. Pero a los pocos párrafos vi que por todo material contaba yo con la libreta que tenía en la mano, pequeña y casi llena ya de redacciones y notas. En aquellos tiempos la provisión de material quedaba librada a la sola iniciativa del alumno y su familia, y mi madre no me había procurado sino esa libreta. Me acordé de mi recitación de la víspera y entonces me dije: "Esta lección me la sé al dedillo y no necesito redactarla. Si el maestro me pide que la lea, leo lo que ya tengo escrito y lo demás lo recito como anoche". Y suspendí el trabajo. Minutos más tarde el maestro preguntó quiénes habíamos terminado la redacción. Levantamos la mano seis. Y nos mandó a recrearnos en el canchón. El canchón era un

vasto gramal donde los otros se lanzaron al retozo en tanto que yo me acogí al pie de un árbol y comencé a sentir una extraña mordedura adentro, muy adentro. Era que iba reconociendo mi error, mi culpa, el haber engañado al maestro. Mi desasosiego fue creciendo por minutos y era plena angustia cuando alguien vino a llamarnos. Entré con paso vacilante en la clase, los ojos en el suelo y un cáustico temor en todo mi ser. Sin duda mi estado anímico fue al punto leído por el maestro, pues él, tan pronto como hube tomado asiento me ordenó que leyera mi redacción. Me sentí perdido, pero sacando fuerzas de flaqueza abrí la libreta con mano trémula y me puse a leer. Tras la última frase escrita mi mente apareció envuelta en tinieblas y no pude encontrar una sola palabra de las que había recitado la víspera. Nunca vi a persona humana montar en cólera como aquella vez al maestro.

—¡Trápala! — me increpó al tiempo que empuñaba la regla de madera, ancha y gruesa. Era un metro con todas sus subdivisiones y lo utilizábamos en el aprendizaje del sistema métrico.

—¡Ponga la mano! — me ordenó como solía hacerlo el maestro Celestino en mi pueblo.

Y comenzaron a caerme los palmetazos cual si fueran a deshacerme la mano, arrancándome agudos plañidos.

—¡Trápala! ¡Usted debe ser cliceno!

—¡No, señor, no soy cliceno! — chillé con todas mis fuerzas poniendo a un lado el dolor, pues la imputación me era más lancinante que los golpes. En aquella época Cliza era considerada como una ladronera y el adjetivo cliceno peor que una afrenta.

—¡No soy cliceno! — seguí chillando y llorando mientras me caían los reglazos —. ¡No soy cliceno! ¡Soy mueleño! ¡Puede usted verlo en la fe de bautismo que tengo en la dirección!

Aun cuando la regla había vuelto a su lugar y el maestro se enjugaba con su pañuelo la frente, seguía llorando y protestando: “¡No soy eliceño!”

Quedóme adentro, muy adentro una herida que

sangró mucho y no ha cicatrizado nunca; pero nunca le culpé de ella al maestro, sino a mi propia inexperiencia y a mi falta de medios materiales, que nunca fueron suficientes. Fue al mismo tiempo una lección imborrable, siempre presente, que ha ejercido un influjo decisivo en todos los pasos importantes de mi vida.

Ese maestro singular fue don Moisés Orruel. En los años de la juventud siguió siéndome conocido y aun amigo. Escribía. Solíamos encontrar en las redacciones, él siempre cuidadosamente afeitado y el cabello como un cepillo puesto sobre la cabeza. Murió en temprana edad, dejando escrita una obra intitulada "Surgite et ambula", de la cual él había publicado solamente unos pocos capítulos en los diarios.

En casa se había juntado el hambre con la gana de comer. Me daban por desayuno una taza de té ralo con un panecillo de a centavo y me iba con hambre a la escuela. Volvía con el estómago abierto como un enorme gargüero y me sentaba a la mesa ansioso de engullirme toda la comida del mundo. Pero el almuerzo no era más que un plato de lawa, siempre de lawa, con dos o tres rajadas de papa y un trocito de carne. Otra vez con hambre a la escuela y, de regreso, más hambriento. La cena era invariablemente un plato de **tojorí** que caía sobre mi hambre como una palada en un hoyo sin fondo. Y mis compañeros de internado no sufrían menos que yo.

Algunas tardes el hambre nos llevaba a Las Cuadras, al lugar hoy ocupado por la Universidad, donde había algunos maizales, unas higueras dispersas y uno que otro parral. Si la suerte nos acompañaba, es decir, si no había cuidadores, robábamos higos o uvas y algunas veces choclo. El choclo lo cocían Juan y Cristóbal en la cocina, cuando ya todos dormían, y lo comíamos a prorrata. Pero a veces la suerte no sólo nos daba la espalda, sino que nos hacía víctimas de sus jangadas. Principalmente una tarde. Se hospedaba en casa un otro sobrino de doña Mariquita, llamado Carlos Padilla, y fue con nosotros a Las Cuadras. Resolvimos invadir una choza a cuya puerta negreaba una higuera cargada de frutos. No se veía alma viviente por ningún lado y Car-

los, el mayor entre nosotros, se lanzó como descubierta. Cogido el primer higo, la choza vomitó un indígena energúmeno, el cual, armado de una piedra, cayó sobre el mozo y antes de que éste atinara a defenderse le dió con el arma en la cabeza. Un hilo de sangre apareció en la sien y el herido no halló otro recurso que el repliegue. Nosotros no nos movimos, espectamos acongojados la escena, impotentes ante la mano armada del indígena y nos redujimos a limpiarle al compañero la sangre, que por suerte no era mucha, ni la herida grave.

En los primeros días había yo identificado entre los compañeros de curso a un paisano con quien tuve alguna vez algo que ver en mi pueblo. Era hijo de aquel don Víctor López que andaba por las calles en su braceador **Balmaceda**. Nos hicimos amigos. Un día que jugábamos en el canchón se me cayó del bolsillo un cortaplumas, regalo de mi padre, de cuatro hojas y un tirabuzón. Eduardo, así llamado el paisano, lo alzó del suelo, le echó una ojeada y me lo pidió prestado. Le accedí gustoso y no se lo reclamé por muchos días. Pero después el recobrarlo se me hacía de más en más difícil. Acosado por el hambre resolví vendérselo a él o a quien quisiera comprarlo. En mis horas libres, cuando me hallaba solo, esto es, sin los Villarroel, iba a su casa con la esperanza de recogerlo o de cedérselo por unos centavos. “Con ese dinero — me decía — me comeré pan, o fruta, o cualquier otra cosa”. En el trayecto había pulperías en las cuales el pan se amontonaba en grandes receptáculos de madera como bateas. Me detenía enfrente de ellos, en la acera, y me pasaba largos, muy largos momentos contemplando los panes, dorados, apetitosos, mágicos. Mi deseo se posaba como una mariposa sobre el más grande, el más gordo y yo me decía: “Si López me pagara, me compraría aquel y no otro y cómo me lo comería”. Pero López nunca estaba en su casa.

Una tarde que iba en busca del menudo embustero me encontré de manos a boca con Bautista, con aquel Bautista que había llenado con un mundo de cosas mis primeros años. Me abrazó jubiloso y se puso a hablarme de su vida en la ciudad. Servía en casa de un grin-

go y ahora iba con un recado. Ganaba un buen sueldo y como queriendo demostrármelo me puso en la mano una moneda de diez centavos. Citóme para la tarde siguiente en un punto determinado de Las Cuadras y se alejó de prisa. Yo corrí a una pulpería donde momentos antes había acariciado con toda mi hambre un hermoso pan, me lo compré y me lo fui saboreando como en sueños, reconocido para la largueza de Bautista.

Acudí puntual a la cita y Bautista ya me estaba esperando. En un alfalfar, a la sombra de un molle. Me abrazó nuevamente y mostróse interesado en mis estudios.

—Eres un chico dichoso — me dijo —. Puedes aprender todo lo que quieras. En cambio yo no puedo. No hay quien me sostenga en la escuela. Supieras las ganas que tengo de aprender a leer.

Extrajo del bolsillo una baraja nuevecita y se puso a barajarla con asombrosa habilidad.

—Te voy a enseñar a jugar **casino** — me dijo.

Y me enseñó. No me pareció difícil y jugamos varias partidas, con un desastre completo para mí.

—No pones atención — me dijo —. Juegas por jugar. Hay que jugar con interés.

Puso la baraja en su cajita y se la guardó. Luego me enseñó un pequeño organillo de boca.

—Lo he comprado para ti — me dijo —. Tómallo.

Lo guardé en el bolsillo. Al despedirnos me dijo con énfasis:

—Yo no he de ser sirviente toda la vida. Reuniré el dinero indispensable para viajar y me iré a las **Panpas**. Ya verás.

El organillo aquel ni siquiera pensé en llevármelo a la boca. No sé por qué lo ligué al oficio de mi padre. Ese oficio era motivo de frecuentes sufrimientos para mi madre y ella y sus tres hijos lo detestábamos. De suerte que el pequeño instrumento no debía quedarse en mis manos y decidí venderlo. Además el hambre me tenía como nunca sitiado. Lo vendí al día siguiente, sin regateos, por tres reales y medio.

El dinero en la mano, cerré el oído a los clamores

del epigastrio y me dejé tentar por las insinuaciones del paladar. Compré ankukus y otras gollerías. El ankuku era la melcocha subida al punto extremo, duro y correoso a un tiempo, incomparablemente exquisito y deleitoso. El hambre se entretuvo bien con las golosinas, pero después volvió más terca, más incisiva a la carga.

Sentía una extraña laxitud en el cuerpo y caminaba a paso lento, a desgana. Llegaba en mucho tiempo a la escuela, no pocas veces retrasado y de regreso encontraba a todos sentados a la mesa. A veces, inducido por el hambre, entraba a visitar como de paso a la tía de mi padre, a doña Tomasa y su hija. Si las encontraba comiendo, me servían un platito y me iba contento. Si no, las conversaba unos minutos y, como ellas andaban siempre ocupadas, al salir me apoderaba cauteloso de un pan y me lo metía debajo del uniforme. No lo tocaba hasta la Carbonería, entraba en ella por la primera puerta y una vez dentro comenzaba a saborear mi botín. Había allí montañas de carbón a un lado y filas de grandes cestas atestadas de toda clase de calzado a otro. Y gente que entraba y salía. Yo me iba por la puerta de la esquina comiendo el pan por pequeños pedazos a fin de que no se acabara muy pronto.

¿Cuántas veces, cuántos panes me robé de aquel modo? Al comérmelos, ingenuo de mí, me decía que no había robado, que no había hecho más que tomar un préstamo. “Algún día — pensaba — voy a trabajar y con el primer sueldo se lo pagaré con creces”. Y toda la vida ha pesado sobre mí esa deuda, cada vez más impagable. Cuántas veces me he propuesto saldarla y he acudido en ayuda de Miquita — muerta su madre — asistiéndola en su vejez de acuerdo con mis medios. Pero siempre he creído y creo aún que mi deuda sigue en pie. Es que mi hambre de aquellos días no tenía medida y en consecuencia aquellos panes carecían de precio y no había dinero capaz de pagarlos.

Antes de los dos meses vino mi madre con una buena provisión de panes, empanadas y rosquillas. Fueron días de gloria para mí. Pero pocos. Y a ella no la hice sospechar mi problema alimentario. Era que no en-

tendía de quejas y siempre sufrí en silencio, dentro de mí, mis reveses. Y para colmo, la comida mejoró durante esos días; de manera que mi madre no se dió cuenta de las condiciones en que yo vivía. Y al revisar mi ropa echó de menos mi sombrero, aquel ya historiado sombrero negro de Arani. Aquí no me era necesario y lo tenía guardado, y olvidado. No estaba en su lugar y lo buscamos y rebuscamos sin resultado. Había desaparecido. Mi madre alborotó el cotarro y doña Mariquita y sus hijas pusieron el grito en el cielo y acabaron por inculpar del hurto a la criadita, a aquella infeliz criatura destinada a pagar el pato. La pusieron como un trapo, la intimidaron, la golpearon, la compelieron a confesar qué había hecho del sombrero. La criadita negaba la culpa, lloraba a gritos, se arrodillaba, imploraba; pero fueron tantos los golpes y tales las amenazas que se vió obligada a decir: "Sí. Lo robé". Entonces otra lluvia de golpes, de interjecciones y de "¿Dónde? ¿A quién? ¿En cuánto?..." Por último la obligaron a ir a señalar la casa del comprador. Salieron con ella por delante y a la hora regresaron frustradas. La pobre chiquilla había dado vueltas por una manzana y por otra, confundida, trastornada: "Era aquí. No. Era allá. No. Era a la vuelta"... y al final no pudo más y gritó: "¿Qué voy a señalar si no he visto el sombrero!"

¡Ay! sólo más tarde comprendí que mientras yo tenía la garra a la canasta de Miquita, otros, igualmente flagelados por el hambre, convertían en condumio mi sombrero. Perdón para ellos.

Más o menos al mes volvió mi madre, acompañada de mi padre. Tuve nuevamente un cesto de pan, otro de empanadas y otro de rosquillas. Comía y aunque ya estaba lleno el estómago seguía comiendo, hasta que esa noche me sentí morir y fui a devolver en el canchón todo lo que había comido. La tarde siguiente, a la vuelta de la escuela, me dijeron que querían comprarme un catre y nos encaminamos al centro. Entramos en un almacén con un enorme letrero que decía: "Gabino Aquino". Había allí catres de toda clase y tamaño. Mis padres eligieron uno muy apropiado para mí.

—No — dije —. Este no. Quiero este otro — y señalé uno de dos plazas.

—¿Para qué? — se asustó mi padre —. ¿Para qué tan ancho?

—Para dormir con mis hermanos. ¿Acaso ellos no se van a educar?

Vencí. Ese catre fue adquirido.

Esta vez mi madre se dió cuenta de mi situación. Me miraba de rato en rato con ojos inquisitivos y acabó por decirme:

—Estás piel y huesos y amarillo. ¿Por qué no hablas? Esta tu costumbre de no hablar, de aguantarte sin chistar. Se ve que aquí te matan de hambre. Ya la vez pasada debías haberme pedido que te buscara otra casa.

No dije una palabra, pero me eché a llorar.

Ese mismo día me cambiaron de internado.

XVII

El primer centenario de Septiembre

Otra vez compañeros con Enrique. Disponíamos de un cuartucho de techo muy bajo, piso de ladrillo y paredes enjalbegadas. El primo dormía ahora en una buena cama y yo estrenaba mi catre de dos plazas. El había conseguido tomarme la delantera, pues ya era estudiante del Colegio Sucre.

Eramos internos de un matrimonio muy joven, que acunaba a su primera rorra, de nueve o diez meses. La esposa asombraba por su belleza, en tanto que el marido se distinguía exactamente por lo contrario y dejaba ver además una anormalidad que me parecía inexplicable: un brazo muy poco humano por el vello espeso que lo cubría sobre una piel demasiado oscura. A esta causa la gente lo conocía con el sobrenombre de **Monomaki**. Al admirar la hermosura de la esposa Enrique decía: "No sé por qué las mujeres muy bonitas caen siempre en manos de hombres muy feos". El matrimonio era al

mismo tiempo muy pobre. El joven había abandonado sus estudios de abogacía y trabajaba como actuuario en un juzgado. El sueldo era pequeño y no daba para mucho. Y a todo esto vivía con ellos la madre de la esposa, anciana en plena indigencia.

Por supuesto la comida no era copiosa, no había para comer a barba regada, pero sí en la medida indispensable para no andar con el epigastrio malcontento. No había ya laxitud en el cuerpo ni descaecimiento en el andar. Diableaba como todo el mundo, reía, jugaba en los recreos a los pillos y rondines, y a la manchita, y a las bolitas, y al fútbol con pelota de trapo. Había una rara costumbre entre los chicos: los que se sentían más varoncitos elegían entre los bonicos un *llik'i*, que era un remedo, una ficción de amante. Chota Cosío, amanerado y mujeril, era *llik'i* de Ricardo Quiroga. René Abasto, de José Jiménez. Yo hice recaer mis preferencias en Oscar Moreno, suave y delicado como una paloma. Y con nuestros *llik'is* nos revolcábamos por el gramal del canchón durante los recreos.

Por las noches, hasta la hora de dormir, me iba a pasear por la plaza de armas. Allí acudían otros chicos, muchos, y entre todos armábamos a veces ruidosas trapatuestas. Venían los *khuchimichis* y nos desparpajaban a cinturonzos. Una noche, en lo mejor, apareció corriendo un diablillo y nos alertó a gritos:

—¡Los cagaleches! ¡Los cagaleches! ¡Le están pegando a Rafito Urquidí!

—¿Dónde?

—¡En la puerta del Seminario!

Corrimos todos. En efecto, había un tumulto en la puerta misma del Seminario. No eran muchos, tal vez tres o cuatro contra uno solo. Pero nosotros éramos más. Tal vez siete u ocho, o más. Los atacamos briosamente y los dispersamos. Al sentirse a salvo nos gritaron en coro:

—¡Fiscalistas, vendecristos!

Los *cagaleches*, así llamados los alumnos de una escuela particular dirigida por don José Pedro Borda, eran nuestros adversarios tradicionales. Allí donde nos topá-

bamos con ellos, hartos o pocos, tenía que haber lluvia de trompadas, hasta chorritos de sangre.

El exceso de alumnos no sólo se observaba en mi curso, sino en todos, del primero al último, de manera que la marcha de la escuela se entorpecía de más en más. Entonces dividieron en dos cada curso y organizaron dos escuelas paralelas: A y B. Yo fui a dar a la última. Ambas funcionaban alternadamente en el mismo local. Nosotros lo ocupábamos las primeras horas, tanto de mañana como de tarde, y los otros las siguientes.

Como es de presumir, el señor Orruel quedó destinado a la Escuela A. A nosotros nos mandaron un maestro joven de quien dijeron que estudiaba leyes. Era un hombre moreno, de bigote discretamente afinado, que nos dispensaba un suave trato paternal. No perdía los estribos ni ante las barrabasadas ni ante las salidas de pie de banco de los alumnos. Sabía amonestar con palabras que llegaban al entendimiento y se grababan en el corazón, sin recurrir jamás al castigo. Entonces no había uno que volviese a las andadas y todo marchaba como sobre rieles. Sabía apoderarse de nuestra atención y las lecciones entraban en nuestra mente como la savia que nutre las plantas. Y no había en el curso quien no lo quisiese ni quien no se hiciera lenguas de él. Ese maestro extraordinario era don Casimiro Quiroga.

Le gustaba sondear nuestros conocimientos y las results se traducían en nuestra ubicación en la clase. Así fue como el primer puesto fue ocupado por Ricardo Quiroga, el segundo por Guillermo Quiroga, y en el tercero sin darme cuenta aparecí yo.

Por aquellos días los chicos empezaron a hablar de una estrella con cola que aparecía a cierta hora de la noche y por el maestro supimos que era el cometa Halley. El cometa no despertó en mí la menor curiosidad; pero se hablaba de él con tanta insistencia, que una noche hube de levantarme y en efecto vi en mitad del cielo una estrella con una cola bastante luminosa, cuya longitud calculé en unos dos metros. El cometa seguía ocupando la labia de los chicos y decíase que iba creciendo noche

a noche. Por comprobarlo me levanté otra vez y vi que la cola pasaba ya de unos diez metros. Entretanto la cocinera de casa volvía alarmada y afligida de la recova y refería que en todas partes la gente aseguraba que el día del juicio final estaba cerca. Al mismo tiempo se decía en la escuela que el cometa iba a chocar con la tierra produciendo una catástrofe fatal, cuyo efecto sería la desaparición de la humanidad. Sin que supiera explicarme por qué, el tal juicio final y el tal choque de mundos me tenían sin cuidado y no me molestaba en prestarles ni una pizca de mi atención. Con todo me levanté por una tercera vez y encontré una muy ancha y deslumbrante cauda que abarcaba casi medio cielo. Alumbraba más que la luna llena y se podía leer y hacer todo enteramente como de día. A la postre no hubo ni juicio final ni choque de mundos y el cometa se fue como había venido.

Un día que andaba por el centro me topé con doña Mariquita y la saludé de acera a acera. Ella, en vez de contestarme, se me enderezó ardiendo de cólera, los ojos centelleantes y las manos tendidas como garras.

—¡Conque, so tal, so cual! — ululó disparándome una granizada de improperios —, ¿¡en mi casa se come lawa!? ¿¡De cómo lo sabías para desacreditarme!? ¿¡Conque así lo dijiste!?

Quedé paralizado, sin habla. Ella me metía las manos a la cara y continuó gritándome hasta cansarse. Recién cuando se hubo alejado pude seguir mi camino y ponerme a pensar. Tiempo atrás, cuando todavía era interno de aquella señora, en un corrillo de la escuela habíamos de las cosas que comíamos en nuestras casas. “En mi casa no se come lawa”, dijo uno presumiendo. “En la mía tampoco”, dijo otro con arrogancia. “Ni en la mía”, alardeó un tercero. Yo no pude quedarme callado, ni mentir, y dije sencillamente: “En mi casa se come lawa”. Al decirlo, pensé, más que en la casa de doña Mariquita, en la mía de Muela, donde había comido lawa toda la vida. En el corrillo estuvo Cristóbal, sobrino de doña Mariquita, y no dijo una palabra; pero después y con retardo se le ocurrió incurrir en el chisme.

En aquellos tiempos, en nuestro país no se hablaba aun de clases sociales, sino de razas. La blanca se consideraba por supuesto el receptáculo legítimo de la sangre española. Y no había pequeño burguesito — por más que su físico estuviera proclamando otra cosa — que no se jactara de su rancia cepa europea. Había que ver el gusto y el sabor con que en los salones y tertulias se hablaba de estirpes, linajes y otras zarandajas. En esta innocua farsa la alimentación jugaba un papel importante, pues cada raza poseía una propia. El maíz era un alimento exclusivo del indígena. El lo consumía en forma de lawa, mote y otras muchas formas. Para el blanco, el comer lawa era afrentoso. Y si su pobreza era tan extrema que se obligaba a servirse de ella, por ser el plato menos costoso, ese tropiezo no debía ser conocido por nadie y lo encubría celosamente. De ahí que todo el mundo pregonaba que en su casa no se comía lawa. Y así queda explicada la embestida de doña Mariquita por haber yo sacado a la calle un secreto de su casa.

Inesperadamente una mañana nos dijeron que nuestra escuela se trasladaba a un nuevo local y sin más nos entregaron a cada dos alumnos un pupitre. Nos lanzamos a la calle como hormigas que apenas pueden con su carga, pero alegres de ver que por fin nos librábamos de los ingratos turnos y nos íbamos a un territorio propio. Mas el territorio propio nos resultó hartó estrecho y no nos ofrecía un canchón ni grande ni pequeño para entregarnos a nuestras diabluras. Entonces vimos que con la mudanza habíamos perdido y comenzamos a considerar privilegiados a los de la otra escuela. Además ya no holgábamos la mitad de la mañana y la mitad de la tarde y el maestro nos exigía más trabajo y más empeño, aunque su trato se hacía cada vez más paternal y no pocas veces rayaba en la afabilidad.

A la sazón en mi internado ya no marchaban las cosas tan bien como al principio. La comida se hacía algo escasa y por las noches se dejaba sentir el epigastrio. Si yo me mostraba como siempre conforme con la situación, no sucedió lo mismo con Enrique. Una tarde llegó

su padre, al día siguiente a la hora de la cena alineó sobre la mesa del comedor una serie de montoncitos de monedas de níquel, dijo que así quedaba saldada la cuenta y trasladó la cama de su hijo a otra parte.

El hambre me mordicaba ante todo por las noches. A veces me levantaba para ir a buscar en el comedor algún cacho de pan o algún otro rezago de la cena. Siempre infructuosamente. Un día hubo en la cocina un movimiento inusitado y oí decir que se preparaba un regalo para alguna persona de valer. Esa noche tuve por fin un hallazgo: sobre la mesa se alineaban muchas copas llenas de algo que a mi parecer podía ser gustado. Y fui probando un poquito de cada copa sin moverla de su sitio. Era un líquido muy denso, pero dulce y sabroso. Por la mañana hubo un alboroto en la casa. La cocinera decía a voz en cuello en el patio: "Se habían tomado la gelatina antes de que se cuajara". Tuve que comparecer ante la señora y me llevé un regular zurrapelo. Mis labios habían quedado impresos en los bordes de las copas, no había salido posible y me limité a clavar los ojos en el suelo.

La economía de la casa iba al parecer de mal en peor. A veces el marido volvía de su oficina con un puñado de timbres usados, los lavaba en secreto con algún líquido que se me antojaba mágico, yo le ayudaba a ponerles una capa de goma arábica y él iba luego a venderlos en alguna parte. A menudo elaboraba copias testimoniales durante la noche, casi siempre dictado por mí; pero en cuanto me ponía a bostezar me decía: "Ya estás como para dictarme asnadas". Y me mandaba a dormir.

Septiembre se aproximaba a paso redoblado. Septiembre, mes de Cochabamba. Y aquel año, del centenario de la insurrección de Esteban Arze. Decíase que los preparativos para las celebraciones se hallaban en plena marcha. En primer término, se hablaba del ferrocarril que la Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica construía al Valle y a Quillacollo, con una red de tranvías urbanos y la primera locomotora que debía ingresar en la ciudad el mismo día Catorce hasta la plaza de armas.

Se hablaba de corridas de toros con duración de una semana, de la llegada de tres o cuatro regimientos, de la venida del presidente, de funciones cinematográficas que se realizarían por primera vez en Cochabamba y de un sin fin de otras cosas. También nosotros, en la escuela, comenzamos a prepararnos. Conducidos a la playa del río, nos sometían durante horas a largas marchas y contramarchas, ejercicios de paso de parada, en fin... En vísperas de los festejos, dispusieron que sobre el uniforme blanco debíamos llevar una banda roja y como aditamento imprescindible, guantes blancos. Con unos reales que en esos días recibí de mi casa me compré la tela para la banda y doña Herminia, la señora, se encargó de su acabado a máquina. Para los guantes me faltó un real, uno solo, y a esa causa me quedé sin ellos. Y como no había guantes, por decisión propia no asistí a las actuaciones de mi escuela y a los reales que quedaron les di buen acomodo en las pulperías.

Fueron días de regocijada libertad para mí. Presencié la llegada del regimiento "Sucre", del "Loa", del "Colorados"...; alterné con algunos soldados, admiré su uniforme, les seguí emocionado en su marcha en las procesiones y escuché embozado las retretas de sus charangas. Iba a pararme durante horas frente al cuartel del "Abaroa", aprendí los nombres de los jefes: coronel Cortez, teniente coronel del Carpio, mayor Antonio Rico, y extasiábame contemplando en los desfiles a sus soldados aguerridos, a caballo y lanza en ristre.

Vi un maravilloso corso de flores con damas instaladas en coches lujosos que daban vueltas y revueltas por la plaza. Carpas instaladas en el recinto de la misma donde bailaban donjuanes y beldades con vestidos tubulares hasta los tobillos y enormes sombreros faldudos que ostentaban encima enormes plumas y flores y avecillas. Y el primer automóvil que vi en mi vida, con ruedas de caucho macizo y una palanca por volante. Poseía un motor que semejava un cañón automático, con traquidos que se oían en toda la ciudad. Y la primera motocicleta, que también soltaba cañonazos y corría por las calles alarmando al vecindario.

Y el presidente Villazón. Lo vi una tarde en la calle Paraguay. Supe que era él porque la gente arremolinada en la esquina gritaba: "¡El presidente! ¡El presidente!" Iba a pie, acompañado nada más que por un edecán. Nada más que por uno y no en medio de una jauría de motonetas y pistolas automáticas, amén de otros esbirros, como los de estos tiempos.

Y la corrida de toros.

Enrique se había ido a vivir en un cuartucho del Tambo del Sol. Justo aquellos días había venido su hermana Constanza a cuidarlo, esto es, a guisarle los alimentos, lavarle la ropa, etc. Con ellos fui a la primera corrida. Era en la plaza de San Sebastián. Habían armado altas plataformas en las aceras norte y oeste y se subía a ellas pagando unos centavos. Tanta gente había apeñuscada en esos tablados que no teníamos dónde poner los pies y hubimos de encontrar cabida a empujones y codazos bajo un chubasco de gritos y de protestas. La plaza entera, abajo, era un hormiguero de gente; diríase que la ciudad se había volcado íntegra sobre ella. Frente a las tribunas del oeste había una muy larga columna de coches con las capotas plegadas, ocupados por damas deslumbrantes de belleza y de lujo, acompañados de pollancos de hongo y bastón, carilindos y peripuestos.

Un clarín anunció la salida del primer toro. La fiera saltó como un ciclón y corrió hendiendo la masa humana como si estuviera rasgando un lienzo. Llevaba una enjalma sembrada de monedas de plata y los cuernos embolados; cuando éstos daban en alguno, el infeliz rebotaba en el suelo como un muñeco de goma. Había quienes le capeaban con sus ponchos, pero a veces eran barridos poncho y todo en medio del clamoreo de la muchedumbre. El bruto corría por un lado y por otro, se detenía un punto, parecía elegir una víctima y se lanzaba como un rayo. En cierto momento vimos un hombre flameando sobre las astas del toro y luego volar y caer sobre el gentío. El quid era arrebatarse la enjalma y aquel que lo consiguiera debía ser dueño de ella y de las monedas. Pero nadie logró tocar siquiera la codiciable tela y los que lo intentaban eran sin remisión aventados.

Al cabo de una media hora o algo más de carreras, cor-nadas y tentativas de despojarlo, el bicho fue enlazado y conducido al toril. Entonces la columna de coches se puso en movimiento y estuvo muy largos momentos rodando en un amplio circuito dentro de la plaza, hasta que volvió a sonar el clarín e hizo su salida el segundo toro.

Y la primera locomotora. La vi monstruosa y jadeante, corriendo por una trocha que se tendía hacia el Valle y por otra que iba hacia Quillacollo. Corría soltando pitadas, con una larga cabellera de humo flotando a su espalda. No pudo ingresar el día previsto en la plaza principal y los tranvías urbanos se construyeron tiempos después.

A los pocos días llegó mi madre no al internado, sino al cuartucho de Enrique, en el Tambo del Sol. Probablemente de labios del sobrino se enteró sobre mi aflictiva situación, ya que al día siguiente, cuando volví de la escuela, ella se encontraba aineando sobre la mesa del comedor, exactamente como mi tío Pancho, montoncitos de monedas de níquel. Y nos depedimos de doña Herminia. Y mi catre de dos plazas y mi baúl fueron trasladados al habitáculo de mi primo.

Mi madre había llegado con abundantes mantenimientos provenientes de un cerdo que para venir había carneado. Entonces como nunca experimenté el placer de comer, y comer hasta la hartura. Me parecía que recién, en mi vida, mi estómago se daba cuenta de lo que era sentirse lleno. Y comía sin medida, a grandes bocados, como si las viandas se me fueran a escapar. Un día chicharrones, otro día morcilla, otro día chorizo, otro día enrollado... Más de una semana estuve sacándome el vientre de mal año. Me sentía alegre y retozón y hasta, parece mentira, decidor. Mi madre me miraba largamente, intensamente, como si quisiera penetrarme hasta lo más recóndito y me decía cosas muy dulces, muy gratas a mi corazón.

Llegó mi padre y los dos fueron muy de mañana a Quillacollo, de donde regresaron al atardecer con una

hermosa yegua negra seguida de un muy esbelto potrillo retinto.

—Ya tenemos para los viajes — dijo mi madre —. Se acabó el pian, piano de los burritos y en adelante podré venir cualquier rato. Y este potrillo — señalándomelo — será tuyo. Tú lo montarás.

Y empecé a hacerme planes para cuando el potrillo se pusiera joven. Ya no me sorberían el seso ni la alazana ni la wist'a de mi tío Gil. Sólo andaría a galope y a José María y a Octavín los dejaría lejos. De rompe y rasga encabezaría las **entradas** de carnával en mi pueblo y todo el mundo me admiraría como al mejor jinete.

En aquellos días un acaecimiento insólito sacudió la ciudad. Un fusilamiento. Un hombre iba a ser fusilado. En la escuela y por doquiera circulaban los rumores más impresionantes acerca del caso. Dos trabajadores españoles, despedidos del trabajo, se fueron una mañana al domicilio de quien los despidió, que era ingeniero, lo mataron con un tiro de Winchester y huyeron. La justicia emprendió la persecución, fue siguiéndoles la pista y al cabo le echó el guante a uno de ellos. La caída del hombre era contada con pormenores sensacionales. Perseguidos, los prófugos al través de un pajonal cruceño, se hallaban a punto de ganar el bosque. Uno de ellos lo ganó y no pudo ser ya hallado. El otro llegó a la ceja, pero era tan agobiador su cansancio, tan total su agotamiento físico, que no pudo dar un paso más, y en ese estado cayó en manos de la justicia; luego cargado de grilletes y cadenas, fue trasladado a Santa Cruz y de allí a Cochabamba. En este punto me venía al recuerdo algo que vi en mi segundo año de Arani. Una mañana ingresó en la plaza inesperadamente un coche y se detuvo en la puerta de la policía. De él bajaron dos hombres armados y un tercero que llevaba los pies cargados de grilletes y éstos unidos a una larga cadena que pendía de sus manos. Entraron los tres en el recinto policiaco en espera de algo o simplemente de descanso. Llegó la hora de irme a clases y no vi más. Pero se supo que se trataba de alguien que había matado a un hombre y era conducido a la cárcel de la ciudad. Ahora ese

hombre, seguramente ese hombre, iría de un momento a otro camino del patíbulo.

La mañana de la ejecución, un diario, si no me engaña la memoria "El Heraldó", publicó un reportaje que la gente calificó de escandaloso y, al reo, de hereje, poseído del demonio, anticristo y otras cosas. Enrique nos fue leyendo el artículo, en el cual se decía que el condenado había arrojado de su celda al sacerdote que fue a tomarle la confesión. En sus declaraciones al periodista negaba a Dios, decía que Jesucristo no existió, que los sacerdotes eran cínicos mercachiles, que la religión sólo servía para engatusar a los bobos...

Serían las diez de la mañana, quizás de un domingo porque no había escuela, cuando mis padres resolvieron de pronto ir a ver el fusilamiento y me llevaron consigo. Iba por la calle una masa compacta de gente, mucho más que en la corrida de toros, tanto, que nos fue imposible abrirnos paso para poder ver al reo y tuvimos que ir caminando entre los últimos. La nubada de curiosos fue avanzando por el Prado (Avenida Ballivián) y se detuvo en las inmediaciones del río. Tras unos minutos de expectante espera se oyó una descarga.

—Ya está — dijo alguien junto a nosotros —. Lo liquidaron.

Segundos después hubo un disparo de revólver.

—El tiro de gracia — dijo el mismo.

Y nada más. El gentío comenzó a ralear, pero mis padres esperaron y en cuanto fue posible echamos a caminar hacia adelante. Mis padres querían ver al fusilado y cuando llegamos al punto donde él yacía, pocas personas ya andaban por allí. El cadáver hallábase tendido de espaldas, con la cabeza un tanto ladeada y un hilo de sangre que le había fluído por una comisura de los labios. Llevaba el cabello largo y abundoso, los ojos como mirando con rabia, la espesa barba afeitada la víspera y terno y botines estrenados para morir.

Me dejaron en el cuartucho de Enrique, al cuidado de Constanza. Enrique ya no me tomaba en cuenta para nada, andaba por su lado, con colegiales como él y apenas ya nos veíamos. Yo me iba por las noches a tre-

bejar con otros chicos en la plaza, donde a veces, cuando no había moros en la costa, nos trepábamos a los paca-yes para coger los frutos rezagados. Una noche los **khu-chimichis** se nos echaron encima y yo logré huir hacia el Teatro Achá. Vi alguna gente en la puerta y nada más que impulsado por la curiosidad fui a apoyar el hombro contra una jamba. El "Biógrafo Pathé", la empresa cinematográfica venida para el centenario, no se había cansado aún del dale que le darás. Entraba poca gente. Paraban carruajes en media calle y descendían de ellos damas con sus largos tapados y sus sombreros como canastillos de flores, del brazo de galanes enfundados en oscuros sobretodos y provistos del indefectible bastón.

Por un pasillo apareció un paisano y amigo de mis padres, que más de una vez me había encontrado con ellos en la calle y hasta me había acariciado la barbilla como a un párvulo. Era comisario municipal y se encontraba allí probablemente de servicio. No bien me vió se me vino en derechura y tomándome de la barbilla como solía, me preguntó si quería entrar. Me brillaron los ojos y vi abierta ante mí una perspectiva maravillosa. Yo había oído en la escuela hablar del cine como de un mundo de milagro, pero no podía hacerme de él una idea concreta. Y el teatro era para mí otro mundo, pero inaccesible, y como nunca había un níquel en mi bolsillo ni tenía de dónde sacarlo, prefería no pensar en mundo alguno. Pero ahora me venía un lindo golpe de fortuna y aceptélo al punto. El paisano tomóme de la mano y sin estorbo alguno me vi trepando una escalera y otra.

—Este es el anfiteatro — me dijo colocándome en un rincón, en una butaca —. Aquí no te molestará nadie — y se marchó.

Me vi solo, sin vecino alguno en el compartimiento, muy a gusto instalado en mi rincón. A poco empezó el espectáculo. Aparecieron hombres y mujeres que caminaban por la calle, caballos que corrían, niños que jugaban, agua que bajaba saltando de las montañas, en fin todo cuanto podía suceder en la vida real. Lo único

que causaba extrañeza era que las gentes no hablaban; hacían que hablaban, movían los labios, gesticulaban, hacían ademanes, pero no se les oía nada. Sin embargo aquello me parecía prodigioso. No me explicaba de qué manera con una máquina y una cinta se podía reproducir en un telón tan maravillosamente episodios tan fantásticos, escenas capaces de hacer llorar y otras que hacían reventar de risa. Empero no dieron sino películas cortas, cada una con duración de diez a quince minutos. Era que en aquel tiempo el cine se encontraba en mantillas y aun estaba por descubrir el modo de elaborar películas de largo metraje, y si ya se lo descubrió, ellas se hallaban todavía muy lejos de Cochabamba.

Salí del teatro como un sonámbulo, con la imaginación cargada de las escenas que acababa de ver, aun ignorando que por ellas iba a pagar en seguida un precio muy alto. Y sucedió que encontré cerrada la puerta del tambo. La toqué, la golpeé con una piedra y de dentro no contestaba sino el silencio. De ordinario en el zaguán dormía gente; pero esta vez no había nadie. Seguí golpeando, golpeé hasta cansarme, y nada. Resignado a mi suerte, me senté en el umbral de piedra y me dispuse a ir contando los cuartos de hora que daría el reloj de la catedral. Y así fue. Cuartos de hora perezosos, insensibles, displicentes. Horas infinitas, frías como las estrellas. Las escenas del cine huyeron de la imaginación y ante mí sólo se agigantaba la mole fantasmal de la noche. De por ahí apareció un trasnochador con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y se detuvo junto a mí. Hablome en términos muy amables y me ofreció un rincón de su vivienda. No se lo acepté. Me estuvo insistiendo durante minutos con palabras cálidas y persuasivas. Era un desconocido, no podíairme con él, tuve miedo, y no cedí. “Siento mucho”, me dijo, y se fue. Eran las dos y media. Después me adormecí. Como en sueños conté un nuevo cuarto de hora, y no más. Cuando desperté, comenzaba a clarear. Las bombillas eléctricas parpadeaban cada vez más débiles mientras yo echaba a caminar hacia la plaza. Tomé por la galería y sin darme cuenta me vi frente al Teatro Achá.

Una ventana servía de boletería y al irme a ojeo por la acera encontré en una juntura de las losas una monedita de cinco centavos. Un tesoro. Valía cinco panecillos de a centavo y también una tutuma de p'ushqoapi o bien un par de ankukus. Anduve vacilando, sin decidirme por ninguna de las tres cosas; mas entré en la primera pulpería abierta y compré lo primero que vi: ankukus.

En el tambo ni Enrique ni su hermana ni nadie había oído mis golpes a la puerta. De lo demás, mis primos no mostraron el menor interés por enterarse de mi pequeña aventura. Pero yo ya tenía para presumir en la escuela y darme el lujo de contar las maravillas que había visto en el biógrafo, que así se llamaba en aquellos tiempos el cine.

Mientras tanto los exámenes veníanse a zancadas. El maestro don Casimiro nos tenía de mañana y de tarde repasando y recapitulando las lecciones. Vino nuevamente mi madre, ya en la yegua de nuestra propiedad, con el tata Tuli, que traía la parda cargada de provisiones, y me estuvo empapujando hasta el día de nuestro retorno al pago.

Llegué a los exámenes con las manos vacías, sin un cuaderno, sin una lección redactada. Nadie me había exigido durante el año material escolar de ninguna clase ni ningún maestro me había pedido que redactase las lecciones. El propio señor Orruel me lo había ordenado tan sólo para sorprender mi ingenua superchería. Pero de entrada, ya en los exámenes, el maestro don Casimiro nos volvió a colocar por orden de aprovechamiento y entonces no con poca sorpresa vi que me había mantenido como el tercero de la clase.

Terminadas las pruebas, de haber ido a la escuela a saber mi calificación, volví, sin acabar de salir de mi asombro, pero para regocijo de mi madre, con un "diploma de honor" recién salido de la imprenta.

XVIII

Nuevamente la calle de la amargura

El Colegio Sucre parecía esperarme con sus puertas abiertas; fue tan sencillo ahora, tan a pie enjuto mi ingreso en él. Mi padre quiso presenciar mi estreno de colegial y vino conmigo. Tal vez ese suceso tenía para él la misma importancia que para mí y pudo ser por eso y por ver a su hijo aunado con los demás colegiales que me acompañó a la inauguración de las clases. Me vi en medio de muchos de mis compañeros del año anterior y de muchos del quinto curso. Pero se diría que ya no éramos los mismos, no llevábamos ya el diablo en el cuerpo; al contrario, andábamos graves, reservados, hasta pensativos, quizás todos, como yo, convencidos de que pasábamos de un mundo a otro diferente.

Nos hallábamos ya en formación aguardando el momento de entrar en el aula cuando mi padre se puso junto a mí y entregándome una moneda de cinco centavos su afecto paternal me dijo en nuestro idioma: "Toma un **yakuq'oñi**". Esta palabra posee una fonación peculiar y llamativa en quechua y campanilleó en los oídos de un compañero. Era éste un niño del gran mundo, regalón y habituado a escupir por el colmillo. Comenzó a chufarme: "**¡Yakuq'oñi! ¡Yakuq'oñi!**", soltando sonoras carcajadas. Los vecinos, linajudos como él y contagiados, le imitaron a porfía, risueños y chacoteros: "**¡Yakuq'oñi! ¡Yakuq'oñi!**" Yo sentí vacilar bajo mis pies el suelo, no supe dónde llevar los ojos ni qué hacer de mi humanidad. El acoso no terminó hasta que una campana dió dos graves y resonantes golpes empujándonos a todos hacia las aulas.

Menos mal que mi padre se había marchado y ya no vió la forma como culminó mi estreno, mi inolvidable estreno de colegial.

Tarde y mañana, un día y otro día los moscarrones me daban con la matraca: "**¡Yakuq'oñi! ¡Yakuq'oñi!**" Hasta en la calle, a veces, algunos me gritaban: "**¡Yakuq'oñi!**" En un principio me ponía de mil colores; pero

el tiempo me fue curtiendo hasta que aprendí a hacer oídos de mercader y al final, del “¡Yakuq’oñi!” ya no se me daba un bledo. Y fue olvidado, y los chufadores fueron no sólo mis compañeros, sino mis amigos, y muy queridos muchos de ellos.

Mi padre me dejó en un tabuco alquilado en la calle Paraguay. n cuchitril “redondo”, esto es, sin acceso al interior, que en otro tiempo debió haber sido cochera, puesto que la puerta, forrada de calamina, era tan ancha como para dar paso a un coche, y el recinto tan estrecho como para darle sólo a él cabida. Tenía piso de piedra, paredes enjalbegadas y techo de cañahueca.

Comía en el “Hotel Tunari”, ostentoso nombre de una fonda pobretona como hecha expresamente para colegiales provincianos. El desayuno era una taza de té claro con dos panecillos de a centavo. El almuerzo, un chupe con más caldo que sustancia, un pedazo de carne asada con unas rodajas fritas de patata y otra vez el té claro con sus dos panecillos de a centavo. La cena, una sopa chirle sin color, olor ni sabor, un plato llamado “comida blanca”, que era indefectiblemente cierta porción de patas de buey picadas y revueltas en manteca, otra porción de un ají de papalisa o de chuño y por tercera vez el té claro con sus dos panecillos de a centavo. Sin embargo no quedaba ninguna sensación de poquedad en el epigastrio, tal vez porque de la fonda me iba al cuarto de Enrique, donde solía haber algún refuerzo.

Enrique vivía ahora con Constanza y Vitachu, éste haciendo armas en la escuela de Santo Domingo para marchar sobre el Colegio Sucre y aquella guisando los alimentos y aprendiendo costura con una cholita modista que tenía su taller en el barrio de la Mañasería.

Unas veces los encontraba en plena bucólica; entonces y de cualquier modo tenía mi parte; pero otras llegaba cuando ya la habían concluido; en tales casos no me quedaba sino encogerme de hombros y dedicarme a urdir enredos con Vitachu. Nuestras gatadas solían hacer presa en un pobre mendigo conocido con el nombre de Camilo. Era un hombre bastante joven, de ojos pequeños y muy torcidos, lo cual probablemente le in-

trincaba la visión, dado que andaba palpando las paredes y a veces se caía tropezando o pisando en falso. Andaba descalzo, tocado siempre con un sombrero hongo y el saco y el pantalón en jirones. La gente se divertía a su costa con rara alacridad, y nosotros no éramos una excepción. Donde encontraba una puerta abierta decía invariablemente: “Bendita caridad”. Mis primos ocupaban un cuarto enladrillado sobre Panpay Carreras y a menudo, muchas veces al anochecer, Camilo se detenía en la puerta con su “Bendita caridad”. Nosotros le pedíamos que cantara. El infeliz no esperaba que se le repitiese, y cantaba. Poseía un repertorio nutrido y en todo caso y donde quiera que fuese comenzaba:

“Wisk’achachus kayman	(Si vizcacha fuera yo
qaqapi sayayman.	en las peñas pararía.
Imillas pasajtin	Cuando asomaran las mozas
¡Wishta! nirillayman	un ¡Wishta! me bastaría.

Le pedíamos otra copla, y otras, y él nunca se negaba. Seguía cantando, acompañándose a veces del baile, con la esperanza de recibir luego la “bendita caridad”. Se le daba alguna cosa de comer y él se la llevaba sin pérdida de instante a la boca. Una vez Vitachu le puso en la mano un **locoto** enorme que por casualidad tenía la forma de una pera. “Es una pera”, le dijo. Camilo la mordió sacándole un buen pedazo, para en seguida escupirlo tomando el cielo con las manos, mientras que nosotros nos descoyuntábamos de risa y el otro entre maldiciones ahuecaba el ala. Pero otro día regresaba y hasta yo una anocheada le hice una chana-da. Entregándole un cascote de ladrillo le dije: “Es chancaca”. El otro lo mordió, hizo un gesto indefinible y nosotros nos reímos a carcajadas.

En el curso no sólo había un maestro como en la escuela, sino un profesor para cada asignatura. Pero asimismo yo no disponía de cuadernos para redactar las lecciones ni tenía con qué comprarlos y muy pronto vi que aquí las cosas no podían marchar como allá. A veces los profesores revisaban una por una las tareas y al

ver que yo no las tenía me las pedían para la próxima clase. Mas yo, imposibilitado de cumplir, me evadía del trance con la ausencia. Como nunca redactaba las tareas y las materias no eran pocas, mis faltas menudeaban. Entonces las horas se me hacían largas y los días interminables y tediosos. Cuando aparecía por el aula, mis compañeros, olvidados ya del **Yaku'oni**, me calificaban de **rochista**, mientras que los de buen corazón amistosamente me decían: "No debes dedicarte al **rocheo**; te vas a aplazar". Hasta alguno, cuyo nombre y cuya bondad no olvido — César Urquidi (a) el **Sh'erqo** — me prestaba sus cuadernos impeliéndome a copiarlos y ponerme al día. Pero yo no contaba con recurso alguno y me quedaba mano sobre mano. Tampoco escribía a mi casa pidiendo el dinero indispensable para adquirir el material y buscar mi rehabilitación. Nunca he podido comprender esta naturaleza mía, esta singular propensión a callar, a sufrir, a sobrellevarlo todo sin quejas ni reparos. Y en aquellos años de mi niñez más todavía, mucho más que en el resto de mi vida.

Los colegiales llamaban **rochistas** a los que iban a hacer novillos. La palabreja provenía del río Rocha, cuyas playas habrían sido las favoritas, en otro tiempo, para el jolgorio de los faltones. Yo me iba a la Alameda y, de ahí, al Prado. La Alameda (Plaza Colón) era un maravilloso bosque de álamos gigantescos y copudos bajo los cuales era muy grato deambular o, con la conchabanza de un banco, adormitarse, de cuando en cuando estorbado por la campaneta horaria del Hospicio. El Prado (Avenida Ballivián) era por entonces un paseo con filas de eucaliptos y sauces a los lados y alfalfares en medio. El alfalfa que daban alimentaba a los caballos de la policía municipal. A poco andar — algo más de cien metros — había al centro mismo del paseo un pequeño kiosko desde cuyos bancos se dominaba la boscosa campiña de Calacala, recostada en la falda de la cordillera, hendida ésta acá y acullá por quebras anchas y profundas. Era de ver lo que había en las columnas de yeso del kiosko. Decenas, centenas de nombres escritos a lápiz, jácaras de aventuras amorosas, hasta ver-

sos. Al final, ya junto a la playa del río, como término del paseo y a cada lado había un kiosko más grande y con más inscripciones.

De un momento a otro mi rocheo se vió andando de bracero con el hambre. Otra vez el hambre.

Un incidente baladí me alejó de la casa de Vitachu. Mi primo era algo torpe de cascos y cuando en las discusiones llevaba las de perder recurría al argumento de los puños. Altercábamos sobre alguna fruslería y de pronto vió que le faltaban razones. Entonces, como yo le cargara, montó en cólera y me dijo: “¡Te pondré el hocico a un lado!” “¡Fuerza bruta! — le salté —. ¡No sabes más que eso! ¡Pero, mejor, me voy y no volveré a tu casa! Y salí resueltamente y no volví.

Vino para mí un período en todo idéntico al que padecí durante los primeros meses del año anterior. La comida que daban en el “Hotel Tunari” era tan escasa que apenas servía para atenuar el hambre. Me levantaba de la mesa con muy buenas ganas de seguir comiendo. Antes solía en casa de Enrique encontrar un buen aditamento. Ahora no había ya tal y el hambre se apoderaba de mis días con ciego ensañamiento. Me pasaba las mañanas pensando en el almuerzo y las tardes en la cena. Y casi no me acordaba ya del colegio. Algo de aquel período de mi vida traté de reflejar en la segunda parte de mi novela **Surumi**.

Arrastraba mi hambre por las calles, la enredaba entre el follaje de los altos árboles de la Alameda y la adormecía en los alfares del Prado. Como otrora, me detenía frente a las pulperías y mi fantasía saboreaba los panes más dorados; entraba en la recova y me aturdí con el deleitoso olor de las cestas de fruta; pasaba por la puerta del hotel de Pisterna, en la galería de la plaza de armas, sólo por ver cómo los comensales devoraban las viandas más envidiables y las rociaban con rubias copas de vino o de cerveza.

Inesperadamente llegó mi madre una tarde con sus consabidos cestos de provisiones. Vió que el tabuco en que vivía era inadecuado para un colegial y que además no convenía dejarme vivir solo. Entonces me llevó a

compartir su vivienda con un zapatero muelleño cuyo nombre era Inocencio. Dos o tres días después se fue, sin sospechar que en el colegio me iba al garete y sin darse cuenta de mi cotidiano suplicio alimentario.

El zapatero Inocencio era un joven archimaduro que al parecer dominaba muy bien su oficio. Era operario de la "Zapatería Tolstoi" y decía que terminaba un par de botines cada día. Aparte de ello, traía a menudo a casa obra para **velar**, es decir, para trabajo nocturno. Yo me sentaba junto a él mirándole darle al cuchillo y la suela y la lezna y el cáñamo hasta la hora de acostarme y me dormía arrullado por la canción del martillo y la estaquilla. Pero el hombre vestía muy mal; llevaba un traje remendado y nada limpio, un sombrero lardoso y deformado por el uso y botines que no condecían con su oficio por lo viejos y rotos. Y dormía peor, en un camastro armado sobre cajones vacíos, con una infinidad de trapos por colchón y encima una cobija mordiscada por el uso. Y así y todo era un hombre de gran corazón, manso de genio y nada hablanchín y a veces me traía alguna fruta, pan o alguna otra cosa, diciéndome invariablemente: "¡Siquiera estito". Y nunca lo vi siquiera achispado.

En la casa contigua vivía Alfonso, compañero en mi primer año de Arani, hijo de aquel don Lucas, hombre magnánimo que deseaba el bien de todos y a cuya insistente sugestión hube de lanzarme en busca de la ciencia del maestro Julio Torrico. El mozalbillo — contaba dos o tres años más que yo — había logrado también echar abajo las barreras del Colegio Sucre y estudiaba en un curso paralelo al mío. Nos veíamos todas las tardes y por las noches él mostraba un empeño particular en dormir conmigo en su habitación. Dadas sus instancias y su porfía, cedí una única vez, pero me fue imposible quedarme ni siquiera una hora en su cama, a su lado. A poco de que apagamos la vela él me dió la espalda y se puso a temblar como un perro envenenado. Pensé que padecía un mal misterioso, me asaltó un terror desconocido y: "¿¡Qué tienes!? ¿¡Qué te pasa!?" le pregunté. "¡Nada! ¡Nada!", me contestó él sin dejar de

temblar. Se me hizo insoportable el trance, le volví a preguntar, él me dió la misma respuesta y temblaba a más y mejor. Entonces salté del lecho y a medio vestirme hui literalmente despavorido. Y en adelante cerré los oídos, sin remisión, a sus instancias. Tuvo que pasar bastante tiempo para que se me hiciera la luz sobre aquellos temblores. El perillán aquel no adolecía de ningún mal misterioso, sino que había encontrado ya los caminos del placer solitario.

Alfonso me seguía frecuentando. Una noche fuimos a la plaza de armas, donde en unión de cuatro o cinco colegiales de cursos superiores, decidimos colarnos en el Teatro Achá. Dijeron que el "Biógrafo Walgraph" daba una fantástica corrida de toros y otras películas igualmente estupendas. Se mostraron conocedores del camino y nos guiaron por el traspatio de la vieja **Casa Consistorial**. Por unos pasillos y unas escaleras aparecimos en un estrecho corredor del piso alto que daba a un corral. Ellos se encaramaron por un pilar de madera al techo y a mí me izaron como a un muñeco. Nos vimos sobre un vasto techado de calamina, encima del **Salón Municipal**. Empezamos a gatear rumbo a una pequeña claraboya iluminada, abierta en una pequeña cúpula. Producíamos un estrépito que no prometía nada bueno, se nos ponía el alma en un hilo, pero no había más que seguir adelante. Fui el último en meterme por el ventano y no sin estupor vi que mis compañeros habían caído en manos de la policía municipal. La suerte hizo que los agentes me pasaran por alto y cargaran solamente con los demás. De ese modo y ufano de mi buena estrella fui a acomodarme en el paraíso y deleitéme con la fantástica corrida de toros y las demás maravillas. Pero a la mañana siguiente Alfonso vino a reprocharme airadamente mi falta de solidaridad; a su sentir, yo debía haber corrido la misma suerte que los demás, que habían sido encerrados en la **pikiwasi** hasta las siete de la mañana. No fue carcajada la que solté, pero tuve que pegar un salto para esquivar el soplamocos que se me venía.

Una mañana que llevaba como una carga mi hambre por la calle pasó por la acera de enfrente un grupo formado de mozalbillos y rapaces en hábito franciscano. Cuál fue mi sorpresa cuando entre ellos descubrí la figura de mi primo Gregorio, hijo de mi difunto tío Emilio. Le saludé agitando la mano en alto como un banderín y él me contestó alzando la suya con harta discreción. Pensando en el primo me pasé el resto de la mañana y por la tarde me encaminé a inquirir por él en la portería del convento. La suerte hizo que me recibiera el lego fray Cornelio, por quien supe que Gregorio estudiaba en el colegio seráfico para años más tarde hacerse religioso de la orden. Para verlo tendría que volver al día siguiente, a las diez. A otra hora era imposible. En nuestra primera entrevista no hubo la efusión, el alborozo que yo había esperado. El moderó, como en la calle, su comportamiento y yo me sentí poco menos que defraudado. Antes de nada una campaneta llamó a clases y tuvimos que despedirnos. Ante todo porque me sobraba el tiempo y ya me cansaban las calles, la Alameda, el Prado, volví días después y ahora ya hubo cordialidad y, además, presentación a algunos de sus compañeros. Regresé de nuevo y esta vez me trataron ya como a amigo y al despedirnos me pusieron en las manos alguna fruta cogida en el huerto del convento.

Una tarde de viernes — víspera de la semana santa — al volver de la calle a mi cuarto descubrí que venía detrás de un borrico tata Tuli, colono de mis padres. Corrí en su alcance con el corazón inundado de resplandores y vi que el rucio traía en el lomo dos lindos cestos, de aquellos que llegaban siempre llenos de dones para el paladar.

La habitación se inundó del incitante olor de los panes y de las empanadas y no habiendo nada que esperar di comienzo al festín, mejor dicho, le declaré guerra al hambre y rompí las hostilidades con grandes bocados de empanadas. La enemiga no tardó en replegarse. En seguida celebré la victoria con nuevos bocados y me hallaba en plena celebración cuando llegó don Inocencio. Tomé media docena de empanadas y otro tanto de panes

y al poner el presente en sus manos sin darme cuenta repetí las palabras con que solía él acompañar sus finezas:

—Don Inucu, siquiera estito...

—Son de la mamá, ¿eh? Macanudo. Gracias, **ch'itisitu**. Los probaremos.

Y los fue probando, es decir, comiéndose, primero un pan y luego una empanada. Pero no más.

—Exquisitos — comentó después —. Claro, salidos de las manos de tu mamá.

—Sírvete más, don Inucu. ¿Por qué no comes más? — le reproché.

—Basta por ahora, **ch'itisitu**. No es bueno comerse todo en uno. Hay que ser guardoso.

Sabía que me estaba echando en cara mi voracidad, pues había seguido comiendo a boca llena; pero no me di por aludido y continué masticando con renovado placer.

De pronto no pude más. El epigastrio, tenso como un atabal, parecía decirme como don Inucu: "Basta". Dejé en paz las empanadas y me sentí pesado, lerdo, respirando ansiosamente. La pesadez degeneró en malestar y me vino una fuerte necesidad de echarme. Tendido en la cama, el malestar aumentó. Otra vez de pie, salí al patio y me puse a dar zancadas de extremo a extremo. El malestar crecía. Volví al cuarto y me eché de nuevo. Peor. Don Inucu, que me venía observando desde que llegó, me dijo:

—Te sientes mal, **ch'itisitu**. Has comido mucho.

— ...

—Andate a caminar. Date unas veinte vueltas la plaza. Así se te pasará.

Salí a la calle. Cerraba la noche y la luz eléctrica parecía regar oro por doquiera. En la plaza, los arcos voltaicos plateaban el suelo, las galerías, los árboles. Di las veinte vueltas, o más, y el epigastrio seguía como un atabal. Me fui a la Alameda, la contorneé otras tantas veces y de pronto me sentí rendido de cansancio. Entonces tomé asiento en un banco y el sueño cayó de reposo sobre mis párpados.

Cuando desperté, delante de mí había un fantasma. Me invadió el pánico y todo lo que pude hacer fue apretar los talones. Nunca me sentí más ágil. En la primera esquina un celador tocó su pito; le contestó otro, de la siguiente, y a éste, otro de la próxima. Entonces caí en la cuenta y me reí de mi pánico. El fantasma no era sino un celador que quizás quería saber por qué me dormí en ese banco.

No era un atabal ya el epigastrio, aunque todavía pesaba; pero ya tenía para considerarme sano y salvo y me recogí hondamente reconocido para don Inucu.

Por la mañana me llevé un par de panes y otro de empanadas al hotel para el desayuno. Los saboreé alardoso con el té claro, echando a un lado los panecillos de a centavo, a vista de los otros colegiales que consumían como humillados su ínfima ración. Y me fui al colegio, donde lo pasé muy mal. No pude presentar tareas ni contestar a las preguntas. Y lo peor me vino en la clase de francés. Este idioma me gustaba, sabía casi todas las lecciones, pero a una pregunta del profesor me vi perdido en un caos sin remedio, ni más ni menos que aquella vez inolvidable delante del señor Orruel. El señor Ríos Bridoux, mi profesor, no me pegó de palmetazos, mas me envió de plantón al medio patio.

Por la tarde volví al colegio porque teníamos clase de dibujo. El dibujo no me desagradaba y además no me traía complicaciones: no había tareas que presentar. El profesor nos puso por modelo una cabeza de hombre, de yeso, y a dibujar. Pero por todo material yo poseía un lápiz. Entonces levanté del suelo una hoja de papel que alguien habría dejado caer y me puse a trabajar. El profesor, don Avelino Nogales, empezó a revisar, hacer indicaciones y corregir pupitre por pupitre. De un modo general fue encontrando malos los dibujos, tarjándolos o borrándolos o corrigiéndolos. Al llegar a mi pupitre y ver mi obra dijo: "Esto está bien;" pero al descubrir que el papel no se hallaba muy limpio, "¡Aj!" dijo y lo tiró al suelo. Más allá, proclamó el dibujo de Jorge de la Reza como el mejor de la clase. Con los años

—no pocos — Reza se calificó en nuestro país como un excelente artista.

Por increíble que parezca, esa tarde quedaron vacíos los dos cestos. Antes de la anochecida me comí el último pan y la última empanada. Y quedé nuevamente con el epigastrio convertido en atabal. Y peor aun porque empecé a echar regüeldos feamente agrios. Y la pesadez del vientre, y el ahogúo, y el descaecimiento, y el miedo...

Don Inucu me encontró en un ay y otra vez tuve su auxilio

—¿No tienes dinero?

—No, don Inucu.

—Toma —púsome en la mano una monedita de cinco centavos y añadió —: Comprate bicarbonato y cómetelo. Es feo, pero te lo debes comer.

Parecía veneno, pero logré insalivarlo y lo deglutí. Antes de la hora me sentí mejor y ya no corrí el riesgo de ir a ver fantasmas en la Alameda.

Dormí bien y me levanté temprano. Tata Tuli se preparaba en el patio para emprender el viaje de regreso. En ese momento me viro como un destello una idea, mejor dicho, un pronto: cabalgarme en el rucio e irme camino de la querencia. Tenía delante la vacación de semana santa, siete días monótonos, interminables y, sobre todo, la sombría perspectiva del hambre. No me quedaba una migaja de empanada ni de pan y tan sólo el mísero tentempié del hotel. Había entonces que huir de esa semana de vacuidad y de quebranto e irse a comer esos días en el pago, hasta la hartura.

Dicho y hecho, me subí al borrico en el patio mismo y a la salida del sol me encontré atravesando ya el barrio de Q'asapata.

Hasta el puente de San Miguel, donde ahora se encuentra el dique del embalse, el viaje fue liviano y casi p'acentero. Pero más allá el sol comenzó a echar fuego, el viento arrojaba a puñados tierra a la cara y el camino se alargaba sin cesar y parecía que en lugar de aproximarme al término del viaje me alejaba más. Y como si todo aquello fuera poco, el rucio testarudo se ne-

gaba a salir de su inalterable pian, pian. En vano le martilleaba los ijares con los talones y en vano le acribillaba las ancas con un latiguillo de alambre de que me había provisto al partir. Mi impaciencia crecía y durante quién sabe cuánto tiempo anduve bordeando la desesperación.

Y, parece mentira, no sentí ningún deseo de comer. Aquella mañana me había montado al rucio sin pensar que en el camino sería menester cuidar de las solicitudes del epigastrio y había partido sin un cacho de pan ni un centavo en el bolsillo. Y tata Tuli corría parejas conmigo. Su qeqawi se había agotado la víspera y ahora iba renovando el pijchu de hora en hora para engañar al hambre. Pero, la verdad, yo no tenía nada que engañar; diríase que el hambre se había quedado en la ciudad.

Caía la tarde cuando salté del rucio en la puerta de mi casa. Mi madre se incomodó al verme:

—¿A qué has venido? Debías quedarte. Por eso te mandé provisiones con el kacha.

—Tengo una semana de vacación, mamay — la contesté abrazándola.

Se me dejó abrazar, pero me dijo:

—Debías quedarte para cumplir con Dios.

—Si he cumplido, mamay — mentí.

—¿Te has confesado?

—Sí, mamay, me he confesado — volví a mentir.

—¿Y has comulgado?

—Sí, mamay, he comulgado — seguí mintiendo.

XIX

Por qué caminos me condujo el hambre

Aquella vacación no fue en modo alguno parecida a ninguna anterior. Antes, no había más que alegría y el tiempo era escaso para mis entretenimientos. Mis horas no eran enturbiadas por ninguna inquietud, ningún recelo venía a roerme el corazón y las picaduras de la

pesadumbre no me eran conocidas. Ahora todo era lúgubre. Adivinaba secretas amenazas en la presencia de mi madre y me alejaba de ella tanto como era posible. Evitaba el trato de mis hermanos y no me era ya deseable la intimidad de mis primos. Preferíairme con mi padre a segar alfalfa para los animales. Mi padre hablaba poco, no me inquiría nada y a su lado me sentía mejor.

Transcurrió la semana como una larga pesadilla y la mañana del domingo, al abrazar a mis padres y verme encima de la yegua, tuve la sensación de que salía de una penitencia camino de un sufrimiento mayor.

Mi madre me había despedido, como en castigo, sin provisiones; de modo que volví a mi vida de siempre, con el tentempié del hotel por único sostén, el hambre a toda hora y el **rocheo** a discreción. Una que otra mañana iba de visita al colegio seráfico, donde Gregorio y sus compañeros me recibían cada vez con mayor cordialidad. Me hablaban de muchas cosas, contábanme historietas y chistes alemanes, que festejábamos sabrosamente, hasta con carcajadas, pero todo mesurado porque los padres no permitían ninguna barbulla. Y nunca aludían a mi colegio y menos a mi situación en él; me trataban como si yo me mantuviera enteramente ajeno al estudio. Una vez mi primo me trajo un pedazo de pan y al ver la avidez con que me lo comí, en la siguiente visita tres o cuatro muchachos acudieron con sendos corriscos. En adelante, no me hacían faltar, tres o cuatro, sus pequeños presentes. Y no tardé en darme cuenta de que los tales eran cercenados de su ración del desayuno en obsequio mío, y de ello hice una apreciación muy personal. “Estos chicos — me decía — no padecen hambre: deben comer bien cuando pueden partir conmigo su ración del desayuno”.

Pasó un mes. Otro mes. Quizás algo más porque reptaba junio lánguido y desgachado. Una mañana que iba camino del convento me acordé de un hermano de mi padre que era religioso franciscano. De ordinario no solía pensar en él; pero esta vez le dediqué unas dos o tres cuabras. Hasta hice memoria de las visitas que

muy de cuando en cuando les hacía a sus hermanos en el pueblo allá en los años de mi ya lejana infancia. Los chicos de la familia, que no éramos pocos, nos congregábamos en el patio de su alojamiento y él nos entregaba a cada uno un muy gordo y exquisito confite. Iba pensando en él cuando despertó en mí un recuerdo que de pronto se hizo luminoso: mi vocación, mi propósito de hacerme tata cura que resurgía sacudiéndose el denso polvo del olvido. El recuerdo se hacía cada vez más rotundo y persistente. Revivió en mi mente inclusive el pronóstico confirmatorio de los **atojitos** en el vaso de chicha. Mientras recorría la galería del convento el recuerdo ya era otra vez y plenamente vocación. Qué caray. Yo tenía que ser sacerdote. El altar me llamaba. Ese era mi destino. ¿Y por qué no franciscano como mi tío Reinerio, como iba a serlo Gregorio? Los franciscanos eran objeto de mayor simpatía que los curas y los fieles hasta les rendían veneración. Ejemplo, el padre Antonio Vedía, detrás del cual se arracimaban las beatas hasta en la calle.

Aquel día me abstuve de hacerles la revelación. No quería que mi vocación suscitara comentarios y aun menos que fuera acogida con reservas o con dudas. Me la guardé adentro, en el corazón, como en un arca cerrada. Pero, en la próxima visita saltó rotunda, incontenible. Y todos, uno por uno, me abrazaron e inclusive algunos comenzaron a llamarme **hermano**. Yo mismo ya me sentía **hermano**, es decir, **fray**, me veía, igual que ellos, en hábito franciscano y en mi imaginación me sentaba a una mesa colmada de manjares succulentos. Cuando salí del convento mi vocación era algo concreto, sólido, decidido. Y pensé que no tenía nada que esperar sino escribir a mi madre hablándole de mi vocación irrevocable, de mi propósito de ingresar en el colegio seráfico para a la larga profesar en la orden franciscana. Hice la carta en esos términos y la dije que viniera sin pérdida de tiempo a llenar los requisitos de mi ingreso.

A los tres o cuatro días, al irme del **hotel** a mi cuarto, así como otra ocasión había visto a **tata Tuli** detrás

de su burrito, así la descubrí a mi madre, más allá de la esquina, al trote de la yegua. Pero lejos de alegrarme sentí que una ola de zozobra me envolvía por entero y y me quedé como hebetado en el sitio.

Ya en el patio, nada más que al apearse y aun antes de recibir mi abrazo me dijo:

—¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

—No, mamay — acerté a contestar —. Estoy bien.

Ella no abrió las alforjas como cuando venían repletas de panes y de empanadas. En lugar de esas exquisiteces contenían ahora su ropa y la mía lavada. Cerrada la noche, fuimos a una **bistequería** y comimos unos bistecs; encima bebió ella un vaso de chicha y, como nunca, me dejó sin parte.

Ni a la llegada ni por la noche me dijo ella una palabra referente a mi vocación, ni siquiera al colegio. Por mi parte, temblaba a la sola idea de que quisiera cerciorarse de la marcha de mis estudios y me cuidé muy bien de hablarla de mis intenciones, temeroso de que por ahí quedase descubierto mi calvario. Por la mañana, no percibí nada alarmante en ella y temprano salí camino del colegio. En el primer intermedio, mi mala suerte me llevó a errar por el patio y antes de nada vi la silueta de mi madre que cruzaba el recinto de la secretaría hacia la calle. “¡Estoy hundido!”, exclamé en mis adentros y desde ese momento anduve esperando lo peor. Mas, cuando llegué a casa, ella se condujo como si nada hubiese sucedido y sólo cuando me disponía a irme a las clases de la tarde me retuvo.

—Quédate — me dijo —. Tenemos que ir a ver a dos médicos.

Me quedé sin movimiento y sin palabra y dentro de mi cabeza zumbaba un inmenso vacío.

—¿Sabes dónde podemos ver al doctor Arévalo?

—Aquí al frente — bisbisé.

Le llamaban **Qoyllu** Arévalo. Era un viejito moreno y simpático. Se lo veía en la calle siempre a caballo, gravadoso y sin prisa. En aquella época los médicos de reputación andaban en coche y los demás a pie. Sólo el **Qoyllu** Arévalo empleaba el caballo. Tenía mu-

chos hijos, entre ellos dos rapazas más o menos de mi edad, Casta y Margarita, mis amigas. Por las noches, sentados en el umbral de su puerta, nos contábamos cuentos y algunas veces zaragateábamos en mi patio.

Mi madre le exhibió un escrito; él lo leyó y se puso a examinarme. Pegóme el oído al pecho y a la espalda, me hizo sacar la lengua y remangóme un párpado. En seguida garrapateó algo al pie del escrito. Y salimos a la calle.

—Ahora al otro doctor — me dijo ella entregándome el papel.

Era un memorial presentado al cancelario pidiendo condonación de mis faltas por causal de enfermedad. El cancelario ordenaba certificación de los médicos forenses y el doctor Arévalo me diagnosticaba **principios de anemia**. El otro forense, joven, de presencia imponente, de anteojos, pulcramente ataviado, era el doctor Manuel Ascensión Villarroel, recién llegado, según decían los pacientes, de Buenos Aires. Me examinó exactamente como su colega y su conclusión fue la misma.

El memorial fue devuelto al cancelariato y la tarde siguiente fuimos a saber la decisión de la suma autoridad. Yo me quedé en el patio y mi madre salió desfallecida, el rocío de las lágrimas temblándole en las pestañas. Sin decirme una palabra puso el papel en mis manos y entonces vi que nuestra petición había sido rechazada. Yo perdía el año por excesivo número de inasistencias.

Mi madre pareció haber olvidado su revés en el cancelariato y aun mi propia situación y nos acostamos en una atmósfera serena, como si todo nos invitara al reposo. Dormí como un ángel y sólo desperté con la primera claridad del día, en momentos en que mi madre se vestía, pero con una prisa desacostumbrada. Antes de nada levantó el látigo, uno corto, sin mango, tal si lo hubiese traído con determinado fin. Echó a un lado mi cobija y mi sábana y yo pude apenas incorporarme sentado. Y entró en función el **fanchulino**. Cada latigazo iba seguido de una frase igualmente aguda y lancinante.

—¡Año perdido! — me decía — ¡Perdido por inasistencias! ¿¡Qué hacías que no ibas a clases!? ¿¡Tenías alguna ocupación más importante que las clases!? ¡Año perdido! ¿¡Sabes lo que eso significa para ti y para tus padres!? ¡El año pasado me trajiste un diploma! ¡Un diploma de honor! ¿¡Y ahora!? ¡Das de bruces en el primer peldaño, al comenzar lo fundamental de tu educación! ¿¡Y me vienes con que quieres ser religioso!? ¿¡Estás seguro de que mañana no has de pensar de otra manera!? ¡Yo podría internarte ahora mismo en el convento! ¿¡Pero y si dentro de un tiempo me sales con que te equivocaste y botas los hábitos!? ¿¡Ves lo que son en el pueblo Ader, Ramón, Gerónimo!? ¡Nada en la vida y, en la lengua de las gentes, frailes perdidos! ¿¡Fraile perdido también tú!? ¡No! ¡En ese caso la responsabilidad sería mía! ¡Eres menor de edad y hasta tus veintiún años vivirás bajo mi dominio y estudiarás! ¡Estudiarás lo que yo disponga! ¡Cuando seas mayor de edad recién podrás saber si tienes vocación para el sacerdocio! ¡Si la tienes, podrás profesar como clérigo o como franciscano! ¡Entretanto, seguirás educándote conforme a mis propósitos! ¡Cueste lo que cueste! ¡Sábelo!

Cuantas fueron las frases, tantos fueron los latigazos, ambos terribles, de fuego, y los soporté llorando a gritos, pero sin una palabra, sin un ademán, resignadamente. Las frases que aquí reproduzco tan sólo son las que me trae el recuerdo, las que el rodar de los años no ha logrado borrar. Ellas fueron más, muchas más, y algunas reiteradas, recalcadas y siempre seguidas de implacables lampreazos.

Tras la última palabra y puesto a un lado el zurriago, sufrió un cambio tan repentino como inesperado. Fijó en mí una mirada intensa y penetrante y en esa mirada vi mezclados el dolor y la ternura. (Ahora pienso cuánto habrá sufrido y qué lucha interior habrá librado para armarse de valor e infligirme semejante merced). Me siguió mirando y de pronto se le inundaron de lágrimas los ojos. Entonces me envolvió en un abrazo largo y en un beso sin fin y así lloramos juntos y nuestras lágrimas corrieron confundidas.

El valor de aquella sabia medida de mi madre, es decir, la forma como supo custodiar mi futuro, no la alcancé a aquilatar sino mucho más tarde.

El camino del pueblo se hallaba expedito y la mañana siguiente, cuando el sol imprimía su primer beso de oro en la nieve del Tunari, nos despedimos de don Inucu y abandonamos la ciudad.

Fue un viaje en nada parecido al que me cupo hacer en el burrito de tata Tuli. La yegua trotaba seguido, sin aflojar y rápidamente iban quedando atrás el Tijti, Las Trojes, Santa Veracruz... Almorzamos en aquella fonda enfrente del puente de San Miguel, la yegua tuvo su ración de pienso y nuevamente se puso al trote, empeñosa, incansable. Mi madre no se acordó de las para mí tristes incidencias de la víspera ni de las causas que las originaron y más bien, como en otro tiempo, anduvo contándome pequeños sucesos de su infancia y de su juventud. Cuando nos acercábamos a La Barja mentó a su tío abuelo don Matías, a sus tíos Cimbrio, Petronila y Quintilia, ésta casada con Hipólito Ferrel, sobrino de su abuela doña Polonia. Y recordó a su abuelo don Mariano, de quien dijo que era vigoroso y forzado, que con la sola boca, mordiendo en el borde una presilla de maíz, esto es, un costal repleto, la alzaba del suelo y se la arrojaba a la espalda. Me pareció algo semejante a las cosas que contaban de los Inkas, fantástico, increíble...

Llegamos al pueblo temprano, al promediar la tarde. Mi padre no hizo mención de mi feo traspié; parecía considerar que la soba recibida de mi madre era suficiente y su trato más bien ganó en suavidad. En cuanto a mis hermanos, vi que a pesar de todo yo había crecido a sus ojos, tal era el acatamiento y la cuasi admiración de me guardaban.

El pueblo me reservaba grandes sorpresas: emancipado de Arani, ya era la tercera sección de Punata; había ganado un buen escalón en nuestra geografía política. No sólo tenía correo, sino también telégrafo. Y algo más importante: contaba ahora con una escuela fiscal de varones y otra de mujeres. Mis hermanos ya

eran alumnos de aquella, liberados de la férula del maestro Celestino.

Del todo olvidada de mi conato fraileesco y de mi malogro en el colegio, mi madre me dejó en entera libertad como si me hallara disfrutando de muy merecidas vacaciones y no me asignaba quehacer alguno, de suerte que yo podía a mi antojo disponer de todo mi tiempo. Sólo León, el siempre inconforme León, cuando recibía algún enfadoso mandato protestaba. Ya no decía "tu Jesuca", sino "tu doctor": "¿Y tu doctor? ¿Tu doctor ya no hará nada? ¿Sólo se ocupará de pasear?" Por lo general no era atendido, pero a veces se ganaba cuando menos un tirón de orejas, mientras que yo, como el buey suelto...

XX

El primer amor

La escuela de mujeres funcionaba en nuestra esquina, en la casa que fue del T'ajreño Manuel. La maestra era una solterona de boca peluda, venida de Anzaldo. La tenían por una educadora de mucho mérito y probablemente era por esto que venía a tonificar sus conocimientos en la escuela una muchachita que se hallaba, exactamente como yo, a un paso de la adolescencia. Se llamaba María y era primogénita de una dama que había abandonado muy joven este mundo, dejando nada menos que cinco retoños. El padre, secarrón y retraído, sin amigos y nada inclinado a diversiones, criaba a los huérfanos encerrados en la casona como en una jaula. Los chicos, dos, sólo salían camino de la escuela, en tanto que las chicas menores no asomaban ni a la puerta.

María escribía o leía en la habitación de la esquina, sentada a una mesa, con la puerta solamente semi-entornada, de manera que muy bien podía ser vista por los transeúntes. Y era así como yo la veía al pasar y como pasaba muchas veces al día, así también la veía. Y

al verla tan a menudo reparé en que era muy bonita y descubrí que tenía un extraño parecido con Nuestra Señora del Rosario que mi madre tenía en la cabecera de su cama. Como a la Virgen, se la veía siempre con la cabeza ligeramente inclinada y como sumida en pensamientos muy profundos.

Yo me había traído de la ciudad unos números muy antiguos de la "Ilustración Artística", revista española, hurtados de un depósito de trastos que había en mi último internado. Me apropié de ellos porque en uno encontré unas cabezas esculpidas por Iván Mestrovic, las cuales me parecieron extraordinarias aun sin que yo supiera por qué. En otro había un rapaz con el cual mi fantasía me identificaba, y en otros, algunas otras cosas igualmente cautivadoras. Con ellos vino un libro, el primero que poseí en mi vida, que fue para mí un tesoro invaluable y que conservo como una reliquia de aquel impar atardecer de mi niñez. Era "Juan de la Rosa". Lo tuvimos como libro de lectura en la escuela y encontramos en él historiadadas las acciones heroicas cuyo centenario celebraba la ciudad y otras muchas que enaltecen el pasado de nuestro pueblo.

Ahora me iba con "La Ilustración Artística" al K'uchu y allí, a la sombra de unos perales, me entregaba a la contemplación de las cabezas de Iván Mestrovic y de mi "retrato" y me leía de cabo a cabo las revistas. Claro que ellas no me daban para mucho; de modo que agotado aquel caudal levanté "Juan de la Rosa". "Juanito" era un chiquillo envidiable, había vivido en una época singularmente morrocotuda, había conocido a los héroes de Septiembre e incluso había presenciado el gran alzamiento en la Villa y la batalla de Amiraya, y el sacrificio sin igual de las mujeres de Cochabamba, y el genocidio de Goyeneche. Algunas figuras me cautivaron hasta la emoción más viva y la ternura que bien pudiera decirse inefable. Entre todas, ninguna como Clarita, aquella palomita tan linda y tan adorable que sabía cantar un arawi del Ollanta. No cabía en mi imaginación que pudiera verse en el mundo una escena como aquella de la mozueta y su novio: cómo él la alza de

sorpreza, la sienta en el hombro y echa a correr alegremente festejado por los abuelos. Y ella, asustada y al mismo tiempo feliz de la encantadora ocurrencia del amado. Pensaba mucho en Clarita y nadie hubiese podido convencerme de que ella no fue una muchachita de carne y hueso. Para mí existió en la vida real, tal como aparecía en el relato. Yo no admitía además que tuviera en la mano una obra de ficción. Hallábame seguro de que se trataba de un relato de hechos verdaderamente acaecidos y que Juanito, Alejo, Fray Justo y Ventura habían existido tanto como Esteban Arze, Francisco del Rivero y Mariano Antezana. Cuántas veces habré leído y releído los pasajes en que intervenía la sin par doncella, deteniéndome de modo particular en el **arawi**. De tanto leerlo me lo sabía de memoria y lo cantaba adaptándole la música de aquel yaraví que una noche para mí ya lejana, pero inolvidable, oí en labios de mi madre.

Como ya dije, pasaba muchas veces al día por la puerta de la escuela y al pasar no podía menos que mandar los ojos hasta María. De pronto descubrí cierta relación, mejor dicho, cierta afinidad entre Clarita y María y al pensar en la una no podía dejar de acordarme de la otra, y al ver a ésta leyendo o escribiendo en la penumbra del aula, veía también a aquella sobre el hombro del amado. Pero Clarita había vivido un siglo atrás, ya era un ser ausente de este mundo, en tanto que María estaba ahí cerca, sentada a la mesa y se podía llenar los ojos de ella a la entrada y a la salida de la escuela y, si se quisiera, seguirla por la calle. Con los días, la presencia de María se antepuso a la vaporosa figura de Clarita y la entapujó por completo. Entonces mis ojos buscaban a María detrás de la semientornada puerta, esperaban su llegada a las clases y después, a la salida, se iban detrás de ella hasta la puerta de su casa. Su imagen se adueñó plenamente de mi pensamiento y comenzó a presentarse inclusive en mis sueños. "Juan de la Rosa" fue arrinconado y de su tierna **Palomita** no quedaba más que el dulce y doliente **arawi** del aún desconocido **Ollanta**. Lo seguía cantando, pero al cantar

encarnaba en una de las palomas a María y en la otra a mi corazón.

El llevarla en el pensamiento ya no era bastante, ni lo era el asaetearla fugazmente con los ojos al través de la puerta semientornada, ni el enredar su figura en mis miradas cuando entraba o salía de la escuela, ni el seguir sus pasos hasta que su puerta la arrebatara a mis anhelos. Y, pobre de mí, ella no me hacía merced ni de una mínima fracción de su mirada ni desde su mesa de trabajo, ni al entrar en la escuela, ni al marcharse después de sus clases. Me ignoraba por completo y diríase que yo no existía en su mundo. Pese a todo o quizás por eso mismo yo sentía una imperiosa necesidad de verla más, de seguir viéndola, de tener su presencia, su figura hundida en mis ojos y también el ansia de que ella reparara en mí, de que me confiriese la gracia de una, de una sola mirada y comprendiera lo que ella significaba para mí.

He aquí que no necesito decir que estaba enamorada. No había aún cumplido los catorce años y ya me amartelaba como el mismo Romeo. Amaba con desesperación, con angustia y me sentía capaz de todo a fin de conquistar el roce de una sola mirada suya. A menudo, en la culminación de mi audacia, me aproximaba tanto como era posible a la puerta semientornada y la dirigía requiebros cuidadosamente aliñados, no siendo raros los rapapolvos que me disparaba, al sorprenderme, la maestra. Empero me era imposible conducirme de la misma manera cuando, en la calle, la tenía cerca. Entonces de mi audacia no quedaba ni rastro, sentía inseguras las rodillas, me sudaba frío el cuerpo entero y en la sesera no había una idea, una palabra. Ella pasaba como si no se percatara de mi presencia, como si a su paso no se alzase ni una sombra.

No hallando el medio de llegar a su corazón ni de ganar siquiera la limosna de su mirada y buscando otros caminos llegué a Rudecinda, criada de la maestra, y me amisté con ella, y lo hice porque una tarde salieron juntas de la escuela y se fueron hacia la plaza conversando amigablemente. Rudecinda era una moza de buen fon-

do, salía a la puerta al anochecer y, sentados en el umbral, echábamos nuestra parrafada. No me fue fácil soltarle mi secreto, varias noches anduve con titubeos y circunloquios, pero, cuando por fin logré hacerlo, ella se mostró comprensiva y hasta me dijo que encontraba natural que un chico como yo se enamorase de una chiquilla como María. “Es puro corazón — me dijo — y es la chica más bonita del pueblo. Si llegas a conquistarla serás muy feliz”. Cuando la hablé de mi desdicha, es decir, de mi infructuoso asedio, de no haber conseguido que ella me mirase una sola vez, la moza atribuyó el caso al tremendo rigor que el padre empleaba con sus hijos. “Si se enterara — me dijo — que la niña María anda ya a su edad en amores, sería capaz inclusive de llevarla a Cochabamba y meterla de monja en Santa Clara”. Escuché esas palabras con horror e indignación, pero al mismo tiempo ellas me dejaron una parva, muy parva esperanza. “Si es sólo por miedo al padre — me dije — puede ser que a la corta o a la larga cambie de proceder conmigo y hasta llegue a quererme, sí, a quererme siquiera un poquito”. Armándome de valor la dije que necesitaba que alguien me arrimase el hombro y que la llamada a hacerlo era ella. “En estas cosas — díjome con la más pura llaneza — nadie puede hacer nada por nadie. ¿Qué puedo yo decirle de ti a ella? ¿Que te quiera?” “Simplemente — argüí — que hay un hombre que la adora...” “¿Y si me dijera que aun no sabes vaciar las narices? Porque la niña María es capaz, muy capaz”. Y me dejó sin resuello. Pero la noche siguiente me dijo: “Más bien podrías escribir una carta y yo vería el modo de que ella llegara a sus manos”. Eso era. Pergeñé un par de cuartillas volcando en ellas mis sentimientos, mi dolor, mi locura, mis esperanzas y no recuerdo qué cosas más. Ahora pienso que tal vez fue aquella mi primera explosión literaria. Puse la carta en manos de Rudecinda; pero ella a las veinticuatro horas me la devolvió. ¿Qué había ocurrido? La moza había deslizado a hurtadillas el sobre entre las hojas de un cuaderno de mi amada y ésta, por la tarde, alargándoselo intacto le dijo: “No quiero oírte ni una palabra, ni una,

y devuélveselo esto a quien te lo dió". Me sentí perdido. Perdido como nunca en mi vida. Caí en el dolor lo mismo que en una hoguera. Si en aquellos tiempos hubiesen sido mis conocidos Abelardo y Werther fácilmente hubiese hecho mío su camino. Muchas fueron mis noches toledanas y otros tantos mis días como la noche. Luego me vino una lúcida reacción, como el arco del cielo después de la tempestad. Y me pregunté: "¿Por qué me voy a sentir derrotado? ¿Por qué voy a desistir? Pues volveré a la carga y persistiré hasta vencerla". Y como antes, le mandaba requiebros al través de la puerta semientornada y al salir de su clase ella me encontraba en la esquina, justo en el punto por donde debía pasar. Pero a veces la picarona cambiaba de acera y me dejaba lastimosamente plantado. Pero este juego no tuvo duración, pues ella dejó de ir a la escuela, privándome de toda posibilidad de seguir viéndola.

Vivía en la acera sur de la plaza y enfrente mismo había un molle rodeado en su base por un poyo de adobe. Iba a instalarme allí y me pasaba horas aclozado en espera de que la casualidad me deparase la sazón de regalar mis ojos con su presencia siquiera por una fracción de segundo. Mi porfía no era del todo estéril. De cuando en cuando ella se asomaba a la ventana, pero sus ojos, sin dirigirse a mí, parecían otear una lejanía sin término, como ansiosos de columbrar allí alguna figura, a alguien que no era yo. Entonces yo me sentía picado de unos celos endemoniados, seguro de tener un rival afortunado, y me alejaba resuelto a olvidarme de ella, del poyo y de todo. Pero al día siguiente me reprochaba mi ligereza, "tal vez no es cierto", me decía y regresaba al poyo, más amartelado que la víspera. Pero un día, en acabando de otear ella la lejanía, apareció en la puerta su padre, aquel cancerbero de sus propios hijos cuyo solo nombre me horripilaba, chimborneo en mano, y se me venía a grandes pasos. Le vi a tiempo las orejas al lobo y me le fui de entre las manos. Y con un dolor cuya intensidad no es posible reflejar con palabras tuve que renunciar al poyo, mirador de mi esperanza.

Justo por esos días mi hermano León me transmitió

un mensaje del maestro de la escuela fiscal. Hallábase preparando una función de teatro con los alumnos y deseaba ver si yo querría aceptar algún papel en el reparto. Era para mí un asidero como bajado del cielo. Me iba a presentar en las tablas hecho un consumado actor, haría los imposibles por lucirme y por descontado que María y la fiera de su padre acudirían a la función y por fuerza ella tendría que verme y quizás hasta admirarme. Oh, sería estupendo. No fui corriendo, sino volando.

El maestro poseía buen número de juguetes dramáticos y ya tenía escogidos los que debían ser presentados. Al mismo tiempo que a mí había invitado a otros, inclusive a una muchacha ya jovencita, y en vista de que todos acudieron casi con el mismo ánimo que yo, se decidió a preparar dos funciones. En la primera me tocaba hacer de criadito de un fabricante de pasteles y en la segunda, por habernos fallado una muchacha, me fue ofrecido el papel de ella y yo lo tomé de muy buen grado.

A los ejercicios concurría más puntual que un reloj, y los demás, como yo. El maestro daba muestras de una sabia experiencia en este arte e iba haciendo de nosotros, como yo me había ilusionado el primer día, algo muy parecido a verdaderos actores.

El maestro, don Medardo Alurralde, me hacía la misma impresión que don Julio Torrico. Tenía el mismo genio apacible, gozaba de un prestigio análogo en el pueblo y era igualmente querido por sus alumnos. Como fuera de los ensayos no sabía qué hacer de mi tiempo y no siéndome ya posible ir a aclocarme en el poyo frontero de la casa de María, me iba a la escuela hasta en horas de clases y veía que don Medardo Alurralde enseñaba a sus alumnos con el mismo corazón y el mismo esmero que mi maestro de Arani. Veía además que vivía en la misma pobreza y entre ellos había una sola diferencia: mientras que don Julio Torrico no tuvo más que dos hijos, del otro pendía todo un racimo.

El punto alto del repertorio debía ser un melodrama intitulado *Juana de Arco*, breve resumen de la vida

de la heroína francesa. En la obra, el papel destacado resultó el de la madre, confiado a Soledad, muchacha en plena adolescencia, de ojos color cielo, mirada cariciosa y tez semejante a la de Flérida, con una voz cristalina y armoniosa que por sí sola era una canción. El aporte musical fue ajustado con raro acierto por el cantor de la iglesia, un joven sobrino del tata cura del pueblo, a base de lo mejor que se conocía en nuestro folklore.

Del amplio patio de la escuela hicimos un teatro, con un escenario armado en un ángulo con adobes y tablas y un toldo, todo prestado. La víspera, hicimos circular profusamente en el pueblo un buen programa impreso en Punata y en un raptó de audacia resolví incursionar con unos ejemplares en la casa de mi amada. El pretexto me venía como pintado y no sería imposible que tuviera que poner el programa en las propias manos de ella. Pero ¡ay! mi audacia se apagó en la puerta misma ni más ni menos que una chamarasca al golpe del viento, de suerte que todo lo que pude hacer fue arrojar el puñado en el zaguán y luego liarlas, no fuera que esa bestia humana que era su padre se me apareciese chimborno en mano.

Como dicen los entendidos, tuvimos público lleno las dos noches. Porque me asistía la esperanza de que mi dulcinea me estuviera contemplando desde algún punto del patio, me desviví por superarme. Entré en escena dando botes y gritando: “¡Pim, pam, pum! ¡Hoy llueven profetadas!...” y en una trifulca me arrimaron tal patada en la nariz, que casi me quedé tendido en el tablado y, pasada la función me fui con la chimenea de mis pulmones puesta a un lado. Tuvo que emplear su ciencia de curandera mi madre para devolvérmela a su sitio.

Como tuvimos pensado, Juana de Arco fue el suceso que dicen los expertos. Los espectadores oyeron embobados a Soledad, que cantó exactamente como una madre atormentada: “Amada hija en quien cifré — esperanzas e ilusiones, — destrozando corazones — te apartaste, dime por qué”, mientras que en la siguiente escena la soldadesca inglesa cantó frente a la heroína encadenada: “Muera Juana de Arco, — terrible hechicera —

y aquel que quisiera — salvarla que muera”. No han sido suficientes los sesenta y tantos años transcurridos desde entonces para borrar de mi memoria aquellas canciones y las otras de la obra que el pueblo fue repitiendo y recordando durante muchos días.

¡Ay! la dueña de mis pensamientos no fue a la función esa noche, conforme lo supe de labios de su hermano, alumno de la escuela, de modo que mis desvelos y el sacrificio de mis nupcias fueron estériles. Pero la esperanza del enamorado no muere y tal es su poder que de la muerte hace la vida. En espera de que esta vez la trajese el ogro de su padre, la segunda noche me desviví tanto como la primera, vestido de Elisa, con un traje cedido por alguna muchacha, con algunos adornos que como recuerdos de su niñez conservaba mi madre, una peluca prestada por alguna virgen de la iglesia, una buena capa de polvos de arroz en la cara y una genuina voz de soprano.

Pero ¡ay! a la mañana siguiente supe que María tampoco había ido a verme. La desventura cayó sobre mi corazón como una tiniebla hirviente y me consideré el mortal más infortunado de la tierra. Todas mis esperanzas se vinieron al suelo y no había más que dolor, dolor dentro de mí, fuera de mí y por doquiera.

Empero aquella dispareja experiencia teatral, tan seductora en sí misma y tan desastrosa en cuanto a mis expectativas, ejerció un influjo decisivo en mi vida, pues me abrió, aunque de modo impreciso, la senda que conducía al mundo de las letras.

XXI

Un hombre sin igual

Y debí retornar al primer curso del colegio.

Mi madre atribuyó mi descalabro del año anterior al exceso de libertad en que se me dejó vivir, sin sujeción y sin asistencia. Cuando me dijo que me buscaría un nuevo internado, recién hablé:

—Por nada — dije resueltamente —. Me moriré de hambre.

—Entonces otro hotel.

—Lo mismo. También me moriré.

—Y entonces?

—Prefiero — repuse pensando en María — soterrarme en el pueblo.

Y me cayó un mojicón.

—¡Canalla! ¿No sabes que tienes que estudiar? ¿No te lo he repetido mil veces?

Y no hablamos más.

Este diálogo se produjo a finales de diciembre, en el pueblo. Hicieron que partiese solo a la ciudad con el fin de cumplir el requisito de mi inscripción. Enrique y Vitachu ya estaban aquí con su hermana Constanza y me acogieron en su cuarto. Vitachu había conseguido saltar la barrera del colegio y ambos fuimos destinados a un primero paralelo. Comenzaron las clases. Una tarde Constanza me dijo que mi madre había llegado y que se hallaba en el **Tambo del Sol**. Fui corriendo y antes que a ella me encontré, no sin sorpresa, a mis dos hermanos. Ya para entonces mi madre había tomado en alquiler un cuarto en el tambo, lo había aseado y se hallaba armando mi catre de dos plazas. Por ella misma fui enterado de que a su juicio yo necesitaba ser conducido de la mano, pero de su mano, ya que, de lo contrario, fácilmente sería hombre al agua. Por eso venía a establecerse aquí con nosotros tres, dejando la heredad al cuidado de mi padre.

Nos instalamos tan bien como nos fue posible. Era un cuartucho de tambo, piso de piedra, paredes desconchadas y techo de cañahueca, sin tumbado y sin luz eléctrica. Aparte de mi catre y de mi baúl no poseíamos ningún otro mueble y tan sólo unos pocos trebejos de cocina. Mi catre nos vino de perillas, pues en él todos, incluso mi madre, tuvimos cabida y mi baúl resultó una magnífica mesa de trabajo.

Mis hermanos llegaron tarde para ingresar en la escuela fiscal, pero fueron admitidos en la de Santo Domingo. Por mi parte, recién comprendí mis responsabi-

lidades de colegial y entré con tesón en las labores. Ahora tenía a quien pedir, de modo que sin tardanza me proveí del material necesario. No faltaba de clases, no podía faltar porque mi madre estaba ahí, alerta, hizo que clavara en la pared el horario y sabía cuántas horas tenía por la mañana y cuántas por la tarde.

—¿Hay tareas? — su pregunta infalible tan pronto como volvía del colegio.

—Sí, mamay — la respuesta de rigor.

—Bien, entonces a comer primero y en seguida sobre los cuadernos.

Con el último bocado me sentaba al borde del catre y encorvado sobre el baúl me ponía a redactar las tareas. No encontraba tropiezo alguno en el trabajo. Me bebía las palabras del profesor, tomaba una que otra nota en un cuaderno especial y con las preguntas y repasos que se hacía en la misma clase, salía de ella con la lección aprendida.

Y de esa manera me sobraba el tiempo, particularmente por las tardes. En esas horas mi pensamiento volaba hasta María y era yo, en persona, quien caía a sus pies en actitud de adoración, en las manos el corazón atravesado por el dardo del amor más puro, más tierno y también más adolorido. Mi imaginación se forjaba los planes más fantásticos y me llevaba de lance en lance hasta que ella acababa por correr a mis brazos. Construía en el pueblo — tenía que ser en el pueblo — un palacio tan alto, tan alto, que su techumbre se perdía entre las nubes. En los salones de ese palacio María era la princesa y yo un paladín venido de muy lejos a desposarla. Como en los cuentos. Exactamente como en los cuentos.

Asimismo los juguetes dramáticos del maestro Alurralde habían calado en mí muy hondo. Recordaba escenas enteras y las repetía en mi interior cuando la amada no se adueñaba de mi fantasía, me las recitaba durante los intermedios, en la calle y dondequiera que me hallara. Y quería conocer otras piezas, las que una ocasión nombró don Medardo: “La herencia de un loco”, “Atawallpa”, y también otras que seguramente había

en las librerías. En aquel tiempo Cochabamba no tenía más que una librería, "La Ilustración", y fui allá, sin dinero, sólo por saber. No encontré nada, nada que se pareciese a un drama. Entonces recurrí a la Biblioteca Municipal, única también en la ciudad. El bibliotecario era un anciano que dormitaba con las manos sobre el prominente abdomen y un pucho entre los labios. A todas mis demandas dijo: "No hay". Me vi en un callejón sin salida y buscando un escape logré barbotar: "No es posible. Aquí debe haber algo..." "Tal vez — me dijo —. Busque usted entre estos libros — y me señaló una mesa cubierta de volúmenes alineados con los lomos arriba. En una de las últimas filas di con Robinson Crusoe. Había diálogo; por tanto, a mi ver, era un drama. Me zambullí en su lectura. Un anciano contaba a sus nietecitos la vida terrible de un hombre caído en una isla inhabitada (Más tarde vi que se trataba de la obra de Daniel de Foe convertida en un relato dialogado). No necesito apuntar que la lectura me hechizó por completo. Sufrí, bregué y resurgí junto con Robinson. De tal modo fui poseído por el singular drama, que resolví copiármelo íntegro. Iba de noche con mi recado de escribir y trabajaba hasta cerca de las ocho. Sólo hasta cerca, porque mi madre me daba permiso tan sólo hasta las ocho. Al dar las campanadas el reloj de la Catedral debía estar pisando el umbral de la habitación. Y con mi madre había que cumplir, pues no era posible gastarle bromas. Escribía animosamente, febrilmente, pero se trataba de todo un libro y el papel se me agotó antes de nada, con la consiguiente frustración de mi empeño, pues me faltaban medios para adquirir más papel. Y en las filas restantes de la mesa del bibliotecario no volví a encontrar nada que pareciera un drama.

Entre mis compañeros de curso dos mozalbillos venidos del norte de Potosí, dos retacos poco despabilados que encontraban peliaguda la redacción de las tareas y para salir del brete venían a mi cuarto a copiarse las mías. En pago me traían unas veces unos puñados de pitu de arveja, un polvo finísimo, regalo del paladar. Otras veces me ponían en la mano una moneda de cinco

centavos. A pesar de su ricura el **pitu** no me seducía porque ahora hallábase muy bien resuelto mi problema alimentario; pero las monedas me caían como llovidas del cielo. Envidiaba yo a unos muchachuelos de otros cursos que leían en los intermedios y hasta en la calle unos librillos minúsculos con lindas tapas en colores que conocían con el nombre de **Cuentos de Calleja**. Tan pronto como brillaba en mi mano una moneda corría en busca de los cuentos. Unos, muy pequeños, los daban dos por cinco centavos y otros, algo mayores, uno solo. Yo prefería los primeros porque así poseía más títulos. De esta manera entré en el mundo mágico de Barba Azul, de Caperucita, de Blanca Nieves, del Ladrón de Bagdad... No me reducía a leer los míos, sino que hacía canjes con otros muchachos para seguir abarcando aquel portentoso horizonte, de tal modo que casi llegué a agotar la colección.

Sin embargo aquel cosmos maravilloso no tuvo larga vida porque deslumbrante como un sol apareció la figura de Buffalo Bill, con sus botas hasta medio muslo, sus lacios bigotes y su melena como la que lucen los lechuguinos de hoy. Pero aquella melena era única, pues no había ninguna otra en el mundo. Buffalo Bill era más humano, más real la sangre piel roja que vertía a tiros y a cuchilladas, resonaba en nuestros oídos el galopar de su caballo y sus hazañas no tenían nada que ver con las alfombras voladoras ni con el "ábrete, sésamo". Pero llegar a ese hombre nunca visto era muy costoso. Venía en **episodios** de gran formato, con más de treinta páginas cada uno y con hermosas ilustraciones, y para comprar uno necesitaba vender cuatro tareas. Con todo valía la pena. Las singulares peripecias que vivían y las hazañas inigualables que consumaban el coronel Cody y los suyos compensaban con creces el costo.

En mi curso éramos muchos los lectores de Buffalo Bill y entre todos formamos una especie de hermandad. No sabíamos por qué ni con qué fin los blancos perseguían y exterminaban a los infelices pieles rojas. No veíamos más que la audacia y la valerosidad con que atacaban los unos y la desesperación con que los otros se

defendían hasta morir. De manera que ingenuamente admirábamos a Buffalo Bill y le ascendimos al grado de héroe sin segundo. Andábamos tan seducidos por las proezas de aquel titán y de sus compañeros, que hacíamos corrillo en los intermedios y a veces nos reuníamos en la plaza de armas y nos dedicábamos a rememorar y comentar animadamente los hechos y dichos de aquellos campeones. Y nos dimos a identificarnos con unos y otros de los personajes sobresalientes. A Buffalo Bill lo encarnamos por unanimidad en el **Sh'amachaki** Rocabado porque entre nosotros era el más capaz y el más ágil y fuerte. Para mí eligieron al viejo Nick Warton y en cuanto a los demás no me ayuda la memoria. Pero no puedo olvidar que una mañana de miércoles acordamos reunirnos todos a las dos de la tarde en la esquina de nuestro jefe para ir a reproducir algunas hazañas de nuestros héroes en Las Cuadras. Era muy posible, ya que nuestro horario nos daba asueto las tardes de ese día.

Para mí salir de casa una tarde de esas sin un motivo fundado no era posible. Así tuve que apoyarme en una mentirilla y dije que el profesor tantos nos había llamado. Mi madre no hizo objeción, de suerte que pude dirigirme buenamente al lugar de la cita, donde llegué a la hora en punto. Mas por mucho que aguardé, no apareció ninguno de la hermandad, ni siquiera el **Sh'amachaki**, que vivía ahí mismo. Largos minutos estuve pasando y repasando por su puerta; otros iguales plantado en la esquina, y ni sombra de nadie. Chasqueado en mis expectativas, decidí ir a zanganear durante un par de horas por los alfalfaes de Las Cuadras. No bien eché a caminar vi que venía ya cerca mi madre. Decir que se me heló el cuerpo sería poco. Toparse con ella en un momento así y en un lugar semejante, después de un embuste como aquel, no podía ser para menos, máxime si además descubrí enroscado en su mano el latiguillo aquel que el año anterior se encargara de aventar con tanta eficacia mis afanes vocacionales.

—A casa.

Fue lo único que me dijo. En esas dos palabras a-

diviné una implacable sentencia y tomé la calle de regreso, más muerto que vivo, seguro de que en casa la zurribanda sería inmisericorde. No por haberme encontrado vagando en aquel sitio, sino por mi menudo embeleco porque a mi madre nada la sacaba de quicio tanto como la mentira. Llegados al tambo, no pude salir de mi asombro cuando en vez de hacer silbar el latiguillo me miró largamente, todavía de mal talante, y me dijo:

—A hacer las tareas.

—Las tengo todas hechas — repuse en humilde tono.

—Entonces pela estas habas — y me dió a descascarar una porción en un cestillo.

Fue todo el castigo y ella no se acordó ya de mi traspié de la tarde.

Focos días después tuvo que viajar al Valle. Había dejado pendientes algunos asuntos en el pueblo y necesitaba ir a darles solución. Nos contrató la comida en un figón donde los comensales eran todos operarios u oficiales de zapaterías y sastrerías. Había una sola mesa en todo el ancho del llamado comedor y nos sentábamos a ella codo con codo porque éramos muchos. Se hablaba siempre con animación, volaban las cuchufletas y estallaban las risotadas. Nosotros, fuera de nuestro medio, comíamos apocados y silenciosos y éramos a menudo víctimas de burletas y sátiras. A mí me hacían bromas con una muchachita de rojo faldellín que venía a recoger comida en una enorme portavianda. Lo que menos me podía halagar porque para mí no existía en el mundo nadie, aparte de María; pero me aguantaba los aguijonazos encogido, punto en boca, ya que emberrinchinarse habría sido como meter la mano en un avispero. De lo demás, la comida no daba para quejarse, parecía consultar la medida del estómago y no nos creaba ningún problema.

Por las tardes solía venir Vitachu y con él incursionábamos en Las Cuadras. Había allí extensos maizales y una que otra higuera en las puertas de las casuchas campesinas. Era aun tiempo de fruta y los higos que negreaban en los árboles nos tendían el lazo de la tenta-

ción. Algunas veces, cuando no había moros en la costa, y mientras nosotros hacíamos vigilancia, Vitachu se trepaba a los árboles y descendía con los bolsillos llenos. Entonces saboreábamos aquella fruta tan cara al paladar y de todos modos fuera del alcance de nuestra paupérrima economía. Pero una tarde saltó inesperadamente de por ahí, ya cuando Vitachu se deslizaba hacia el árbol, un mastín más bravo que una fiera. Se me pusieron los pelos de punta y grité en mis adentros: "¡Pobrecito! ¡Se lo va a comer!" Vitachu se detuvo firmemente y cuando el enemigo le saltó al pecho, muy a tiempo le descargó un certero puñetazo en la cabeza, arrojándolo a un lado. La fiera más tardó en caer que en levantarse y repitió el asalto, recibiendo un nuevo golpe y volviendo a caer. Dos o tres veces más se le lanzó el perrazo y otras tantas fue derribado, hasta que, dándose por vencido, metió el rabo entre las piernas y con quejidos lastimeros emprendió la retirada. Pero no pudimos festejar el triunfo llenando de higos los bolsillos porque apareció un campesino armado de una macana semejante a las que emplearon los vencedores de Aroma y nos obligó a poner tierra por medio y yo nunca corrí con tanta agilidad como aquella tarde.

El cuarto contiguo al nuestro era ocupado por don Ismael Rosales, hombre de mucho juicio, ya proveyecto, que vivía con su compañera doña Vicenta y un solo hijo, David, que aun iba a la escuela. Vestía un chaqué de amplios faldones, sombrero de los llamados cubanos y botines de becerro. Andaba con el bastón siempre bajo el brazo y una cadena de reloj, de oro, que iba de un ojal a un bolsillo del chaleco. Tenía alguna ocupación en los tribunales y tal vez sus ingresos no eran muy importantes porque su pobreza era tan manifiesta como la nuestra. Era gente retraída y mientras mi madre permaneció con nosotros nuestras relaciones fueron mínimas, casi solamente de saludo. Pero cuando quedamos solos, como tratando de hacernos compañía nos llamaba a su cuarto y allí, sentados nosotros al borde de su catre y él en la única silleta que poseía, nos solazaba con cuentos de un sabor peculiar, en nada parecidos a Blanca Nieves

ni a los demás que había leído y sí más bien a los oídos años atrás en mi pueblo.

Mi madre debía tardar a lo sumo dos semanas y por ese tiempo dejó pagada nuestra comida en el figón; pero ya promediaba la tercera y no había noticias de ella. La figonera empezó a impacientarse y mañana y tarde nos recordaba nuestra obligación de llevarle dinero. La cuarta semana empecé temiendo lo peor y ya no iba al figón; mis hermanos me traían mi ración en una ollita. La tarde del domingo junto con la ollita me trajeron el desahucio y el lunes nos quedamos sin almuerzo. Por la tarde fuimos a Las Cuadras y robamos cuatro o cinco mazorcas de maíz. El grano hallábase maduro y no servía ya sino para mote. Toda la noche anduvo León empeñado en cocerlo y por la mañana nuestra gazuza lo encontró muy comible y nos lo zampamos para irnos a clases. De regreso, ayuno forzoso y por la tarde a Las Cuadras. Pero esta vez la suerte no se puso de nuestra parte y tuvimos que volver con las manos vacías. No del todo. Por ahí encontramos un algarrobo cargado de doradas vainas y, siendo arriesgado encaramarse a las ramas por sus fieras espinas, bajamos a pedradas una cantidad y nos pusimos a mascarlas. Eran muy dulces y sabrosas y una buena engañaifa para el hambre. Al día siguiente, de nuevo el ayuno con la consiguiente incursión en Las Cuadras, acompañada de la mala suerte más negra. Ya no tuvimos ganas de tirar piedras al algarrobo y regresamos agobiados por nuestra carga de desaliento.

León comenzó a gemir en la calle.

—Tengo hambre — dijo —. Ya no puedo. Debes escribir a la mamá.

—No — repuse —. No escribiré a nadie.

—¿Entonces hemos de morir de hambre?

—No. No vamos a morir.

—¿Y entonces?

—Esto — y le asesté un tapaboca.

—¡Tuju! — me gritó saltando a media calle y arrojándose de una piedra.

Y nada más.

Al cerrar la noche nos llamó don Ismael.

—¿Qué pasa con ustedes? Creo que no comen.

Le conté nuestro percance. El abominó a la figone-ra, escarbó los bolsillos del chaleco y me puso en la mano dos monedas de a diez centavos.

—No tengo más — dijo —. Vayan a comer con esto alguna cosa.

León y Dío se largaron a la calle con una de las monedas y al rato volvieron mordiendo grandes trozos de **lanp'aqana**. La **lanp'aqana** era una especie de empanada, pero muy grande, con harta masa embadurnada de almíbar y dentro una buena porción de **lacayote** cocido sin azúcar. En la misma esquina del tambo una mujer vendía **lanp'aqanas** amontonadas en una gran canasta. Compré una, que costaba cinco centavos, y la devoré como si se tratara del manjar más exquisito. A la mañana siguiente hice comprar pan con el saldo. Un pan de cinco centavos era bastante más grande que los de a peso de hoy. Lo dividí por igual entre los tres. Tenía que ser así para no provocar la ojeriza igualitarista de León. A las once volvimos los tres como deslomados, como si estuviéramos llegando de un viaje muy largo. Una de las **cañaceras** nos trajo una escudilla de chupe. También ellas habían descubierto que no teníamos para un diente. Eran tres o cuatro campesinas de Liquinas que vendían cañazo, traído en odres por sus maridos desde el río Caine. Dividí el chupe en tres partes iguales para la tranquilidad de León. Poco después me llamó don Ismael y me puso en la mano una moneda de plata de cincuenta centavos. León fue a comprar leche de alguna de las lecheras que andaban por las calles con sus enormes cántaros a la espalda, la hizo hervir y completamos nuestro almuerzo con leche y pan. Por la tarde tomamos leche con pan y ya no pensamos en Las Cuadras.

Un día veinte centavos, otro día treinta, o más, en la medida de sus ganancias, nos entregaba ese hombre magnánimo que era don Ismael Rosales. Con esos centavos comprábamos leche y pan, y si algo sobraba, **lanp'aqanas**. A su vez las **cañaceras** no nos dejaban de la-

do. Un día una, otra día otra, nos hacían llegar su escudilla de lawa o de chupe todas ellas. Y de esa manera, con la ayuda de aquella gente de corazón hacíamos frente a la arrolladora ofensiva del hambre.

Redactaba de mala gana mis tareas y las horas libres me las pasaba echado en la cama, totalmente alejado de Búffalo Bill y hasta de María. A veces venía Dío y en silencio se tendía a mi lado. Pero León, el oficioso León iba a huronear por los rincones que ocupaba la tamtera, recibía de repente mandados de ella y, si no retribuciones, traía algunas cosas de comer subrepticamente deslizadas en los bolsillos. No recuerdo qué hubo, pero ciertamente Vitachu no asomó durante todo aquel tiempo al tambo, ni siquiera para encabezar nuestras incursiones en Las Cuadras y ni él ni sus hermanos tuvieron noticia de lo que con nosotros sucedía. Y como según las gentes los reveses no vienen solos, en todos aquellos días no vendí una sola tarea. Quizás no hubo tareas difíciles o mis clientes aprendieron a redactar o encontraron quien se las diera por menos o gratuitamente.

Cada tarde, hacia las cinco, salíamos los tres a la media calle y desde allí arañábamos con los ojos la lejanía hasta más allá de las últimas casas, ansiosos de hacer presa en la figura de mi madre. Y una tarde de tantas acaeció el prodigio. Más allá de **Alfaqhatu** nuestra ansiedad se aferró a la portentosa silueta de ella montada en nuestra yegua.

El caer en sus brazos fue para mí como volver a la vida. Dío derramó unas lagrimillas, en tanto que a León se le calentó la lengua, es decir, prorrumpió en quejas y lamentaciones.

—¡Tu doctor!... Tu doctor no quiso escribirte... El nos ha matado de hambre... Y me ha pegado...

Mi madre lloraba rodeándonos a los tres con los brazos y al llorar me hacía reproches:

—¿Por qué no me escribiste? ¡Debías hacerlo! ¡Si no era por ti, por tus hermanos! ¡Desconsiderado!

Comprendí que toda la culpa fue mía; pero no dije nada.

A poco llegó tata Bartolo con un borrico cargado de comestibles. Mi madre abrió los cestos y un provocativo olor de empanadas y bizcochos llenó el cuarto. Mis hermanos cayeron fogosamente sobre ellos y se pusieron a masticar a dos carrillos. Sin saber por qué me quedé en mi sitio y de pronto perdí todo deseo de comer.

—¡Come, hijo mío! — me instó mi madre —. ¿Por qué no comes?

—Por nada — contesté.

Entonces ella me estrechó en sus brazos más fuerte que nunca y besándome y mojándome la cara con sus lágrimas me dijo:

—Come, hijo mío, come por tu madre — y me puso en la mano una empanada.

Comencé a comerla por trocitos pequeños y acabé imitando a mis hermanos.

Ya de noche mi madre entró, seguida de nosotros, con su agradecimiento y el dinero que debíamos, más un pequeño presente, al cuarto de don Ismael. Charlaron largo rato y de toda la charla sólo recuerdo estas palabras de aquel hombre sin igual: "Tiene usted tres chicos admirables, doña Amelia. Se han pasado tantos días sin comer, y ahí los tiene usted..."

Claro que no olvidamos a las cañaceras. Mi madre se acercó al día siguiente a expresarles su gratitud y en cuanto pudo fue a saldar la cuenta de la figonera.

El bienestar volvió a nuestros días y de los recientes sufrimientos pronto no quedó sino algo así como un lejano recuerdo. María recobró su imperio en mi pensamiento; pero a Buffalo Bill ya no podía leerlo sino de prestado porque los clientes se me alejaron definitivamente y no había más venta de tareas.

El tiempo transcurría estrepitoso a veces como los coches que rodaban por la calle y a veces silencioso como el volar de los pajarillos. Se celebró el centenario de la inmolación de las mujeres de Cochabamba en la Coronilla, sin el esplendor ni el rebullicio del de Septiembre y sin la presencia del presidente. Sin ningún otro acaecimiento digno de ser recordado las lecciones se iban desgranando en la clase como las cuentas de un

rosario. Y así llegaron los días en que debíamos prepararnos para los exámenes. Enrique me dijo que la coca era un elemento indispensable para el estudio, que con ella se podía ir estudiando cualquier número de horas sin cansarse y que, como era amarga, convenía un medido aditamento de azúcar. El primer día me llené de coca un bolsillo y me proveí de un pequeño cucurucho de **aditamento**. No había un lugar tan adecuado como Las Cuadras para refrigerar la mollera. Tomé posesión de la sombra de un molle y comencé a meterme en la boca hoja por hoja el **elemento** quitando el pecíolo, todo tal como tantas veces había visto que hacían tata Alberto y los demás colonos de mi madre, sólo que en lugar de la **llujt'a** que mordiscaban ellos tomé una pizca de azúcar, con la cual desapareció todo amargor y el mascadijo se hizo dulce y agradable. Fui leyendo y mascando, pero insensiblemente invadióme un suave sopor y a poco me quedé dormido. Cuando desperté, vi que otros colegiales dormían a pierna suelta a la sombra de sendos molles, mientras que algunos circulaban paso a paso por las sendas con los ojos clavados en sus cuadernos. Contrariando el aserto de Enrique, la coca me probó muy mal, pero la seguí mascando, aunque huyendo de la sombra de los árboles y barzoneando más bien por los alfalfares.

Durante el año me había dedicado a las labores sin descuidar ninguna asignatura, de modo que por primera vez en mi vida llegué a los exámenes seguro de mis conocimientos. Además mi madre no se acordó de la para mí alelante copita de vino; de suerte que mis estaciones ante los tribunales resultaron en cierto modo parecidas a los parloteos a que sobre Buffalo Bill solía dedicarme con mis amigos. Y en premio recibí mi primer traje de casimir, botines de charol de última moda y un sombrero de castor, todo a medida, pues por fortuna mi madre andaba asimismo olvidada del problema de mi crecimiento.

La increíble aventura

Un nuevo sol nació para mí. Ya tenía para presumir ante los novatos, mirarlos por encima del hombro y hasta, a veces, escupir por el colmillo. No en vano era alumno del segundo curso.

Como otrora sucediera en la escuela fiscal, al Colegio Sucre le rebosaban los alumnos, no había auias para alojar a todos y algún curso pasaba sus clases en un corredor. Era un problema en demasía agudo y demandaba pronta solución, la misma que se dejó esperar bastante, pero llegó. El colegio fue partido en dos, aunque sólo del tercer curso para abajo. Como me habían destinado a un segundo paralelo, tuve que ir a asumir la misión de fundar el Colegio Bolívar. Nos instalamos al final del Prado, casi a orillas del río, en un edificio nuevecito, piso de estuco y paredes pintadas al óleo, amplios corredores y un hermoso huerto de frutales y alfaífares a la vista. Nos sentíamos gananciosos y en los intermedios salíamos a travesear en los alfalfares del Prado.

El profesor de Gimnasia era un hombracho muy joven, gallardo y bonachón, y por eso y otras cosas gozaba de toda nuestra estima. Entre nosotros le llamábamos **T'eqentenacio**, asociando su nombre — Ignacio — y su reciedumbre, la cual podría darle, según muchos, para torcerle el pescuezo a un toro. Esta peligrosa peculiaridad aparecí experimentándola un día y casi sin darme cuenta en mi propio pellejo. Sus lecciones nos las daba al aire libre, en algún escampado del Prado. Una ocasión hacíamos marchas y contramarchas por unos senderos. Mientras marchaba, me vino el pronto de hacerles monadas, meciendo el cuerpo a un lado y a otro, a unos novatos que andaban por ahí. Percibí que **T'eqentenacio** se me venía como una sombra y al punto un manotazo suyo dió con mis huesos en tierra, costeándoles sonoras explosiones de regocijo a los novatos y a todo el mundo.

Ya era un hombre de discernimiento y unos profe-

sores me impresionaban más que otros. El de Ciencias Naturales, don Víctor Rojas, merecía, más que ninguno otro, mi admiración. Y en esto había unanimidad en el curso, quizás en el colegio. Una vez por semana, de tarde, realizábamos con él excursiones botánicas por las campiñas. Y no había planta, por pequeña y desconocida que para nosotros fuera, que él no la conociese con su clasificación perfecta y completa. Yo me empeñaba en arrancar hierbecillas que veía por primera vez en mi vida, se las presentaba y él nos daba al punto su nombre latino, su tipo, subtipo, género, familia, especie, etc. Me daba la impresión de que tenía encerrados a Linneo y a De Candolle en la sesera. Y sabía exponer las lecciones y no había uno que no las aprendiera.

Otro profesor objeto de mis dilecciones era el de Historia, don Miguel Mercado Moreira. Sabía hacer que sus alumnos se encariñasen con su asignatura y por ende con su persona. Su palabra nos cautivaba por su amenidad y por su hondura. Formamos un club de fútbol, le pusimos el nombre de "Colorados de Bolivia" y al señor Mercado le nombramos nuestro presidente honorario. Con este maestro caí en un tropiezo que bien pudo haberme costado el colegio. Mas no tuve sólo yo la culpa, sino también su estatura, una nadilla mayor que la nuestra. El más crecido entre nosotros, una nadilla más, era Hermógenes Salazar. Salíamos de la clase de historia, yo entre los últimos. Muy cerca de la puerta, en el corredor, había un grupo de alumnos y en medio uno a quien tomé por Dalila. Dalila era el apodo de Salazar. "Se la juego a Dalila", resolví, alleguéme al grupo de puntillas, por detrás, y... ¡paf!, una palmada en la cholla. El se volvió presto. ¡Era el señor Mercado! Se me bajó la sangre a los talones. Vi sus ojos sorprendidos, pero sus labios no se movieron. Luego siguió su camino. Yo anduve fuera de mí todo el día, esperando lo peor: consejo de profesores, proceso, expulsión... Pero por suerte no hubo nada. Quizás el maestro comprendió mi equivocación o quizás tan sólo su grandeza de alma hizo que pasara por alto mi inaudito proceder.

Me entregué de lleno a Buffalo Bill. No tenía dinero para comprarlo; pero utilizaba en canjes los pocos que poseía. Eduardo Leví era dueño de casi toda la colección y me la puso en las manos. A Buffalo Bill se le yuxtapuso Nick Carter y no tardó en deslucirlo. En vez de matar pieles rojas, descubría crímenes y perseguía a los delincuentes. De tal modo me entregué al sin igual detective, que no sólo una vez falté de clases incapaz de interrumpir la lectura. Apareció Dick Turpin, el bandido de antifaz que robaba a los ricos y auxiliaba a los pobres. E hizo su entrada el singular Sherlock Holmes oscureciendo a todos.

La lectura se hizo mi pasión. Leía a toda hora, hasta en las clases de dibujo y música. A veces los profesores, al sorprenderme, echábanme de clases y yo me iba muy orondo a seguir leyendo en el Prado. De noche leía hasta muy tarde, haciendo oídos de mercader a las exhortaciones de mi madre. Leía al comer y por la calle iba con los ojos clavados en Sherlock Holmes o en Dick Turpin. Todo prestado, naturalmente.

Debo anotar, en mi descargo, que las tareas supeditaban todavía a los detectives; pero llegaba a casa, hacía a vuela pluma mis redacciones, y sin pérdida de minuto me aplicaba a la lectura. Y siempre había quien me prestara algún episodio de Dick Turpin o algún volumen de Conan Doyle, y mi principal proveedor era siempre Eduardo Leví.

Mi consagración a la lectura vino a ser conturbada por Luis Calasanz Tapia, hipnotizador paceño que llegó a Cochabamba aureolado de mucha fama. Contaban de él cosas increíbles, entre otras, que en la policía de La Paz no había ladrón que bajo su poder, no cantase de plano. Y añadían que era conocido no sólo en el país, sino hasta en la Argentina y el Uruguay y Chile.

Iba a exhibir sus pruebas en el Teatro Achá, en varias funciones y para enriquecer el elenco que había traído escogía sujetos, esto es, individuos sensibles a su fuerza hipnótica. Varios compañeros míos habían ido a someterse al experimento; pero habían fracasado o, lo que es lo mismo, no pudieron dormir y se les dijo que

no servían. Una repentina curiosidad apoderóse de mí y casi a rastras me llevó hasta su pieza del hotel de Pisterna. Era un hombre de ojos saltones y dominadores. Me hizo unos pases con éxito. Tomándome de ambas manos me hizo girar en redondo a gran velocidad, sobre el eje de su persona, por espacio de unos minutos y luego, deteniéndose en seco y sosteniéndome el cuerpo con un brazo, me tapó los ojos con la otra mano gritándome: “¡Duerma!” Pero por buena voluntad que puse, me fue imposible dormir. Entonces, igual que a mis compañeros, me dijo: “No me sirve”.

Era tiempo de cosecha y mi madre tuvo que ir al Valle a recolectar el maíz en nuestra heredad. No nos contrató la comida en ningún hotel ni figón, sino que nos dejó el dinero necesario para ir a comer a la carta en alguno de los figones instalados en unos cuartuchos de la recova; asimismo pagó a una lechera que debía proveernos de leche diariamente y como suplemento nos dejó una canasta de huevos. Ninguno de nosotros quiso asomar a los figones de la recova; pasábamos el día con leche y huevo y algo de pan, y no sufríamos hambre.

La primera exhibición de Calasanz Tapia sacudió hasta sus cimientos la ciudad. Los diarios la reseñaron en medio de apasionados ditirambos. En el colegio los profesores la comentaban con asombrado entusiasmo. Los colegiales que habían logrado encaramarse al gallinero hablaban de las pruebas como de insondables prodigios. El nombre del hipnotizador se oía por doquiera, hasta en las calles.

Las siguientes funciones no sólo reafirmaron, sino que recrecieron la fama de aquel hombre y a mí una de ellas me suspendió hasta el paraíso. Vi pruebas realmente portentosas. Hacía dormir a sus sujetos nada más que poniéndoles los dedos sobre los párpados y les mandaba hacer todo cuanto en gana le venía. A su voz de mando cantaba uno, bailaba otro y otro lloraba. A uno le dejaba pegado de manos a una pared, sin que pudiera después desprenderse por esfuerzos que hiciese. A uno le mandó abrir la boca y atravesóle de parte a parte ambos carrillos con un topo, alfiler enorme con que las mu-

jefes se aseguraban el sombrero a la cabeza, y el infeliz, sin darse la menor cuenta. Y mil otras cosas. Y la culminación: a un sujeto tendido en el suelo le puso con fricciones y ciertas palabras mágicas en tal estado de catalepsia, que el cuerpo parecía exactamente un buen pedazo de viga; luego el mago y un ayudante hicieron con él un puente, colocando su cabeza y sus pies en los bordes de dos sillas. Calasanz Tapia sentóse sobre el vientre del infeliz y se puso a columpiar los pies, y el otro, ni más ni menos que una viga. Aparecieron tres hombres portando un enorme pedrón que debía pesar cuando menos dos quintales y se lo colocaron sobre el vientre. Uno de ellos tomó un monstruoso **combo** de minero y un buen rato estuvo arrancándole chispas a golpes al pedrón. Y el público reventó en un clamoroso y delirante aplauso. Al día siguiente no les iba en zaga en mis ponderaciones a los otros colegiales, ni a los profesores, ni a los diarios.

Fue suficiente para que el diablo en persona se me introdujera en el cuerpo y encendiera en mi caletre un peligroso deseo de aventura. "Si me voy con Calasanz Tapia — me decía — conoceré Buenos Aires, Montevideo y Santiago cuando menos y a lo mejor inclusive Europa". Porque era sabido que el gran magnetista se hallaba en la primera etapa de una gira de muy largo alcance. Maduré mi propósito, hice mi plan y me puse en conversaciones con los sujetos que de La Paz habían venido con él. Ellos no me dieron ninguna esperanza; pensaban que Calasanz Tapia no necesitaba más gente. Ahora pienso que tal vez al ver el desengaño pintado en mi semblante me dijeron que si pudiera por mi cuenta adelantarme hasta Oruro, la cosa podría ser allí diferente; no habría otro remedio que incorporarme al grupo. La sugerencia no cayó en el vacío, pues mi decisión quedó tomada. Aquello de caer o no bajo el poder magnético no era un problema. Dormido o no, podría hacer perfectamente todo cuanto se me ordenara, pues había visto que a los sujetos no se les obligaba a realizar imposibles.

Aquí se me presentó un escollo: el tener que viajar

solo a Oruro. El ferrocarril se hallaba en construcción y el tren sólo venía hasta Changolla. Un viaje a pie hasta Changolla por caminos no conocidos y solo, no dejaba de parecerme peligroso. Habiendo compañía, todo fuera más sencillo. Entre dos podríamos salir más fácilmente de cualquier engorro. Entonces resolví buscar un compañero. No tuve que pensar mucho y me fijé en un muchacho de mi misma edad que cursaba el primer año en mi colegio, era mi paisano y por añadidura mi pariente. El hombre me resultó de una plasticidad extraordinaria, pues se me dejó modelar a gusto y en un decir amén todo fue acordado y preparado.

El problema económico fue resuelto por mí. Mi madre había hecho de León el cajero y dejado en sus manos el dinero destinado a nuestra subsistencia. Se lo pedí so pretexto de una excursión de mi colegio a Vinto y él me lo entregó hasta el último centavo.

Partimos muy de mañana, en el primer tranvía que iba a Vinto, sin equipaje, sin siquiera una muda, aunque con un ánimo semejante, según pienso ahora, al que impulsaba al Caballero de la Mancha en su primera salida. En Vinto una buena mujer nos puso en el camino que conducía a Capinota y echamos a caminar tal si fuéramos viajeros experimentados. Ninguno de nosotros pronunciaba una palabra, circunstancia que me permitía aplicar en el terreno, claro en mi interior, mis conocimientos de geografía e historia. A la derecha se encontraba Sipesipe. Por la cumbre de la montaña a cuyos pies se extendía el pueblo, descendió el ejército de Goyeneche en 1811. Nuestro camino atravesaba la llanura de Hamiraya, donde los árboles y las piedras parecían aún lamentar la derrota de Díaz Vélez y Rivero. Más adelante identifiqué el río de Phutina, donde impedido por la primera sed del día me arrojé de bruces y bebí el agua cristalina y dulce.

Hacia el mediodía, en una choza recostada a la orilla del camino, una mujer ordeñaba una vaca. El hambre provocó en mí un fuerte deseo de beber leche y mostrándose de acuerdo mi compañero nos allegamos a la ordeñadora y se la compramos. Con cinco centavos tu-

vimos los dos suficiente y proseguimos la marcha. A poco nos alcanzó un viajero indígena que iba con el mismo rumbo. Era un hombre expansivo e inquiridor; nos mareó a preguntas y tuvimos que inventarnos más de una fábula para entretenerlo: éramos de la ciudad y nuestros padres nos aguardaban en Changolla para seguir viaje con nosotros en tren hasta Oruro; debíamos ir todos a trabajar en las minas de Patiño... Nos acompañamos con él un buen par de horas. De pronto, cuando llegábamos a la altura de una casuca erguida sobre el camino mismo nos dijo:

—Aquí vivo yo. Es mi casa. Visítenme ustedes. Pasen.

Era un aposento extrañamente parecido al nuestro de Muela. En un ángulo había una tarima como la de mis padres; arrimados a una pared y a otra, dos bancos de madera sin barniz sobre un suelo de tierra apisonada; hasta había una anaquelería enclavada en una pared. Sólo que los muros no llevaban jalbegue y sobre la tarima en vez de colchón se apilaban cueros rapados de oveja y cobijas muy bien dobladas. El hombre nos ofreció una buena escudilla de mote con un quesillo. Echamos de ver que teníamos hambre y dimos cuenta de la escudilla en un momento.

Llegamos a Capinota con una luna esplendorosa. Necesitábamos comer y compramos pan en una pequeña pulpería en cuyo umbral se arrodajaba una chola. Para comerlo y a la vez descansar nos sentamos en la puerta de calle de la casita. Nos hallábamos en la plaza del pueblo. Antes de nada la chola, guiada sin duda por la curiosidad, vino a sentarse junto a nosotros y sometió-nos a un interrogatorio ni más ni menos que nuestro eventual compañero de la tarde, compeliéndonos a recurrir a las mismas fábulas. Convencida la mujer nos ofreció, para pasar la noche, un pequeño corredor que había en su traspatio y proveyó-nos de algunos cueros rapados de oveja y una cobija. Dormimos como troncos y sólo despertamos con la diana de los gallos. Volvimos a comprar pan y nos despedimos de la hospitalaria mujer.

Otra buena mujer nos señaló el camino de Arque. Un camino que iba por el fondo de una quebrada vadeando acá y acullá y más allá un río ondulante de aguas semiturbias que venía quién sabe desde dónde. El suelo era en demasía pedregoso y áspero y en cada vado era preciso descalzarse. Pero los vados aparecían cada cien, cada doscientos metros haciendo moroso y molesto el viaje, motivo que nos indujo a unir los botines por los cordones y echárnoslos al cuello, como cuando trotábamos de Arani a nuestro pueblo. Pero aquel camino era llano, de tierra, en tanto que éste era guijoso y pungente y además los pies habían adquirido con el tiempo una ingrata sensibilidad. Mi compañero trotaba tan bien sin botines como con ellos; pero yo caminaba como sobre espinas y antes de nada tuve que declararme vencido y volver al calzado.

De esta guisa anduvimos unas tres horas o algo más y no sabíamos cuánto más aún nos faltaba para llegar a Arque ni cuánto había de este pueblo a Changolla. Pero íbamos tan animosos como el día anterior y seguros de campar en breve con nuestra estrella, la cual era para nosotros nuestra admisión en el elenco de Calasanz Tapia.

Al llegar a un recodo de la quebrada descubrimos una carreta que se alejaba con pesados tumbos. "He aquí la salvación", me dije apretando el paso, imitado por mi compañero, que parecía pensar lo mismo. La prisa me impulsó a meterme botines y todo al agua y en un santiamén nos pusimos a la altura de la carreta. Pedí al carretero que nos dejara subir y él por toda respuesta hizo con la diestra el signo que quiere decir dinero. Ni pensar en sustraerle un centavo a nuestro misérrimo caudal. Pero yo llevaba un reloj de ganga que meses atrás me había comprado mi madre y que ya andaba remoloneando. Decidido a no desperdiciar la coyuntura de abreviar tan bonitamente el viaje, ya que la carreta iba como nosotros hasta Changolla, hice brillar al sol el horómetro y el hombre, muy abiertos los ojos, lo atrapó de una manotada y hundiéndolo en el bolsillo. Y subimos a la carreta.

Pasamos de largo Arque, un caserío suspendido sobre unos barrancos en la falda de la montaña. El sol nos asaeteaba de lo lindo, pero yo no lo sentía, con el pensamiento embargado por la magnitud de la empresa que iba acometiendo; no daba para menos la posibilidad de ir a conocer Buenos Aires, Montevideo, Santiago de Chile a costa de un formidable mago del magnetismo, asombro de los públicos quizás del mundo entero.

Llegamos a Changolla a la caída de la tarde. Había a la orilla del río una multitud de carpas entre las cuales circulaban trabajadores como deslomados de cansancio, arrapiezos que se revolcaban por el suelo y mujeres que guisaban en fogones improvisados. Todo nuestro condumio fue algo de pan comprado en una carpa y regado con abundante agua del río, ya clara a esta altura. Hallamos alojamiento en un ancho nicho de calicanto practicado debajo de una escalera que conducía al piso alto de una casa de hacienda y nos acostamos sobre la mera tierra. Dormimos a pierna tendida y nos levantamos con los cantos de los pájaros.

Nos enteramos del costo de los pasajes en el tren y el arqueo de nuestro caudal acusó un déficit desastroso: no podíamos pagarnos los pasajes hasta Oruro. No nos desalentamos; como un remedio heroico resolvimos continuar a pie hasta Aguas Calientes. Ahora el camino ya no iba por el cauce del río, sino faldeando la montaña. Al atardecer llegamos a aquel lugar, donde encontramos muy pocas carpas y un pequeño grupo de trabajadores. En primer lugar nos dirigimos a la caseta del jefe de estación y allí apuntamos el valor de los pasajes. Teníamos para pagarlos, pero no nos sobraba un miserable centavo y al epigastrio le aguardaba un ayuno forzoso quién sabe hasta cuándo.

Desde Capinota el camino había venido en continuo ascenso; habíamos visto en Changolla los últimos arbolitos, raquíuticos y enanos, y aquí en Aguas Calientes la vegetación se reducía a la t'ula y a la paja brava.

La noche comenzó fría. Los trabajadores circulaban emponchados y silenciosos entre las carpas, las mujeres se arropaban con gruesos rebozos y los arrapiezos

ya no aparecían. Aunque no había viento, el frío iba arreciando y nosotros no llevábamos abrigo alguno ni teníamos dónde acogerlos ni con qué entrar en calor. Vagábamos entre las carpas ignorados por sus moradores, arrecidos, pero dispuestos a someternos a lo que viniera. Y como aliado del frío vino el hambre, que pinchaba violento y persistente. Ante la necesidad de llenar de algo el estómago, resolví beberme toda el agua que pudiera y seguido de mi compañero me aproximé al río. El agua me aserró el gargüero como un serrucho de hielo. “¡Qué fría el agua!”, exclamó él y yo pensé: “Y a este desierto le llaman Aguas Calientes”.

Nos habíamos detenido muy cerca de una carpa, de la cual salió un joven metido en un poncho de ampiló vuelo y el cuello envuelto con una larga chalina y se alejó canturreando: “En esta pampita — verde verdecita — a mi palomita — la he de castigar — con esta varita”, así, en castellano. No nos habíamos movido aún cuando el hombre estuvo de regreso y abordónos de lleno en quechua: “¿Tienen ustedes dónde dormir?”. Contestamos los dos a un tiempo: “No tenemos”. “Vengan”, nos dijo entonces internándose en la carpa. Encendió una vela y entregónos dos lanudos cueros de oveja y una frazada. Hicimos nuestro lecho con ellos en un rincón y nos acostamos, en tanto que el joven preparó el suyo con otros cueros y cobijas y apagó la vela.

Mi compañero parecía un hombre hecho a todo rigor y se durmió como un bienaventurado. El de la carpa echó a roncar, en tanto que yo ingresaba no en una noche toledana, sino en una glacial. Se me helaron los pies; el frío se apoderó de los muslos, de los hombros y finalmente de todo mi ser. Era la primera vez que caía en los dominios del frío, sin medio alguno de defensa, como encerrado en un callejón sin salida. Afuera silbaba el viento, sacudía la lona de la carpa, se colaba por entre los resquicios y me rebanaba la cara igual que un cuchillo.

Me hallaba convencido de que todo cuanto me iba sucediendo debía ser así y no de otra manera. Ni por asomo pensé en que me había equivocado al emprender

la escabrosa aventura, ni concebí en momento alguno la idea de la contramarcha, ni tuve la menor sensación de pesar. Llevaba el pensamiento puesto en Oruro, en el portentoso Calasanz Tapia, en Buenos Aires que como un amigo parecía esperarme a lo lejos con los brazos abiertos. Ahora pienso que quizás en las pocas gotas de sangre que me mandó España vino algún pedacito de aquel caballero que gustaba de galopar en Clavileño y que ya en aquella mi temprana edad comenzó con sus señales de vida.

Vino una aurora sin cabellera de oro ni rosados dedos, tan helada como la noche, y anduve tiritando hasta cuando el humanitario Apolo acudió a tenderme en la falda de la montaña su confortable alfombra. Como no teníamos a dónde ir ni qué hacer, nos quedamos allí atarazados por el hambre y achuchados por el tiempo atascado como una carreta en el fango. Con todo nos asistía la consolación de que nos hallábamos en día de tren y que por la tarde ya nos veríamos andando por las calles de Oruro. Sí. Pero ni por sueño se nos ocurrió pensar en la suerte que iríamos a correr en aquella ignota ciudad, sin un centavo en el bolsillo y sin una puerta a donde poder llamar.

Nos movimos recién pasado el mediodía y encontramos una fila de grandes ollas de comida en el trecho donde habría de parar el tren. Las mujeres de las carpas o, lo que es lo mismo, las esposas de los trabajadores del ferrocarril eran las guisanderas y tomaban sus últimas disposiciones para tener lista la mercancía en el momento en que descendieran de los coches los pasajeros.

Comparamos los boletos y no tuvimos ya mucho que esperar. Vino de lejos a lisonjearnos el oído la sirena de la locomotora. “¡Por fin!”; exclamamos a un tiempo y el corazón se puso a bailotear. Nuestro contento no era para describirlo cuando una vez detenido el convoy vimos saltar a tierra a uno de los sujetos de Calasanz Tapia, después a otro, y a otro. Corrimos en alcance de ellos. Nos abrazamos ya como compañeros. “No les tomé en serio”, nos dijo uno de ellos. “Qué audaces son”,

anotó otro. Cada uno se dirigió a una olla. Comían. Nosotros nos quedamos mirándoles. “¿Ya comiste?”, me preguntó uno de ellos, Urquizo. “No”, contesté. A lo que él me pasó su plato dimidiado y yo lo devoré con deleite. Iturri hizo otro tanto con mi compañero.

En la estación de Oruro nos pegamos a ellos, resueltos a seguirlos a cualquier costa, hasta el fin del mundo. Fueron alojados en un tambo, en un aposento con piso de tablones y lechos tendidos en el mero suelo. Por la noche Urquizo se nos presentó con unos sacos vacíos de arpillera y extrajo una cobija de su lecho para el nuestro, al tiempo que Iturri nos pagó la cena en un figón japonés. Dormimos a los pies de ellos, en un ángulo, pero alegres y confiados, de un tirón, y no despertamos sino entrado el día.

No recuerdo muy bien si eran cinco o seis los sujetos de Calasanz Tapia; pero dos de ellos, Urquizo e Iturri se colocaron de firme cerca de nosotros y fue por ellos que no perecimos de hambre. El tercero era un retaco de oscura tez. Mendoza o algo por el estilo, de quien recuerdo por un simple pormenor: cuando el hipnotista le ordenaba que cantara, él emprendía con “No sé qué tiene Mercedes — que no la puedo olvidar...”, vals en boga por aquella época. Los demás, quizá porque no se nos dejaron arrimar ni congeniaron con nosotros, se fueron sin dejar la menor huella en mi memoria.

La primera mañana salimos a dar una vuelta por la ciudad y de regreso no encontramos a ninguno de los “sujetos”. Era mediodía y nos hallábamos en ayunas. Toda nuestra posibilidad de comer la tenían en sus manos ellos, de modo que nos estuvimos un par de horas al husmo. Como nadie aparecía, salimos a ver si en la calle nos ayudaba la suerte. Sí. No lejos del tambo nos topamos con Iturri. Diríase que nos leyó en la cara porque nos preguntó: “¿Han comido algo?”. “Nada”, contesté. Entonces él extrajo de un bolsillo del chaleco quince centavos y me los dió. Un plato en el figón japonés costaba justo quince centavos; corrimos a pedirlo y lo comimos a medias. Por la noche el mismo Iturri nos trajo una noticia alentadora: nos habían conseguido

trabajo en una fábrica de aguas gaseosas. Nos sentimos salvados. "Cualquier trabajo que sea — me dije — lo tomaré con gusto".

La fábrica me produjo una penosa desilusión: por toda maquinaria había una miserable embotelladora. Pero no paró ahí la cosa. Vino un gringo, nos dijo: "Síganme" y salió a la calle. Entramos por ahí con él en un departamento de muchas habitaciones, vacío. Puso sendas escobas en nuestras manos, diónos la tarea de desempolvar las paredes y barrer los pisos y se fue. Todo un fiasco. Yo había imaginado un buen trabajo, un sueldo, y he aquí que ese gringo de tal nos salía con una chanada. Pero nos hallábamos en ayunas y el apremio del epigastrio era perentorio. Entonces no tuvimos más que darles a las escobas. Al atardecer volvió el gringo y al revisar las paredes y los pisos dijo: "No está muy mal". Entonces aguardé una buena paga, mas el cutre púsome en la mano la miseria de treinta centavos. Con todo, era dinero, con él se podía comer y corrimos al figón japonés.

A la mañana siguiente cada uno de los sujetos se salió por su cuenta, sin descoser la boca y no volvió ni al mediodía ni después. Hurgando la sesera recordé que en mi pueblo había individuos que venían a Oruro con comercio de huevos, chicha, hasta gallinas. Por supuesto esos negociantes debían alojarse en los tambos y no en ninguna otra parte. Por más que no sacáramos ninguna rebanada, sería de todos modos agradable encontrarse por ahí con un paisano. Y nos lanzamos por los tambos. Esta vez la suerte se puso de nuestra parte. En un patio una chola hacía hervir una caldera en un fogón armado con unos pedazos de adobe. Al verme sonrió asombrada la mujer y me llamó.

—Tú eres hijo de mi tío Gabino — me dijo.

—Sí — asentí regocijado —. Soy hijo de él.

—¿Qué haces por acá?

—Estoy de paso — mentí — a La Salvadora. Trabajaré allí con mi tío Clodomiro.

—Sí, un hermano de tu madre. Pero visítenme ustedes, pasen.

Conversamos largamente en el cuartucho y fuimos agasajados con pan y té. Ella no estaba sola. Su marido era un hombre entrado en días y al parecer no le rebosaba la salud. Pero venían desde las **Pampas** chilenas, a pie y con una recua de burros comprados en el trayecto.

Nos hicimos asiduos visitantes de la pariente y en cada vez tomábamos un buen pocillo de te con un pan entero, hasta que una tarde se nos despidieron; tenían todo preparado para partir de madrugada. Ahora me asombra cómo pudimos vivir aquellos días con tan misera perfección, mas uno que otro plato fortuitamente costeadó por Iturri o por Urquizo en el figón japonés.

Calasanz Tapia anunció su primera función y hacía experimentos para acrecentar su elenco. Nosotros acudimos entre los primeros y, como me había prometido en Cochabamba, fingí un sueño profundo y cumplí admirablemente sus mandatos. “Está bien”, me dijo él entregándome una entrada. Mi compañero salió asimismo airoso de la prueba. En la función me calificué como un sujeto ejemplar y hasta me comí una patata cruda, cáscara y todo, cuando él me la dió diciéndome: “Es una manzana; cómasela”, y no dejé de ella el menor pedazo, tomándola como un entretenimiento para ese majadero que era el estómago.

Al día siguiente resolvimos definir nuestra situación con Calasanz Tapia y fuimos a verlo acompañados por Urquizo. Después de vacilar un buen momento nos dijo: “A uno de ustedes me lo llevaré en el grupo. Al otro lo mandaré a La Paz, a servir en mi casa”. Ninguno de nosotros se hallaba en condiciones de rechazar nada. Si la suerte me era adversa, me iba sumisamente a pasar mis días como criado de la familia del hipnotista. Menos mal que la elección no fue aun hecha. Al despedirnos Tapia preguntó: “¿Dónde duermen?”. “Con nosotros”, contestó Urquizo. “¿Tienen para comer?”. “No”, dijimos en coro los tres. Entonces el mago se extrajo ceremoniosamente la cartera y tomando de ella un billete de a peso nos lo dió. Rebosantes de alegría nos fui-

mos al figón y comimos hasta sentirnos satisfechos. Por primera vez desde que emprendimos la aventura.

Aquella misma tarde llegaba tren de Cochabamba. Decidí aprovechar la coyuntura para que mi compañero fuese a ganar unos centavos cargando equipajes de los pasajeros. El creyó siempre que todo lo que yo le decía estaba bien y además el billetito del hipnotista se había quedado en el figón y no nos restaba un centavo para el día siguiente. Llegamos a la estación en el momento en que el convoy se detenía a lo largo del andén. “¡Corre! — dije —. ¡Llegarás tarde!”. El echó a correr, mientras que yo me detuve entretenido por dos cholas que se insultaban a grito pelado y se arpaban las caras. Cuando me volví, tenía delante, a menos de un paso, a un hombretón muy alto y delgado, con un sombrero extrañamente gacho y un saco que parecía prestado. Al mismo tiempo vi que corría hacia mí un hombre con otro sombrero gacho, un saco hasta medio muslo y polainas de cuero bayo.

—¿¡Quién soy!? — me preguntó el hombretón.

—Serafín — contesté creyendo reconocer en él a un hijo de mi tío Víctor.

—¡No! ¡Soy Eliodoro!

Sí. Era mi primo Eliodoro.

—¡Hijo mío! — exclamó en ese instante el de las polainas hundiéndome en sus brazos.

Era mi padre.

XXIII

De cómo aparecí como sucedáneo de Calasanz Tapia

Las incidencias a que mi escurribanda dió lugar entre los míos las fui cazando dispersas, por fragmentos y ahora que debo referirme a ellas me es posible exponerlas condensadas.

Habíame apropiado de todo el dinero existente en poder de León, de suerte que él y Dío no comieron el primer día. Como no regresé hasta la mañana siguien-

te, alarmaron a los primos Enrique y Vitachu y con la ayuda de ellos telegrafiaron a mi madre. No es fácil estimar la magnitud del dolor de una madre ante el riesgo de perder a su hijo. Pero lejos de pasar el tiempo en lamentaciones ella decidió lanzarse de inmediato a la búsqueda, pero nada más que al partir sufrió una caída de la yegua y fracturóse un antebrazo. Se tuvo que llamar a mi tío Juan Soria, cuñado de mi padre y experto en reducciones de fracturas. El dolor de perderme era más grande que el dolor del antebrazo entablillado y sin perder minuto volvió a montar a la yegua y se puso en camino. Ya en la ciudad, tomó el tranvía de Vinto y en aquel lugar la buena estrella la puso delante de la mujer que nos había mostrado el camino de Capinota. Con pista tan precisa, volvió a la ciudad y llamó por telégrafo a mi padre. El acudió acompañado de mi primo Eliodoro, hijo mayor de mi tío Víctor y recién llegado de las **Panpas**. La yegua y el potro fueron vendidos y con el producto tío y sobrino acordaron no cesar en mi persecución hasta dar conmigo. Cumplieron a pie el mismo itinerario que nosotros hasta Changolla, donde tomaron el tren. Habían temido ser rehuídos por nosotros, que al descubrirlos trataríamos de escabullirnos, motivo que les indujo a intercambiar el indumento.

En la estación de Oruro, no nos habíamos movido todavía cuando apareció mi compañero cargado de una cantidad de bultos. No bien lo vió, mi padre saltó sobre él y emprendiólo a golpes sembrando de líos el suelo. En ese instante presentóse un gendarme y como si tuviera mando sobre él mi padre hizo que condujera al mozalbillo a la policía. Yo quedé confundido y no pude explicarme; quería decir que él no hizo otra cosa que seguirme, pero no encontré las palabras. Entre tanto, mi padre le cargaba la romana al infeliz y hacía de mí una víctima taimadamente seducida. Ya en el tambo donde tomamos alojamiento me armé de valor, dije que el seductor había sido yo y conté los pormenores. Mi compañero era nieto del mayor de los hermanos de mi padre y se llamaba José Arispe. Pocos momentos des-

pués nos encaminamos a la policía y mi cuitado compañero se fue con nosotros camino del figón japonés.

A Changolla no había sino un tren semanal, de suerte que tuvimos que permanecer otros seis días en la ciudad de los urus. Pero ahora podía comer todo cuanto apeteciera, mi padre me condescendía hasta en mis caprichos y un día me llevó a visitar la mina del Socavón, otro, la de San José, otro, **Qonchupata**, inclusive **Papelpanpa**, inmensa llanura donde conocí el suri y el **khirkinchu**. Y con mi redención, Calasanz Tapia y sus muchachos transpusieron de golpe el portal del pasado y quedaron convertidos en algo lejano, aunque inolvidable.

En Changolla nos aguardaba el padre de mi compañero con un mulo para cada uno. Hubo una escena patética entre ellos, inclusive unos lagrimones en los ojos de ambos y esa misma tarde emprendimos la marcha hacia el lejano pago.

En las afueras del pueblo encontré a mi madre. Tenía un brazo en cabestrillo, pero llevaba el semblante más contento que airado.

—¡Llega el comerciante! ¡Qué mercancías me estará trayendo!

Fue todo lo que dijo.

Ya en casa, contrariamente a lo que me esperaba, por todo castigo me mandó al **cuarto**, como a un calabozo. Allá, en la pirwa de cebada a donde en otro tiempo corría a sepultarme acosado por el miedo, comencé a pensar en los días que acababa de vivir, en mi increíble aventura y por primera vez en mi vida sentí la roedura del remordimiento. El brazo en cabestrillo de mi madre no se me apartaba de la mente y por más que no sabía aún a qué era debido, no se me ocultaba su gravedad y de todas maneras el causante debía ser yo. Y mi remordimiento crecía y las lágrimas se me agolpaban.

Abrióse la puerta y se me apareció la figura de una joven menudita y muy guapa.

—No me reconoces — me dijo —. Soy hija de la **Bola Juana** — y como tracé una interrogación con los ojos añadió —: Soy Justina, esposa de Eliodoro.

Conocí a la Bola Juana, a su marido el **Qhashqa Da-**

niel y posiblemente también a ella, pequeñuela. Se marcharon a las Panpas hacía muchos años. Pero ahora no estaba para esos recuerdos y volví a mis pensamientos. El brazo en cabestrillo de mi madre era para mí un muy grave torcedor. Justina se colocó a mi lado, me puso una mano sobre el hombro y no habló más. Y me sentí acompañado, y aliviado.

Al día siguiente mismo me devolvieron a la ciudad, al colegio, con la conminación de no faltar una hora más de clases y de reponerme aún en los estudios. Mi madre quedóse aún en el pueblo, pues a causa de mi descamino su cosecha de maíz hallábase todavía por levantar.

A partir de entonces todo cambió para mí. Veía las cosas con otros ojos, mis sensaciones eran diferentes y mi pensamiento se encaminaba por rumbos insospechados. Lo que antes me había cautivado ahora se empolvaba de renuncia. Nick Carter y Sherlock Holmes emprendieron el camino del exilio y el tiempo que otrora era dedicado a ellos lo llenaba de extrañas intuiciones y de ansias indefinibles. Pasaba horas enteras echado en mi cama repasando mi irracional aventura y acababa por sumergirme en una especie de amargura que luego supe que era la melancolía. Casi no hablaba con nadie, rehuía a los amigos y comencé a amar la soledad. Y en esas horas de soledad reapareció la imagen de María. En los días de mi descarrío ella pareció haber fugado de mi corazón. No me acompañó ni en el duro camino ni en los días azarosos de Oruro ni aun en los primeros de mi retorno. Ahora se presentaba como si estuviera volviendo de un destierro y reconquistaba su señorío en mi pensamiento.

En el colegio no encontré embrollo alguno para nivelarme con los compañeros; pero ellos me miraban como a alguien que hubiese vuelto cargado de secretas experiencias. Sin embargo algunos me trataban con cierta reserva y aún había quienes me prescindían. Los más me atosigaban con preguntas acerca de mis relaciones con Calasanz Tapia, de las enseñanzas que él me habría impartido y de mil otras bagatelas.

Calasanz Tapia había dejado una huella muy honda

en la ciudad. En los corrillos del colegio, en la calle y por doquiera seguía hablando de sus pruebas y de su formidable fluido magnético. Aparecieron hablantines que presumían de hipnotistas y otros que se declaraban dueños de libros en los cuales se aprendía el arte de hipnotizar. Mi curiosidad era de las que picaban fácilmente, quería conocer, leer alguno de tales libros y en unión de algunos compañeros tan picados como yo me lancé a la búsqueda, para, tras largas y porfiadas diligencias, encontrarme con simples añagazas. Pero un día Martín Cárdenas se nos presentó con un opúsculo donde encontramos un método estupendo de hipnotizar algunos animales, especialmente gallinas, cobayos y sapos. José Mendoza se parecía por ver algún bicharraco bajo la acción del fluido y el **Shamachaki** Rocabado nos brindó su casa para los experimentos. De acuerdo todos, fuimos introducidos en un amplio canchón con álamos corpulentos y frondosos por los rincones. A la sombra de uno de ellos empezamos con un sapo. Cárdenas se había aprendido de memoria el opúsculo, de suerte que la operación corrió a su cargo. El batracio fue objeto de una serie de manipulaciones por espacio de muy largos y numerosos minutos, los demás ardíamos de impaciencia, pero el sujeto parpadeaba tranquilamente y en la frialdad de su mirada parecía haber cierto aire de sarcasmo. “No hay caso”, dijo finalmente Cárdenas dejando libre al animalejo. “Entonces una gallina”, prometió **Sh’ama-chaki** corriendo hacia el interior de la casa. Hubo un estruendoso cacareo y antes de nada apareció a la carrera el mozalbillo y alertándonos: “¡Mi tía!” huyó hacia la calle. Detrás de él corría la tía, una joven vestida de negro, la cual, al descubrirnos en el rincón agitó en el aire un zurriago y gritónos: “¿¡Y ustedes!? ¡Perdularios!”. Con lo que nosotros sentimos muy ágiles los pies, y en polvorosa...

Unos y otros me preguntaban en el colegio si a Calasanz Tapia no le había sorprendido sus secretos y si ahora no me fuera posible hipnotizar. Por supuesto yo lo negaba, pero de repente se me ocurrió pensar que quizás llegara a conseguirlo. Los colegiales eran tozudos

y latosos y alguien acabó por decirme: "Haz la prueba", y otro: "Conmigo". Me sometí esforzándome por reproducir con la mayor fidelidad las maneras y fórmulas del maestro. Los **pases** me salieron muy bien, en medio de un abejero aprobatorio de la muchachería; pero lo principal me falló, es decir, mi **sujeto** no durmió. Hicieron que repitiese las pruebas con otros. Los **pases** me resultaban siempre a qué quieres boca; pero no conseguí que uno solo se durmiera. Aquí entró en escena mi amor propio y como si ya estuviera convencido de mi poder magnético repetí lo que Calasanz Tapia decía en casos parecidos: "Mi flúido no actúa sobre estos **sujetos**".

Porque los **pases** me salían siempre a maravilla, concebí la esperanza de llegar a hacer dormir a alguno. Seguí con las pruebas y pronto la esperanza se convirtió en porfía, mejor dicho, en ambición: resolví no cejar hasta que alguien cayera plenamente bajo mi poder magnético. Aquí me sobrevino una incidencia que estuvo a punto de rematar en lo peor.

Vivíamos en el traspatio de un caserón que contaba con un corral muy amplio y allí mismo tenían su habitación mis primos Enrique y Vitachu. A este último se le ocurrió una tarde pedirme que lo hipnotizara. Me negué porque él era un muchachote corpudo y fortachón y me temía no poder sostenerlo en el momento culminante. Pero él fue insistiendo y hasta rogando, de suerte que me vi forzado a acceder. Los **pases** se sucedieron sin novedad, es decir, bien. Vino lo arduo. Le hice girar como a un trompo, en mi eje, exactamente como hacía Calasanz Tapia; pero en el toque final ocurrió lo que me había temido: vencíome su corpazo, se desplomó cuan largo era, dándose el occipital contra el duro suelo. Se quedó inmóvil, sin conocimiento, con los ojos semi-abiertos y terriblemente fijos. Mi susto fue de los que no se pueden describir; con todo no olvidé mi papel de hipnotista y me puse a darle palmadas de un lado y de otro en la cara gritándole con desesperación: "¡Despierta! ¡Despierta!" Para alivio mío su colapso no duró gran cosa. Volvió en sí de golpe y se paró de un salto. "¿Qué me ha pasado?", me preguntó después y cuando

no atiné con la respuesta: "Creo que me has hecho dormir", me dijo. Yo iba a contarle la verdad, que casi lo había matado; pero me callé.

Vitachu se hizo mi propagandista en el colegio, ponderando la forma como le había metido en un sueño estupendo, sin aludir por supuesto a su fenomenal porrazo. Pero yo me cuidaba de él como de un enemigo, temeroso de caer en un nuevo desaguizado y cuando me pedía que lo volviera a hacer dormir me negaba de firme y le daba la espalda.

Abundaban los que se me sometían y dos o tres durmieron o fingieron dormir. Hice con ellos algunas pruebas, fielmente copiadas de Calasanz Tapia y como ellas se realizaron en los corredores del colegio la noticia voló hasta la dirección. Me llamaron cuando me estaba consagrando como un diestro hipnotizador, así, como sueña. Caía en mis manos Félix Bolívar, el meñique del curso. Se durmió como un lirón y se puso a realizar dócilmente todo cuanto se le ordenaba. Las mismas y otras pruebas le mandé ejecutar en presencia de los profesores y, como remate, alguien me presentó una patata traída de la cocina del portero. Se la di como una manzana y le ordené que se la comiera. El la mordió sin vacilar y la estaba masticando como yo en Oruro; pero como su trance no era el mismo hice que no siguiera adelante. Al parecer los profesores quedaron convencidos y yo me alejé de ellos con mi fama de hipnotista bien apuntalada, claro, a los ojos de los colegiales.

Los colegiales echaron a rodar mi fama por las calles. Una noche fui a pasearme por la Plaza 14 de Septiembre y después de unas vueltas me senté delante de aquella hermosa mujer que llamábamos **Estatua de Cobiya**. Se me allegó un muchachuelo, luego otro y otro y me hablaron de mi habilidad de hipnotista. Se me aproximaron otros; luego un joven, otro joven, y otro, y otro; más chiquillos; más jóvenes, y me pidieron que les exhibiese algunas pruebas. Me negué so pretexto de que nos hallábamos en un lugar público y que allí era arriesgado alborotar el cotarro. Un rapagón me ofreció su casa, espaciosa y cómoda, según dijo. Muchos asin-

tieron en coro y no tuve otra cosa que hacer sino dar el brazo a torcer. Cuando nos pusimos en camino toda una multitud me seguía. Por mal de mis pecados pasamos delante de la policía e íbamos ya por la calle Bolívar cuando nos alcanzaron a la carrera unos esbirros y en nombre de la autoridad nos condujeron a los antros policíacos. En el trayecto fue raleando y dispersándose la muchedumbre y a la oficina del comisario entré acompañado de apenas tres o cuatro jóvenes. El comisario me habló de no sé qué **escándalo en vía pública**; pero mis a láteres protestaron airadamente y explicaron a dónde y a qué nos dirigíamos. A lo que la autoridad me pidió una demostración y se me puso delante un flacucho más o menos de mi edad. Los **pases**, de bien en mejor; pero lo principal no pudo culminar como yo me esperaba: el flacucho no durmió. Mas sin perder mi aplomo dije: "Mi flúido no actúa sobre éste. No es raro. El mismo Calasanz Tapia tenía casos así". Y me dejaron en libertad.

Mi fama iba en ascenso. Algunos de mis compañeros me invitaban a sus casas a fin de que sus deudos pudieran solazarse con mis **experimentos**. Recibía también invitaciones de personas ajenas, inclusive desconocidas, y las aceptaba sencillamente. Siempre que podía me llevaba conmigo al menudo de Bolívar y era entonces cuando verdaderamente me lucía. De este modo fui a dar a la vivienda de Juan José Quezada, estudiante del quinto o sexto curso del Colegio Sucre. Allí realice poco menos que prodigios con el meñique y obtuve un exitazo con una prueba que me parecía arriesgada en extremo y que una sola vez se la vi a Calasanz Tapia. Sirviéndome de un topo esterilizado con una cerilla le atravesé los carrillos de parte a parte. El menudo, como si tal cosa, despertó sin haberse dado cuenta de nada, y el carro siguió rodando.

Los alumnos del Colegio Sucre, estimulados por su director don Ricardo Bustamante, publicaban una revista literaria intitulada "Albores". Un día fui invitado a la redacción de esa revista, donde encontré a Quezada. Hice algunas demostraciones con Bolívar, pero fracasé

con el redactor Aranibar Orozco y me defendí con los mismos argumentos que en la policía. En su próximo número "Albores" me dedicó una pequeña crónica presentándome como a un verdadero hipnotizador.

Hallo indispensable anotar que aquellos triunfos no tuvieron en momento alguno para mí un significado importante. Esa especie de habilidad, de la cual nunca me sentí seguro, apareció en mí y arrastróme casi sin que me diera cuenta. Fue ante todo producto de la predisposición que Calasanz Tapia había creado en la gente, crédula y de increíble buena fe. La ejercí sin fe, sin pasión, sin propósito de extraerle un provecho de ninguna especie, nada más que como un pasatiempo, quizá más bien como un efugio del pesar que me producían mi extravío y el haberle causado tanto dolor y tanto daño a mi madre. Tampoco le dediqué todo mi tiempo disponible. Toda vez que podía tendíame en mi cama pensando en María y embriagándome con el suave y dulce vino de la melancolía. Tampoco le hurté una sola hora al colegio ni dejé sin redactar una sola tarea. No dejaba de tener presentes las admoniciones de mi madre, sus lágrimas y su brazo fracturado por causa mía.

Los exámenes se nos venían a paso tirado y yo me puse a prepararlos con ahinco, levantándome con el vo-cinglear de los pájaros, mascando coca por los alfares de Las Cuadras y alzando los ojos de los cuadernos con la última claridad del día. Me presenté a los tribunales cargado de inasistencias y sacudido de serios temores, seguro de aplazarme cuando menos en una asignatura. Pero la suerte me otorgó sus favores, no sufrí una sola reprobación y le presenté a mi madre como una reparación mis buenas notas.

Las vacaciones se llenaron de María, pero sólo en mi pensamiento. Su familia se había mudado de casa, no me era ya posible ir a espiarla desde el pie del molle ni de ninguna otra parte y ella una sola vez por semana florecía en mis ojos. Los domingos, en la misa de mediodía. Apostábame junto con otros colegiales frente a la iglesia, ella aparecía con su menudo taconeo, no me dispensaba la gracia de su mirada y desaparecía dentro

de la nave. A la salida, exactamente lo mismo; pero yo la seguía; ardía en deseos de ir besando el suelo que hollaban sus plantas hasta que ella se sepultaba en su mansión por siete interminables días.

Aquella vacación se me hizo memorable por algo que germinó en mí como una semilla derramada al azar y que fue arraigando cada vez más hondo, echando ramas y flores y fruteciendo a lo largo de mi existencia. En los días de mi visita a la casa de Quezada y a la redacción de "Albores" un compañero de curso me había dicho que aquel joven era poeta y luego traídome como una confirmación una poesía suya dedicada a Adela Zamudio. A ésta el compañero la enfloró con todo un pánegírico y era la primera vez que yo me encontraba con su nombre. El tema de la poesía era la violeta, los versos me sonaron muy bien y los leí tantas veces que me los aprendí. En los mismos días, en alguna de las casas que me abrieron sus puertas encontré un libro intitulado "Antología Boliviana". Lo hojeé largamente. Llevaba retratos estupendos de los autores y algunos nombres se me grabaron como con buril: Benjamín Blanco, Adrián Pereira, Demetrio Canelas, Manuel Paz Arauco... y nuevamente Adela Zamudio. Pensaba a menudo en los poetas de la "Antología", repetíame los versos de Quezada y una vez como un anhelo irrealizable me dije: "Si algún día llegara a escribir una poesía como ésta". Y nada más. El anhelo no volvió. No volvió por entonces.

Pero en esta vacación los nombres de la "Antología" me visitaban a diario, los versos de Quezada rimbombaban dentro de mi cabeza y un buen día me volvió el anhelo de ayer. El azar habíame puesto una rosa en la mano y el amor en el pensamiento a María. Entonces decidí componer una poesía y aguijoneado por un extraño e incontenible apremio elaboré dos cuartetas sin noción de medida ni de rima. No se me grabaron como los versos de Quezada, pero recuerdo que en ella la flor y María eran una misma cosa. Como el título de la poesía de Quezada era "La violeta", a la mía la bauticé con "La rosa". "La rosa" tuvo algunas sucesoras, pero ellas no encontraron un lugar en mi memoria.

Aquella vacación fue aun sacudida por un acontecimiento tan inesperado como grato. Una tarde que los tres hermanos andábamos por la puerta de mi tío Gil hubo tres detonaciones de dinamita en el camino de Cliza, más allá del cementerio. La curiosidad arrastró nuestros pies hacia aquel punto. Habíamos oído decir que los que volvían de las minas anunciaban su llegada desde las afueras con dinamita. Ahora queríamos saber qué minero regresaba. Era un hombre entrado en días, algo cargado de espaldas, rostro moreno y bigotudo, con un sombrero muy parecido a aquel que recordaba haber visto en años muy lejanos en la cabeza de mi tío Clodomiro. “Es él”, me dije al punto y le iba a saludar; pero él hizo abstracción de nosotros y continuó su camino. Le acompañaba un rapaz de carita muy rosada, de la talla más o menos de Dío, que a ratos tenía que ponerse al trote para no rezagarse, pues el minero andaba a pasos muy largos. No se detuvo en la puerta de mi tío Gil. “No es él — me dije desilusionado —. Si lo fuera, entraría a verlo a su hermano”. Siguió caminando, dobló una esquina, otra, tomó nuestra calle, siguió adelante y entró en casa. Era mi tío Clodomiro, que regresaba de más de diez años.

Fue convocada la familia y a mi tío le fueron hechos los agasajos que en casos como aquel eran de costumbre en nuestro pueblo. El había trabajado varios años como barretero en “La Salvadora”, donde Patiño apandó la primera pirámide de sus millones, y ahora era contratista en la misma. Casado con una chola de Uncía, ya había traído al mundo con ella cuatro o cinco churumbeles. Vivimos con él días intensos e inolvidables. No me cansaba de oírle contar la penosa y arriesgada vida de los mineros, el entrar sano y fuerte por la mañana y salir convertido en piltrafas en una camilla, o quedar sepultado adentro por una aisa, o irse al hospital con los pulmones irremediablemente socavados. El se sentía fuerte aún y pensaba que su destino era ir a seguir barrenando la roca...

Finalmente aquella vacación todavía me deparó un hallazgo literario. Mi primo Eliodoro, instalado en nues-

tra **patawasi** se había traído de las **Panpas** dos novelas: “Alegre”, de Gustavo Martínez Zuviría, a la larga convertido en Hugo Wast, y “La hija del cardenal”, de un autor cuyo nombre no recuerdo. Las devoré una tras otra con ansiosa avidez. La una contaba la triste vida de un negrito sirviente de unos señores acaudalados y la otra las vicisitudes de una muchacha de sin par belleza que cayó profanada por la salacidad de un padre libertino. La última dejó en mí una impresión imborrable con la pintura de la vida en el Vaticano y las escenas en las tinieblas de las catacumbas de Roma, en el Tíber y en el palacio del cardenal Nelliato. Años más tarde vi que aquella obra se basaba en la truculenta historia de los Borgia.

XXIV

De cómo el amor me volvió dramaturgo

Ya era alumno del tercer curso y acababa de cumplir dieciséis años. Cambiamos de local. El nuevo era un caserón que había pertenecido al presidente don Mariano Baptista y lo alquilaba su viuda doña Gabina Terrazas. El famoso orador no había dejado otro bien y era que en otros tiempos los presidentes no tenían uñas y se iban pobres a su casa. La propiedad comprendía además un huerto de frutales, donde solía dejarse ver de cuando en cuando la matrona, rigurosamente vestida de negro.

Don Víctor Rojas, el año anterior, además de su cátedra había ejercido la dirección del colegio; pero ahora no era sino director. La cátedra pasó a manos de un italiano venido de Buenos Aires, buen mozo y arrogante, que llevaba por nombre Arturo Grassi Fonseca y que desde un principio se mostró inclinado a hacer migas con los mozalillos más agraciados. No tardamos en descubrir que sus lecciones salían de la enciclopedia **Montaner y Simón**, recitado en clases con asombrosa fidelidad. No podemos alejarnos de este personaje sin dedicarle

unas palabras. Vivía con otro italiano más joven y más gallardo que él, apellidado Pumelli, que carecía de ocupación y de tanto no saber en qué invertir su tiempo a la corta se suicidó. La inclinación de Grassi Fonseca a los adonis del curso era cada vez más patente y ellos echaban bocanadas de la privanza y de las golosinas y licores finos con que eran obsequiados cuando le visitaban. Yo no sabía entonces de ese error capital de la naturaleza que es la sodomía y consideraba dichosos a los favoritos. El bachicha se desposó con una solterona tan fea como acaudalada y de inmediato entró en posesión de los bienes. Pero más tarde, sorprendido en flagrante trance de pederastia, desapareció sin rastro.

La lectura para mí se convirtió en una necesidad. Esencial, incontrastable. Echábame al colete cuanto libro caía en mis manos y cuanto jirón de periódico encontraba tirado por la calle. Francisco Rocha, Martín Cárdenas, Sh'ama Rocabado eran mis principales proveedores. Mi pasión alejóme de las tareas y aun de las clases. A poco andar aparecí entre los últimos del curso, pero continué intimando con Pérez Escrich, Ivo Alfaro, Carolina Invernizio... y ni siquiera concebí un propósito de rehabilitación.

También nosotros cambiamos de vivienda. Nos fuimos al barrio nordestal de la ciudad, entre la Alameda y el Hospital Viedma. Ocupábamos una habitación bastante amplia sobre la calle, con acceso a un corredor y a un pequeño huerto de durazneros. No bien nos instalamos descubrí que media cuadra más allá vivía una pollancona. Unas veces al irme al colegio y otras al volver solía verla asomada a su puerta o de pie en media calle como si estuviera esperando a alguien que tuviese que aparecer del lado de la Alameda. Con los días vi que no aguardaba a nadie y que el plantarse en media calle no era para ella más que un pasatiempo. Nuestra calle era poco transitada y rara vez se oía el traqueteo de un carruaje; de manera que la mozueta permanecía allí a veces horas enteras sin estorbo, quizás también porque no había nada que la reclamara dentro de su casa.

Eché de ver que era muy bien parecida y pese a que siempre se mostraba enfundada en un albo guardapolvo, su cuerpo parecía tallado por algún artista. De tanto verla como una linda estatua erigida en media calle comencé a pensar en ella y el deseo de seguir viéndola, no, contemplándola, me llevaba a mi puerta y de allí no me movía sino cuando mi madre venía a decirme que era hora de ir al colegio, o de comer, o de hacer las tareas. Y me encontré con que la imagen de María ya no era más que una mancha difusa y lejana. María no había sido nunca en mi vida otra cosa que una ilusión, un sueño. Ahora abría los ojos a la realidad, me encontraba frente a frente con una muchacha cuyos ojos se entrechocaban ya, a lo mejor, con los míos y lo que había que conseguir en adelante era que llegasen a hablarse, a entenderse.

Encendida la brasa, Carolina Invernizio, Pérez Escrich, Joaquín Belda se encargaron de alimentarla y engrandecerla, de modo que mi corazón cayó en ella como chasca en la hoguera. Inquirí su nombre y lo supe: Amalia. Hermoso nombre, digno de ella, parecido al de mi madre. Decidí conseguir que ella supiera que había un hombre que la amaba, un hombre capaz de ofrecerse por su corazón a la muerte y que ese hombre era yo. Y me puse a pergeñar una carta. No me salía. Me fue imposible expresar mis sentimientos, traducir mi pasión y hallando indefectible el allegarme a ella mediante la palabra escrita ya que no de otra manera, fui a husmear por las librerías por si encontraba algo que me ayudase. Y lo encontré. Con unos reales apandados de algún modo lo adquirí (En aquellos tiempos los libros costaban reales, no decenas ni centenas de pesos como ahora). Todo un tesoro. Era "El secretario de los amantes". Un secretario ideal. No sólo un modelo, cuando menos una decena había para un amor como el mío. Vacilando entre unos y otros acabé eligiendo uno brevísimo, especial para una tarjeta postal, que contenía palabras que parecían salidas de mi propio corazón. A decir verdad lo preferí porque tenía una tarjeta que días atrás alguien me había regalado y como era muy hermosa deseaba

ahora ofrecérsela a mi adorada. Dío se encargó de llevarla y a ojos vistas la puso en sus manos. En buena hora. Ya sabía que era amada por mí. Por supuesto, me confortaba la esperanza de ser correspondido. Como tenía hermanos o parientes pequeños, muy bien podía enviarme con alguno de ellos la respuesta. Pero no hubo tal. Más bien se lo mandaron el cañutazo a mi madre y de resultas me llevé un zurrapelo de los que sólo ella sabía enderezar. Encogido me aguanté el chubasco y en seguida me dije: "No importa. Seguiré queriéndola y escribiéndola hasta llegar a su corazón". Y me fui a contemplarla desde mi puerta como cada día.

Mi rendimiento amoroso tuvo un remate tan fortuito como subitáneo. Anocheceía sosegadamente. La hora invitaba a la meditación y hacía florecer los sentimientos más puros. De pronto, vi que por la media calle venían Amalia y su hermano. Al pasar junto a mí y con una alta dosis de sorna el mozalbete preguntó: "Este es el de la postalita?". "Sí", contestó ella. En ese instante el ídolo se vino abajo y quedó convertido en pedazos. Amalia no volvió a asomar a mi pensamiento y mis ojos huían de ella.

El "Secretario de los Amantes" se cubría de polvo en un rincón. Ajenos a él imperaban Miguel Strogoff, Fantomas, Jean Valjean... Hasta que un día vino de visita un pariente mío, primo de mi padre, pero muy joven, y carpintero. Al vagar por el cuarto sus ojos cayeron sobre el librejo y sus manos lo estuvieron acariciando y volviendo hoja tras hoja. Se enamoró de él y ya no lo soltó. Le brillaron los ojos. Y sus labios: "Dámelo. Yo te daré otro". "Muy bien", le dije pensando que podía cedérselo inclusive por nada; pero como había en perspectiva otro libro y "a la ocasión la pintan calva", no quise dejarla escapar y le dije: "Tráemelo ahora mismo". El salió de estampía y antes de nada regresó con un libro muy bien encuadernado: "Poesías completas de Juan de Dios Peza". Una joya invaluable. Sin pérdida de minuto me hundí en sus páginas. Esa, era poesía. Esos, eran versos. Bogueé por el libro como sobre las ondas de un lago encantado. Viví

horas, días de embriagador deleite. Descubrí que la poesía era el edén de la felicidad. Juan de Dios Peza bajo el brazo me iba al colegio, lo leía en los intermedios y a veces en las clases de dibujo y música. Si me sorprendían los profesores, me arrojaban del aula y yo me iba feliz a seguir leyendo en el huerto de doña Gabina, a la sombra de los árboles.

Meses atrás una poesía de Quezada había encendido en mí el anhelo de escribir versos. Ahora Juan de Dios Peza convertía de golpe aquella acucia en necesidad. Imperiosa, indeclinable como el volar para los pajarillos, como la de dar color y perfume para las flores. Y comencé a escribir. Describí el pequeño huerto de mi casa, el frondoso bosque de álamos de la Alameda, el huerto de frutales de mi colegio, los atardeceres en la campiña. Todo en versos labrados a mi modo, sin ley ni traba alguna, seguro de que más o menos así versificaban todos los poetas. No dejé de descubrir que en Peza unos versos llevaban iguales terminaciones que otros: río y frío, campana y mañana. Pero esta quisquilla me la reservaba para cuando me hiciera versado y aprendiera mejor el manejo del idioma.

De un momento a otro María volvió del olvido, se hizo otra vez dueña de mi pensamiento y entró de lleno en mis versos. Vertía en ellos la intensidad de mi amor, su perennidad y mis esperanzas. Como nunca sus ojos se habían posado en mí ni el timbre de su voz llegado a mi oído, les inventé una terneza parecida al rosa delicado del alba y a la música arrulladora del fontanal. Pero a todo esto, cuando me ponía a escribir le dejaba a Peza esperando en la puerta y no permitía que viniera a inmiscuirse en lo mío.

Peza además vino desgastándose, perdiendo sus colores y su embrujo. Entonces vi la necesidad de relevarlo y pensé en la "Antología" de marras. Tuve que decirle a mi madre que nos habían pedido un libro en el colegio. En casos así ella no trepidaba en abrir la bolsa y nos encaminamos a la librería. No había la tal "Antología", pero me ofrecieron "Poetas bolivianos", de Plácido Molina y Emilio Finot. Mejor que mejor. Con

este libro viví días tan intensos, tan dichosos como con el de Peza. Y más, porque había en él toda una legión de poetas admirables, y de mi tierra. No encontré una poesía que no me pareciera admirable, de consumada belleza. Como el anterior, iba conmigo al colegio y más que aquel pasaba de mano en mano y hasta lo tuvo toda una mañana el profesor de Gramática.

De pronto los periódicos dijeron que en Europa había estallado una guerra que estaba desangrando a media humanidad. Alemania y el Imperio Austro-húngaro contra Francia e Inglaterra. Una hecatombe siniestra. Las crónicas describían las batallas más encarnizadas, ríos de sangre, montañas de cadáveres. Los Zepellines de Guillermo bombardeaban de noche París; apareció el tremendo cañón "Berta" con trayectoria de sesenta kilómetros; aparecieron los primeros aviones... Pero todo aquello se producía fuera de mi mundo. De modo que yo sólo vivía para los poetas, para mis versos y para María.

Entretanto los exámenes finales se nos venían como la tempestad que se anuncia de lejos con relámpagos y truenos. Exactamente. Así, como una tempestad habrían de ser los exámenes de aquel año para mí. Me encontré con que me había retrasado mucho en las tareas y atropelladamente me puse a copiarlas de prestado. Luego vino el arduo período de preparación entre los alfalfares de Las Cuadras, un buen puñado de coca hinchando un carrillo, todo como los años anteriores. Pasé dando traspies y sudando frío ante los tribunales; pero no fui reprobado en ninguna asignatura y a mi madre me presenté con el curso vencido y candidato al cuarto, y ella me premió con un raudal de lágrimas de alegría y un buen terno de casimir.

Aquellas vacaciones habían de ser singularmente agitadas para mí a causa de mi amartelamiento, que se valió de mi inclinación a las letras para tratar de conseguir que María pusiese los ojos en mí y yo pudiera entrar en su corazón. Como el año anterior, sólo podía verla los domingos en la misa de mediodía. La esperaba en la puerta de la iglesia y tan pronto como aparecía

iba en su alcance decidido a abordarla; pero conforme se acortaba la distancia se me cortaba el aliento y de mi mente huían las palabras. Ella seguía imperturbable su camino, del todo ajena a mi conflicto, en tanto que yo me alejaba como el combatiente derrotado en una batalla. Cerrado este camino, resolví hacérmele visible, importante, atraerla por otro medio. Escribiría unas comedias y las representaría yo mismo ayudado por los otros colegiales. Lástima que don Medardo Alurralde se hubiese marchado del pueblo. Con él y su "Juana de Arco" y sus otras piezas todo habría marchado como sobre ruedas. Pero no importaba. Me emplearía a fondo y costara lo que costase vencería todos los obstáculos y nada me detendría hasta verme en las tablas encarnando a los personajes de mi propia creación. Por descontado que María y su padre se hallarían entre los espectadores. Todo dependería de preocuparse adecuadamente de la propaganda.

Desde mi más tierna infancia había odiado la bebida y ante todo la borrachera, por ser causantes de muchos sufrimientos de mi madre y aún de los míos. Ahora se me ofrecía la coyuntura de exponer y acentuar en público mis abominaciones y poner en solfa a los borrachines. Antes de iniciar el trabajo hallé prudente sondear a los colegiales; pero ellos me dieron las espaldas, excepto Semíramis Jaldín y su hermano, que de principio a fin se mantuvieron a mi lado. Con mis hermanos éramos cinco y escribí la obra con ese número de personajes. Vapuleé sin misericordia a los bebedores, los satiricé en todos los tonos y les atribuí todas las ruindades. Me dió para dos actos. Ahora el título. En el colegio circularon unas novelas de Ivo Alfaro con títulos harto llamativos: "Malditas sean las mujeres", "Malditos sean los hombres", "Malditas sean las suegras" y no sé cuántos malditos más. Las leí todas, pero acabé riéndome porque para el autor no había en el mundo un ser humano que no fuera maldito, y les puse una acotación, claro, para mi capote: "A otro can con ese hueso", leída en alguna parte. Pero ahora el epíteto me caía de peri-

llas, cogílo al vuelo y se lo endosé a mi comedia, debidamente conformado: "Maldito sea el alcohol".

La función debía darse forzosamente en tres actos y me faltaba uno. Pero el amor qué prodigios no consuma. Hasta pincha el chirumen. ¡Hasta enciende los alcances! Sobajando y picaneando la sesera concebí un nuevo tema, lo entrañé ansiosamente y al cabo tuve un parto intrincado y desgarrador y al crío le puse por nombre "La vanidad y su castigo". Tenía bastante. Pero en una revista encontré un cuento subyugador y singularmente apropiado para su dramatización y sin pensarlo mucho emprendí la tarea. Otra comedia en un acto. En esos días un estudiante de cura que ya hacía ondear la sotana y sabía mis afanes me suministró un bonito argumento. No lo eché en saco roto y aderecé una nueva pieza. Con una más tendría para dos funciones. ¡Dos funciones! Era de esperar que María se dejara seducir por alguna de ellas. En el libro de Juan de Dios Peza había un muy largo monólogo cuyo personaje era un veterano de la guerra de la emancipación mexicana. Todo lo que allí se decía era asimismo aplicable a lo nuestro. Y lo adopté, y reservé para mí el engorroso papel, sí, engorroso, pues no era fácil meterse en la mollera semejante enjambre de versos.

Mis actores aprendieron muy bien sus papeles, los ensayos marcharon a pie enjuto, en la forma más prometedora, dejándome satisfecho y con la esperanza de encandilar a María.

Cuando hallé oportuno fui a hablar con el cura, decidido a ofrecer las funciones a beneficio de la iglesia, que aun no estaba terminada. Como era de esperar, el cura me tomó en serio, sin reparo alguno y se puso, como se dice, a mi disposición. Escogimos como teatro un muy amplio salón con que contaba la casa parroquial y ya fijamos las fechas de las representaciones.

El programa, esmeradamente redactado por mí y corregido por el cura, fue impreso en Punata, en una imprenta que parecía una superviviente de los tiempos de Gutenberg y contaba con una prensa que era toda una reliquia; su manejo exigía las fuerzas de un titán y el

papel debía ser previamente mojado para no quedarse adherido a la plancha. Sin que importara cómo obtuvimos un hermoso programa y su difusión corrió a cargo de los cinco actores. Yo me asigné la calle de mi adorada con la esperanza de verla en su casa y poner la hoja en sus manos. Entré hasta el patio y no había un alma viviente, ni siquiera sus hermanas, ni tan siquiera la criada. Esparcí unas hojas por el suelo y me retiré desencantado. Pero en mi esquina me lo vi a su padre, con sus botas de montar y su guarapón de hacendado, leyendo con los cinco sentidos un ejemplar que antes yo había pegado en la pared de doña Ceferina. “¡Eso es! — me dije —. Irá siquiera a una. Irá con María”. Y renació mi optimismo.

El escenario fue armado con adobes, vigas y tablores llevados a lomo por Semíramis y por mí, con la ayuda de los otros actores. De una y otra parte conseguimos sillas y otros elementos indispensables que nos permitieron contar con bambalinas, bastidores y todo. Ahora me pongo a pensar y no comprendo de dónde sacamos tantas fuerzas y tanto ánimo para acometer semejante empresa y realizar esa serie de trabajos que se hallaban por encima de nuestra capacidad de imberbes mozalbetes.

Nos presentamos con un himno a nuestro pueblo, compuesto por mí y con música de Corsino Ferrufino, sobriño del cura y logramos impresionar bien al público. En la comedia antialcoholista León hizo las delicias de todos en su papel de azumbrado, astroso, botella en mano, haciendo eses y monerías en el escenario. Sus loas a la bebida arrancaban risotadas y hasta aplausos, en tanto que yo, en mi papel de moralista y fulminador de anatemas, fui obsequiado con el más indulgente silencio. “La vanidad y su castigo” no resultó del todo mal y el público, que según el arqueo de la recaudación había llegado al centenar, se fue contento y comentando las jaugadas de León, y los actores y el cura quedaron felices. Menos yo. Yo me vi envuelto en un vacío inmenso y vi mi esperanza por los suelos. María pagó mis sacrificios con su ausencia. Sólo me sostuvo la expectativa de la

siguiente noche. Quizás acudiría a verme de héroe mexicano, movida por los comentarios favorables que a no dudar llegarían a sus oídos.

La segunda noche tuvimos un público igualmente considerable. Yo me empleé a fondo en mi papel de veterano de la independencia mexicana, en uniforme de artillero y barba blanca hasta el pecho. El uniforme era propiedad de mi primo Octavín, recién egresado del cuartel, y la barba salió del pellejo de un morueco sacrificado días atrás por mi madre. Pero quien se llevó la palma esta vez fue José Luis encarnando a un viejo engañabobos y boquiblando, cuya imaginación portentosa y jocunda dejó boquiabiertos a los espectadores. José Luis era un chiquillo de doce años, que trabajaba ya con su padre, harinero, y así ayudaba al sostenimiento de su hermano Semíramis en el colegio. No sobrevivió con mucho a su triunfo, pues antes del año fue atrapado por una máquina en los molinos de Wayrapunku y vino a morir en el Hospital Viedma.

Pero María me reiteró su mal pago dejándome otra vez en vacío, con lo que mi desesperanza fue definitiva y resolví enterrar mis ilusiones y alejar de mi pensamiento la imagen de ella y a fin de que no quedara ningún rastro suyo hice de mis comedias un montón y le prendí fuego. Y en ese mismo fuego quemé uno a uno todos los versos que hasta entonces había compuesto.

XXV

Mi único idilio

Había escalado una mitad de la escabrosa cuesta y con arrestos renovados daba los primeros pasos en la otra mitad. Lejos aún se veía la cumbre, pero en ella se esbozaba ya, envuelta en nubes, la ciudadela del bachillerato. Ahora era un alumno de campanillas, es decir, de los cursos superiores y hacía gala de haber ganado las viejas galerías del Colegio Sucre, aunque esto sólo era debido a que el Bolívar no contaba sino con los inferiores.

Me sentía un joven hecho y derecho. Apuntábame promisorio el bozo, en la barbilla aparecían negros y breves pelillos y ya no soltaba gallos como el año anterior. Pero mi corazón era igual que una casa vacía. Cuando se ha aprendido a amar, el amor se hace más indispensable que el aire y que el pan y es preciso que la casa tenga su habitante. Un día me encontré en una ventana con dos ojos que parecían dos manojitos de violetas en un campo de azucenas. Otro día me los volví a encontrar y al día siguiente y después cada día. Y ya no podía dejar de ir en busca de ellos y ellos estaban siempre en su ventana. Tomé posesión de la esquina y desde allí mandaba requiebros con mis ojos a los manojitos de violetas. A la salida del colegio y los domingos y a veces por las noches me plantaba en mi puesto durante horas enteras y no me retiraba sino cuando ella parecía decirme: "Hasta mañana" y cerraba la ventana. Y así no eran raros ni baladíes los rapapolvos que con tal motivo me llevaba en casa; pero no por eso abandonaba mi esquina, pues aquellos manojitos de violetas ya eran parte de mis ojos y su dueña habíase instalado en mi corazón.

Su nombre, Elvira. Yo ya la amaba y, aunque no la había dirigido aún el primer saludo, pensaba que el encontrarse cada día con mis ojos colgados de su ventana era suficiente para que ella comprendiese que en mí tenía un rendido adorador.

Una tarde encontré ocupada mi esquina. El intruso estudiaba en un curso paralelo y no era mi amigo. "He aquí un rival", pensé y acerquéme bufando, pero sólo en mi interior. Me detuve a un paso de él con aire de desafío y en seguida noté que no me hacía más caso que a una mosca, pues daba la espalda a mi ventana, con lo que comprendí que el imán para sus ojos se encontraba al lado opuesto y como una brisa fresca me vino a besuquear el sosiego. A poco apareció de esa dirección una mozuela rubicunda, como pocas bonita y pasó junto a nosotros asaeteada por los ojos de mi fortuito a látere. "He aquí un hombre de gusto — pensé —. Se escogió a una real chiquilla". La real chiquilla se

detuvo en mi ventana, charló un minuto con la dueña de mis pensamientos y entró en la casa.

La tarde siguiente no sólo éramos dos. Uno tras otro vinieron tres, cuatro, todos amigos míos y del otro, de modo que aparecimos haciendo grupo y garrulando. Y lo notable, todos, menos yo, hechizados por la rubicunda. Y lo más notable aún, ni pizca de celos entre ellos.

En adelante, principalmente por las noches, la esquina hervía de mozalbetes, todos atraídos por la misma. Sólo yo, ajeno al abejero de tantos donjuanes, permanecía con los ojos enredados en la ventana. La rubicunda, Rosa de nombre, vivía muy cerca de la esquina y por lo menos una vez por noche se dirigía a la casa de Elvira. Tan pronto como aparecía, los tenorios aprestaban sus corazones como ramilletes y a su paso se los arrojaban a sus pies. Ella pasaba muy serena, los ojos en el vacío, como si aquella serie de homenajes le importara un ardite.

Una noche apareció entre los donjuanes el Sh'ama Rocabado, mi muy dilecto compañero. Habíase enamorado de Emilia, hermana mayor de la real chiquilla, morocha salerosa y esbelta que algunas veces pasaba también por la esquina produciendo todo un remezón en el pecho de mi amigo. Mi amigo amaba con angustia, con desesperación y poníase fuera de sí el día que la amada no se le dejaba ver. A veces ella iba con sus hermanas hacia el centro de la ciudad y él se largaba en su seguimiento. No importaba que demorasen horas en el comercio o en alguna visita, a él se lo veía regresar sin falta detrás de las muchachas. De lo demás, su amor marchaba exactamente como el mío. Ninguno de los dos hablaba con su dulcinea, ni siquiera se saludaba con ella; pero cada cual vivía el más intenso drama de amor en sus ensueños y yo abrigaba la esperanza de verme un día pelando la pava con Elvira y mi compañero ya se hacía planes de petitorios y aun de esponsales.

Entretanto en el colegio me sorprendían revelaciones increíbles en el terreno que más quería. Antes me figuraba que los versos eran renglones cortos agrupados por el simple arbitrio del autor. Ahora el profesor nos

decía que ellos para llamarse tales debían someterse a determinadas leyes y que éstas eran tratadas por un arte llamado métrica. Cómo había yo de sospechar que las sílabas debían ser contadas, y cumpliendo ciertos requisitos, y las palabras ordenadas de modo que sus acentos cayeran en puntos de antemano señalados. Y la diversidad de versos según el número de sus sílabas, y las llamadas cláusulas rítmicas, y las licencias poéticas, y la rima, y las estrofas, y las clases de composiciones... Yo me bebía las lecciones como un néctar sin igual y en llegando a casa redactaba las tareas con ejemplos salidos de mi propio magín y las horas libres, robándoselas a los manojitos de violetas, pero en obsequio de ellos, las llenaba de romances, de silvas, de madrigales, de sonetos... Era que en aquellos tiempos, en el colegio, se aprendía también la manera de hacer versos; no como en los actuales, que sólo se aprende a no hacer nada.

La pasión de mi amigo era cada vez más violenta, más desesperada y por no alejarse de la esquina dejaba de ir a veces al colegio. Un día me pidió que le arriara el hombro. “Si eres mi amigo — me dijo — lo harás. Si no, ¡abur!”. “Lo haré — le prometí resueltamente — ¿porqué no?” Entonces él extrajo del bolsillo un sobre y me lo entregó. “Dáselo a Emilia”. En ese instante un frío estremecimiento sacudióme el ser entero; pero la palabra estaba empeñada y, como aquella amistad me era muy cara, resolví cumplirla. Yo que me desatentaba a la sola idea de acercarme a la ventana de Elvira, debía poner nada menos que una carta de amor en manos de una mujer para quien era yo un perfecto desconocido. ¡Pues y qué!, lo haría.

Anduve de suerte. No había aun nadie en la esquina y a poco de haber llegado la vi salir de su casa. Corrí a su encuentro y con un remilgado saludo le tendí la carta. “¿Suya?”, preguntóme tomándola. “No, señorita”, dije azorado y me alejé atropelladamente.

Fue un baño de alivio para mi amigo. “Si la ha recibido — dijo — puede haber una respuesta favorable”. Y en sus ojos y en sus palabras y en todo él se reflejaba la esperanza.

Si mi amigo acababa de declararse a su amada por carta, ¿por qué no podía llegar yo por el mismo camino a la mía? Mis posibilidades eran mayores, pues ya me consideraba ducho en el trato de las Musas, me serviría de ellas y sin requerir el hombro de nadie yo en persona iría a deslizarse de noche el sobre por alguna rendija de su ventana... Sin gastar el tiempo en bagatelas labré mi declaración en un centenar de endecasílabos en los cuales decanté su belleza e hice llamear el fuego de mi pasión. El sobre fue deslizado exactamente como me había imaginado y al día siguiente, a la salida de clases, muy esperanzados fuimos los dos a apostarnos en nuestra esquina. Contra su costumbre, Emilia se hallaba asomada a su ventana. No bien me vió, me hizo una señal. Al tenerme junto a su reja y tendiéndome el sobre de la víspera me dijo: "Devuélvaselo a su amigo y dígame que siento no poder quererlo. Que se despreocupe, que me olvide. No lo puedo querer". No encuentro palabras para reflejar el hundimiento de aquel corazón. Bajó la frente y, seguido de mí, tomó en silencio el camino de su casa. Comprendí que necesitaba un arrimo, una voz de amigo y me quedé con él hasta por la noche. Y al día siguiente. Y al subsiguiente.

Elvira adoptó otro temperamento, no franco y conclusivo como Emilia, pero quizás más inclemente. Mis endecasílabos no tuvieron respuesta ni me fueron devueltos. Ella en su ventana, ya no me ofrecía el intenso azul de sus manojitos, vueltos ahora al otro lado. Pero yo no renunciaba a la esperanza y seguía yendo a engrosar el enjambre de los galanes en la esquina, dando tiempo al tiempo y pensando ya en una nueva andanada de endecasílabos.

Una mañana de domingo presentóse el Sh'ama muy temprano en casa, tranquilo y risueño para asombro mío. Quería ir conmigo a la heredad de sus abuelos y como incentivo ponderó la variedad y abundancia de fruta que allí había. Obtenido el permiso, tomamos el camino de Sacaba. Era una clara y apacible mañana de marzo, bajo un sol aquiescente, por un camino sombreado por filas de álamos y sauces. Mi amigo se burlaba ahora de su

amartelamiento y ante todo de sus tribulaciones. “Donde hay unas hay otras”, me dijo con una risita un tanto falsa, y añadió: “Ya me estoy mirando otrita, más guapa que Emilia”.

Caminamos algo más que una legua. Y llegamos. A la orilla del camino, a la sombra de un árbol, una matrona ya entrada en días y vestida de negro vigilaba a media docena de labriegos que cavaban patatas. Mi amigo la abrazó y besó con un “Buenos días, abuelita”. Ella acarició largamente al nieto, lo besó varias veces, y abrazándome a mí, “¿Es tu amigo? — le dijo —. Llévatelo a casa”.

Bordeamos maizales y cuadros de hortalizas. Perdida entre una arboleda densa y ancha se encontraba la casa, amplia y cómoda, con un corredor enladrillado que daba a un jardín. Una muchacha morena y muy agradecida ponía en orden los muebles de una salita con gobelinos y retratos familiares en las paredes. Mi compañero la abrazó y besó y volviéndose a mí: “Mi tía María”, me dijo. Ella tendióme la mano con una sonrisa y luego me señaló una silla: “Tome asiento”. No bien me hube sentado, la puerta se llenó de una aparición: una jovenzuela en cuyo semblante florecía una dulzura inefable. Me puse de pie maquinalmente, ganado por el asombro. Mi amigo la abrazó con efusión y, vuelto a mí, me dijo: “Mi tía Filomena”. Como su hermana, pero sin sonreír, ella me tendió la mano. No necesitaba sonreír. La dulzura de su semblante era por sí sola una merced.

—Aquí se viene a comer fruta — dijo sonriendo la mayor —. Ahí tienen ustedes la huerta.

Yo habría preferido seguir inundándome de aquella singular ducedumbre, pero tuve que seguirle a mi compañero. El se encaramó a un molle corpulento por cuyo tronco trepaba una rebultada cepa y a poco descendió con dos enormes racimos de uvas negras y enormes como aceitunas. Sabían muy bien. Pero ante todo yo tenía la retina henchida de la dulzura inefable de aquel semblante y pensaba en que entre la tía y el sobrino no había diferencia de edad. Mi amigo se encaramó ahora a un duraznero de los llamados **cuaresmillos**, porque los

otros ya habían sido del todo despojados, y dejó caer gran cantidad de frutos pequeños y amarillos cuyo sabor y aroma iba él gustando y ponderando mientras que mi pensamiento galopaba por parajes inesperados. Filomena — ya lo había leído en alguna parte — era el nombre poético del ruiseñor. Filomena, y también filomela. El nombre y aquel semblante animado de tan maravillosa dulzura hacían de la jovencita un poema. Si por entonces entre mis genios tutelares se hubiese ya alineado el Dante, la imagen de Filomena habría despertado en mí la de Beatriz. Y si Leonardo, habría afirmado que Filomena no precisaba la iluminación de una sonrisa para fascinar como la Gioconda. Mi compañero aupóse luego a un manzano y soltaba de entre las ramas una profusión de pomas doradas y fraganciosas en tanto que yo seguía pensando en la tía menor. Ella me había mirado con ojos acogedores y mi mano había disfrutado de su mano suave y delicada como el cuerpecillo de una tortolita. La primera mirada de mujer que bañó la aridez de mis días, la primera mano de mujer que palpitó entre la mía como el manso pecho de una avecilla.

—Tú no comes — se extrañó mi amigo —. ¿En qué piensas?

—En nada — contesté sonriendo con cierta reserva.

—Apostaría que en Elvira...

—Si tú me has dicho que “donde hay unas hay otras”.

Me vendí, pero él no se dió cuenta, quizás porque ya estaba trepando a otro manzano.

—Come, hombre, “que de éstas hay pocas” — rió soltando una tras otra enormes y arreboladas manzanas.

Comí. Seguí comiendo hasta que nos llamaron a almorzar. Nos sentamos a una mesa muy larga instalada en el corredor. Filomena hallábase enfrente de mí y a sus espaldas se extendía el jardín y era como si la estuviera enguirlaldando con sus dalias y sus arrayanes. Era una muchacha trigueña cuya mirada hacía pensar en los amaneceres apacibles y en sus maneras y en toda ella se evidenciaban la sencillez y el recato. Atraía

su cabello, apenas un algo castaño, pero singularmente fino y sedoso, recogido atrás en un rodete. Su blusa de blanca seda en vano se empeñaba en esconder los atractivos de su delgado y esbelto cuerpo. Y su acento, reposado y armonioso, fluía con la naturalidad del agua del manantial. Así la iba examinando mientras consumía las viandas que la hermana me ponía delante. Pero mi polo magnético era la dulzura inefable de su faz. De cualquier punto de su ser, de su cabello, de sus manos, de su cuerpo, de sus palabras, mis ojos volaban a posarse en aquella dulzura igual que la abeja que ha encontrado un cáliz inagotable.

—Dicen que usted hace versos — me dijo de pronto.

—Me estoy ensayando, señorita — repuse todo encendido.

—Dicen que escribe mucho.

—Sí... pero nada más que tanteos.

—¿Ya publicó algo?

—De dónde... Ni pensarlo...

—¿Tiene algún verso aquí?

—No.

Mentí. Llevaba muchos en el bolsillo, todos para Elvira, inclusive unas decenas de endecasílabos, parte de la segunda misiva que tenía resuelto hacérsela llegar. Me vino un escalofrío a la idea de que me pidiera que leyese algo. Por suerte ese contratiempo no me sucedió.

Aquella mujer hecha de suavidad y de dulzura era la primera que en mi vida departía conmigo y mostraba interés en lo mío, en lo que mayor importancia tenía para mí.

Apareció un mozalbillo escopeta al hombro, con una sarta de **k'itapalomas** que había cazado. Era el menor de los tíos de mi amigo, ya conocido mío, remolón para el estudio y chalado por la caza. La hermana mayor le recibió con una buena rociada por haberse pasado la mañana fuera de casa; pero él, como quien oía llover, sentóse a la mesa y almorzó con envidiable apetito.

—El postre, en la huerta — nos dijo después con un amplio ademán María.

Hacía un buen momento que yo iba rumiando un

propósito. Acordándome de Hernán Cortés y como si viniera a cuento me decía: "Quemaré mis naves". Tan pronto como tío y sobrino se encaramaron a los árboles, corrí hacia un estanque que se veía a un lado de la casa. Allí, a la orilla, convertí en trocitos muy pequeños todos los versos que me habían estado ya pesando como plomo, y los arrojé al agua. Y Elvira se hundió con ellos definitivamente.

Al caer la tarde hubimos de despedirnos. Nuevamente me bañé en la dulzura inefable de aquel semblante y tuve en mi mano la mansedumbre y el calor de aquella tortolita que era su mano. Pero aquella dulzura y aquel calor y la poesía de su nombre y su ser entero se fueron conmigo, llenando mi corazón y mi vida para siempre.

Me pasé la semana pensando en una nueva visita; pero llegado el domingo y ya a punto de partir, mi amigo me hizo la honra del ahorcado; prefirió irse a amaitinar a su nueva dulcinea. Si no fuera el azar, que acudió en mi auxilio, habríame quedado en la estacada. El azar se encarnó en el tío menor, aparecido delante de mí no sé de cómo ni de dónde, escopeta al hombro.

—Vamos a cazar — me propuso —. Vas a ver cómo atrapo perdices.

Como me sobraba el tiempo y se me ofrecía la probabilidad de tomarme el desquite, accedí a la propuesta, y, en camino. Ascendimos por **Ch'akimayu** y echamos por la pedregosa falda de la cordillera. De súbito y con el consiguiente sobresalto mío voló con su **churrrr** característico, casi de mis pies, una perdiz. Al instante hubo un disparo y a una veintena de pasos el ave cayó a plomo. "¿Has visto?", me dijo después el mozalbillo. El **churrrr**, el escopetazo y el "¿Has visto?" se repitieron muy de trecho en trecho, varias veces, sin una sola falla. Antes del mediodía, sudorosos y cansados llegamos con media docena de perdices a Chacacollo, esto es, a la casa.

La encontré rodeada de un grupo numeroso de chachos colgados de sus manos, hasta de su vestido, haciéndole arrumacos y chillando como jilgueros. La llamaban

“tía Filiquita” con mucho cariño y le pedían que los llevase de paseo. Ella se defendía con un “Más tarde” repetido pacientemente y por último: “Primero el almuerzo”, con lo que la dejaron libre y pudieron mis ojos encontrarse con los suyos, serenos y afables, y mi mano ceñir la cálida suavidad de su mano.

La mesa resultaba ahora pequeña. Fui presentado al padre, ya en plena edad proveya, partidario del énfasis y del gracejo. La madre, matrona en cuyo semblante se reflejaban la bondad y la discreción. Conocí a una nueva hermana, la mayor entre las tres, Carmela.

Terminado el almuerzo los pequeñuelos y su tía menor se perdieron por un sendero que bordeaba la huerta. Mi corazón se iba quedando como un corderillo sin amparo; pero vino en mi auxilio Carmela, hízome pasar a la salita como a una visita de categoría y allí nos pusimos a conversar sobre una diversidad de cosas. Ella era ocurrente e inquiridora. Como su hermana la vez anterior, aludió a mi afición a los versos y me preguntó si tenía alguno. Con el mismo escalofrío de marras mentí. Ahora llevaba en el bolsillo algunos ya inspirados por mi Filis, pero tuve miedo hasta de que lo sospechasen. La llamaba así, Filis, a la dueña de mi vida porque había visto que los poetas antiguos con ese nombre conocían a la mujer amada. Mas tampoco yo me quedaba atrás en cuanto a curiosear y de esa manera supe que mi Filis tenía ocho hermanos, entre los cuales sólo dos eran varones. El mayor de éstos hallábase recién casado y los chiquillos que andaban por ahí eran hijos de las hermanas mayores.

En un rincón vi una guitarrica cuidadosamente encerrada en un estuche. La pregunté si la tocaba y en respuesta ella la alzó, la extrajo de la caja y empezó a puntearla con harta finura. Luego cantó con voz muy dulce y suave una canción que oí muchas veces en Arani, en labios de María, la Antezana, amiga muy querida y recordada:

**“Una palomita
que me la crié**

**viéndose con alas
ay vidalita y
volando se fue”.**

El colegio marchaba ni más ni menos que el año anterior, entre bandazos y resbalones. Ocupábame del estudio en la medida indispensable para sortear el aplazamiento. Creía que mi vocación me llevaba por el camino de la poesía y que las Musas me habían elegido para que viviera de las linfas de Castalia. No faltaba de clases, pero en algunas de ellas, ante todo en las de Matemáticas, mientras el profesor se enfrascaba en las ecuaciones, me perdía en los floridos laberintos de algún libro de versos. De lo demás, leía donde y como podía. Y fui embebiéndome de Antonio Plaza, Manuel María Flores, Manuel Acuña y otros románticos mexicanos. Y en los **Parnasos** de los países latinoamericanos que difundía la Editorial Maucci de Barcelona. Para adquirirlos engañaba a mi madre; decíale que en el colegio nos habían pedido libros, así, sin concretar. Tratándose de libros para el colegio, ella no reparaba en los gastos, iba a la librería conmigo y desembolsaba la cantidad que fuera. Pero yo me cuidaba del exceso: dos o tres volúmenes en cada vez. Leídos los libros, los iba prestando y prestados leía otros nuevos.

Hice de la Alameda mi Parnaso. En aquel bosque de álamos maravilloso invocaba a las Musas y soñaba con mi Filis y hacía versos para ella. Mis herramientas eran un diccionario, un lápiz, un jebe y unas hojas de papel. Sentado en un banco frente al templo del Hospicio, arrullado por los pajarillos desde la alta fronda y rodeado de un sosiego siempre auspicioso, medía las palabras, conformaba las cláusulas, elegía las consonancias o asonancias y encerraba en ellas lo más puro de mis sentimientos y lo más noble de mis aspiraciones.

El templo era frecuentado por un parvo grupo de jovencitas beatas. A la salida pasaban casi siempre y a veces a propósito muy cerca de mi banco haciéndose señas entre sonrisas y visajes y más de una vez oí que alguna, señalándome con un ademán, decía: “el loquito”.

Hasta que una ocasión me pusieron a prueba. Una de ellas dejó caer su **denario**. Era una mozuela muy gorda, muy blanca y muy bonita, siempre arrebujaada en una **verónica**, de quien más tarde supe que era Lola Mariscal. Yo corrí a alzar la menuda sarta y con toda la cortesía que pude la puse en manos de su dueña. Sin embargo ellas me siguieron mirando como al “loquito” y las señas y sonrisas y visajes los trocaron por sinuosas miradas de lástima. Pero lo que ellas pudieran pensar y aun hacer conmigo me tenía perfectamente sin cuidado, pues ya conocía el famoso estribillo aquel de don Luis de Góngora y Argote: “Ande yo caliente - y ríase la gente”.

Para mis excursiones a la heredad de mi Filis no debía contar ya con el sobrino, cada vez más seducido por Victoria. su nueva dulcinea, y al mismo tiempo más faltón de clases. Cuando no hallaba un introductor me pasaba horas enteras vagando por las inmediaciones de su casa de la ciudad por si ella anduviera por ahí. Como que un domingo, de tarde, vi que ella salía de la casa con su hermana María y tomaba la calle de la **Muyurina**. Entonces hice por mi calle un gran rodeo, a la carrera, aparecí dos cuadras delante de ellas y como si estuviera de paseata y el encuentro fuera casual, hecho un hombre cortés les hice las atenciones y las acompañé con el corazón que iba de rodillas y ebrio de felicidad hasta el río. Iba a seguir adelante, pero mi Filis, trocando en su rostro la dulzura por el ceño, me dijo: “Ni un paso más”. Y tuve que despedirme.

No tenía en quien apoyarme y érame imposible dejar de verla. Debiendo llegar de cualquier modo a la heredad los domingos, discurrí como un medio la caza. Un religioso franciscano, hermano de mi padre, poseía un riflecillo de salón y no halló inconveniente en pres-tármelo dotación y todo.

Nos encaminamos muy de mañana los tres hermanos, cazamos en el trayecto un par de palomas y sin ánimo para presentarnos de buenas a primeras en la casa, anduvimos merodeando por las inmediaciones, con la esperanza de ser descubiertos por Luis, el hermano caza-

dor Disparé contra un pajarillo que vi en un árbol, a la orilla del estanque; disparé contra otro y antes del tercer disparo tuvimos la tabla de salvación, es decir, el hombre que esperábamos. Y el camino estaba abierto.

Domingos como aquel se repitieron de seguida, hasta que Luis y mis hermanos armaban magníficos planes de caza para los domingos sucesivos allanándome así el acceso a la presencia de mi Filis. Además, una de las hermanas mayores de ella, Rosa, vino a instalarse con su familia muy cerca de nosotros y su hijo mayor, René, de ocho años, se amistó con Dío y venía a menudo a jugar con él. A mi vez, me daba modos para visitarla a Rosa, pues ya oí en alguna parte que “por la peana se besa al santo”. Ella sostenía un enojoso litigio sobre un yunga que poseía en el Chapare y como el marido se encontraba allí no me fue difícil convertirme en su gestor. De esa manera tuve que ir una noche con un recado urgente a Chacacollo, donde encontré de visita a un primo hermano de mi compañero el Sh’ama. Vestía con asombrosa elegancia y a ojos vistas cortejaba a mi Filis. Me sentí perdido, miré mi ropa pobretona, mis botines gastados y me dije: “Infeliz de mí. Tengo en éste un rival invencible”, y pasé una noche toledana. Pero por la mañana, cuando me despedía, mi Filis me acompañó hasta el punto donde acababa la huerta y como si quisiera disipar mi desaliento, junto con apretarme la mano me hizo merced de la más tierna de sus miradas y de la más dulce de sus sonrisas.

En el colegio mis cosas, como de costumbre, andaban a trompicones, aunque no del todo mal. Si las beaucas de la Alameda me creían “loquito”, los colegiales me tenían por **chiflado**, me echaban a chacota y reían a mi costa. Yo tenía que hacer, como se dice, de tripas corazón y soñaba con una lejana, pero inflexible vindicta. Entre mis compañeros, empero, no todos me chufleteaban; había algunos comprensivos e indulgentes. Uno de ellos, Fabio Soria, hermano de la lejana María, me introdujo en un pequeño círculo literario de colegiales que llevaba el pomposo nombre de “Ateneo de Estudiantes”. En él me vi exactamente como la planta que ha

encontrado el terreno y demás condiciones favorables para desarrollarse y frutecer. Necesito nombrar a mis compañeros de aquel magnífico grupo: Alberto Jordán Virreira, Eduardo Anze Matienzo, Julio César Canelas, Gabriel Guzmán Zapata, Francisco d'Avis Sainz, Luis Laredo Quiroga, Fabio Soria y Nataniel Urey. Teníamos un presidente honorario: Joaquín Espada y dos socios de igual jerarquía: Joel Camacho y Félix Capriles, los tres ya estudiantes de la Facultad de Derecho. Nos reuníamos una vez por semana, pero todos puntuales y trabajábamos con extraordinario tesón, presididos casi siempre por nuestro presidente honorario. Nuestras sesiones eran en sumo grado animadas: uno de nosotros, señalado de antemano, por turno, leía una composición original, la cual era en seguida juzgada por cada uno y luego pasaba a manos de otro para su crítica por escrito. Se leía la crítica a la lucubración presentada en la reunión anterior y se la comentaba enmendándola o confirmando. Finalmente se leía un poema o un capítulo de algún autor célebre traído comúnmente por Espada y cada uno emitía asimismo su criterio sobre él. Nuestro trabajo resultaba ameno y útil y para mí era igual que la lluvia bienhechora para las plantas. No puedo olvidar que mi estreno fue para mí sensacional. Leí una composición elaborada con todos mis cinco sentidos y el socio honorario don Joel Camacho dijo en seguida: "No creo que este chico sea el autor de esta poesía. Aquí debe haber plagio. Se habrá copiado de alguien". Con él se solidarizó Félix Capriles. Mi defensa fue asumida por Espada; yo permanecí en silencio, pero tranquilo, y me decía: "Si creen que no soy el autor, mi trabajo no debe ser tan malo".

Ya ningún domingo dejaba de ir a Chacacollo. Regularmente sólo en el momento de mi llegada y en el de mi partida me inmergía en el milagro de los ojos de mi Filis y la dócil tortolica de su mano palpitaba un punto entre la mía. El resto del tiempo, si ella no desaparecía entre las habitaciones, no nos faltaba la importunidad de las hermanas o de los sobrinos. Una vez única, apenas una, aparecimos de algún modo solos, juntos en el

jardín. Atardecía. Ella callaba y a mí me abandonó la palabra; me figuraba que mi pensamiento iba muriendo, pero sentía que mi corazón pugnaba por derramarse, por borbollonear a sus pies. Un pajarillo parlero comenzó a gorjear en una rama, cerca, y vi que nos hallábamos delante de un pequeño macizo de miosotas que nosotros preferimos llamar **no me olvides**. Recordé una breve leyenda que alguien me había contado sobre esa mínima flor y ahora la relaté con voz anhelosa, casi febril, lo mismo que si fuéramos nosotros los protagonistas. Era una leyenda sahumada de tristeza y de nostalgia, en la cual la elegida no olvidaba al bien amado ausente gracias a la presencia de esa sutil y delicada florecilla. Después volví a callar y ella hundió los ojos en el macizo. Fue nuestro único idilio, idilio sin palabras, la comunión de nuestros corazones, quizás la promesa de amor que nos iba a unir en el futuro.

En los días subsiguientes me sentí compelido a abrirle mi corazón, a mostrarle la magnitud de mis sentimientos y escribí una carta. Una carta que era ante todo una confesión. Nuestro desnivel social era grande y quería que lo supiera. “En mi situación actual — la decía — no la merezco porque nací de padres pobres y humildes; pero trabajaré y me esforzaré hasta hacerme digno de usted. Sé que lo conseguiré y la esperanza que de usted reciba me confortará en mi camino”. La carta la llevó mi hermano León, pero mi Filis no la había aceptado a causa de cierta interdicción materna. Por alguna razón la madre no quería que sus hijas se cartearan con sus enamorados. Pero León me traía también un mensaje alentador: “Dile a tu hermano que es como si la hubiese recibido, que haga de cuenta que la he leído”.

Quedé alentado, sí, pero no conforme. Un día que la familia de mi Filis hallábase congregada en su casa de la ciudad, me fui allá con mi madre y la presenté. Y mi madre fue bien acogida.

En el colegio mis cosas iban, como siempre, a tumbos y traspies. Llegué a los exámenes finales cojeando, ni entre los buenos ni entre los malos. No sufrí ningun-

na reprobación, pero Matemáticas salvé gracias a Martín Cárdenas y Wenceslao Quiroga, quienes con admirable artimaña y sin que se dieran cuenta los examinadores nos enseñaban los teoremas y demás cosas resueltos en unas muy discretas pizarrillas.

En aquella vacación trasladé mi Helicón a **Thaqo-thaqo**, hermoso bosque de algarrobos que se extendía en las faldas del cerro Kilikili, no lejos del pueblo. Allí, a la sombra de algún árbol tarde y mañana iba fantaseando y enjambrando versos y más versos, todos consagrados a mi Filis. La fuente del amor era inagotable y los versos fluían siempre nuevos, siempre diferentes, moldeados en todos los metros, en todos los ritmos, en todas las estrofas.

¡Ay! María. Ella que siempre me había ignorado, que nunca había querido reparar en mí, ahora se me insinuaba y a veces me sonreía. Pero mi corazón tenía ya su soberana, yo vivía nuevos sueños, otras inquietudes y otras esperanzas, de suerte que ella no podía ya hallar cabida en mi mundo.

A los finales de la vacación llegué con un cuantioso rimero de versos. En vísperas de mi retorno a la ciudad, tal como procedí el año anterior con mis comedias y lo demás, hice de todo un montón y le prendí fuego. Pero ahora no ya por despecho amoroso, sino porque me asistía el convencimiento de que mis versos carecían aún de madurez y ante todo de calidad. No merecían todavía ser conservados.

XXVI

El alba embebecedora de su mirada

Aparejado nuestro regreso a la ciudad, mi madre tenía entre manos algunos asuntos pendientes y dispuso que nosotros le tomáramos la delantera. El cajero León recibió el dinero indispensable para los pasajes en tren y para nuestro sustento de los días subsiguientes. Debíamos ir a tomar el tren de la madrugada en Arani y a

fin de levantarnos a la hora oportuna nos recogimos temprano. Dormíamos en nuestra casuca de la esquina, solos, y yo aproveché esta circunstancia para persuadir a mis hermanos sobre un propósito que desde por la tarde me bullía en el caletre. León le fue regateando su asentimiento y Dío vacilaba. Tratábase de ir a tomar el tren no en Arani, sino en Cliza, con lo que ahorráramos buena cantidad de reales, ellos para lo que quisieran y yo para obtener algún libro. No fue muy fácil, pero al cabo el tozudo de León se resignó a ceder y Dío se mostró conforme.

Como no teníamos reloj dejamos el lecho a ojo de buen varón y partimos sin demora. La noche era fresca, el aire límpido y las estrellas, fúlgidas como nunca, parecían acompañarnos entre visajes aquiescentes. Teníamos tres horas de camino por delante; pero yo me sentía muy liviano, mis pies apenas tocaban el suelo y mis hermanos no se quedaban a la zaga. Y en el cálculo de la hora habíamos acertado como podían haberlo hecho tata Tuli o tata Bartolo, que sabían leer en el reloj de las estrellas. La sirena del tren anunciaba su aproximación a Cliza cuando nosotros ingresábamos en el pueblo, de modo que holgadamente pudimos comprar los pasajes y ocupar nuestro coche de tercera.

En llegando a casa hicimos la partija de la ganancia; pero cuál sería mi enardecimiento, tal vez mi transporte ante la certeza de verme con un libro nuevo en la mano al cabo de unos minutos, que Dío me alargó sus reales en silencio y León no quiso ser menos que el hermano. De manera que esa misma mañana tuve en mis manos un Salvador Rueda voluminoso, la sin par Adela Zamudio y un hallazgo: las Eglogas de Garcilaso de la Vega.

A Adela Zamudio, la había leído apenas en la antología de Molina y Finot y ansiaba conocer más obra suya y ante todo su persona. Decíase que era una mujer ya entrada en años, pero de la flor y nata de la sociedad. No habiendo quien me la señalara en la calle ni en ninguna parte ni me dijese su dirección, andaba tratando de identificarla en las damas que encontraba a mi

paso. “Quizá es ésta, o aquella que viene, o la de más allá”. Me parecía inadmisible que viviendo ella en la ciudad y siendo tan eximia poetisa como se decía por doquiera y teniendo inclusive una poesía puesta en música, yo no conociera su figura para poder decir con orgullo en el “Ateneo” o en el colegio: “Cómo no, la conozco. Es...” y diseñarla tal cual era.

El año comenzó para mí con una actividad literaria intensa. El “Ateneo” se convirtió en una parte muy importante de mi vida y me absorbía más que el propio colegio. Ninguna semana dejábamos de reunirnos, era de admirar la puntualidad con que acudían los literatos en ciernes y más aún la decisión y la firmeza con que cada cual se desempeñaba. No había uno que en su turno dejase de traer la composición que nos debía leer. Escuchada ella, la discutíamos con calor y hasta con aire de suficiencia y nunca me iba yo sin haber aprendido algo nuevo y provechoso.

Pronto logré escalar hasta Rubén Darío. Nuestro presidente honorario trajo a una sesión una joya: una revista literaria que daba noticia de la muerte del poeta y publicaba una poesía de él. La leímos y yo quedé asombrado al ver que ésta no tenía nada de común con las centenares y millares que antes habían caído bajo mis ojos. Todas ellas me habían parecido siempre igualmente buenas, magníficas. Nunca me había detenido a pensar en que hubiera diferencia entre unas y otras. Ahora veía que Rubén Darío se nos ofrecía con un sabor original, incomparable; todo en él era diferente, cautivaba como una flor exótica y embriagaba como un licor nunca gustado. Y mi asombro fue mayor cuando descubrí que yo ya sabía discernir, distinguir unas poesías de otras, apreciar sus cualidades. Y esta conquista se la debía al “Ateneo”, a nuestro constante ejercicio en las críticas y en los comentarios y también al gusto educado por medio de la lectura selecta.

Tan pronto como pude me fui con mi madre a la caza de Rubén Darío y compré “Cantos de Vida y Esperanza” y “El Canto errante”. Para sorpresa mía los “Cantos” empezaban con la poesía que habíamos leído

en el "Ateneo". Cuántas veces la habré releído, que me la sabía casi íntegra y ahora mismo me quedan estrofas enteras en la memoria. "Yo supe de dolor desde mi infancia", me repetía a menudo y pensaba que podría decir eso mismo o algo parecido si se me ocurriera poner en verso el amanecer de mi vida. Y cuántas veces, al correr de mis años, he tenido que exhortarme: "La virtud está en ser tranquilo y fuerte".

Un tiempo no leía más que a Rubén Darío y tuve un generoso proveedor en Espada. "Azul", "Prosas profanas", "Los raros", "La caravana pasa..." y otras obras dejaron en mí su semilla fecunda. Luego la bolsa de mi madre me trajo a Francisco Villaespesa, a Juan Ramón Jiménez y al titán uruguayo Julio Herrera Reissig. Nuevamente Espada y esta vez con Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Emilio Carrere. Este amargo y profundo poeta me legó su cigarra, a la cual mis Musas la vistieron de azul.

Antes había leído también a Bécquer, a Espronceda, a Zorrilla, a Campoamor; pero ahora que comprendía y amaba el modernismo, ya no los podía soportar y ellos y los mexicanos me parecían simplemente plañideros y dulzarrones.

Incursioné en la poesía francesa y me hice lector apasionado de Rimbaud, Baudelaire y Verlaine. "La música ante todo" de este último me parecía que debiera ser la substancia y la esencia de toda poesía y me dediqué a labrar versos que sonaran como el violín del "Pauvre Lelian" y se vieran como el ópalo de su copa de ajonjolí. Pero el *leitmotiv* de mis versos era siempre mi Filis. Describía su jardín y su huerto desde todos los ángulos, con todas sus flores y con todos sus árboles y en medio florecía ella como un milagro de amor y de belleza. En mis alejandrinos y en mis sáficos-adónicos volcaba toda mi pasión, ya no a la manera de Acuña, antes bien con el aliento nostálgico de Herrera Reissig y la melancolía de Juan Ramón Jiménez.

El padre de mi Filis, con su aire de antiguo patriarca, pero dicharachero y afecto al retruécano, buscador impenitente de consonantes para todo, hasta para flori-

pondio, conociendo mis humillos de versificador me daba temas de composición y si mi alumbramiento no le displacía no me escatimaba sus palabras de estímulo, invalorables para mí en aquella época. Tanto más por cuanto que mi profesor de literatura, hombre profano en bellas letras, que nos venía a recitar en clases al pie de la letra la **Literatura Preceptiva** de un tal Soldevilla, le tenía inquina a toda innovación y Rubén Darío y todos los nuevos le parecían abominables y a mí me tenía al retortero y me satirizaba con gran contentamiento y estruendosas risotadas de mis compañeros. Yo me sentía impotente ante el imperio del **magister** y, aunque sin amilanarme, veía que mi fama de chiflado rebasaba el ámbito del curso y se extendía por todo el colegio. Por toda defensa me repetía, como el año anterior, el estribillo de Góngora y a veces a toda voz recitaba: "Otro sol alumbrará mañana".

Mi Filis se vino a residir en su casa de la ciudad con su hermana Carmela. Habíase colocado como maestra suplente en la escuela de niñas "San Alberto" y de esa manera llegaron a su fin mis excursiones a Chacacollo. Ahora me era difícil verla, yo no era sino un oscuro colegial y no podía permitirme el lujo de ir a la casa con visitas de cumplimiento. Debía conformarme con **pasacallearla** so pretexto de mis paseatas por Las Cuadras. Algunas veces me encontraban por la puerta los sobrinos menores y, como congeniaban conmigo, me detenían y entrábamos hasta el canchón, donde me ponían a presidir sus diabluras. Yo me prestaba de corazón a todo, ya que me movía la esperanza de verla a mi Filis, siquiera de lejos, si la suerte no me era adversa. Y sucedía a veces que con la barbulla de los chicos saltaba Carmela, apasionada del orden y de la reportación; entonces con mi más fina urbanidad me le allegaba y hacía de modo que ella no tuviese otro remedio que invitarme a pasar. Pasábamos a la sala y ella me trataba, como una ocasión en el campo, igual que a una visita de rango. Y entraba mi Filis siempre con la dulzura inefable de su semblante e iluminándome con su sonrisa, más tierna que todas las auroras. Pero Carmela, ce-

losa guardiana de su hermana, no nos dejaba solos un instante y aun cuando me despedía me acompañaba hasta la puerta de calle.

Su hora de salida de la escuela coincidía con la mía; pero me era imposible aproximarme a ella porque en aquellos tiempos una joven no andaba acompañada de un hombre por la calle. Las leyes sociales lo prohibían y la conducta de quien las infringía era la comidilla de la vecindad. Las muchachas cuidaban celosamente de su pundonor y no consentían ni la sombra de un galán a su lado. Entonces yo me daba por feliz cuando podía seguirla, y sólo sin que ella se apercibiese; lo contrario fuera irremisiblemente la causa de mi perdición. Pero algunas veces ella aparecía con una sobrina de mi madre, Antonieta de nombre y maestra también. Entonces era mi día, un hermoso pretexto para personarme y caminar junto con ellas unas cuadras, hablando de cualquier cosa o simplemente callando. Pero el ir unos minutos tan cerca de mi Filis era para mí como un vaso de agua en labios del sediento. Además tenía que estrecharle la mano y esto era asimismo una merced que hacía florecer mi corazón.

Y no dejaba de preocuparme nuestro desnivel social. Ahora se me hacía la luz y examinando mis desastres amorosos de antes consideraba que la causa no podía ser otra que la humildad de mi cuna acompañada de mi pobreza. En tres años de pordioseo María no me había arrojado una sola vez la limosna de su mirada, Amalia habíame escarnecido antes de nada y Elvira me había expresado su desafecto con el silencio. Mi Filis era mujer de otra condición, de otra mentalidad, toda virtud, toda bondad. Se condujo conmigo de diferente manera desde cuando me conoció. Nunca me hizo objeto de un disfavor, tuve su amistad e inclusive su confianza. No le eran indiferentes mis inquietudes literarias, parecían más bien de su agrado y una vez hasta hizo que pusiera en verso un largo, muy largo sueño suyo. Un sueño en que parecía flotar mi sombra encarnada en un joven desconocido, que bauticé en el poema con el nombre de "joven ignoto" y con el cual fui llamado por sus herma-

nas un tiempo. Y por todo esto me sentía en deuda con ella y me temía que un día u otro me la cobrara muy cara, convencida de no haber nacido para un pobrete como yo. Y quería borrar ese desnivel, resolví borrarlo con el cultivo de la inteligencia, haciéndome un poeta — yo me decía “poeta famoso” —, logrando que mis versos fueran leídos por centenares, por millares de personas, de modo que al verme pasar por la calle las gentes dijeran: “Ese es un gran poeta”. Me figuraba que por este camino llegaría a hacerme digno de ella, fundir en uno su corazón con el mío y alcanzar así la felicidad.

Junto a este impulso había otro igualmente poderoso, o quizá más. Desde los años de mi niñez vi que mi madre hacía armas para corregir el destino de sus hijos. Entre los artesanos de mi pueblo, en aquella época, el destino de los hijos era sobradamente triste. El hijo se ejercitaba desde sus primeros años en el oficio de su padre y a la larga era calco y sucesor de él. El hijo del zapatero antes que a leer aprendía a majar suela, en su vida no era más que zapatero y moría tan pobre y miserable como su padre. El hijo del músico golpeaba desde niño el bombo o le daba al tambor en la banda, a su tiempo embocaba un trombón o cualquier otro instrumento y seguía el camino de su padre hasta la tumba. Así fue como los hijos de mi tío Juan de Dios no fueron más que músicos en su vida. Y a no ser la lucha inflexible e incesante de mi madre, mi suerte podía ser en todo igual a la de mis primos. Y para colmo, yo no siempre correspondía como era debido con mi madre y no sólo una vez traté de torcer mi camino. Qué hubiera sucedido si ella condescendía con mi conato franciscano. Se cumplía sin duda su temor: verme convertido en un mísero **fraile perdido**. O si me dejaba correr mi aventura tras el hipnotizador Calasanz Tapia: me ganaba el empleo de criado si no me moría de hambre en las calles de Oruro. Pero su sacrificio y su martirio no me dejaron apartarme del rumbo que ella misma me había trazado, enderezándome y rescatándome del borde del precipicio. Y comprendía que sus desvelos no debían ser estériles, que ellos debían dar el esperado fruto y decidí

pagarla con el caudal de la inteligencia en la moneda del renombre.

Y animado por ese doble impulso me dediqué de tal manera a extraerme de los sesos zumo de versos, que me pasaba “las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio” con la consiguiente preocupación de mi madre, que temiendo por mi salud me exhortaba a menudo y no pocas veces me decía: “No te hurgues tanto la cabeza”. Pero yo, impertérrito, continuaba apremiando a las Musas, componía verso tras verso y ellos me fluían en chorro como de un grifo el agua.

Y continuaron mis descubrimientos a expensas de la bolsa materna: José Santos Chocano, Eduardo Marquina, los hermanos Machado, Guillermo Valencia... Chocano encendió en mí la más candente indignación contra todos los tiranos del mundo con sus “Iras santas”. En ellas el poeta arrojaba rayos sobre el opresor de su pueblo, de entonces, su acento sacudía las rejas de la cárcel, su coraje desafiaba a la muerte y él volvía al combate. Y no tenía más que veinte años. Rebosé en admiración cuando Rubén Darío me puso bajo los ojos: “Tal dije cuando don José Santos Chocano — último de los Incas, — se volvió castellano”. El *sinsonte* nicaragüense habíale cantado así al cóndor andino y a éste lo vi elevarse más todavía. “De grande a grande”, me dije. Pero ¡ay! cuán pocos son, cuán pocos, los que en el curso de su vida siguen siendo lo que fueron en su juventud. Y Chocano no formó entre esos pocos. Empezó negando “Iras santas”; fue servidor de Estrada Cabrera, tirano guatemalteco; no pudiendo imponerse en las lides del pensamiento y del honor mató a un periodista en Lima y por último fue a morir en Chile en manos de algún *roto* exaltado.

Y penetré firmemente en el mundo exorbitante de Shakespeare y en el de Ibsen. Incentivado por Espada tenté los caminos de la filosofía con la laboriosa digestión de Aristóteles y de Platón y de Gracián y de Diderot y de Pascal, hasta llegar al superhombre de Nietzsche. Y volví sobre Shakespeare y lo estuve frecuentando durante mucho tiempo. Hamlet, Julieta y Romeo,

Otelo, Coriolano... salían de la biblioteca de don Francisco Prada y llegaban a mis dominios acarreados por su hermano Raúl. Con Raúl deambulábamos no pocas tardes por el Prado, él soñando con Leonardo y Rafael y el Ticiano, mientras que yo me metía en el laberinto de mis poetas modernistas.

Al correr el año sobrevino en casa un contratiempo que a mi madre le arrancó muchas lágrimas y a Dío y a mí nos tuvo contristados. A León se le enrojecieron los ojos al extremo y hubo que llevarlo al médico. Andaba por acá un especialista sucrense de mucha fama, a mi hermano le encontró una grave conjuntivitis y le prohibió toda lectura. En consecuencia, León dejó de ir al colegio en tanto que mi madre no cesaba de llorar y lamentarse por la pérdida del año que sufría su hijo. Pero el hijo parecía recibir aquella vacación intempestiva como un presente caído del cielo. Pasábase haciendo la autopsia de unos relojes difuntos y cuando acababa con unos emprendía con otros. ¿De dónde sacaba tantos difuntos? Pero ésta era una historia de tiempos atrás, de aquellos en que los versos empezaban a chiflarme. Mientras yo iba forjando anapésticos o trocaicos o yámbicos, León hacía aparecer ora un reloj, ora otro y lo iba destripando sin consideración. Ceder el tiempo a los versos me parecía a mí lo mejor; pero que mi hermano se lo entregara a los relojes y no a las tareas, ya no era admisible. Un día le iba soltando un rapapolvo, mas él paróme en seco: "Cada loco con su tema" — lo habría oído en alguna parte, y añadió: "Tú con tus versos, yo con mis relojes", y como me viera apretar el puño corrió a alzar un palo. Quise saber de dónde sacaba tanto reloj, él se negó a decírmelo y fue Dío quien me hizo la revelación: "El Gato Guzmán es su amigo y le trae al colegio los relojes que bota su padre". El Gato Guzmán no me era desconocido y nadie ignoraba que su padre era el mejor relojero de la ciudad.

Empero el reloj del tiempo nadie lo botaba ni nadie le hacía la disección. Seguía corriendo y los exámenes se venían a la carrera y apenas me dieron tiempo para copiar de prestado las tareas y estudiarlas a la dispa-

da. Me presenté a los tribunales, como ya era mi costumbre, sabiendo lo indispensable para que no me faltara el suelo. Pero en Matemáticas mi caída habría sido inevitable si no acudían en mi auxilio, como el año anterior, las mágicas pizarritas de Martín Cárdenas y Wenceslao Quiroga, quienes a la cuenta rendían los exámenes de esta pesada y para mí inaccesible materia por casi todos los compañeros.

Vino una vacación más, para mí bonancible y fructífera. Casi todos los días me citaba con las Musas en **Thaqothaqo**, donde a la sombra de los viejos árboles llenaba carillas y carillas de romances, de silvas, de sonetos y cuanta forma métrica me acudía a las mientes. Y casi todo en loor, en adoración de mi Filis y algo, ¡ay! apenas algo, en reconocimiento de los sacrificios, de las lágrimas que mi educación y la de mis hermanos le costaban a mi madre.

En esta vacación, más que en la anterior, María se dedicó a prodigarme sus sonrisas y hasta, a veces, parecía dispuesta a tenderme los brazos. Cuánto bien me habría hecho una sola sonrisa de éstas tres años atrás; tal vez habría sido suficiente para que mi amor se hiciese perdurable y para que después ella y yo nos uniéramos por siempre. Pero entonces yo era un mozalbillo desaliñado, con los zapatos rotos y el pantalón remendado y además hijo de un humilde músico. Ahora era un colegial con otra facha y probablemente ya digno de ser tomado en cuenta. Pero yo ya no me pertenecía, ya era vasallo de una soberana que se apoderó de mí como del día el sol y de la noche las estrellas.

Acabada la vacación y llegado el tiempo de volver a la ciudad, una vez más convertí en ceniza mi producción lírica de doce meses y reforcé mis bríos para comenzar de nuevo.

XXVII

Y hubo otro sol en mi cielo

León se negó redondamente a volver al colegio. Los razonamientos y conminaciones de mi madre chocaron en su tozudez como en una roca. Sucedió en casa algo inaudito. La palabra de mi madre había sido siempre ley para nosotros. Ninguno había osado nunca contrariarla. Ahora León la resistía y se afirmaba en sus trece, acabando por salirse con la suya, mientras que mi madre, desarmada, impotente, se refugiaba en el llanto. Empero el testarrón no podía pasarse mano sobre mano y hubo que inscribirlo en la Escuela de Artes y Oficios, donde enseñaban primero rudimentos de cultura general y luego oficios tecnificados, con un director belga, un profesor austriaco y otros nacionales. León había puesto en olvido los relojes difuntos y soñaba ahora con la mecánica.

Para mis amores el año no comenzó muy bien. Más difícil que nunca se me hacía llegar a la presencia de mi Filis, no conseguía inundarme de la vislumbre de sus ojos, ni siquiera confortarme con la contemplación de su figura. Tenía por aliados a los churumbeles de la casa. Ellos sabían mis aspiraciones y me ayudaban. Por ellos sabía cuándo me era posible verla y en tal caso me presentaba como visita. Pero quien acudía a recibirme no era sino Carmela. Nos enzarzábamos en una plática a veces desabrida, sin miga y, lo peor, no preguntaba por mi Filis. Este mi "genio y figura..." Esta mi inexplicable resistencia a preguntar. Cuando acosado por la ansiedad decidía lanzar la pregunta, ella regresaba, como suele decirse, de la punta de la lengua. Entonces me decía: "Si pregunto y Carmela me dice que está y ella no viene, mi sufrimiento será mayor. Si no pregunto, puedo pensar que los chicos se equivocaron y sufriré menos".

Entre los churumbeles había una pitusa grandullona, muy pegada a mí, que se desvivía por acorrerme y se llamaba Lola, hija de Raquel. Era mi principal infor-

mante y se empeñaba además en conseguirme un retrato de mi Filis; me trajo una tras otra cuatro, cinco fotografías familiares y en todas ella aparecía con la cara raspada. Y ciertamente era ella misma la autora del estropeo. No le gustaban los retratos y si aparecía en los grupos era tan sólo porque la obligaban. Tratándose de una feúcha la explicación no habría sido difícil. Pero en su propio jardín no había una flor más hermosa que mi Filis, ni en la enramada de su huerto un arrullo más blando que su acento, ni para mis ojos un alba más embebecedora que su mirada. Había entonces que admitir que a ella no le placía verse en imagen y tal vez que nadie la viese.

Pero el amor nunca trazó la palabra Imposible, siempre tuvo el "ábrete sésamo" para la roca y una escala mágica para lo inaccesible. No tardé en descubrir que mi Filis y una prima mía habían sido compañeras en la escuela y adictas la una a la otra. Y asiendo la ocasión por el copete resolví convertir en escala mágica a mi prima y armé sobre la marcha una visita. Mi prima fue recibida con alborozo, recordaron ellas alegremente su pasado de colegialas, nombraron a sus amigas más entrañables y rieron algunos chascarrillos. Mi prima poseía una muy pasable voz de contralto y a pedido mío cantó una canción italiana de las en boga, acompañada al piano por un hermano suyo. Y cantó otras canciones, todas con el beneplácito de su amiga, en tanto que yo, aunque actor de segundo plano, me sentía resarcido con creces y ufano. Me era suficiente disfrutar de la arrobadora presencia de mi Filis, regalarme con su voz y embriagarme con la dulzura inefable de su semblante.

La visita se repitió algunas veces; pero luego mi Filis se fue a residir en su heredad y yo resolví seguir sacando agua de las piedras, sin saber que por ese camino iba a rodar barranca abajo. Me hice un plan y prestamente lo puse en ejecución. No me fue difícil conseguir que mi prima le escribiese una carta amistosa a mi soberana. Aproveché un domingo para enviársela con León y él regresó con la respuesta, efusiva, obsequiosa. El plan se cumplía a medida del deseo y yo me

hallaba seguro de haber dado en el hito. Entonces desmenucé mi corazón en muchos, en innumerables pedacitos y cada uno de ellos lo instalé en un alejandrino empapado en dolor y sahumado de algo que quise que fuera la eternidad. Ella no había querido antes aceptar mi carta. Ahora cuando menos posaría los ojos en mis estrofas y sabría de la inmensidad de mi pasión. En un sobre rotulado por mi prima encerré los alejandrinos y el mismo León sirviómelo de correo.

Pasaban los días y yo buscaba el asidero no tanto para saber la impresión causada por mis versos como para darle a mi hambre el pan de su presencia. Una tarde por Lola supe que ella acababa de llegar y esa misma noche, mi prima por delante, me presenté en la casa. Fuimos recibidos como de costumbre; ellas platicaron con derroche de buen humor; nada hacía pensar en un chubasco; pero de un momento a otro mi Filis, fruncido el ceño y añublado el semblante, lanzó el reproche que era de temer y que yo no había previsto. Sólo se dirigió a su amiga: “¿Por qué has hecho eso? No debías prestarte. No era necesario”. Luego explicó que su madre la había sorprendido en plena lectura de los versos y los había tomado para luego entregarlos al fuego. “Tu primo — dijo finalmente — sabía que no debía escribirme”. Nunca necesité más valor que en aquellos segundos, pero lo hallé. Mi prima calló, abrióse en la sala un silencio inmenso, absoluto y yo no sabía cómo iba a terminar la visita. Pero fue como la calma que viene después de la tormenta. El sol vuelve a resplandecer, la espesura reanuda su intimidad con la brisa y el aire se enriquece otra vez con el aliento de las flores. El semblante de mi Filis recobró la inefabilidad de su dulzura y la música de su voz disolvió el silencio: “No te pongas así — la dijo a su amiga —. Vamos a dar una vuelta por el canchón”. El canchón era un baldío cubierto de grama, con copudos álamos por los rincones. Y era una maravillosa noche de luna. El chubasco era ya apenas un recuerdo. Lo único real y al mismo tiempo mágico era ahora la presencia, la confinidad de mi Filis, que caminaba del brazo con mi prima,

pero como una estrella descendida de las alturas, como una creación de mi fantasía.

Perdí el sufragio de mi prima. Con el afeamiento oído de labios de su amiga ella había pasado un trago muy amargo y aterrada a la sola idea de ser inducida a reincidir me dejó librado a mi suerte. No fue menos duro el impacto que yo sufrí; de modo que en mucho tiempo no pude encontrar el valor necesario para asomar a la presencia de mi Filis. Pero una cosa quedó para mí cierta: ella sabía ahora la inmensidad, la perdurabilidad de mi pasión y era esto precisamente lo que yo me había propuesto al concebir aquel temerario plan.

El colegio era un carro pesado que yo iba arrastrando penosamente por un camino lleno de baches, entre los fuegos fatuos de mi profesor de literatura y las zumbas y risas de los colegiales. Quería que galopase el tiempo, que volasen los días y que llegaran sin tardanza los exámenes para dejar atrás esas aulas, esos corredores, esa campana que daba los mismos golpes cada día y cada hora, para poder entregarme en cuerpo y alma a las Musas y vivir de las linfas de Castalia. Daba mi vocación por definida, por irrevocable y me sentía identificado con la cigarra de Samaniego y ante todo con la de Carrere. Para mí, la cigarra era el símbolo del poeta, en tanto que la hormiga representaba al mercader. Mientras éste se afanara por acumular billetes de banco, el poeta no debía ocuparse sino de cantar, de ejercer la gay ciencia y henchir de rimas el mundo.

El "Ateneo" me seguía formando, abriéndome un horizonte cada vez más claro, más preciso. Ahora podía muy bien definir el modernismo y señalar cada una de sus diferencias con el extinto romanticismo. Sabía que Adela Zamudio era poetisa postromántica, que abominaba de los modernistas y les llamaba "decadentes". Sabía que Ricardo Jaimes Frevre era un gran poeta modernista, amigo de Rubén Darío y de Leopoldo Lugones y que ellos tres señalaron los rumbos que seguía la nueva poesía castellana. A pesar de todo en el "Ateneo" admirábamos la figura de Adela Zamudio y leíamos y

comentábamos sus “Ráfagas”, inclusive su novela “Íntimas”, que nos parecía formidable.

Releyendo un día mis versos entendí que algunos eran ya acreedores al respeto del fuego, que podían gustar como la fruta en agraz y hasta, a lo mejor, ser acogidos por los diarios. Desde tiempo atrás me pirraba por ver una, siquiera una composición mía en letras de molde y ahora decidí lanzarme a la tentativa. Copié la mejor y con una carta afinadamente modosa la encerré en un sobre, el cual yo mismo fui a ponerlo en manos del director de “El Heraldó”. Luego iba cada día a la Biblioteca Municipal ansioso por hallar mi nombre en el periódico, pero siempre volvía descorazonado. Igual suerte le cupo a otra que entregué en “El Ferrocarril” y la misma también a una tercera que llevé a “La Tarde”. Mis pobres versos, cincelados con tanto amor, con tanto ahinco y con tantas esperanzas, fueron a dar sin remisión al canasto.

En mayo debía haber elecciones presidenciales y con harta anticipación la prensa dió cuenta de las candidaturas. El candidato gobiernista era un banquero y el opositor un médico. Cada uno contaba para su propaganda con un diario y estos dos se trabaron en una lucha llena de ardor y de inquina. Los candidatos, cada cual por su lado, invadieron con sus retratos de grandes dimensiones las paredes. El gobiernista era un hombre de poblada y larga barba, anteojos y abundosa melena, mientras que el opositor llamaba la atención tan sólo porque se mostraba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Este detalle no pasó desapercibido para la prensa adversaria, la cual trató de divertir a sus lectores a costa de los bolsillos del médico. Era risible que un personaje presidenciable se hiciera retratar como un zascandil con las manos metidas en los bolsillos. Los colegas leían el remoquete en corrillos y reían. Al día siguiente saltó el diario opositor declarando que sí, que su candidato metía las manos en sus bolsillos, en sus bolsillos propios, mas no en el erario nacional. Los colegas volvieron a hacer corrillos y leyeron la respuesta entre patéticos gestos de aprobación. “¡La verdad!

¡La verdad!", decían. El diario oficial no se acordó más de ningún bolsillo.

El diario opositor anunció para cierto día la llegada de su candidato y demandó al pueblo que acudiese a la recepción. Ese día la prensa oficial le auguró al arribante el más rotundo desaire de la ciudadanía y afirmó que "cuatro gatos" irían a recibirlo. Pero a nosotros, como si algo tuviéramos que ver con el candidato, nos encerraron a la hora de la salida en el patio del colegio. Cundió primero el malcontento entre nosotros y luego la indignación. No tardaron en estallar gritos de protesta, a lo que irrumpieron el director y los profesores y entre amonestaciones y conminatorias nos pusieron en formación y a marchar dando vueltas y más vueltas por los corredores. Alguien rompió la fila, luego otro y otros y todos nos desbandamos invadiendo la secretaría y lanzándonos a la calle. Maquinalmente seguí a los demás y todos nos dirigimos hacia el lugar donde se hallaban el candidato y su gente. Hasta entonces, maldito el bledo que se me daba de la política. Yo podía hablar horas enteras acerca de los hemistiquios y de los serventesios y de los estrambotes y de cuanto se relacionaba con los versos; pero la palabra política no existía en mi vocabulario, ni siquiera en mi imaginación. Mas el arresto a que tan gratuitamente fuimos sometidos me produjo una reacción inesperada y violenta y corrí furibundo en medio de la multitud de colegiales y no me detuve sino al chocar con la compacta masa de ciudadanos que de bote en bote llenaba la calle. Encima, en un balcón que sobresalía en una esquina, el que dijeron que era el candidato apoyaba las manos en la barandilla y extendía serenamente la mirada sobre sus innumerables adherentes, en tanto que un entusiasta puesto a sus espaldas tenía en alto, sobre su cabeza, una paloma blanca que agitaba las alas como a propósito. Me acordé al punto del Padre Eterno, que en las oleografías llevaba siempre una paloma blanca encima de la cabeza. Al lado, otro personaje que dijeron que era el candidato a la vicepresidencia apoyábase también en la barandilla y era muy seco de carnes y de mirada asombrosamente

profunda. Para mi capote concluí que desde ese balcón nos contemplaba la Santísima Trinidad, sólo que el Padre no era anciano ni calvo ni barbudo y el Hijo no tenía melena ni asomo de barba ni se hallaba en actitud de bendecirnos.

Hubo un agitado murmullo entre la muchedumbre. Miré atrás y descubrí que una ordenada formación de ciudadanos gobiernistas se nos venía encima respaldada por un escuadrón de gendarmes montados que desenvainaban los sables. Era una provocación, un propósito de aguarle la fiesta a la Santísima Trinidad. Subió de punto el abejero entre nosotros y los más apretaron los puños dispuestos a no dejarse atropellar. Entonces, visto que el trance poníase comprometedor, el de la vicepresidencia dejó oír su voz, rotunda, tronitosa: "¡Dejad que pase la bestia!" y la masa humana pesparpajó la acera de enfrente apeñuscándose hacia la media calle. Aparecieron los liberales, esto es, los gobiernistas, formados de dos en dos y fueron pasando de largo. Lo primero que descubrí fue que éstos iban bien trajeados, los más de **tongo** y bastón, caras limpias y bigotes educados en bigotera, mientras que los republicanos, es decir, los opositores, eran en su casi totalidad artesanos y obreros, hombres humildes, mal vestidos, de caras peludas y cabello crecido. Luego vi que los primeros caminaban como conducidos a la fuerza, achicados, casi abatidos, en tanto que los segundos erguían la cabeza y vitoreaban entusiastas a sus candidatos. Finalmente, aquellos, en cuanto a cantidad eran una miseria. Un artesano vecino los contaba y cuando pasó la última pareja exclamó: "¡Son trescientos, trescientos justos!". Entretanto, los otros, en masa compacta, pasaban seguramente de los dos mil. No bien se alejaron los liberales, el candidato republicano comenzó su discurso. Pero eso para mí carecía de todo sentido y opté por emprender la retirada. Aquella noche me paseaba, como otras veces, con Espada por la Alameda, platicando sobre nuestros ídolos: Rubén Darío, Herrera Reissig, Juan Ramón Jiménez... Porque también Espada andaba chalado por las Musas. Por el Hospicio apareció una pandilla de matones liberales. "¡Viva

Moooontes! ¡El que moooonta maaaaanda!", vociferaron y le hicieron cerco a un pacífico transeúnte. Uno de los matachines le gritó a la cara: "¡Viva Montes! (¡Ay! Montes era el presidente). El otro, con una temeridad increíble contestó: "¡Viva Escalier!" (Escalier era el candidato opositor). Al infeliz le llovieron puñetazos y patadas. En un impulso irreflexivo, pero indignado, traté de correr en defensa del agredido. Espada se apoderó de mi brazo: "¡Tonto! ¿Qué puedes tú contra tantos? ¡A ti más te molerán!". Me contuve. Pero esa noche aprendí a odiar. A odiar a los opresores del pueblo.

Llegó el día de las elecciones. Por mera curiosidad hacia las once de la mañana me fui al recinto electoral, que era la plaza de armas. Quería ver cómo votaban y triunfaban los republicanos. Las casetas electorales se alineaban equidistantes en dos frentes de la plaza. Había poca gente. Unos pocos matones, desarrapados, de caras feroces, movíanse entre las casetas. A una de éstas se aproximó un artesano. Como a una voz de alarma acudieron los perdonavidas y a golpes expulsaron de la plaza el osado. No sé qué tiempo transcurrió. Una densa masa humana ingresó por la calle de Santo Domingo y se distribuía entre las casetas cuando se abrió de par en par la puerta de la policía y vomitó una manga de matachines. Estos se lanzaron contra los electores. Trabóse una batalla campal a puño. Llevando la peor parte y retrocediendo los agresores, la policía volvió a vomitar, y ahora, un escuadrón de gendarmes montados. La masa de republicanos fue barrida y por delante puse yo los pies en polvorosa. Unos centenares de artesanos metiéronse, por salvarse de los caballos y de los sables, en la catedral. Los caballos la invadieron y atropellaron dentro a cuantos pudieron. "Como en el Coloniaje — pensé —. Repiten la hazaña de Goyeneche". Y ese día afirmé mi odio. Odié para siempre a los opresores del pueblo, a todo gobernante succionador de la sangre de los pobres.

En las elecciones se impuso el candidato liberal con cerca de dos mil votos contra un mísero centenar que reunió el republicano. Entonces fue que Daniel Sala-

manca habló de los “ciudadanos de papel” que suplantaban a la ciudadanía y aparecían colmando las urnas electorales.

Poco tiempo después hubo un acontecimiento de singular importancia para mi vida intelectual, una revelación que me señaló el camino que me debía llevar a descubrir un mundo celosamente soterrado primero por nuestros colonizadores españoles y en seguida por sus herederos de la República. Un día en el colegio circuló el rumor de que había llegado del Cuzco una compañía dramática con un buen repertorio de obras compuestas en quechua. La oí como una noticia insólita, poco menos que paradójica. En aquella época el quechua era tenido a deshonra, se lo creía privativo del indio, el cual ocupaba todavía un nivel subhumano en la sociedad boliviana. Nadie — ni siquiera los más humildes — quería que se sospechase que en su casa se hablaba el quechua, ese afrentoso **dialecto**, considerado así inclusive por nuestros intelectuales hasta hace poco. Incrédulo, pero esperanzado me dirigí a la plaza, donde cacé un programa que iba distribuyendo un arrapiezo. ¡Era evidente! Los cuzqueños ponían esa noche en escena, en el Teatro Achá, el “Ollantay — drama quechua del tiempo de los Incas” y para las noches subsiguientes anunciaban otras obras: **Uska Páucar** y **Qori T'ika**, entre otras. Ollanta no me era del todo desconocido, ya lo había encontrado en Juan de la Rosa, aunque como simple mención. Ahora podría muy bien saber quién era y qué cosas hizo, pero siempre que pudiera apandar unos reales para la entrada. ¿Y de dónde? Esa mañana no más oí que mi madre decía que sus recursos hallábanse merma- dos. De modo que ni pensar en pedirle los monises; antes más bien había que dejar de pensar en eso que debía ser algo portentoso, pero que se hallaba fuera de mi alcance. Sin embargo me fue imposible apartar la vista de nombres tan hermosos como Inka Pachakútij, Princesa Kusi Qóyllur, Ima Súmaj, Pitu Salla...

Andaba así, con los ojos pegados en Kusi Qóyllur, en la reina Anawarki, Inka Túpaj Yupanki, cuando me dí de manos a boca con Eduardo Anze, mi compañero del

"Ateneo". "¿Qué es eso?", me preguntó refiriéndose al programa. "El Ollanta, para esta noche", contesté. "Sí — dijo él —. Dicen que es macanudo. ¿Irás a verlo?". "No tengo plata. No", bisbiseé con pena. Entonces él se hurgó un bolsillo del chaleco, extrajo de él unas monedas y me las puso en la mano. "Anda con esto", me dijo. Apreté en el puño los reales como si se me fueran a escurrir y de puro contento no encontré en la mollera una palabra de agradecimiento; pero corrí a la taquilla del Teatro y vi que no tenía sólo para el paraíso, sino para un piso muy cómodo, encima de los palcos, que llamaban, con o sin propiedad, anfiteatro.

Decir que me pareció maravilloso no expresaría ni aproximadamente la verdad. Me sentí transportado a un mundo inverosímil, en el que personajes de excepcional jerarquía hablaban un quechua majestuoso y opulento. No había en el mundo una madre más amorosa y comprensiva que la **qoya** Anawarki, ni una mujer que amase con tanta intensidad, con tanta pasión como Kusi Qóyllur, ni un padre tan inflexible y tonante como el Inka Pachakútij, ni un enamorado como Ollanta, que contrariado en sus pretensiones y sintiéndose capaz de demoler montañas le declaró guerra al Imperio. Y los **arawis**, cuya belleza tan acabada sólo por un gran poeta pudo haber sido obtenida, y su música tan tierna, tan dulce y tan doliente al mismo tiempo, que parecía fluir de mi propio corazón.

Sumido en profundas reflexiones salí del teatro. "He aquí — me decía — que mi raza no es ni fue tan poco dotada ni tan miserable como la consideran los que creen que llevan sangre azul en las venas. Este drama es todo un monumento y asimismo un testimonio. Un pueblo que dejó una creación como ésta ha tenido que llegar a un muy alto nivel de civilización". Y no era ésta la única; ahí estaban las otras que anunciaba la compañía. Pero no las pude ver porque ya no hubo un Eduardo Anze que me pusiera los monises indispensables en la mano. Pero el Ollanta me sacudió de tal modo, que tenía la impresión de un zangoloteo sísmico que hubiese echado al aire un cosmos maravilloso por siglos dormido

bajo tierra. Y decidí vivir para ese mundo, explorarlo, establecerme en él y si llegaba el caso, explotarlo.

Los colegiales eran por excelencia portanuevas. Al través de ellos nos llegaban las noticias de la prensa, los escándalos de salón, hasta los chismes de vecindad. Una mañana un socarrón a boca de jarro me espetó: "Poetastro, ¿has visto El Heraldó? Hay un concurso de poesía. Si concursas, seguro que te sacas el premio. ¡Ja, ja, ja...!" Le hice un mohín y le di la espalda. Pero la nueva no cayó en saco roto. Por la tarde falté de la primera hora de clases y me fui a la Biblioteca Municipal. Justo en El Heraldó encontré la estúpida noticia. El "Centro Intelectual" convocaba a un concurso de poesía. Me copié el texto íntegro de la convocatoria, resuelto desde luego a no desperdiciar tan sin igual coyuntura.

El "Centro Intelectual" era un círculo de aficionados a las letras, exactamente como el "Ateneo", pero de más larga trayectoria y con miembros más hechos que nosotros. Ya se había presentado al público en más de una velada, en tanto que en el "Ateneo" no pensábamos todavía sino en capacitarnos. Luego tuve una sorpresa: el presidente del "Centro" era un compañero mío de curso, Julio Gumucio, de los pocos que nunca me echaron a chacota. Me trajo un recorte del diario con calurosas palabras de aliento. "Trabaja, hermano. Trabaja duro y verás que no te irá mal".

Y me puse en trabajo, en juego todas mis energías, en tensión todos mis nervios y en llamas mi esperanza. Por mi madre. Como un primer tributo a sus sacrificios de tantos años, a su trasudor, a sus lágrimas. Por mi Filis. Para merecerla, para hacerme digno de ella.

Escogí un título que no era mío, que se me había pegado en alguna lectura; pero ninguno de los que se me comidieron me pareció mejor: **Visionaria**. Ardí en deseo de exaltar los amores de Ollanta y Kusi Qóyllur. No supe cómo empezar. Fracasé. Me puse a describir una tarde embrujada de sol, de montañas y de cóndores, con ensueños siderales y ansias de grandeza. Los versos se me fueron vertiendo como de un cantarillo, con una facilidad que nunca soñara y en menos tiempo del que

me había señalado. Como todavía contaba con muchos días forjé una serie de seis o siete sonetos describiendo los parajes más queridos de Masaq'ara, heredad de mis padres. Así y todo, no fenecía aún el plazo, y me puse a estilizar un paisaje subjetivo donde en medio de fuentes y árboles y flores apenas entrevistos se adivinaba una presencia evanescente de mujer, sin contornos, casi sin corporeidad.

Tropecé con un problema poco menos que insoluble. Supuse que era un requisito sine qua non el que los versos fueran escritos a máquina, y yo no la tenía, y ni siquiera conocía su manejo. Al oír mis lamentaciones acudió León en mi auxilio. El se había hecho hombre de confianza de su director, tenía en sus manos las llaves y me propuso ir a hacer las copias en su escuela, de noche. Entramos así en ella, cautelosos como ladrones, y con increíbles tropiezos, echando a perder hojas y más hojas tecleamos casi hasta la amanecida, pero salimos vencedores. Para la siguiente poesía nos pasamos otra noche en claro y para la última, la de los sonetos, ya no nos quedó valor; de modo que tuve que copiarla a pluma, seguro de que la exponía al rechazo.

Y me puse a la espera, ansioso, ora esperanzado, ora pesimista. "Me premian". "No me premian". Triunfo". "Derrota". "Al pináculo". "Al barranco"...

La designación del jurado no me trajo ningún optimismo. Eran personajes de demasiado volumen. Don José Armando Méndez, patricio en cuyas manos debía hallar, años más tarde, tesoros invalorable. Don Teodoro Beltrán, cuya obra "Vicios de nuestra educación", leíamos, comentábamos y admirábamos en el "Ateneo". Don Manuel Paz Arauco, poeta que figuraba con una magnífica poesía en "Poetas bolivianos", de Molina y Finot. Luego me cayó como una amenaza el número de composiciones concursantes: diecisiete. "Entre tantas — me decía — algunas, siquiera tres resultarán mejores que las mías". Y poco a poco iba echando raíces la desconfianza en mis fuerzas y cundiendo como la mala hierba la desilusión. "Hombre de poca fe — me decía a veces imitando a alguien —, ¿por qué no confías en ti mis-

mo? ¿Por qué por lo menos no esperas?" Pero la incertidumbre y el descaecimiento seguían ensombreciendo mis días.

Empero esos días no fueron muchos. Una tarde Julio Gumucio me esperaba en la puerta del colegio. Al verme abrió los brazos: "¡Exitó, hermano! ¡Exitó!" Llévome aparte y me hizo saber que no sólo me otorgaban el primer premio, medalla de oro, sino además el tercero, sólo diploma. El primero a mi **Visionaria** y el tercero a mi paisaje subjetivo, que creo que intitulaba **Matinal**. A decir de Gumucio, el jurado pensaba que el tercero no me caía bien, puesto que en medio había otro premiado, medalla de plata, Nataniel Torrico y Aguirre, nieto del creador de Juan de la Rosa. El mismo Gumucio, opinando con el jurado, decía que al quedarme con ambos premios yo aparecía encima y al mismo tiempo debajo del otro. Ya que tenía el primer premio, lo demás era para mí una futesa y pensando que había que dar también oportunidad a otros, cumplí la sugerencia de mi amigo: renuncié al tercer premio mediante una carta.

Volé con la noticia a casa y cayendo en brazos de mi madre la dije: "¡Mamay, me han premiado!" Ella me estrechó más fuerte que nunca y vi que su semblante se iluminaba de alegría, tal vez de ver que sus sacrificios daban su primer fruto.

No fue pequeño mi asombro cuando supe que el tercer premio se lo entregaban finalmente a don José Macedonio Urquidi, mi profesor de Gramática en el Colegio Bolívar, conocido como viejo privado de las Musas. Y no menos cuando vi que él aceptaba llanamente tan modesta ubicación.

Mi madre se puso en movimiento, fue a conseguir de alguna parte dinero en préstamo y me hizo coser en volandas un buen traje negro para que fuera a recibir dignamente el premio.

Mi **Matinal** regresó a mis manos con una sorpresa más que lisonjera: alguno del jurado había anotado al margen: "Una de las mejores no obstante su sencillez". A esta frase le atribuí más valor que a cualquier premio.

Visionaria me trajo también una nota, una que nombraba a Rubén Darío. Me dije: "Exacto, tienen razón", y era que en aquel entonces yo andaba perdido en la selva de luces del quetzal nicaragüense y algo de él tenía que aparecer en mis versos.

El premio me lo entregaron en una velada de las que llamaban de gala, en las fiestas de Septiembre, apercibida con fines de beneficencia. En una primera parte vi escenas de encantadora belleza. Mi compañero Eduardo Anze recitó con harto donaire una larga poesía de Adela Zamudio compuesta a la manera de "Eco y yo", de Rubén Darío. Era una especie de diálogo entre el hombre y el eco. Y un ramillete de una decena de muchachas las más hermosas, entre ellas una hermana — Berta — de Eduardo Anze, en una ronda maravillosamente danzada. La medalla no me la prendieron al pecho; me la pusieron en las manos colgante de un diploma y yo tuve que leer mi **Visionaria** ante un medio millar de espectadores. Los otros premiados no comparecieron y creo que el único que los echó de menos fui yo porque me sentía solo y pequeño ante tan numerosa muchedumbre.

Mi madre no se había acostado. Me esperaba arrojada sobre el lecho, rezando. Al tener mi premio en las manos y estrecharme en sus brazos sus ojos se inundaron de lágrimas, las primeras de felicidad que la vi derramar.

Mi situación cambió en el mundo. Los fuegos fatuos del profesor de literatura desaparecieron, las burletas y risas de los colegiales se convirtieron en algo que parecía cuando menos respeto, las beatucas de la Alameda ya no se hacían señas llamándome "el loquito" y los diarios ya no echaban mis versos al canasto y antes más bien me los pedían y los publicaban.

Pasada la ráfaga del premio los exámenes finales se me tendieron como un fragoso vericuelo y por él tuve que trastrabillar lo mismo que un carromato desvenado. Y, Matemáticas, una vez más con las milagrosas pizarritas de Martín Cárdenas y Wenceslao Quiroga.

Se ofrecía ahora a mi vista el bosque intrincado del

bachillerato. En mis tiempos el bachillerato no era como hoy un anillo de oro sableado a algún ingenuo, con su infaltable noche de juerga. Había que saber abrirse paso en ese bosque y para saberlo era preciso quemarse las cejas metiéndose de nuevo en el cañete todas y cada una de las asignaturas llevadas durante los seis años. El tiempo de que disponía era muy escaso y tuve que presentarme a los exámenes con todo digerido a medias. Pero la suerte me fue tratando con harta indulgencia y solo me soltó de la mano en una materia que debía haber sido de mi posesión: literatura. Me pase minutos interminables a obscuras, sin poder dar con el hilo y por pocas no me despeñé. Fue ésta mi nota más baja, casi rozando el aplazamiento, pero bastante para que el bachillerato no se me escurriera de las manos.

Fui bachiller.

Pero ahora, terca espada de Damocles, la ley del servicio militar obligatorio oscilaba sobre mi cabeza y esa cárcel de la dignidad que era el cuartel me tendía sus cadenas. Debía alejarme de las Musas y renunciar a mis más caros atributos humanos para ir a convertirme en una fiera amaestrada bajo el látigo de las voces de mando, vejado y oprimido por el hombro con estrellas y la boca sin cabeza.

Me era menester ir a decirle adiós a mi Filis. No la había visto desde la incidencia de mis alejandrinos quemados por su madre y no podía ausentarme sin que floreciera en mi cielo, una vez más siquiera, el alba milagrosa de sus ojos. Llegué pasado el mediodía; pero mis pies se negaron a avanzar por el empedrado de su patio y mi ser entero desfallecía. Tuve miedo. ¿Cómo habría de comparecer ante doña Trinidad después de mi triste desatino? ¿Me esperaba dentro el banquillo o alguna otra calamidad? Pero mi desánimo fue aventado por los nietecillos, que con gran alboroto vinieron a tropezar conmigo.

Mi Filis se hallaba con su madre. La anciana recibióme con su amabilidad de siempre; pero mi soberana bajó los ojos y extendióme una mano que no parecía suya: inerte, inexpresiva. Se apagó la luz en mi pensa-

miento y la dicción murió en mis labios. Acerté a pedir permiso y salí; como en cierta poesía de Amado Nervo, con el alma amortajada de angustia y mi amor que iba a ser enterrado.

Los rapaces, como otras veces, me arrastraron a presidir sus travesuras; pero yo me debatía lejos, ausente de ellos, el corazón agonizando dentro del pecho y la tarde que parecía mirarme como una pupila yerta, mientras los árboles me trazaban signos de desesperanza y los pájaros ensayaban mi propia elegía.

La despedida. Menté el cuartel, y mi Filis me iluminó recién con el alba de sus ojos. Me abrazó la madre. Me abrazaron las hermanas. Y mi Filis. Cuando ella recogió los brazos, descubrí que sobre mi hombro había rodado una lágrima.

Cochabamba, octubre 1974 - abril 1975.



Dibujo de René Reyes

V O C A B U L A R I O

- Ajajayllas.**— Interjección que expresa burla y falta de temor.
- Ankuku.**— Cierta golosina hecha de miel de caña.
- Ararankhaish'u.**— Paja de la lagartija. Talismán amoroso.
- Arawi.**— Canción. Poesía.
- Atojcito.**— (Zorrito). Yunque del aparato auditivo.
- Auki.**— Príncipe.
- Ayni.**— Ayuda mutua.
- Aysa.**— Derrumbe en la mina.
- Cañacera.**— Mujer que vende cañazo.
- Carrujillas.**— Cierta juego de azar con cotiledones de frijoles.
- Chajmiri.**— Recolector de productos rezagados en las cosechas.
- Chapapa.**— Choza construída sobre soportes de troncos.
- Chaupinchada.**— Bebida que se toma en medio de las comidas.
- Chilijchi.**— (Eritrina falcata).— Arbol de la familia de las papilionáceas.
- Chiuka.**— Chueca. Juego de niños.
- Ch'akimayu.**— Río seco.
- Ch'itisitu.**— Chicuelo.
- Ch'uña.**— Femenino de Ch'uñu, papa seca. Apodo.
- Imas, imas kanman.**— Erase que se era.
- Inka.**— Rey.
- Jak'utalega.**— Talega de harina.
- Jallma.**— Acolladura.
- Japapear.**— Rechiflar.
- Jarka.**— (Acacia visco). Arbol de la familia de las mimosáceas.
- Juñi.**— Madeja.
- Kacha.**— Propio. Recadero.
- Katari.**— Víbora.
- K'itapaloma.**— Paloma aborígen.
- K'uochu.**— Rinconada.

Kharisiri.— Especie de mago.
Khirkinchu.— Armadillo.
Khuchimichi.— Pastor de cerdos.
Lanp'aqana.— Especie de empanada.
Lawa.— Especie de poleadas.
Lerq'o.— Bizco.
Locoto.— (*Capicum pubescens*). Planta de la familia de las solanáceas, de fruto picante.
Llasaleva.— El que lleva americana muy larga. Voz peyorativa.
Llujt'a.— Ceniza amasada con patata cocida para la masticación de la coca.
Machu.— Viejo.
Malaquear.— Preludiar.
Monomaki.— Mano de mono.
Panpas.— Salitreras del Norte chileno.
Papasuy.— Gran padre mío.
Patawasi.— Casa de arriba.
Pechazo.— Golpe dado con el hombro y el pecho.
Pijchu.— Porción de coca que se mastica.
Pikiwasi.— Tabuco de pulgas.
Pirwa.— Depósito de mantenimientos.
Pitu.— Grano tostado y molido.
Putuku.— Habitación de adobe con techo abovedado.
P'ushqoapi.— Mazamorra de harina de maíz.
Phina.— Era en los maizales que se cosechan.
Phushka.— Especie de huso.
Qoqawi.— Avío, merienda.
Qoya.— Reina.
Qoyllu.— Blanco.
Q'arachupa.— Cola pelada. Apodo.
Q'asa.— Desportillado.
Qhapajkuna.— Los ricos. Los nobles.
Qhashqa.— Aspero. Picado de viruelas.
Rogho.— Arriero cruceño.
Roto.— Obrero chileno.
Sip'ira.— Mujer de boca muy pequeña.
Suri.— Avestruz americano.
Suyu.— Parcela.
Sh'amachaki.— Pie de pan bazo.
Sh'erqo.— Crespo.
Sh'oqo.— Larguirucho.

Taki.— Canción.
Tatitus.— Padrecitos. Exclamación.
Tipiri.— Cosechador de maíz.
Tojori.— Especie de mazamorra de maíz.
Tongo.— Sombrero hongo.
Tuju.— Rata.
Tunilla.— (*Opuntia* sp.) Planta que produce el ayrampo.
Tupu.— Agujón metálico que servía para prender.
Tuti.— Cerro eminente al N. de Punata.
Tutuma.— Recipiente del fruto del totumo.
T'ula.— (*Lepidophilum quadrangulare*) Planta de la familia de las compuestas.
Thaparanku.— Mariposa nocturna de grandes dimensiones.
Uru.— Habitante primitivo del altiplano.
Wakañawi.— Ojos de vaca.
Wakauya.— Cara de vaca.
Warmimunachi.— Talismán amoroso.
Wawakiyanaku.— Competencia cantada entre los chacareros.
Wayrapunku.— Puerta del viento.
Wiraqocha.— Caballero. Señor.
Wist'a.— Renga.
Yakuq'oñi.— Agua caliente.
Yanaqaqa.— Peña negra.
Yoqalla.— Joven indígena. Criado.
Yungueño.— Trabajador de yungas.
Yurajsimi.— Idioma castellano.

Esta primera edición
 de **Sasañán**, de Jesús Lara,
 se terminó de imprimir
 el día 8 de octubre de 1975
 en los talleres gráficos de
Editorial Canelas S. A.
 Cochabamba - Bolivia

